

Maria Valtorta

LECCIONES
SOBRE LA EPÍSTOLA
DE PABLO
A LOS ROMANOS



CARTA A LOS ROMANOS

CAPITULO 1

Saludo y visita de Pablo a los fieles de Roma. La impiedad humana y el castigo de Dios

1. Pablo, siervo de Jesucristo, apóstol por vocación divina, escogido para predicar la buena nueva de Dios,
2. buena nueva que el mismo Dios había prometido anteriormente por sus profetas en las santas Escrituras,
3. acerca de su Hijo Jesucristo nuestro Señor, que le nació según la carne del linaje de David,
4. y que fue predestinado para ser Hijo de Dios con soberano poder, según el espíritu de santificación por su resurrección de entre los muertos,
5. por el cual nosotros hemos recibido la gracia y el apostolado para someter a la fe por la virtud de su nombre a todas las naciones,
6. entre las cuales sois también contados vosotros, llamados a ella por Jesucristo.
7. A todos aquellos que estáis en Roma, que sois amados de Dios, y santos por vuestra vocación, gracia y paz de parte de Dios nuestro Padre y de nuestro Señor Jesucristo.
8. Primero yo doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo acerca de todos vosotros, de que vuestra fe es celebrada por todo el mundo.
9. Dios, a quien sirvo con todo mi espíritu en la predicación de la buena nueva de su Hijo, es mi testigo de que continuamente hago memoria de vosotros,
10. pidiéndole siempre en mis oraciones que, si es de su voluntad, me abra finalmente algún camino favorable para ir a veros.
11. Porque tengo muchos deseos de ello, a fin de comunicaros alguna gracia espiritual con la que seáis fortalecidos,
12. quiero decir, para que hallándome entre vosotros podamos consolarnos mutuamente los unos a los otros, por medio de la fe, que es común a vosotros y a mí.

13. Mas no quiero, hermanos, que dejéis de saber, que muchas veces he propuesto hacer este viaje, para lograr también entre vosotros algún fruto, así como entre las demás naciones; pero hasta ahora no me ha sido posible.

14. Deudor soy igualmente a griegos y a bárbaros, a sabios y a ignorantes.

15. Así (por lo que a mí toca) pronto estoy a predicar la buena nueva también a los que vivís en Roma,

16. que no me avergüenzo yo de la buena nueva, siendo él como es la virtud de Dios para salvar a todos los que creen, a los judíos primero, y después a los gentiles.

17. Y en la buena nueva es en donde se nos ha revelado la justicia que viene de Dios la cual nace de la fe, y se perfecciona en la fe, según aquello que está escrito*: El justo vive por la fe.

18. Se descubre también en él la ira de Dios que descargará del cielo sobre toda la impiedad e injusticia de aquellos hombres, que tienen aprisionada injustamente la verdad de Dios;

19. puesto que ellos han conocido claramente lo que se puede conocer de Dios, porque Dios se lo ha manifestado.

20. En efecto, las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y su divinidad, se han hecho visibles después de la creación del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus criaturas; y así tales hombres no tienen disculpa;

21. porque habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias; sino que ensoberbecidos devanearon en sus discursos, y quedó su insensato corazón lleno de tinieblas;

22. y mientras se jactaban de sabios, fueron unos necios,

23. hasta llegar a transferir a un simulacro en imagen de hombre corruptible, y a figuras de aves, y de bestias cuadrúpedas, y de serpientes, el honor debido solamente a Dios incorruptible o inmortal.

24. Por lo cual, Dios los abandonó a los deseos de su depravado corazón, a los vicios de la impureza, en tanto grado que deshonraron ellos mismos sus propios cuerpos;

25. ellos que habían colocado la mentira en el lugar de la verdad de Dios, dando culto y sirviendo a las criaturas en lugar de adorar al Creador, solamente el cual es digno de ser bendito por todos los siglos. Amén.

26. Por eso los entregó Dios a pasiones infames. Pues sus mismas mujeres invirtieron el uso natural, en el que es contrario a la naturaleza.

27. Del mismo modo también los varones, desechando el uso natural de la mujer, se abasaron en amores brutales de unos con otros, cometiendo torpezas nefandas varones con varones, y recibiendo en sí mismo la paga merecida de su obcecación.

28. Pues como no quisieron reconocer a Dios, Dios los entregó a un réprobo sentido, de suerte que han hecho acciones indignas del hombre,

29. quedando atestados de toda suerte de iniquidad, de malicia, de fornicación, de avaricia, de perversidad; llenos de envidia, homicidas, pendencieros, fraudulentos, malignos, chismosos,

30. infamadores, enemigos de Dios, ultrajadores, soberbios, altaneros, inventores de vicios, desobedientes a sus padres,

31. irracionales, desgarrados, desamorados, desleales, despiadados,

32. los cuales en medio de haber conocido la justicia de Dios, no echaron de ver, que los que hacen tales cosas, son dignos de muerte eterna, y no sólo los que las hacen, sino también los que aprueban a los que las hacen.

17. Este versículo expone el tema de la Carta: El evangelio es fuente de salvación para el que cree. Hab 2, 4.

CAPITULO 2

Los judíos son tan culpables como los gentiles. La ley de Moisés. Dios juzga con la verdad

1. Por donde tú eres inexcusable, ¡oh hombre, quienquiera que seas!, que te metes a condenar a los demás. Pues en lo que condenas a otro te condenas a ti mismo, haciendo como haces tú, ¡oh judío!, aquellas mismas cosas que condenas.
2. Sabemos que Dios condena, según su verdad, a los que cometen tales acciones.
3. Tú, pues, ¡oh hombre!, que condenas a los que tales cosas hacen, y no obstante las haces, ¿piensas acaso que podrás huir del juicio de Dios?
4. ¿O desprecias tal vez las riquezas de su bondad, y de su paciencia, y largo sufrimiento? ¿No reparas que la bondad de Dios te está llamando a la penitencia?
5. Tú, al contrario, con tu dureza y corazón impenitente vas atesorándote ira y más ira para el día de la venganza y de la manifestación del justo juicio de Dios,
6. el cual ha de pagar a cada uno según sus obras,
7. dando la vida eterna a los que, por medio de la perseverancia en las buenas obras, aspiran a la gloria, al honor y a la inmortalidad,
8. y derramando su cólera y su indignación sobre los espíritus porfiados, que no se rinden a la verdad, sino que abrazan la injusticia.
9. Así que tribulación y angustias aguardan sin remedio al alma de todo hombre que obra mal, del judío primero, y después del griego;
10. mas la gloria, el honor y la paz serán la porción hereditaria de todo aquel que obra bien, del judío primero, y después del griego;
11. porque para con Dios no hay preferencia de personas.
12. Y así todos los que pecaron sin tener ley escrita, perecerán sin ser juzgados por ella; mas todos los que pecaron teniéndola, por ella serán juzgados.
13. Que no son justos delante de Dios los que oyen la ley; sino los que la cumplen, éstos son los que serán justificados.
14. En efecto, cuando los gentiles, que no tienen ley escrita*, hacen por razón natural lo que manda la ley, estos tales no teniendo ley, son para sí mismos ley viva;

15. y ellos hacen ver que lo que la ley ordena está escrito en sus corazones, como se lo atestigua su propia conciencia, y las diferentes reflexiones que allá en su interior ya los acusan, ya los defienden,

16. como se verá en aquel día, en que Dios juzgará los secretos de los hombres, por medio de Jesucristo, según la doctrina de la buena nueva que predico.

17. Mas tú que te precias del renombre de judío, y tienes puesta tu confianza en la ley, y te glorías de adorar a Dios,

18. y conoces su voluntad y, amaestrado por la ley, disciernes lo que es mejor,

19. tú te jactas de ser guía de ciegos, luz de los que están a oscuras,

20. preceptor de gente ruda, maestro de niños, o recién convertidos, como quien tiene en la ley de Moisés la pauta de la ciencia y de la verdad;

21. y no obstante, tú que instruyes al otro, no te instruyes a ti mismo; tú que predicas que no es lícito hurtar, hurtas;

22. tú que dices que no se ha de cometer adulterio, lo cometes; tú que abominas los ídolos, eres sacrílego adorador suyo;

23. tú, en fin, que te glorías en la ley, con la violación de la misma ley deshonoras a Dios.

24. (Vosotros los judíos sois la causa, como dice la Escritura*, de que sea blasfemado el nombre de Dios entre los gentiles).

25. Por lo demás, la circuncisión sirve si observas la ley; pero si eres prevaricador de la ley, por más que estés circuncidado, vienes a ser delante de Dios como un hombre incircunciso.

26. Al contrario, si un incircunciso guarda los preceptos de la ley, por ventura, sin estar circuncidado, ¿no será considerado circunciso?

27. Y el que por naturaleza es incircunciso o gentil, y guarda exactamente la ley, ¿no te condenará a ti, que teniendo la letra de la ley y la circuncisión, eres prevaricador de la ley?

28. Porque no está en lo exterior ser judío, ni es la verdadera circuncisión la que se hace en la carne;

29. sino que el verdadero judío es aquel que lo es en su interior, así como la verdadera circuncisión es la del corazón que se hace según el espíritu, y no según la letra de la ley; y este verdadero judío recibe su alabanza, no de los hombres, sino de Dios.

14. Muchos gentiles, aunque no tenían la ley escrita, ayudados de la luz de la gracia adoraban al verdadero Dios.

24. Is 52, 5; Ez 36, 2.

CAPITULO 3

Unos y otros están sujetos al pecado. No es la ley, sino la fe en Jesucristo la que los libra de su yugo

1. ¿Cuál es, pues, me diréis, la ventaja de los judíos sobre los gentiles?; o ¿qué utilidad se saca en ser del pueblo circuncidado?

2. La ventaja de los judíos es grande de todos modos. Y principalmente porque a ellos les fueron confiados los oráculos de Dios*.

3. Porque, en fin, si algunos de ellos no han creído, ¿su infidelidad frustrará por ventura la fidelidad de Dios? Sin duda que no,

4. siendo Dios, como es, veraz, y mentiroso todo hombre* según aquellos que David dijo a Dios: A fin de que tú seas reconocido fiel en tus palabras, y salgas vencedor en los juicios que de ti se hacen.

5. Mas si nuestra injusticia o iniquidad hace resaltar la justicia de Dios, ¿qué diremos? ¿No será Dios (hablo a lo humano) injusto en castigarnos*?

6. Nada menos. Porque si así fuese, ¿cómo sería Dios el juez del mundo?

7. Pero si la fidelidad o verdad de Dios, añadirá alguno, con ocasión de mi infidelidad o malicia se ha manifestado más gloriosa, ¿por qué razón todavía soy yo condenado como pecador?

8. ¿Y por qué (como con una insigne calumnia esparcen algunos que nosotros decimos) no hemos de hacer nosotros un mal, a fin de que de él resulte un bien? Los que dicen esto son justamente condenados.

9. ¿Diremos, pues, que somos los judíos más dignos que los gentiles? No por cierto. Pues ya hemos demostrado que así judíos como gentiles todos están sujetos al pecado,

10. según aquello que dice la Escritura*: No hay uno que sea justo;

11. no hay quien sea cuerdo, no hay quien busque a Dios;

12. todos se descarriaron, todos se inutilizaron; no hay quien obre bien, no hay siquiera uno;

13. su garganta es un sepulcro abierto*, se han servido de sus lenguas para urdir enredos; dentro de sus labios tienen veneno de áspides;

14. su boca está llena de maldición y de amargura*;

15. son sus pies ligeros para ir a derramar sangre*;

16. todos sus pasos se dirigen a oprimir y a hacer infelices a los demás;

17. porque la senda de la paz nunca la conocieron,

18. ni tienen el temor de Dios ante sus ojos.

19. Pero sabemos que cuantas cosas dice la ley, todas las dirige a los que profesan la ley a fin de que toda boca enmudezca, y todo el mundo, así judíos como gentiles, se reconozca reo delante de Dios;

20. supuesto que delante de él ningún hombre será justificado por solas las obras de la ley. Porque por la ley se nos ha dado el conocimiento del pecado.

21. Cuando ahora la justicia que da Dios sin la ley se nos ha hecho patente, según está atestiguada por la ley y los profetas.

22. Y esta justicia que da Dios por la fe en Jesucristo, es para todos y sobre todos los que creen en él, pues no hay distinción alguna entre judío y gentil;

23. porque todos pecaron, y tienen necesidad de la gloria o gracia de Dios,
24. siendo justificados gratuitamente por la gracia del mismo, en virtud de la redención que todos tienen en Jesucristo,
25. a quien Dios propuso para ser la víctima de propiciación en virtud de su sangre por medio de la fe, a fin de demostrar la justicia que da él mismo perdonando los pecados pasados,
26. soportados por Dios con tanta paciencia, con el fin, digo, de manifestar su justicia en el tiempo presente; por donde se vea cómo él es justo en sí mismo, y que justifica al que tiene la fe de Jesucristo.
27. Ahora, pues, ¿dónde está, ioh judío!, el motivo de gloriarte? Queda excluido. ¿Por qué ley? ¿Por la de las obras? No, sino por la ley de la fe.
28. Así que, concluimos ser justificado el hombre por la fe viva sin las obras de la ley.
29. Porque en fin, ¿es acaso Dios de los judíos solamente?; ¿no es también Dios de los gentiles? Sí, por cierto, de los gentiles también.
30. Porque uno es realmente el Dios que justifica por medio de la fe a los circuncidados, y que con la misma fe justifica a los no circuncidados.
31. Luego nosotros, dirá alguno, ¿destruimos la ley de Moisés por la fe en Jesucristo? No hay tal, antes bien confirmamos la ley*.

2. Las Escrituras Divinas. A ellos se les prometió el Mesías y su reino eterno.

4. Dios no faltará a su palabra, aunque hayan faltado los judíos.

5. Por nuestros pecados, puesto que ellos manifiestan su perfección.

10. Sal 14 (13), 3.

13. Sal 5, 11.

14. Sal 9, 7.

15. Is 59, 7; Prov 1, 16.

31. Pues toda nuestra doctrina enseña cómo obtener la justicia y la santidad.

CAPITULO 4

Dios cumplió su promesa a Abrahán por su fe y no por su observancia de la ley

1. ¿Qué ventaja, pues, diremos haber logrado Abrahán, padre nuestro según la carne?
2. Ciertamente que si Abrahán fuese justificado por las obras exteriores, él tiene de qué gloriarse, mas no para con Dios.
3. Porque ¿qué es lo que dice la Escritura*?: Creyó Abrahán a Dios, lo cual le fue imputado a justicia.
4. Pues al que trabaja, el salario no se le cuenta como una gracia, sino como deuda.
5. Al contrario, cuando a alguno, sin hacer las obras exteriores, o de la ley, con creer en aquel que justifica al impío, se le imputa su fe por justicia, es éste un don gratuito según el beneplácito de la gracia de Dios.
6. En este sentido David llama bienaventurado al hombre a quien Dios imputa la justicia sin mérito de las obras, diciendo:
7. Bienaventurados aquellos cuyas maldades son perdonadas y cuyos pecados están borrados*;
8. dichoso el hombre a quien Dios no imputó culpa.
9. ¿Y esta dicha* es sólo para los circuncisos? ¿No es también para los incircuncisos? Acabamos de decir que la fe se imputó a Abrahán por justicia.
10. ¿Y cuándo se le imputó?, ¿después que fue circuncidado, o antes de serlo? Claro está que no cuando fue circuncidado, sino antes.

11. Y así él recibió la marca o divisa de la circuncisión, como un sello, o señal de la justicia que había adquirido por la fe, cuando era aún incircunciso; para que fuese padre de todos los que creen sin estar circuncidados, a quienes se les imputase también la fe por justicia;

12. como así mismo padre de los circuncidados; de aquellos, digo, que no solamente han recibido la circuncisión, sino que siguen también las huellas de la fe que tenía nuestro padre Abrahán, siendo aún incircunciso.

13. Y así no fue en virtud de la ley, sino en virtud de la justicia de la fe, la promesa hecha a Abrahán, o a su posteridad, de tener al mundo por herencia suya.

14. Porque si sólo los que pertenecen a la ley de Moisés son los herederos, inútil fue la fe, y queda sin efecto la promesa de Dios.

15. Porque la ley produce o manifiesta la cólera de Dios contra sus transgresores; en lugar de que allá donde no hay ley, no hay tampoco violación de la ley.

16. La fe, pues, es por la cual nosotros somos herederos, a fin de que lo seamos por gracia, y permanezca firme la promesa para todos los hijos de Abrahán, no solamente para los que han recibido la ley, sino también para aquellos que siguen la fe de Abrahán, que es el padre de todos,

17. (según lo que está escrito: Te tengo constituido padre de muchas gentes*), y que lo es delante de Dios, a quien ha creído, el cual da vida a los muertos, y llama, o da ser, a las cosas que no son, del mismo modo que conserva las que son.

18. Así habiendo esperado contra toda esperanza, él creyó que vendría a ser padre de muchas naciones, según se le había dicho: Innumerable será tu descendencia.

19. Y no desfalleció en la fe, ni atendió a su propio cuerpo ya desvirtuado, siendo ya de casi cien años, ni a que estaba extinguida en Sara la virtud de concebir.

20. No dudó él ni tuvo la menor desconfianza de la promesa de Dios, antes se fortaleció en la fe, dando a Dios la gloria,

21. plenamente persuadido de que todo cuanto Dios tiene prometido, es poderoso también para cumplirlo.

22. Por eso, creer le fue imputado por justicia.

23. Pero habersele imputado por justicia, no está escrito sólo para él,

24. sino también para nosotros, a quienes se ha de imputar igualmente a justicia, creer en aquel que resucitó de entre los muertos, Jesucristo Señor nuestro;

25. el cual fue entregado a la muerte por nuestros pecados, y resucitó para nuestra justificación.

3. Gen 15, 6; Gal 3, 6; Sant 2, 23.

7. Sal 32 (31).

9. La dicha de estar justificado por la gracia de Dios.

17. Gen 17, 4.

CAPITULO 5

La gracia de la fe de Jesucristo quita el pecado y colma de bienes espirituales

1. Justificados, pues, por la fe, mantengamos la paz con Dios mediante nuestro Señor Jesucristo,

2. por el cual así mismo, en virtud de la fe, tenemos cabida en esta gracia, en la cual permanecemos firmes, y nos gloriamos esperando la gloria de los hijos de Dios.

3. Y no nos gloriamos solamente en esto, sino también en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia,

4. la paciencia sirve a la prueba de nuestra fe, y la prueba produce la esperanza,

5. esperanza que no burla; porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo, que se nos ha dado.

6. Porque ¿de dónde nace que Cristo, estando nosotros todavía enfermos del pecado, al tiempo señalado murió por los impíos?

7. A la verdad apenas hay quien quisiese morir por un justo; tal vez se hallaría quien tuviese valor de dar su vida por un bienhechor;

8. pero lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros, es que cuando éramos aún pecadores o enemigos suyos, fue cuando al tiempo señalado,

9. murió Cristo por nosotros; luego es claro que ahora mucho más estando justificados por su sangre, nos salvaremos por él de la ira de Dios.

10. Que si cuando éramos enemigos de Dios, fuimos reconciliados con él por la muerte de su Hijo, mucho más estando ya reconciliados, nos salvará por él mismo resucitado y vivo.

11. Y no tan sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por cuyo medio hemos obtenido ahora la reconciliación.

12. Por tanto, así como por un solo hombre entró el pecado en este mundo, y por el pecado la muerte, así también la muerte se fue propagando en todos los hombres, por aquel solo Adán en quien todos pecaron.

13. Así que el pecado ha estado siempre en el mundo hasta el tiempo de la ley; mas como entonces no había ley escrita, el pecado no se imputaba como transgresión de ella.

14. Con todo eso, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés aun sobre aquellos que no pecaron con una transgresión de la ley de Dios semejante a la de Adán*, el cual es figura del segundo Adán que había de venir.

15. Pero no ha sucedido en la gracia, así como en el pecado; porque si por el pecado de uno solo murieron muchos, mucho más copiosamente se ha derramado sobre muchos la misericordia y el don de Dios por la gracia de un solo hombre, que es Jesucristo.

16. Ni pasa lo mismo en este don de la gracia, que lo que vemos en el pecado. Porque nosotros hemos sido condenados en el juicio de Dios por un solo pecado, en lugar de que seamos justificados por la gracia después de muchos pecados.

17. Pues como por el pecado de uno solo ha reinado la muerte por un solo hombre que es Adán, mucho más los que reciben la abundancia de la gracia, y de los dones, y de la justicia, reinarán en la vida por solo un hombre que es Jesucristo.

18. En conclusión, así como el delito de uno solo atrajo la condenación de muerte a todos los hombres, así también la justicia de uno solo ha merecido a todos los hombres la justificación que da vida al alma.

19. Pues a la manera que por la desobediencia de un solo hombre fueron muchos constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo serán muchos constituidos justos.

20. Es verdad que sobrevino la ley, y con ella se aumentó el pecado por haber sido desobedecida. Pero cuanto más abundó el pecado, tanto más ha sobreabundado la gracia,

21. a fin de que al modo que reinó el pecado para dar la muerte, así también reine la gracia en virtud de la justicia para dar la vida eterna, por Jesucristo nuestro Señor.

14. Contra una ley o mandato expreso de Dios, como pecó nuestro primer padre.

CAPITULO 6

Los fieles deben perseverar en la gracia recibida en el bautismo, haciendo nueva vida y entregándose a Dios

1. ¿Qué diremos, pues?; ¿habremos de permanecer en el pecado para dar motivo a que la gracia sea copiosa?

2. No lo permita Dios. Porque estando ya muertos al pecado, ¿cómo hemos de vivir aún en él?

3. ¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Jesucristo, lo hemos sido con la representación y en virtud de su muerte?

4. En efecto, en el bautismo hemos quedado sepultados con él muriendo al pecado, a fin de que así como Cristo resucitó de muerte a vida para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida.

5. Que si hemos sido injertados con él por medio de la representación de su muerte, igualmente lo hemos de ser representando su resurrección,

6. haciéndonos cargo que nuestro hombre viejo fue crucificado con él, para que sea destruido en nosotros el cuerpo del pecado, y ya no sirvamos más al pecado.

7. Pues quien ha muerto de esta manera, queda ya justificado del pecado.

8. Y si nosotros hemos muerto con Cristo, creemos firmemente que viviremos también con él,

9. sabiendo que Cristo resucitado de entre los muertos no muere ya otra vez; y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él.

10. Porque en cuanto al haber muerto, como fue por destruir el pecado, murió una sola vez; mas en cuanto al vivir, vive para Dios, y es inmortal.

11. Así ni más ni menos vosotros considerad también que realmente estáis muertos al pecado por el bautismo, y que vivís ya para Dios en Jesucristo Señor nuestro.

12. No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que obedezcáis a sus concupiscencias.

13. Ni tampoco abandonéis más vuestro cuerpo al pecado para servir de instrumentos a la iniquidad; sino antes bien entregaos todos a Dios, como resucitados de muerte a vida, y ofreced a Dios vuestros cuerpos para servir de instrumentos a la justicia o virtud.

14. Porque el pecado no se enseñoreará ya de vosotros, si no queréis; pues no estáis bajo el dominio de la ley, sino de la gracia.

15. ¿Mas qué?, ¿pecaremos, ya que no estamos sujetos a la ley, sino a la gracia? No lo permita Dios.

16. ¿No sabéis que si os ofrecéis por esclavo de alguno para obedecer a su imperio, por el mismo hecho quedáis esclavos de aquél a quien obedecéis, bien sea del pecado para recibir la muerte, bien sea de la obediencia a la fe para recibir la justicia o vida del alma?

17. Pero, gracias a Dios, vosotros, aunque fuisteis siervos del pecado, habéis obedecido de corazón la doctrina de la buena nueva y según su modelo habéis sido formados de nuevo.

18. Con lo que, libertados de la esclavitud del pecado, habéis venido a ser siervos de la justicia o santidad.

19. Voy a decir una cosa, hablando a lo humano, en atención a la flaqueza de vuestra carne; y es, que así como habéis empleado vuestro cuerpo en servir a la impureza y a la injusticia para cometer la iniquidad, así ahora lo empleéis en servir a la justicia para santificaros.

20. Porque cuando erais esclavos del pecado, estuvisteis como exentos del imperio de la justicia.

21. Mas ¿y qué frutos sacasteis entonces de aquellos desórdenes de que ahora os avergonzáis? En verdad que la muerte es el fin a que conducen.

22. Por el contrario, ahora habiendo quedado libres del pecado, y hechos siervos de Dios, cogéis por fruto vuestro la santificación, y por fin la vida eterna.

23. Porque el estipendio y paga del pecado es la muerte; pero la vida eterna es una gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.

CAPITULO 7

Ventaja del hombre en estado de gracia y no en el pecado. El ejemplo del matrimonio

1. ¿Ignoráis acaso, hermanos (ya que hablo con los que están instruidos en la ley) que la ley no domina sobre el hombre, sino mientras éste vive?

2. Así es que una mujer casada está ligada por la ley del matrimonio al marido mientras éste vive; mas muriendo su marido, queda libre de la ley que la ligaba al marido.

3. Por esta razón será tenida por adúltera si, viviendo su marido, se junta con otro hombre; pero si el marido muere, queda libre del vínculo, y puede casarse con otro sin ser adúltera.

4. Así también vosotros, hermanos míos, quedasteis muertos a la ley en virtud de la muerte del cuerpo de Cristo, para ser de otro, esto es, del que resucitó de entre los muertos, a fin de que nosotros produzcamos frutos para Dios.

5. Pues cuando vivíamos según la carne, las pasiones de los pecados, excitadas por ocasión de la ley, mostraban su eficacia en nuestros cuerpos, en hacerles producir frutos para la muerte;

6. pero ahora estamos ya exentos de esta ley de muerte, que nos tenía ligados, para que sirvamos a Dios según el nuevo espíritu, y no según la letra o ley antigua.

7. Esto supuesto, ¿qué diremos? ¿Es la ley la causa del pecado? No digo tal. Pero sí que no acabé de conocer el pecado, sino por medio de la ley; de suerte que yo no hubiera advertido la concupiscencia mía, si la ley no dijera: No codiciarás.

8. Mas el pecado, o el deseo de éste, estimulado con ocasión del mandamiento que lo prohíbe, produjo en mí toda suerte de malos deseos. Porque sin la ley el pecado de la codicia estaba como muerto.

9. Yo también vivía en algún tiempo sin ley, dirá otro; mas así que sobrevino el mandamiento, revivió el pecado,

10. y yo quedé muerto; con lo que aquel mandamiento, que debía servir para darme la vida, ha servido para darme la muerte.

11. Porque el pecado, tomando ocasión del mandamiento, me sedujo, y así por la violación del mismo mandamiento me ha dado la muerte.

12. De manera que la ley es santa, y el mandamiento que prohíbe el pecado, santo, justo y bueno.

13. Pero qué, ¿lo que es en sí bueno, me ha causado a mí la muerte? Nada menos. Sino que el pecado, o la concupiscencia, es el que, habiéndome causado la muerte por medio de una cosa buena, cual es la ley, ha manifestado lo venenoso que él es; de manera que por ocasión del mismo mandamiento se ha hecho el pecado sobremanera maligno.

14. Porque bien sabemos que la ley es espiritual; pero yo por mí soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado.

15. Por lo que yo mismo no apruebo lo que hago; pues no hago el bien que amo, sino antes el mal que aborrezco, ése lo hago.

16. Mas por lo mismo que hago lo que no amo, reconozco la ley como buena.

17. Y en esto no soy yo el que obra aquello, sino el pecado o la concupiscencia que habita en mí.

18. Que bien conozco que nada de bueno hay en mí, quiero decir en mi carne. Pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla.

19. Por cuanto no hago el bien que quiero; antes bien hago el mal que no quiero.

20. Mas si hago lo que no quiero, ya no lo ejecuto yo, sino el pecado que habita en mí.

21. Y así es que, cuando yo quiero hacer el bien, me encuentro con una ley o inclinación contraria, porque el mal está pegado a mí.

22. De aquí es que me complazco en la ley de Dios según el hombre interior;

23. mas al mismo tiempo echo de ver otra ley en mi cuerpo, la cual resiste a la ley de mi espíritu, y me sojuzga a la ley del pecado, que está en mi cuerpo.

24. ¡Oh qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me libertará de este cuerpo de muerte, o mortífera concupiscencia?

25. Solamente la gracia de Dios por los méritos de Jesucristo, Señor nuestro. Entretanto yo mismo vivo sometido por el espíritu a la ley de Dios, y por la carne a la ley del pecado.

CAPITULO 8

Felicidad y esperanza de los justos, a quienes nada los puede separar del amor de Jesucristo

1. Por consiguiente nada hay ahora digno de condenación en aquellos que están reengendrados en Cristo Jesús, y que no siguen la carne.

2. Porque la ley del espíritu de vida, que está en Cristo Jesús, me ha libertado de la ley del pecado y de la muerte.

3. Pues lo que era imposible que la ley hiciese, estando como estaba debilitada por la carne, lo hizo Dios cuando habiendo enviado a su Hijo revestido de una carne semejante a la del pecado, y héchole víctima por el pecado, mató así al pecado en la carne,

4. a fin de que la justificación de la ley tuviese su cumplimiento en nosotros, que no vivimos conforme a la carne, sino conforme al espíritu.

5. Porque los que viven según la carne, se saborean con las cosas que son de la carne; mientras los que viven según el espíritu, gustan de las que son del espíritu.

6. La sabiduría o prudencia de la carne es una muerte, pero la sabiduría de las cosas del espíritu, es vida y paz:

7. por cuanto la sabiduría de la carne es enemiga de Dios; como que no está sometida a la ley de Dios, ni es posible que lo esté, siendo contraria a ella.

8. Por donde los que viven según la carne, no pueden agradar a Dios.

9. Pero vosotros no vivís según la carne, sino según el espíritu, pues el espíritu de Dios habita en vosotros. Que si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, éste no es de Jesucristo.

10. Mas si Cristo está en vosotros, aunque el cuerpo esté muerto, o sujeto a muerte, por razón del pecado de Adán, el espíritu vive en virtud de la justificación.

11. Y si el espíritu de aquel Dios, que resucitó a Jesús de la muerte, habita en vosotros, el mismo que ha resucitado a Jesucristo de la muerte dará vida también a vuestros cuerpos mortales, en virtud de su espíritu que habita en vosotros.

12. Así que, hermanos míos, somos deudores no a la carne, para vivir según la carne, sino al espíritu de Dios,

13. porque si viviereis según la carne, moriréis; mas si con el espíritu hacéis morir las obras o pasiones de la carne, viviréis,

14. siendo cierto que los que se rigen por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios.

15. Porque no habéis recibido ahora el espíritu de servidumbre para obrar todavía solamente por temor como esclavos, sino que habéis recibido el espíritu de adopción de hijos en virtud del cual clamamos con toda confianza: Abba, esto es, ¡oh Padre mío!

16. Y con razón, porque el mismo espíritu de Dios está dando testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios.

17. Y siendo hijos, somos también herederos, herederos de Dios, y coherederos con Cristo, con tal, no obstante, que padezcamos con él a fin de que seamos con él glorificados.

18. A la verdad yo estoy firmemente persuadido de que los sufrimientos o penas de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera, que se ha de manifestar en nosotros.

19. Así las criaturas todas están aguardando con gran ansia la manifestación de los hijos de Dios.

20. Porque se ven sujetas a la vanidad, o mudanza, no de grado, sino por causa de aquel que les puso tal sujeción, con la esperanza

21. de que serán también ellas mismas libertadas de esa servidumbre a la corrupción, para participar de la libertad y gloria de los hijos de Dios.

22. Porque sabemos que hasta ahora todas las criaturas están suspirando por dicho día, y como en dolores de parto.

23. Y no solamente ellas, sino también nosotros mismos, que tenemos ya las primicias del Espíritu Santo, nosotros, con todo eso, suspiramos de lo íntimo del corazón, aguardando el efecto de la adopción de los hijos de Dios, esto es, la redención de nuestro cuerpo*.

24. Porque hasta ahora no somos salvos, sino en esperanza. Y no se dice que alguno tenga esperanza de aquello que ya ve y posee; pues lo que uno ya ve o tiene, ¿cómo lo podrá esperar?

25. Si esperamos, pues, lo que no vemos todavía, claro está que lo aguardamos por medio de la paciencia.

26. Y además el espíritu divino ayuda a nuestra flaqueza; pues no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo, el mismo espíritu hace, o produce en nuestro interior, nuestras peticiones a Dios con gemidos que son inexplicables.

27. Pero aquel que penetra a fondo los corazones conoce bien qué es lo que desea el Espíritu, el cual no pide nada por los santos, que no sea según Dios.

28. Sabemos también nosotros que todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios, de aquellos, digo, que él ha llamado según su decreto para ser santos.

29. Pues a los que él tiene especialmente previstos, también los predestinó para que se hiciesen conforme a la imagen de su Hijo Jesucristo, de manera que sea el mismo Hijo el primogénito entre muchos hermanos.

30. Y a éstos que ha predestinado, también los ha llamado; y a quienes ha llamado, también los ha justificado, y a los que ha justificado también los ha glorificado.

31. Después de esto, ¿qué diremos ahora? Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?

32. El que ni a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó a la muerte por todos nosotros, ¿cómo después de habérmole dado a él, dejará de darnos cualquier otra cosa*?

33. Y ¿quién puede acusar a los escogidos de Dios? Dios mismo es el que los justifica.

34. ¿Quién osará condenarlos? Después que Jesucristo no solamente murió por nosotros, sino que también resucitó, y está sentado a la diestra de Dios, en donde asimismo intercede por nosotros.

35. ¿Quién, pues, podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será la tribulación?, ¿o la angustia?, ¿o el hambre?, ¿o la desnudez?, ¿o el riesgo?, ¿o la persecución?, ¿o el cuchillo?

36. (Según está escrito*, por ti, ¡oh, Señor!, somos entregados cada día en manos de la muerte, somos tratados como ovejas destinadas al matadero).

37. Pero en medio de todas estas cosas triunfamos por virtud de aquel que nos amó.

38. Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la fuerza, o violencia,

39. ni todo lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura podrá jamás separarnos del amor de Dios, que se funda en Jesucristo nuestro Señor.

23. De las miserias de esta vida, por su resurrección.

32. El perdón de los pecados y los auxilios para alcanzar la gloria.

36. Sal 44 (43), 23.

CAPITULO 9

Los israelitas y los hijos de Abrahán, llamados por Dios, se rinden a la fe de Jesucristo

1. Cristo es mi testigo de que os digo la verdad; y mi conciencia da testimonio, en presencia del Espíritu Santo, de que no miento,

2. al asegurarnos que estoy poseído de una profunda tristeza y de continuo dolor en mi corazón,

3. hasta desear yo mismo ser apartado de Cristo por la salud de mis hermanos, que son mis deudos según la carne,

4. los cuales son los israelitas, de quienes es la adopción de hijos de Dios, y la gloria y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas,

5. cuyos padres son los patriarcas, y de quienes desciende el mismo Cristo según la carne, el cual es Dios, bendito sobre todas las cosas por siempre jamás. Amén.

6. Pero no por eso la palabra de Dios deja de tener su efecto. Porque no todos los descendientes de Israel son verdaderos israelitas;

7. ni todos los que son del linaje de Abrahán son por eso hijos suyos y herederos; pues por Isaac, le dijo Dios*, se contará tu descendencia.

8. Es decir, no los que son hijos de la carne, éstos son hijos de Dios; sino los que son hijos de la promesa, éstos se cuentan por descendientes de Abrahán.

9. Porque las palabras de la promesa son éstas*: Por este mismo tiempo dentro de un año vendré; y Sara tendrá un hijo.

10. Mas no solamente se vio esto en Sara, sino también en Rebeca, que concibió de una vez dos hijos de Isaac, nuestro padre.

11. Pues antes que los niños naciesen, ni hubiesen hecho bien, ni mal alguno (a fin de que se cumpliese el designio de Dios en la elección),

12. no en vista de sus obras, sino por el llamamiento y elección de Dios, se le dijo:

13. El mayor ha de servir al menor, como en efecto está escrito: He amado más a Jacob, y he aborrecido a Esaú.

14. ¿Pues qué diremos a esto?; ¿por ventura cabe en Dios injusticia? Nada menos.

15. Pues Dios dice a Moisés*: Usaré de misericordia con quien yo quiera usarla, y tendré compasión de quien yo quiera tenerla.

16. Así que no es obra del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que usa de misericordia.

17. Dice también al faraón en la Escritura*: A este fin te levanté, para mostrar en ti mi poder; y para que mi Nombre sea celebrado por toda la tierra.

18. De donde se sigue que con quien quiere usa de misericordia, y endurece o abandona en su pecado al que quiere.

19. Pero tú me dirás: ¿Pues cómo es que se queja Dios, o se enoja?; porque, ¿quién puede resistir a su voluntad?

20. Mas, ¿quién eres tú, ¡oh hombre!, para reconvenir a Dios? ¿Un vaso de barro dice acaso al que le labró: Por qué me has hecho así*?

21. Pues qué, ¿no tiene facultad el alfarero para hacer de la misma masa de barro, un vaso para usos honrosos, y otro al contrario para usos viles?

22. Nadie puede quejarse si Dios, queriendo mostrar en unos su justo enojo, y hacer patente su poder, sufre con mucha paciencia a los que son vasos de ira, dispuestos para la perdición,

23. a fin de manifestar las riquezas de su gloria en los que son vasos de misericordia, que él preparó o destinó para la gloria;

24. y ha llamado a ella, como a nosotros, no solamente de entre los judíos, sino también de entre los gentiles,

25. conforme a lo que dice por Oseas*: Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo; y amado, al que no era amado; y objeto de misericordia, al que no había conseguido misericordia.

26. Y sucederá que en el mismo lugar en que se les dijo*: Vosotros no sois mi pueblo, allí serán llamados hijos de Dios vivo.

27. Por otra parte Isaías* exclama con respecto a Israel: Aun cuando el número de los hijos de Israel fuese igual al de las arenas del mar, sólo un pequeño residuo de ellos se salvará.

28. Porque Dios en su justicia reducirá su pueblo a un corto número; el Señor hará una gran rebaja sobre la tierra.

29. Y antes había dicho el mismo Isaías: Si el Señor de los ejércitos no hubiese conservado a algunos de nuestro linaje, hubiéramos venido a quedar semejantes a Sodoma y Gomorra.

30. Esto supuesto, ¿qué diremos sino que los gentiles, que no seguían la justicia, han abrazado la justicia, aquella justicia que viene de la fe;

31. y que, al contrario, los israelitas que seguían con esmero la ley de la justicia, o la ley mosaica, no han llegado a la ley de la justicia, o a la justicia de la ley?

32. ¿Y por qué causa? Porque no la buscaron por la fe, sino por las solas obras de la ley; y tropezaron en Jesús, como en piedra de escándalo,

33. según aquello que está escrito*: Mirad que yo voy a poner en Sión una piedra de tropiezo, y piedra de escándalo para los incrédulos; pero cuantos creerán en él, no quedarán confundidos.

7. Gen 21, 12.

9. Gen 18, 10.

15. Ex 33, 19.

17. Ex 9, 16.

20. Sab 15; Is 45, 9; Jer 18, 6.

25. Os 2, 24; 1 Pe 2, 10.

26. Os 1, 10.

27. Is 10, 22.

33. Is 8, 14; 28, 16; 1 Pe 2, 7.

CAPITULO 10

Sin la fe de Jesucristo nadie puede salvarse. Por eso es predicada en todo el mundo

1. Es cierto, hermanos míos, que siento en mi corazón un singular afecto a Israel, y pido muy de veras a Dios su salvación.

2. Yo les confieso y me consta que tienen celo de las cosas de Dios, pero no es un celo según la ciencia.

3. Porque no conociendo la justicia que viene de Dios, y esforzándose a establecer la suya propia, no se han sujetado a Dios para recibir de él esta justicia.

4. Siendo así que el fin de la ley es Cristo para justificar a todos los que creen en él.

5. Porque Moisés dejó escrito*, que el hombre que cumpliera la justicia ordenada por la ley o sus mandamientos, hallará en ella la vida.

6. Pero de la justicia que procede de la fe, dice así*: No digas en tu corazón: ¿Quién podrá subir al cielo?, esto es, para hacer que Cristo descienda;

7. ¿o quién ha de bajar al abismo?, esto es, para sacar a vida de entre los muertos a Cristo.

8. Mas ¿qué es lo que dice la Escritura*? Cerca está de ti la palabra que da la justificación, en tu boca está y en tu corazón; esta palabra es la palabra de la fe que predicamos.

9. Pues si confesareis con tu boca al Señor Jesús, y creyeres en tu corazón que Dios le ha resucitado de entre los muertos, serás salvo.

10. Porque es necesario creer de corazón para justificarse, y confesar la fe con las palabras u obras para salvarse.

11. Por esto dice la Escritura*: Cuantos creen en él, no serán confundidos.

12. Puesto que no hay distinción de judío y de gentil; por cuanto uno mismo es el Señor de todos, rico para con todos aquellos que le invocan.

13. Porque todo aquel que invocare de veras el nombre del Señor, será salvo*.

14. Mas ¿cómo le han de invocar, si no creen en él? O ¿cómo creerán en él, si de él nada han oído hablar? Y ¿cómo oirán hablar de él, si no se les predica?

15. Y ¿cómo habrá predicadores, si nadie los envía?, según aquello que está escrito*: ¡Qué feliz es la llegada de los que anuncian la buena nueva de la paz, de los que anuncian los verdaderos bienes!

16. Verdad es que no todos obedecen la buena nueva. Y por eso dijo Isaías*: ¡Oh Señor!, ¿quién ha creído lo que nos ha oído predicar?

17. Así que la fe proviene de oír, y oír depende de la predicación de la palabra de Cristo.

18. Pero pregunto: Pues qué, ¿no la han oído ya? Sí, ciertamente: su voz ha resonado por toda la tierra, y se han oído sus palabras hasta las extremidades del mundo.

19. Mas digo yo: ¿Será que Israel no lo ha entendido? No por cierto. Moisés es el primero en decir* en nombre de Dios: Yo he de provocaros a celos por un pueblo que no es pueblo mío; y haré que una nación insensata o ignorante venga a ser el objeto de vuestra indignación y envidia.

20. Isaías, levanta la voz, y dice: Me hallaron los que no me buscaban; me descubrí claramente a los que no preguntaban por mí.

21. Y, al contrario, dice a Israel: Todo el día tuve mis manos extendidas a ese pueblo incrédulo y rebelde a mis palabras.

5. Lev 18, 5; Ez 20, 11.

6. Deut 30, 12.

8. Deut 30, 14.

11. Is 28, 16.

13. Joel 2, 32.

15. Is 52, 7; Nah 1, 15.

16. Is 53, 1.

19. Deut 32, 21.

CAPITULO 11

Escarmiento de los judíos incrédulos. Pablo amonesta a los gentiles, para que no presuman

1. Pues, según esto, digo yo ahora: ¿Por ventura ha desechado Dios a su pueblo? No por cierto. Porque yo mismo soy israelita del linaje de Abrahán y de la tribu de Benjamín.

2. No ha desechado Dios al pueblo suyo, al cual conoció de antemano. ¿No sabéis vosotros lo que de Elías refiere la Escritura, de qué manera dirige él a Dios sus quejas contra Israel, diciendo:

3. ¡Oh Señor!, a tus profetas los han muerto, demolieron tus altares, y he quedado yo solo, y atentan contra mi vida?

4. Mas ¿qué le responde el oráculo divino? Me he reservado siete mil hombres, que no han doblado la rodilla delante de Baal.

5. De la misma suerte, pues, se han salvado en este tiempo algunos pocos que han sido reservados por Dios según la elección de su gracia.

6. Y si por gracia, claro está que no por obras; de otra suerte la gracia no fuera gracia.

7. De aquí, ¿qué se infiere?; que Israel que buscaba la justicia, mas no por la fe, no la ha hallado; pero la han hallado aquellos que han sido escogidos por Dios, habiéndose cegado todos los demás;

8. según está escrito*: Les ha dado Dios hasta hoy día, en castigo de su rebeldía, un espíritu de estupidez y contumacia; ojos para no ver, y oídos para no oír.

9. David dice también*: Venga a ser para ellos su mesa un lazo donde queden cogidos, y una piedra de escándalo, y eso en justo castigo suyo.

10. Oscurézcanse sus ojos de tal modo que no vean; y haz que sus espaldas estén cada vez más encorvadas hacia la tierra.

11. Mas esto supuesto, pregunto: ¿Los judíos están caídos para no levantarse jamás? No por cierto. Pero su caída ha venido a ser una ocasión de salud para los gentiles, a fin de que el ejemplo de los gentiles les excite la emulación para imitar su fe.

12. Que si su delito ha venido a ser la riqueza del mundo, y el menoscabo de ellos el tesoro o riqueza de las naciones, ¿cuánto más lo será su plenitud, o futura restauración?

13. Con vosotros hablo, ioh gentiles! Ya que soy el apóstol de las gentes, he de honrar mi ministerio,

14. para ver también si de algún modo puedo provocar a una santa emulación a los de mi linaje, y logro la salvación de alguno de ellos.

15. Porque si el haber sido ellos desechados ha sido ocasión de la reconciliación del mundo*, ¿qué será su restablecimiento o conversión, sino resurrección de muerte a vida?

16. Porque si las primicias de los judíos son santas, esto es, los patriarcas, lo es también la masa o el cuerpo de la nación; y si es santa la raíz, también las ramas.

17. Que si algunas de las ramas han sido cortadas, y si tú, ioh pueblo gentil!, que no eres más que un acebuche, has sido injertado en lugar de ellas, y hecho participante de la savia o jugo que sube de la raíz del olivo,

18. no tienes de qué gloriarte contra las ramas naturales. Y si te glorías, sábetete que no sustentas tú a la raíz, sino la raíz a ti.

19. Pero las ramas, dirás tú, han sido cortadas para ser yo injertado en su lugar.

20. Bien está, por su incredulidad fueron cortadas. Tú estás ahora firme en el árbol, por medio de la fe; mas no te engrías, antes bien vive con temor.

21. Porque si Dios no perdonó a las ramas naturales, o a los judíos, debes temer que ni a ti tampoco te perdonará.

22. Considera, pues, la bondad y la severidad de Dios, la severidad para con aquellos que cayeron, y la bondad de Dios para contigo, si perseverares en el estado en que su bondad te ha puesto; de lo contrario, tú también serás cortado.

23. Y todavía ellos mismos si no permanecieren en la incredulidad, serán otra vez unidos a su tronco; pues poderoso es Dios para ingerirlos de nuevo.

24. Porque si tú fuiste cortado del acebuche, que es tu tronco natural, e injerto contra la naturaleza en la oliva legítima, ¿con cuánta mayor razón serán injertas en su propio tronco las ramas naturales del mismo olivo?

25. Por tanto, no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio (a fin de que no tengáis sentimientos presuntuosos de vosotros mismos) y es, que una parte de Israel ha caído en la obcecación, hasta tanto que la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia,

26. entonces se salvará todo Israel, según está escrito*: Saldrá de Sión el Libertador o Salvador, que desterrará de Jacob la impiedad;

27. y entonces tendrá efecto la alianza que he hecho con ellos, habiendo yo borrado sus pecados.

28. Es verdad que en orden a la buena nueva, son enemigos de Dios por ocasión de vosotros; mas con respecto a la elección de Dios, son muy amados por causa de sus padres los patriarcas.

29. Pues los dones y vocación de Dios son inmutables.

30. Pues así como en otro tiempo vosotros no creíais en Dios, y al presente habéis alcanzado misericordia por ocasión de la incredulidad de los judíos;

31. así también los judíos están ahora sumergidos en la incredulidad para dar lugar a la misericordia que vosotros habéis alcanzado, a fin de que a su tiempo consigan también ellos misericordia.

32. El hecho es que Dios permitió que todas las gentes quedasen envueltas en la incredulidad, para ejercitar su misericordia con todos.

33. ¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, cuán inapelables sus caminos!

34. Porque, ¿quién ha conocido los designios del Señor*? O ¿quién fue su consejero?

35. O ¿quién es el que le dio a él primero alguna cosa, para que pretenda ser por ello recompensado?

36. Todas las cosas son de él, y todas son por él, y todas existen en él; a él sea la gloria por siempre jamás. Amén.

8. Is 6, 9; Mat 13, 14.

9. Sal 69 (68), 23.

15. Hech 13, 46–47.

26. Is 59, 20.

34. Sab 9, 13; Is 40, 13; 1 Cor 2, 16.

CAPITULO 12

Reglas de perfección, conforme a los dones de Dios y a la fe de Jesucristo. La Iglesia y el amor

1. Ahora, pues, hermanos míos, os ruego encarecidamente, por la misericordia de Dios, que le ofrezcáis vuestros cuerpos como una hostia o víctima viva, santa y agradable a sus ojos, que es el culto racional que debéis ofrecerle.

2. Y no queráis conformaros con este siglo, antes bien transformaos con la renovación de vuestro espíritu; a fin de acertar qué es lo bueno, y lo más agradable, y lo perfecto que Dios quiere de vosotros.

3. Por lo que os exhorto a todos vosotros, en virtud del ministerio que por gracia se me ha dado, a que en vuestro saber o pensar, no os levantéis más alto de lo que debéis, sino que os contengáis dentro de los límites de la moderación, según la medida de fe que Dios ha repartido a cada cual.

4. Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros, mas no todos los miembros tienen un mismo oficio,

5. así nosotros, aunque seamos muchos, formamos en Cristo un solo cuerpo, siendo todos recíprocamente miembros los unos de los otros.

6. Tenemos por tanto dones diferentes, según la gracia que nos es concedida; por lo cual el que ha recibido el don de profecía, úselo siempre según la regla de la fe;

7. el que ha sido llamado al ministerio de la Iglesia, dedíquese a su ministerio; el que ha recibido el don de enseñar, aplíquese a enseñar,

8. el que ha recibido el don de exhortar, exhorte; el que reparte limosna, que la dé con sencillez; el que preside o gobierna, sea con vigilancia; el que hace obras de misericordia, hágalas con apacibilidad y alegría.

9. El amor sea sin fingimiento. Tened horror al mal, y aplicaos perennemente al bien,

10. amándoos recíprocamente con ternura y caridad fraternal, procurando anticiparos unos a otros en las señales de honor y de deferencia.

11. No seáis flojos en cumplir vuestro deber; sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es a quien servís.

12. Alegraos con la esperanza del premio; sed pacientes en la tribulación; en la oración continuos;

13. caritativos para aliviar las necesidades de los santos, o fieles; pronto a ejercer la hospitalidad.

14. Bendecid a los que os persiguen; bendecidlos, y no los maldigáis.

15. Alegraos con los que se alegran y llorad con los que lloran.

16. Estad siempre unidos en unos mismos sentimientos y deseos, no buscando cosas altas, sino acomodándoos a lo que sea más humilde. No queráis teneros dentro de vosotros mismos por sabios o prudentes.

17. A nadie volváis mal por mal, procurando obrar bien no sólo delante de Dios sino también delante de todos los hombres.

18. Vivid en paz si se puede, y cuanto esté de vuestra parte con todos los hombres.

19. No os venguéis vosotros mismos, queridos míos, sino dad lugar a que se pase la cólera; pues está escrito*: A mí toca la venganza; yo haré justicia, dice el Señor.

20. Antes bien si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que con hacer eso, amontonarás ascuas encendidas sobre su cabeza.

21. No te dejes vencer del mal, o del deseo de venganza, mas procura vencer al mal con el bien, o a fuerza de beneficios.

19. Eclo 28, 1-2; Mat 5, 39.

CAPITULO 13

El amor del prójimo es el compendio de la ley. Imitación de Jesucristo

1. Toda persona esté sujeta a las potestades superiores: Porque no hay potestad que no provenga de Dios; y Dios es el que ha establecido las que hay en el mundo.

2. Por lo cual quien desobedece a las potestades, a la ordenación o voluntad de Dios desobedece. Por consiguiente, los que tal hacen, ellos mismos se acarrean la condenación.

3. Mas los príncipes o magistrados no son de temer por las buenas obras que se hagan, sino por las malas. ¿Quieres tú no tener que temer nada de aquel que tiene el poder? Pues obra bien; y merecerás de él alabanza:

4. Porque el príncipe es un ministro de Dios puesto para tu bien. Pero si obras mal, tiembla; porque no en vano se ciñe la espada, siendo como es ministro de Dios, para ejercer su justicia castigando al que obra mal.

5. Por tanto, es necesario que le estéis sujetos, no sólo por temor del castigo, sino también por obligación de conciencia.

6. Por esta misma razón les pagáis los tributos; porque son ministros de Dios, a quien en esto mismo sirven.

7. Pagad, pues, a todos lo que se les debe; al que se debe tributo, el tributo; al que impuesto, el impuesto; al que temor, temor; al que honra, honra.

8. No tengáis otra deuda con nadie, que la del amor que os debéis siempre unos a otros; puesto que quien ama al prójimo, tiene cumplida la ley.

9. En efecto, estos mandamientos de Dios: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no codiciarás nada de los bienes de tu prójimo, y cualquier otro que haya, están recopilados en esta expresión: Amarás a tu prójimo como a ti mismo*.

10. El amor que se tiene al prójimo no sufre que se le haga daño alguno. Y así el amor es el cumplimiento de la ley.

11. Cumplamos, pues, con él, y tanto más que sabemos que el tiempo insta, y que ya es hora de despertarnos de nuestro largo letargo. Pues estamos más cerca de nuestra salud, que cuando recibimos la fe.

12. La noche está ya muy avanzada, y va a llegar el día de la eternidad. Dejemos, pues, las sobras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz.

13. Andemos con decencia y honestidad, como se suele andar durante el día; no en comilonas y borracheras, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y envidias;

14. mas revestíos de nuestro Señor Jesucristo, y no busquéis cómo contentar los antojos de vuestra sensualidad.

9. Lev 19, 18; Mat 22, 29.

CAPITULO 14

Los fuertes en la fe deben soportar a los débiles. Dios es el juez de todos

1. Tratad con caridad al que todavía es débil en la fe o poco instruido en ella, sin andar con él en disputas de opiniones.

2. Porque tal hay que tiene por lícito el comer de todo, mientras el débil no comerá sino legumbres, o verduras.

3. El que de todo come, no desprecie ni condene al que no se atreve a comer de todo; y el que no come de todo, no se meta en juzgar al que come; pues Dios le ha recibido por suyo o en su Iglesia.

4. ¿Quién eres tú para juzgar al que es siervo de otro? Si cae, o si se mantiene firme, esto pertenece a su amo; pero firme se mantendrá, pues poderoso es Dios para sostenerlo.

5. Del mismo modo también uno hace diferencia entre día y día, al paso que otro tiene todos los días por iguales, cada uno obre según le dicte su recta conciencia.

6. El que hace distinción de días, la hace para agradar al Señor. Y el que come de todo para agradar al Señor come, pues da gracias a Dios. Y el que se abstiene de ciertas viandas, por respeto al Señor lo hace; y así es que da gracias a Dios.

7. Como quiera que ninguno de nosotros vive para sí, y ninguno de nosotros muere para sí.

8. Que como somos de Dios, si vivimos, para el Señor vivimos, y si morimos para el Señor morimos. Ora, pues, vivamos, ora muramos, del Señor somos.

9. Porque a este fin murió Cristo, y resucitó, para redimirnos y adquirir un soberano dominio sobre vivos y muertos.

10. Ahora bien, ¿por qué tú que sigues todavía la ley condenas a tu hermano?; o ¿por qué tú que no la sigues desprecias a tu hermano que aún la guarda? No le juzgues, porque todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo.

11. Pues escrito está*: Yo juro por mí mismo, dice el Señor, que ante mí se doblará toda rodilla, y que toda lengua o nación ha de confesar que soy Dios.

12. Así que cada uno de nosotros ha de dar cuenta a Dios de sí mismo.

13. No nos juzguemos, pues, ya más unos a otros; pensad sí, y poned cuidado en no causar tropiezo o escándalo al hermano.

14. Yo bien sé, y estoy seguro según la doctrina del Señor Jesús, que ninguna cosa es de suyo inmunda, sino que viene a ser inmunda para aquel que por tal la tiene.

15. Mas si por lo que comes, tu hermano se entristece y escandaliza, ya tu proceder no es conforme a caridad. No quieras por tu manjar perder a aquel por quien Cristo murió.

16. No se dé, pues, ocasión a que se blasfeme de nuestro bien.

17. Que no consiste el reino de Dios en comer, ni en beber esto o aquello, sino en la justicia, en la paz y en el gozo del Espíritu Santo.

18. Pues el que así sirve a Cristo, agrada a Dios, y tiene la aprobación de los hombres.

19. En suma, procuremos las cosas que contribuyen a la paz, y observemos las que pueden servir a nuestra mutua edificación.

20. No quieras por un manjar destruir la obra de Dios, escandalizando al prójimo. Es verdad que todas las viandas son limpias; pero hace mal el hombre al comer de ellas con escándalo de los otros.

21. Y al contrario, hace bien en no comer carne, y en no beber vino, ni en tomar otra cosa por la cual su hermano se ofende, o se escandaliza, o se debilita en la fe.

22. ¿Tienes tú una fe ilustrada*?; tenla para contigo delante de Dios y obra según ella. Dichoso aquel que no es condenado por su misma conciencia en lo que resuelve.

23. Pero aquel que hace distinción de viandas, si come contra su conciencia, es condenado por ella misma, porque no obra de buena fe. Y todo lo que no es según la fe o dictamen de la conciencia, pecado es.

11. Is 45, 24.

22. De que ya no obligan las observancias de la ley antigua.

CAPITULO 15

Pablo concluye su exhortación a los romanos. Acepta a tu prójimo y no a ti mismo

1. Y así nosotros, como más fuertes en la fe, debemos soportar las flaquezas de los menos firmes y no dejarnos llevar de una vana complacencia por nosotros mismos.

2. Al contrario, cada uno de vosotros procure dar gusto a su prójimo en lo que es bueno y pueda edificarle.

3. Considere que Cristo no buscó su propia satisfacción, antes bien, como está escrito*, decía a su Padre: Los oprobios de los que te ultrajaban vinieron a descargar sobre mí.

4. Porque todas las cosas que han sido escritas en los libros santos, para nuestra enseñanza se han escrito, a fin de que mediante la paciencia y el consuelo que se saca de las Escrituras, mantengamos firme la esperanza.

5. Quiera el Dios de la paciencia y de la consolación haceros la gracia de estar siempre unidos mutuamente en sentimientos y afectos según el espíritu de Jesucristo,

6. a fin de que no teniendo sino un mismo corazón y una misma boca, glorifiquéis unánimes a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo.

7. Por tanto, soportaos recíprocamente, así como Cristo os ha soportado y acogido con amor a vosotros para gloria de Dios.

8. Digo, pues, que Jesucristo fue ministro, o predicador de la buena nueva, para con los de la circuncisión, a fin de que fuese reconocida la veracidad de Dios, en el cumplimiento de las promesas que él había hecho a los padres.

9. Mas los gentiles deben alabar a Dios por su misericordia, según está escrito*: Por eso publicaré, ¡oh Señor!, entre las naciones tus alabanzas, y cantaré salmos a la gloria de tu Nombre.

10. Y en otro lugar: Alegraos, naciones, en compañía de los judíos que son su pueblo.

11. Y en otra parte*: Alabad todas las gentes al Señor, y ensalzadle los pueblos todos.

12. Así mismo dice Isaías: De la estirpe de Jesé nacerá aquel que ha de gobernar las naciones, y las naciones esperarán en él*.

13. El Dios de la esperanza nuestra os colme de toda suerte de gozo y de paz en vuestra creencia, para que crezca vuestra esperanza siempre más y más, por la virtud del Espíritu Santo.

14. Por lo que hace a mí estoy bien persuadido, hermanos míos, de que estáis llenos de caridad, y de que tenéis todas las luces necesarias para instruiros los unos a los otros.

15. Con todo os he escrito esto, ¡oh hermanos!, y quizá con alguna más libertad, sólo para recordaros lo mismo que ya sabéis, según la gracia que me ha hecho Dios,

16. de ser ministro de Jesucristo entre las naciones; para ejercer el sacerdocio de la buena nueva de Dios, a fin de que la oblación de los gentiles le sea grata, estando santificada por el Espíritu Santo.

17. Con razón, pues, me puedo gloriarse en Jesucristo del suceso que ha tenido la obra de Dios.

18. Porque no me atreveré a tomar en boca, sino lo que Jesucristo ha hecho por medio de mí para reducir a su obediencia a los gentiles, con la palabra y con las obras,

19. con la eficacia de los milagros y prodigios, y con la virtud del Espíritu Santo; de manera que desde Jerusalén, girando a todas partes hasta el Ilírico, lo he llenado todo de la buena nueva de Cristo.

20. Por lo demás, al cumplir con mi ministerio, he tenido cuidado de no predicar la buena nueva en los lugares en que era ya conocido el nombre de Cristo, por no edificar sobre fundamento de otro, verificando de esta manera lo que dice la Escritura*:

21. Aquellos que no tuvieron nuevas de él, le verán; y los que no le han oído, le entenderán, o conocerán.

22. Esta es la causa que me ha impedido muchas veces el ir a visitaros, y que hasta aquí me ha detenido.

23. Pero ahora no teniendo ya motivo para detenerme más en estos países, y deseando, muchos años hace, ir a veros,

24. cuando emprenda mi viaje para España espero pasar visitaros, y ser encaminado por vosotros a aquella tierra, después de haber gozado algún tanto de vuestra compañía.

25. Ahora estoy de partida para Jerusalén, en servicio de los santos.

26. Porque la Macedonia y la Acaya han tenido a bien hacer una colecta para socorrer a los pobres de entre los santos o fieles de Jerusalén.

27. Así les ha parecido, y a la verdad obligación les tienen. Porque si los gentiles han sido hechos participantes de los bienes espirituales de los judíos, deben también aquéllos hacer participar a éstos de sus bienes temporales.

28. Cumplido, pues, este encargo, y habiéndoles entregado este fruto de la caridad, dirigiré por ahí mi camino a España.

29. Y sé de cierto que llegando a vosotros, mi llegada será acompañada de una abundante bendición y dones de la buena nueva de Cristo.

30. Entretanto, hermanos, os suplico por nuestro Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudéis con las oraciones que hagáis a Dios por mí,

31. para que sea librado de los judíos incrédulos, que hay en Judea, y la ofrenda de mi ministerio, o la limosna que llevo, sea bien recibida de los santos en Jerusalén,

32. a fin de que de esta manera pueda ir con alegría veros, si es la voluntad de Dios, y descansar, y recrearme con vosotros.

33. Entretanto el Dios de la paz sea con todos vosotros. Amén.

3. Sal 69 (68), 10.

9. 2 Sam 22, 50; Sal 18 (17), 50.

11. Sal 117 (116), 1.

12. Se puede traducir Florecerá la raíz de Jesé y saldrá un retoño que se levantará para regir las naciones, y las naciones esperarán en él. Is 11, 10.

20. Is 52, 15.

CAPITULO 16

Encomiendas y saludos de Pablo a los fieles residentes en Roma. Alabanza final

1. Os recomiendo nuestra hermana Febe, la cual está dedicada al servicio de la iglesia de Cencrea*,

2. para que la recibáis por amor del Señor, como deben recibirse los santos, o fieles, y le deis favor en cualquier negocio que necesitare de vosotros; pues ella lo ha hecho así con muchos, y en particular conmigo.

3. Saludad de mi parte a Prisca y a Aquila, que trabajaron conmigo en servicio de Jesucristo

4. (y los cuales por salvar mi vida expusieron sus cabezas, por lo que no solamente yo me reconozco agradecido, sino también las iglesias todas de los gentiles);

5. y salud a ellos a la Iglesia de su casa. Salud a mi querido Epéneto, primicia, o primer fruto, de Cristo en Asia.

6. Salud a María, la cual ha trabajado mucho entre vosotros.

7. Salud a Andrónico y a Junia, mis parientes y compañeros de cautiverio, que son ilustres entre los apóstoles, o ministros de la buena nueva y los cuales creyeron en Cristo antes que yo.

8. Salud a Ampliato, a quien amo entrañablemente en el Señor.

9. Salud a Urbano, coadjutor nuestro en Cristo Jesús, y a mi amado Estaquis.

10. Salud a Apeles, probado y fiel servidor de Jesucristo.

11. Salud a los de la familia de Aristóbolo. Salud a Herodión, mi pariente. Salud a los de casa de Narciso, que creen en el Señor.

12. Salud a Trifena y a Trifosa, las cuales trabajan para el servicio del Señor. Salud a nuestra carísima Pérsida, la cual asimismo ha trabajado mucho por el Señor.

13. Salud a Rufo, escogido del Señor, y a su madre, que también lo es mía en el amor.

14. Salud a Asíncrito, a Flegonte, a Hermas, a Patrobas, a Hermes y a los hermanos que viven con ellos.

15. Salud a Filólogo, y a Julia, a Nereo y su hermana, y a Olimpíade, y a todos los santos, o fieles, que están con ellos.

16. Saludaos unos a otros con el ósculo santo de la caridad. A vosotros os saludan todas las iglesias de Cristo.

17. Y os ruego, hermanos, que os recatéis de aquellos que causan entre vosotros divisiones y escándalos, enseñando contra la doctrina que vosotros habéis aprendido; y evitad su compañía;

18. pues los tales no sirven a Cristo Señor nuestro, sino a su propia sensualidad, y con palabras melosas y con adulaciones seducen los corazones de los sencillos.

19. Vuestra obediencia a la fe se ha hecho célebre por todas partes, de lo cual me congratulo con vosotros. Pero deseo que seáis sabios, o sagaces, en orden al bien, y sencillos como niños en cuanto al mal.

20. El Dios de la paz quebrante y abata presto a Satanás debajo de vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros.

21. Os saluda Timoteo, mi coadjutor; y Lucio y Jasón y Sosípatro, mis parientes.

22. Os saludo en el Señor yo, Tercio, que he sido el amanuense en esta carta.

23. Os saluda Cayo, mi huésped, y la Iglesia toda. Os saluda Erasto, el tesorero de la ciudad, y nuestro hermano Cuarto.

24. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con todos vosotros. Amén.

25. Gloria a aquel que es poderoso para fortalecernos en mi buena nueva y en la doctrina de Jesucristo que yo predico, según la revelación del misterio de la redención; misterio que después de haber permanecido oculto en todos los siglos pasados,

26. acaba de ser descubierto por los oráculos de los profetas, conforme al decreto del Dios eterno, y ha venido a noticia de todos los pueblos, para que obedezcan a la fe;

27. a Dios, digo, que es el solo sabio, a él la honra y la gloria por Jesucristo en los siglos de los siglos. Amén.

1. Puerto en el arrabal de Corinto.

LECCIONES:

2-1-48

Lecciones de la Epístola de San Pablo a los Romanos:

Cap. 1º, v. 3 y 4. "...acerca de su Hijo que le nació, según la carne, del linaje de David; declarado Hijo de Dios por propia virtud, según el espíritu de santificación, y por la resurrección de la muerte".

Dice el Autor Ss:

"Declarado Hijo de Dios *por propia virtud*" ¿Cuál? ¿Una? ¿Muchas? ¿De qué naturaleza? Yo te lo diré.

Primero. De naturaleza divina.

El Hijo del Padre es Dios como el Padre, y el haber tomado carne humana no destruyó ni tampoco interrumpió la unión con el Padre, del que el Hijo se genera, y en el Cual el Padre se complace. Y no sólo esto, sino que el Hijo de Dios no cesa de ser Dios por haber asumido la naturaleza del hombre. Generado por el Padre Dios mediante la expansión natural del Amor perfecto, que por su naturaleza tiene necesidad de amar, y que por su dignidad tiene necesidad de amar una perfección igual a la suya, infinita – pues todo otro amor de Dios, exceptuado aquel profesado a la Beatísima, es benignidad de Dios – Él sólo, con el amor del Hijo y de Hijo de Dios, satisface a Dios con un amor digno de Él.

Me adelanto a tu objeción diciéndote: Amando a María, Dios se ama a Sí mismo, porque Él la ha formado, por un pensamiento de Gracia, llena de Gracia, para que diera a luz la Gracia al mundo. María puede llamarse: "*el seno de Dios*", porque ha dado a luz al Hijo de Dios, la Gracia de la cual estaba llena, y ha dado un Hombre, sobre la tierra, digno del Amor Paterno. zzz

Como circular estanque, en el cual las aguas DEFLUISCONO sin jamás ir a la FOCE, así María, agua purísima de fuente sellada¹ brotó del ardor incandescente del Pensamiento eterno y discurrió por márgenes de paz portando consigo paz y pureza y reentró en Dios para acogerle y engendrar al Hijo de Dios; y retorno por entre arenales áridos para proporcionar a los desiertos de los corazones de la Luz, la Verdad y la Vida; y, una vez cumplida su misión, tornó de nuevo, como agua aspirada por el sol, al místico seno que os

la alumbró para que Ella diese a luz para vosotros la Salvación. Y allí está: Fuente inviolada de pureza, único espejo digno de la Perfección que alivia cuanto supone ofensa mirando a la Inmaculada.

Porque háyase hecho Hombre, no deja el Verbo de ser Dios. La Humanidad asumida no es en menoscabo de la Divinidad, Naturaleza suya eterna, antes, sin perder su naturaleza, es elevada la Humanidad a la perfección de unión con la Divinidad, como se acredita con los prodigios obrados por Cristo. El Padre siempre con el Hijo. El Hijo siempre como el Padre, ya que la Divinidad no puede partirse o mudar su naturaleza por división *aparente* y aniquilamiento en una naturaleza inferior a la divina.

Jesucristo es pues Hijo de Dios por la Naturaleza divina del Verbo engendrado del Padre, habiéndose encarnado por obra del Espíritu Santo² para la salvación de la humanidad.

Mas – de una segunda manera – se ha declarado también Hijo de Dios por naturaleza humana, *virtuosa en grado perfecto*.

Jesucristo, el Hijo que le nació al Padre de la estirpe de David, ³gozaba, lo mismo como Dios que como hombre, de libre voluntad y esta libertad de su voluntad la declaran sus actos, realizados como Él quería, cuando quería y sobre quien quería. Ni elementos⁴ ni criatura alguna podían oponerse a su voluntad, perfecta con la libertad propia de Dios.

No podían. Sólo una vez pudieron y fue entonces porque el Hijo de Dios no prevaricó, no abusó del poder de esta su libre voluntad para rehuir la muerte de cruz.⁵ De haberlo hecho, habría cometido hurto, abuso, prevaricación de su infinito poder de Hijo de Dios. Y, nuevo Lucifer rebelde,⁶ habría llegado a superar al mismo Lucifer.

Pero cristo nunca fue rebelde. Nada, aún la natural repugnancia al suplicio le hizo ser tal, puesto que sobre su voluntad libre estaba la Voluntad del Padre, y así el Perfectísimo Hijo divino, igual por su Naturaleza al Padre, no se prevaleció de ello, antes con amor reverencial

¹

² Lucas 1, 35

³ Mateo 9, 27

⁴ Lucas 8, 22; Mateo 8, 23; Marcos 4, 35-41

⁵ Mateo 26, 36-46; Marcos 14, 32-42; Lucas 22, 39-46; Juan 14, 10-15

⁶ Isaías 14, 10-15

dijo siempre a Aquel que le había engendrado: “Hágase tu Voluntad”,⁷ y, manso y obediente, ofreció sus manos a las ligaduras para ser arrastrado al sacrificio.⁸

Tuvo pues voluntad libre; pero usó de ella para ser perfecto como hombre lo mismo que lo era como Dios.

Suele decirse: “No podía pecar”. Tal frase sería exacta si Cristo hubiera sido Dios tan sólo. Dios, al ser la misma perfección, no puede pecar. Mas su segunda naturaleza se halla sujeta a tentaciones⁹ y las tentaciones, si no se les rechaza, vienen a ser un medio para pecar. Las más duras tentaciones se desencadenaron contra el Hombre. Todo el odio, el rencor, el miedo, la envidia del Infierno y de los hombres en contra de Él, contra el Fuerte al que advirtieron Vencedor por más que tuviera mansedumbre de cordero.¹⁰

Ahora bien, Jesús *no quiso* pecar. Tributad al Fuerte el Justo reconocimiento de su Fortaleza. *No pecó porque no quiso pecar*. Y también por esta su perfección de justicia en contra de todas las insidia y eventos, Él ha declarado ser Hijo de Dios.

¿No se os dijo también a vosotros: “Sois dioses e hijos del Altísimo?”¹¹ Él lo fue porque en su Humanidad igual a la vuestra, fue Dios e Hijo del Altísimo por la santidad de todos sus actos.

Hombres, os dice la Sabiduría que la declaración de la filiación divina en Jesús, nacido de María de la estirpe de David, se manifiesta, no sólo por la palabra del Padre, por los milagros, por sus enseñanzas de Maestro y por su resurrección, sino también por este su Señorío sobre las pasiones humanas y las tentaciones que acometieron al Hombre, Santo por su naturaleza divina, verdadero Primogénito¹² de la familia eterna de los hijos de Dios, coherederos del Reino de los Cielos.¹³

Se declaró, en fin, Hijo de Dios por su espontánea resurrección. Dios: Él mismo: Dios—Hombre, muerto por los hombres para la salvación de estos, consumado el sacrificio, dada la prueba *segura* de haber quedado muerto, se infundió de nuevo la vida¹⁴ y Él mismo, sin

⁷ Mateo 26, 39; Marcos 14, 36; Lucas 22, 42

⁸ Isaías del 52, 13 al 53, 12

⁹ Mateo 4, 1-11; Marcos 1, 12-13; Lucas 4, 1-13

¹⁰ Isaías 53, 7; Mateo 11, 29; Juan 1, 29

¹¹ Salmo 82 (Vulgata 61), 6

¹² Colosenses 1, 15; Apocalipsis 1, 4-5

¹³ Romanos 8, 14-17; Gálatas 4, 1-7

¹⁴ Juan 10, 17-18

esperas ni juicio, glorificó igualmente su Cuerpo vencedor de todas las miserias consiguientes al pecado original primero.”

Mientras habla la Voz divina, pienso yo: “Dirán que ya fue dicho todo esto”. Y dice la voz divina:

“Es verdad. Y los doctos que, por estar harto convencidos de serlo, hurgan entre las perlas sin número con que Dios te ha regalado para adornarte con ellas, anotarán una vez más estas palabras, las confrontarán y las desmenuzarán al modo que los médicos indagan los secretos de la naturaleza y los de la vida y muerte de los hombres.

Mas tú, no. No rememores ni catalogues. Siempre es nuevo y hermoso para ti. Eres el niño sencillo, pletórico de amor y de fe, y Yo hablo para ti, para ti sola.

¿Qué mejor y más apacible compañía para encaminarte al Reino de la Vida y trasponer sus umbrales que mis lecciones extraídas de las cartas de aquel que predicó a Cristo aún después de su muerte con el triple brote de las tres fuentes en el lugar donde ahora ha surgido un manantial de milagros por la misericordia de María¹⁵ que es la llave con que se abren las misericordias divinas?”

* * * *

4-1-48

Dice el Autor Santísimo:

“”El justo vive de la fe”¹ (A los Romanos c.1, v.17)

Al citar estas palabras el Apóstol, orgulloso un tiempo de su ciencia rabínica, se hace “niño”, es decir, humilde y sencillo,² y confiesa e, incluso, profesa: “Yo no me avergüenzo del Evangelio, virtud de Dios para la salvación de todos los creyentes... En él, en efecto, se manifiesta la justicia de Dios que proviene de la fe y tiende a la fe”.³

¹⁵ Alusión al martirio de San Pablo que fue decapitado en roma el año 67 y cuya cabeza, al dar tres botes, habría hecho surgir tres fuentes de agua. En ese mismo lugar, conocido precisamente con el nombre de las “Tres Fuentes”, se apareció nuestra Señora en 1947

¹ Habacuc 2,4

² Mateo 11,25-30; 18, 1-4; Marcos 10, 13-15:Lucas 10. 21-22

³ Romanos 1, 16-17

Hubo un tiempo en que Pablo, aún más que avergonzarse de creer por su cuenta en el Evangelio, se avergonzaba de Él como de una ignominia lanzada entre las inspiradas o doctas palabras de la sabiduría de Israel. Y, el objeto de borrar aquella ignominia impresa en las mentes de los secuaces del Nazareno, les perseguía apagando de consumo palabras evangélicas y vidas, creyendo así vencer. Mas la Palabras eterna a la que fuerza alguna humana ni diabólica puede hacer callar, le aterró en el camino de Damasco preguntándole: “¿Por qué Me persigues?”⁴

Aquellos que ahogan las pequeñas voces, los que oprimen a quienes hablan en nombre de Dios, y ellos, los doctos de ahora, saben cómo se les llamaba en el Antiguo Testamento⁵ y cual sea su misión –pues ellos son y siempre serán, hasta el fin de los tiempos, como heraldos de Dios entre las turbas ciegas– deberían meditar mucho y aprender de aquel “Me persigues” a temer perseguir al Verbo y temblar de hacerlo.

Dios vive en su instrumento. Vive, no de un modo corriente sino, de una manera extraordinaria. La personalidad humana no es más que el velo que guarda al Santo de los Santos⁶ que está operando, ya que Dios, tras el velo, nunca está inerte en su trono.

Cuando las feroces huestes de los caldeos, una vez vencidos los israelitas de manera absoluta en su corte, dieron fuego a la casa de Dios y se llevaron las riquezas y cosas santas del templo;⁷ cuando las potentes legiones romanas destruyeron para siempre, conforme a la profecía de Jesucristo,⁸ el templo sobre el Moria; ¿contra quien, de verdad, se lanzaron? ¿Contra el edificio, contra los sacerdotes, contra los útiles del Templo o bien contra ese Ente inmaterial que, en la mente de los Israelitas lo llenaba de Sí?⁹

Digo “en la mente de los israelitas” porque, a partir de la hora nona de aquel Parasceve, abismo de Misericordia y de Delito, el Espíritu de Dios había abandonado¹⁰ el Santo de los Santos y, aun a las horas de incienso,¹¹ se hallaba vacía la gloria del Tabernáculo. Mas todavía subsistía la Idea. Y esa Idea lo era todo para Israel.

⁴ Hechos 9, 4; 22, 7; 26, 14

⁵ Mateo 23, 1-12

⁶ Éxodo 25-27; 33, 7-11; del 35, 8 al 38, 31; del 39, 33 al 40, 38; Números 9, 15-23

⁷ 2º Reyes (Vulgata: 4º Reyes) del 24, 18 al 25, 21

⁸ Mateo 23, 37-39; Lucas 13, 34-35

⁹ Éxodo 40, 34-35; 1º Reyes 8, 10-13

¹⁰ Mateo 27, 45-54; Marcos 15, 33-39; Lucas 23, 44-47; Juan 19, 28-30

¹¹ Éxodo 30, 1-10

¿Contra quién fue la persecución del enemigo? ¿Contra los hombres y la piedras o contra la Idea? Contra la Idea. Para herir al pueblo, hirió la Idea. Y así lo destruyó y lo dispersó.

¡Oh míseros, míseros hombres superficiales! Que, por más que seáis católicos practicantes, sois tan tibios para la Idea, para el Cristianismo y para la Iglesia que son los que constituyen la Idea que proporciona fuerza, poder, cohesión, victoria, salvación contra los ejércitos humanos y extrahumanos de los servidores del Dragón,¹² medita en esta gran lección que se desprende de los ejemplos de la historia: Cuando la inercia, el pecado o el asentimiento a doctrinas satánicas hacen que los enemigos de Dios y de las almas asalten, destruyan, desbaraten la única Idea santa, verdadera y eterna –Dios– en aquello que lo pregona y representa, todo, digo *todo*, viene a desbaratarse y destruirse, aún aquello que no querríais que lo fuese: vuestro bien personal egoísta, el patrimonio familiar, la tranquilidad y, a las veces, la misma familia.

¡Levantad, cristianos! Un día, a Jesús que dormía, le gritaron: “Despierta, Maestro, que perecemos”.¹³ Pero ahora es Dios el que os grita: “Despertad, cristianos, pues si no os despertáis, pereceréis. La tormenta la tenéis encima”. Para agruparlo en la defensa de la religión y de la patria se le decía al Israel antiguo: “¡A tus tiendas Israel!”¹⁴ Os grito Yo a vosotros: ¡A tus tabernáculos, pueblo cristiano! ¡A tu fe! ¡A tu Señor Jesucristo! ¡A la vencedora de Satanás! ¡Levántate! Vuelve a encender la luz y el fuego de la fe y de la caridad; despójate de esos vestidos por demás carnales que te hacen orgulloso e indolente, y revístete de justicia”.¹⁵

Tú, tú sólo has de salvarte. En tu voluntad radica tu victoria. Dios te observa, mas no es su Voluntad la que te salva. ¡Tantas veces lo intentó...!; mas tú, de la victoria de la salvación has hecho escalón por el qué descender a las tinieblas, al hielo y al vicio. Lo dije ya al comienzo de la labor del pequeño Juan.¹⁶ Os habéis reído, burlado e increpado a la pequeña voz que os repetía mis palabras, muchas de las cuales, por ser divinas, han tenido ya cumplimiento.

¹² Daniel 7; Apocalipsis 12-13

¹³ Mateo 8, 23-27; Marcos 4, 35-41; Lucas 8, 22-25

¹⁴ 2º Samuel (Vulgata: 2º Reyes) 20, 1 1º Reyes (Vulgata: 3º Reyes) 12, 16

¹⁵ Efesios 6, 10, 20

¹⁶ Apelativo dado a María Valtorta que, por su espiritualidad e índole de su misión, se asemeja al grande Juan, apóstol y evangelista

No os riáis, no os burléis, no denigréis estas, pues, al defender la Idea divina, la Iglesia y la Fe, os defendéis a vosotros mismos, defendéis vuestra tranquilidad y vuestro bienestar. Lo que Satanás y sus secuaces pretenden es atacar a la Iglesia y a la Fe, es decir, al corazón y a la sangre y al aliento que mantienen viva vuestra misma vida, dolorosa, es cierto, penosa, también, Mas si triunfase Satanás en un mundo ya sin Dios, tres veces iay de vosotros!

¡Nada sabéis! No alzo el velo tendido sobre ese horror que ya es actual y cierra filas para lanzarse al asalto. Os apunto a lo alto: el Cielo, Dios; os indico el corazón de la Cristiandad: La Roma Vaticana; os señale el tabernáculo. Defendedlos si queréis estar defendidos, y medita bien mis palabras.

Y, sobre todo, no seáis de aquellos que se aprestan a perseguir a Dios en su Idea, en la Iglesia Romana, en la Fe, al perseguir a Jesucristo en sus pequeñas voces. No persigáis a Jesucristo, os repito, porque Él, al perseguir vosotros a sus instrumentos, os dice con su divina y justa sinceridad: “¿Por qué *me* perseguís?”

Sí. Le perseguís en éstos a los que no dejáis en paz. Sí. Le perseguís en éstos porque negáis que sea el Verbo el que habla en ellos, que lo sea el Espíritu Santo que es siempre autor de toda enseñanza divina.

Imitad a Pablo en el segundo periodo de su vida mortal, pues sabéis imitarle cuando aún era Saulo de Tarso, de la tribu de Benjamín, fariseo y perseguidor de los cristianos.¹⁷ Y vosotros, rabinos noveles, no os avergoncéis de aprender cosas de fe y de sabiduría, que al presente ignoráis, y de aprenderlas de una pequeña voz.

Comparado con el rico, poderoso e imponente Gamaliel,¹⁸ semejante a un rey en su opulencia y para los cortesanos, libro viviente de la sabiduría de Israel, el humilde Maestro de Nazaret debía parecerle harto despreciable a Saulo de Tarso, desconocedor de su condición social, de su método de enseñanza y de su género de vida. Más cuando las escamas del fariseísmo cayeron,¹⁹ no de las pupilas de sus ojos sino de su espíritu, y con perseverante estudio penetró en la sabiduría del Evangelio, “virtud de Dios para la

¹⁷ Filipenses 3, 4-6

¹⁸ Hechos 5, 34-42, 22, 1-5

¹⁹ Hechos 9, 18

salvación de los creyentes”,²⁰ Pablo reconoció que en el Evangelio “se manifiesta la justicia que deriva de la fe y que tiende a la fe”.

Esta justicia, hecha luminosa y comprensible por bondad de la misma Palabra de Dios que se compadece de vosotros, viene a manifestarse en el don que la pequeña voz os ha proporcionado en nuestro nombre.

Los justos aman. El amor es luz. La luz hace posible la visión. Los justos creen y tienen sed ardiente de creer cada vez más. Comprenden que el conocimiento es una ayuda poderosísima para creer. Sienten que el creer es vida por ser caridad y que la caridad es vida por ser Dios, el Viviente, acogido en ellos y ellos en Dios.²¹

Y he aquí cómo, a través de un largo procesos, hemos llegado a la primera proposición del dictado de hoy: “El justo vive de la fe, más sabrá vivir de la fe. Por esto dijo el divino Maestro “Si no llegáis a haceros como niños, no entraréis en el reino de los Cielos”.²² El niño sabe creer. Y por este su saber creer conoce a Dios y es merecedor de poseerlo y gozarlo eternamente por más que muera antes de llegar a ser docto cual lo sois vosotros.

Verdaderamente, el mucho saber difícilmente constituye salvación,²³ aunque no sea sino porque “a quien más se le dio más se le reclama”,²⁴ y “a quien acumuló tesoros difícilmente dejarán de asaltarlo los ladrones”.²⁵ Mas este antiguo proverbio aun no lo conocíais, ni sabéis de qué ladrones Yo hablo. Vosotros, que sois tan sabios, intentad conocerlos y así, conociéndolos, podréis defenderos de la muerte que ellos tratan de daros con sus armas.

Mas los “niños pequeñitos” se hallan libres de tales peligros. Ellos saben vivir de la fe con simplicidad. Ellos confían en el Señor, y está dicho que quien confía el Señor comprende la verdad.²⁶ Por eso ellos *comprenden* por más que no lo sepan científicamente. Comprenden: por la caridad que vive en ellos y porque tienen por maestros la Caridad y a su ángel de la guarda.

* * * *

²⁰ Romanos 1, 16

²¹ 1º Juan 4, 16

²² Mateo 18, 3; Marcos 10, 15; Lucas 18, 17

²³ 1º Corintios 8, 1

²⁴ Lucas 12, 48

²⁵ Mateo 6, 19-21; Lucas 12, 33-34

6 – 1– 48

“Al presente se manifiesta la ira de Dios desde el Cielo contra toda impiedad e injusticia de los hombres que ahogan la verdad de Dios en la injusticia”. (A los Romanos, c.1, v. 18)

Dice EL Autor Santísimo:

“En la lección precedente os invité a defender la Idea religiosa al objeto de conseguir la salvación y la paz porque, cuando un pueblo cae en la “impiedad y la injusticia” –y la impiedad mayor, la más grande injusticia es ofender a Dios, hacer chacota de la Religión, atacarla, apagarla en las mentes y desobedecerla consciente y premeditadamente en todos sus preceptos – entonces es cuando la ira de Dios se manifiesta desde el Cielo.

No son precisos rayos, cataclismos ni diluvios para que se haga manifiesta. Basta que Dios os abandone para que vosotros mismos os proporcionéis muerte, congojas y desesperación. La ira, la verdadera e inmutable ira de Dios, más que con castigos, se manifiesta con dejarlos a vosotros mismos. Cuanto vosotros llamáis manifestaciones de la ira de Dios –como son las guerras, los medios atroces de destrucción, los cataclismos, las pestes – no alcanza a ser todavía la ira inmutable y absoluta. Son reconvenciones, llamadas de un Padre ofendido pero ganoso de dar a los hijos culpables su ayuda y su perdón.

Mas cuando “la impiedad y la injusticia aniden en el corazón del 99% de la humanidad, cuando la impiedad y la injusticia de la mente como de la materia, hallan invadido todas las clases sociales y la abominación halla penetrado igualmente en la casa de Dios –en cuanto a la abominación de la desolación¹ de que habla el profeta y lo confirma el Verbo, aun no habéis acertado a dar a la palabra “desolación”, de la que está dicho que ha de ser, y será, la señal del fin, su justo significado – entonces Dios no os reprenderá con castigos paternos –que por desgracia, es justo constatarlo, salvan a pocos sino porque los más ya son servidores de Satanás – sino que *os dejará a vosotros mismos*. Se retirará. Ya no actuará hasta el momento en que un rayo de su voluntad ordene a sus ángeles abrir los siete sellos,² hacer sonar las cuatro trompetas,³ de liberar al águila de los tres ayes,⁴ y después ¡horror!,

²⁶ Sabiduría 3.9

¹ Daniel 9, 20-27; Mateo 24, 15-25; Marcos 13, 14-23

² Apocalipsis 6

³ Apocalipsis 8, 6-11

⁴ Apocalipsis 8, 13

sonará la quinta trompeta⁵ y el Judas del últimos tiempos abrirá el pozo del abismo⁶ para hacer salir de él lo que el hombre habrá querido más que a Dios.

¿Cuándo? ¿Cuándo? ¿Es ésta ya esa hora o estáis por entrar en ella? Temed, lo estáis preguntando... Pero no os arrepentís. No se os dirá el cuándo. Se halla escrito en el corazón de los actuales profetas, “mas lo que a ellos les han dicho los siete truenos se encuentra sellado y no lo dirán”.⁷

Y entonces, cual astro de paz sobre el horror y el terror de las encrespadas olas –la tierra toda agitada con mar tempestuoso y los hombres cual náufragos en medio de la tempestad, todos menos los siervos de Dios acogidos en la barca de Pedro, fieles al marinero santo – entonces despuntará la aurora de la Estrella del Mar, precursora de la Estrella Matutina en el surgir de su última aparición.⁸ En su segunda, última venida, el Cordero de Dios,⁹ el Redentor, el Santo de los santos, tendrá por precursor, no al penitente del desierto,¹⁰ salado con las maceraciones y salador de los pecadores para curar su pesantez haciéndoles prontos para acoger al Señor, sino que tendrá por precursor a nuestro Ángel, Aquel que, aun teniendo carne, fue un Serafín; Aquel en el que hicimos la morada más dulce y digna que pudimos tener, el Arca dilectísima del oro más fino que, aún ahora, Nos contiene como Nosotros la contenemos a Ella,¹¹ que trasvolará los cielos irradiando su amor para preparar al Rey de los reyes su trayectoria perfumada y real, y para preparar –para engendrar y alumbrar, en una última maternidad – el mayor número posible de gérmenes vivientes que halla y quieran ser dados a luz para el Señor.¹²

Mirad allá, al oriente de los tiempos... Por entre las sombras cada vez más densas y malditas que cubren la tierra, se dibuja un alba que más dulce no cabe. Es el tiempo de María que surge, la postrer misericordia que nuestro Amor ideó para vosotros.

Grande será la largura del camino. Obstaculizada por su eterno enemigo que, por más que sea vencido, no es por eso menos obstinado en molestarla y combatirla. Él embota las inteligencias de los hombres para que no conozcan a María; apaga su fe en Ella, produce

⁵ Apocalipsis 9, 1-12

⁶ Apocalipsis 9, 1-12

⁷ Apocalipsis 10, 1-7

⁸ Apocalipsis 2, 28; 22,16

⁹ Juan 1, 29-30

¹⁰ Mateo 3; Marcos 1, 1-11; Lucas 3, 1-22; Juan 1, 19-34

¹¹ Esta frase recibirá aclaración en la lección del 2 de febrero.

¹² Apocalipsis 12

tinieblas y lanza fango. Mas la Estrella del Mar está muy por encima de las olas contaminadas sobre las que pasará por alto sin que el fango manche la orla de su vestido. Bajará tan solo, rauda como un arcángel a escribir su sigla, junto con el signo Tau,¹³ sobre la frente de los fieles, de los salvados para el Reino eterno. Y, al contacto de la mano de la Madre de la Vida, de la fuente de Salud, penetrarán la fortaleza y la paz en sus espíritus.

Benedicid a Dios que concedió a la Estrella purísima emprender su camino para atraerlos a Dios con la dulzura de su amor, Salvadora compasiva, extrema, compensadora para las almas buenas de su cada vez más profundo alejamiento de Dios, disgustado por las culpas de los hombres.

No os parezca injusto este alejamiento de Dios. Se lee en los Macabeos¹⁴ que cuando con Antíoco Epífanes penetró la corrupción en Israel, e Israel se alejó de la Ley por haberse sometido muchos jefes de Israel, “hijos de iniquidad”, a las “naciones vecinas” hasta el punto de adoptar sus mismas perversas costumbres “vendiéndose para hacer el mal”, el santuario quedó desolado como un desierto, las solemnes festividades se trocaron en luto, los sábados en abyección y toda la gloria aniquilada. Y no sólo esto sino que fue aceptado “el culto de los ídolos”. Ello provocó la persecución de los pocos que permanecieron fieles, y la muerte, la violencia y el dolor vinieron a constituir el patrimonio de aquel pueblo que había suscitado la ira del Señor. Estableced comparaciones, medita y escoged.

Una vez más os repite Jesús en la última fiesta de los Tabernáculos: “Un poco, todavía estoy con vosotros... y después me marcho. Y entonces me buscaréis pero no me encontraréis”.¹⁵

Sí, durmientes. Os hablo a vosotros más que a los enemigos declarados. A vosotros que, si despertaseis, podríais defender la Idea y vuestro bien. A vosotros que dormís mientras los demás trabajan y os mecéis en la ilusión de que ha de estar Dios a vuestro servicio, de que Jesús ha de ser vuestro siervo y siervo tonto que, tras haber sido olvidado, no buscado ni seguido hasta el punto de haber llegado a la persuasión de dar por inútil su permanencia entre vosotros, pueda estar pronto y dispuesto a sacaros del apuro cuando lleguéis a estar a punto de veros sumergidos en él y, finalmente, aunque no para todos en el tiempo, os despertaréis.

¹³ Ezequiel 9, 4-6; Apocalipsis 7, 1-8

¹⁴ 1º Macabeos 1, 11-67 (texto griego: 10-64)

¹⁵ Juan 7, 31-34

Buscad al Salvador mientras aun está entre vosotros, antes de que el odio le aleje fuera de vuestros confines... en Efraín,¹⁶ entre aquellos pueblos que nacen a la luz mientras vosotros os hundís en las tinieblas que “ahogan la verdad, no haciéndola ver, levantando el muro de las tibiezas, de los quietismos cuando no el de la impiedad y las injusticias”.¹⁷

Digo antes de apagarse la Voz Santísima: “Oh Señor Divinísimo!, ahora que hablas con frecuencia, porque me ha dicho P.B.¹⁸ que no están convencidos de que Tú ahora, ¡oh Divinísimo!, hablas muy de cuando en cuando”.

Me responde:

“Obro como quiero. He demostrado que vengo diariamente o que no vengo por espacio de decenas de días sin que tú llenes tales vacíos con palabras tuyas. Y esto les sirve de lección. Todo lo he hecho para persuadirles. Mas sucede como está dicho: “Hemos tañido y no habéis bailado, hemos entonado cantos plañideros y no habéis llorado”.¹⁹

Ahora bien, estas páginas no son para ellos e, incluso, te ordeno que las quites de aquí y hagas con ellas un fascículo aparte que has de entregar cómo y a quiénes te he dicho. Cuanto era necesario para la aprobación de la obra de Jesús ya lo han tenido, *lo demás es un tesoro que, para tenerlo hay que merecerlo*. Y a quien lo ha merecido por haber hecho nuestro Querer para contigo con caridad perfecta y sin reclamar nada por lo hecho contigo. Y, esto aparte, hay otro motivo de providencia divina para disponerlo de este modo”.

Tan amada me siento y tan feliz por el retorno de la Virgen de Lourdes que vino ayer, (a partir de las 17, y tan... fuertemente, que me hallaba fuera de los sentidos de lo que Marta²⁰ puede dar razón), que pregunto, con relación a lo acaecido en San Paulino²¹ y con las palabras de María Santísima de ayer tarde: “Si tienen fe obraré prodigios de gracias”; y el Divinísimo responde:

¹⁶ Juan 11,54

¹⁷ Ampliación de: Romanos 1, 18

¹⁸ Debe tratarse del Padre Berti. El Padre Conrado M. Berti, de la Orden de los Siervos de María, profesor en Roma de la facultad teológica “Marianum”, había recibido de su hermano en Religión Padre Romualfo M. Miglirini el encargo de ocuparse de María Valtorta cuando éste, después de casi cuatro años de dirección espiritual de la escritora enferma, hubo de abandonar Viareggio y retirarse a Roma.

¹⁹ Mateo 11, 17; Lucas 7, 32

²⁰ Marta Diciotti, nacida en Lucca el año 1910, vivió al lado de María Valtorta a la que asistió amorosamente desde el año 1935 hasta la muerte de la escritora enferma, acaecido el 12 de octubre de 1961.

²¹ En la parroquia de María Valtorta en Viareggio en donde algunos creyeron haber notado algo extraordinario en la estatua de la Inmaculada.

En el 4° de los Reyes,²² c7, v. 19, dice aquel en cuyo brazo se apoyaba el rey: “Aunque abriese el Señor las cataratas del cielo, ¿podría nunca suceder lo que tú dices?” Te digo que hay muchos que, por más que el Señor abriese las cataratas del cielo para inundar la tierra de gracias y de milagros, seguirían diciendo: “Puede ser esto? No”.

El milagro presupone la fe. Dios da la señal. Se manifiesta. Es una continua epifanía llamando los espíritus a la fe, a la esperanza, a la caridad, a Dios. Mas a renglón seguido, os deja libres para crecer o no crecer.

Pero os digo que el río de gracias, pronto a derramarse, si el hombre le pone un dique con su incredulidad, *se vuelve para otra parte*. He aquí por qué la Beatísima pone la condición “Si tiene fe” para prometer “obrar prodigios de gracias”.

Viene la hora de la gracia; quédate a su espera. Mas si el hombre no la invita diciéndole; “Quédate con nosotros”, pasa y ya no vuelve”.

* * * *

7 – 1 – 48

Cap 1°, v. 20–22 de la Epístola a los Romanos.

Dice el Autor Santísimo:

“Los que ahogan la verdad de Dios en la injusticia se dividen en esas dos perversas categorías que son: los negadores que dicen: “No creo en Dios porque no lo veo” y los demolidores, esos necios que querrían demoler a Dios y, no pudiéndolo conseguir, resquebrajan con fatiga inmensa e inútil el monumento del testimonio de Dios y –trabaja que te trabaja – no logran hacer sino que se desprenda el polvo y el moho del mismo para que aparezca así más bello y esplendoroso. Porque, hablando con claridad, no hacen sino suscitar reacciones santas en los hombres rectos.

Estas dos categorías de desgraciados, al romper con la paz de este mundo y del otro, son, más que nada, mentirosos o dan a entender que son necios privados de razón. Porque al hombre no le es posible negar a Dios. Sólo con que se estudie a sí mismo –la armónica

²² El 4° de los Reyes es según la Vulgata que corresponde al 2° de los Reyes.

formación de su naturaleza en la que, sin choques ni disonancias, la parte animal y la espiritual se entremezclan formando un todo maravilloso – sólo con que considere esto, no puede el hombre negar la existencia de Dios diciendo: “No creo en Dios porque no lo veo”.

No vale hablar de envilecedoras descendencias para justificar el prodigio espontáneo del hombre inteligente. La evolución nunca jamás podrá comunicar a la bestia la perfección humana *visible*. Al referirme a aquellos que admiten lo espiritual, hablo sólo de perfección humana material y, por tanto, *visible*. Esta pues basta para negar la evolución de la bestia al hombre y para acreditar la creación divina.

Dios se hace visible “en sus invisibles perfecciones, en su poder eterno y en su divinidad” a la razón del hombre inteligente “mediante las obras creadas”. Todo –desde la brizna de escarcha hasta el sol, desde el mar a los volcanes, desde el gusano hasta el hombre, desde los mohos arbóreos a los secuoyas gigantescos, desde la luz a las tinieblas – habla de Dios, lo muestra en su poder divino. Por eso he dicho que aquellos que niegan a Dios, visible en todas las cosas, mienten o confiesan ser tontos.¹ Mas no, no son tontos.

Son esclavos de la Mentira, de la Soberbia y del Odio. Esto es lo que únicamente son. Porque, ciertamente, conocen que Dios existe y, con todo, lo niegan, repudian, tratan de escarnecerlo en vez de alabarlo y glorificarlo, y lo odian en lugar de estar reconocidos a los infinitos cuidados que el tiene con ellos por más que no los merezcan.

Si Dios no fuese Dios, es decir, Aquel que está por encima del odio y de la venganza; si Dios fuese como ellos, ¿les daría acaso aire, luz, sol, alimentos? No se objete diciendo que: “Lo da para los buenos y, por estos, gozan todos de ello. No puede hacer que mueran los buenos por privar a los malos del aire, de la luz, del sol y del alimento”. Y ¿quién lo podría impedir? Todo le es posible a Dios. Mas Él es quien hace descender los rayos del sol sobre los buenos y los malos,² sobre los buenos para acariciarles y sobre los malos para advertirles, dándoles tiempo a convertirse. Porque Dios es paciente y su venganza es el perdón otorgado 70 veces 7³ y 700 veces 7. Mientras hay vida en el hombre Él es longánimo. Después juzga y su juicio es inapelable.

La suya es la última palabra y tal que hasta el más pertinazmente desvariado de los hombres saldrá de su delirio blasfemo, y, despavorido, como aquel que es sacado de una

¹ Salmo 13 (en hebreo: 14), 1

² Mateo 5, 43-48; Lucas 6, 27-35

cárcel lóbrega a plena luz, fulgurado por la luz divinísima, entrará dentro de sí gritando: ¡Maldito mi soberbio pensamiento! Negué la Verdad y ella me hiere eternamente. Adoré lo que no era y negué lo que es. Podría haberme hecho con el premio incorruptible que deriva de la fusión con el Incorruptible perfecto. Preferí la múltiple corrupción y, eterno pero corrompido, eternamente estaré sumergido en ella”.

* * * *

8-1-48

A los Romanos, C. 1º, del versículo 24 al 31 inclusive.

Dice el Autor Santísimo:

“Con más exactitud que una pintura que retrata a la perfección la realidad y que una crónica que retrate fielmente los acontecimientos y costumbres de una época, la epístola paulina describe los usos de este tiempo que se sataniza.

Cada palabra es una pincelada de color que dibuja al hombre de esta época, a las nueve décimas partes de los hombres de esta época. Todos los matices precisos para pintar, no al hijo de Dios tal cual habría querido Dios que lo fuese, no al hombre superhombre que cree ser estos monstruos de aspecto humano que son las nueve décimas partes de los hombres, sino para pintar al antihombre, al degenerado hijo de Dios, al fruto pavoroso del connubio de la Humanidad con la Corrupción, al servidor de Satanás, son empleadas para obtener una pintura perfecta.

Y las tintas menos atroces las dan los epítetos: murmuradores, jactanciosos, necios, desordenados. Las tintas se van ensombreciendo después más y más hasta alcanzar el color del más profundo infierno, de los pecados contra la naturaleza tan corrientes hoy día y cometidos, no ya para satisfacer su réprobo sentido, sino también para saciar su avidez de riquezas.

Ahora bien, por más que Pablo hablase a hombres de su tiempo, a hombres que vivían entre paganos y, más que paganos, *a hombres sin dios alguno* –porque si al menos

³ Mateo 18, 21-35; Lucas 17, 3-4

hubiesen respetado a un dios, o sea, una ley moral imperfecta, puesto que hasta el hombre más ignorante de todo código religioso percibe instintivamente, de no ser uno que no quiere percibir, la existencia de un Ser Supremo al que su espíritu aspira por su propia naturaleza espiritual, mediante la cual, como espiritual que es, trata de unirse con el Espíritu que fue su principio – a hombres que intencionalmente querían ignorar cualquier dios para carecer de todo freno de ley moral aunque sólo fuese natural; por más que hablase Pablo a hombres como estos que vivían entre tales monstruos, no, todavía no nos dejó marcada la tinta más sombría del cuadro.

¿Por qué no nos la dejó? Porque la ignoraba. Él subió en espíritu al tercer cielo¹ y conoció multitud de verdades, incluidas las de los últimos tiempos.² Mas no tuvo conocimiento de una perversidad de estos tiempos semifinales, una perversidad que prepara el advenimiento de la apostasía y de la manifestación del hombre de pecado.

Escribía Él a los Tesalonicenses: “Está ya en acción el misterio de la iniquidad”, más, a renglón seguido lo debatía diciendo: “Solamente está allí el que ahora lo detiene y lo detendrá hasta que sea quitado de en medio”.

Mas cuando las nueve décimas partes de la humanidad rechacen a Aquel que detiene el desarrollo del misterio de iniquidad hasta pasar de misterio a realidad horrenda con el nefando reinado de la Bestia³ que se proclamará Dios exigiendo honor divinos. Ahora bien, cuando a la Bestia le sean tributados honores divinos y sea invocada y evocada con ritos obscenos en su honor, ¿podrá Dios continuar oponiendo el dique a los avances de la Serpiente infernal?⁴

Y ¿qué nombre daré Yo a esos ritos obscenos, a esas orgías horrendas terminadas en cúpulas satánicas en las que el señor y sacerdote es el mismo Satanás?

Y qué vocablo emplearé para llamar con su justo nombre a este pecado supremo, a esta religión satánica, superior en atrocidad a la más bárbara religión antigua o a otra que aún exista entre los salvajes?

¹ 2º Corintios 12, 1-9

² 2º Tesalonicenses 2, 1-12 (vale también como cita para tres líneas más abajo)

³ Apocalipsis desde el 13, 19 al 20, 10

⁴ Génesis 3; Apocalipsis 9, 1; 11, 7; 12, 7-9 y 17, 8

Aquí no se inmola a los dioses los cuerpos de las víctimas inocentes como, en un tiempo, a Moloc.⁵ Aquí no se mata hombres civiles para homenajear con ellos al ídolo salvaje. Aquí se inmola al inmolado; aquí se hiere al Inocente; aquí se da en sacrificio al Adversario al Hijo de Dios encarnado vivo en el Santísimo Sacramento, en su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad.

¿Oh cómo reirá Lucifer con su carcajada horrenda en estos sus tiempos y horas de gloria! Está –él, el maldito, el fulminado, el expulsado por Dios⁶– sobre su trono, sobre el trono que los hombres le han alzado y a su horrendo escarnio se le ofrece el Cordero,⁷ Aquel a quien jamás él venció, Aquel en quien jamás él pudo entrar, Aquel que lo venció cien y mil veces, le vence desde hace veinte siglos y lo vencerá hasta el fin, liberando a los espíritus de buena voluntad de su infame poder.

Será vencido. Mas, entre tanto, tiene algo de vencedor. Y el Sacramento de los sacramentos, este misterio de amor para el que, hasta el más seráfico amor del hombre es siempre insuficiente a tributarle el debido honor, es dado por los hombres a Satanás como medio para su efímero triunfo.

Esto Pablo no lo conoció. No. La misericordia de Dios le mantuvo oculto este pecado que hace estremecer al Cielo entero. Y –escuchad bien vosotros que os sobrecogéis de horror en el Cielo – si aquellos que profanan las Sagradas Especies ignorasen que en ellas se encuentra Cristo vivo y verdadero, tal como fue en la tierra y está en el Cielo; si no creyesen en su presencia en las Especies consagradas, sus prácticas se reducirían a un simple acto de magia. Mas *ellos* lo saben y esto constituye su pecado imperdonable.

No es aplicable a ellos la plegaria del Redentor puesto que “saben lo que hacen”.⁸ Ni tampoco la palabra de Pablo –“*Habiendo conocido que la divinidad, cual en ella se crea y se piense, premia a los justos y castiga a los malos, ya que un concepto de justicia, por muy imperfecto que sea, lo tiene en su pensamiento todo aquel que crea en la divinidad que se ha forjado o que conoce ser la verdadera y única, no comprendieron que quien hace tales*

⁵ Levítico 18, 21; 2º Samuel (Vulgata: 2º Reyes) 12, 26-30; 1º Reyes (Vulgata: 3º Reyes) 11, 1-13; Jeremías 32, 28-35; 49, 1-6

⁶ Apocalipsis 20, 7-10

⁷ Juan 1, 29-31

⁸ Lucas 23, 33-34

cosas es digno de muerte” – porque *ellos comprenden* y, eso no obstante, llevan a cabo la suprema profanación.⁹

* * * * *

9-1-48

A los Romanos, Cap II, V.1.

Dice el Autor Santísimo:

“Dice el apóstol: “Tú... te haces inexcusable ya que, al condenar a los demás, te condenas a ti mismo haciendo aquello que tú condenas”.

¿A quién hablo yo? ¿a los fieles corrientes o a la parte escogida de la grey? Hablo a la parte escogida. Porque mi palabra es levadura que debe hacer fermentar la harina pura, la harina de hostias para que esa harina venga a ser con su perfección levadura dentro de la gran masa,¹ dentro de la harina cernida con cedazo más o menos tupido.

Cuando el ama de casa quiere hacer el pan, no toma, para formar la bola de levadura la harina impura, llena de salvado, sino que coge la flor de la harina, la mezcla con agua pura y la pone a fermentar a fin de que forme la levadura que ha de hacer levantar a la harina, por más que sea impura, convirtiéndola en pan comestible. Los ácidos² eran sin levadura; pero entonces la harina que se tomaba era pura, de obleas, y así resultarían comestibles en pequeñas hogazas planas cocidas a fuego vivo.

La parte escogida de la grey del Cordero que es Pastor,³ que es Pan de Vida,⁴ que es el Señor, es la harina de hostias, de aquellas hostias que en un espiritual sacrificio, cual es el de la Nueva Ley, vienen e, incluso, se ponen a sí mismas como un memorial sobre el altar, como oblación de suavísimo olor ardiente sobre el altar del sacrificio. (Levítico cap. II)

El antiguo rito, ofrecido y consumado con harinas o carnes, se ha cambiado al nuevo, pero con formas nuevas y más escogidas, no depositándose sobre el altar de los Cielos sino

⁹ Romanos 1, 32

¹ 1 Corintios 5, 6

² Éxodo 12, 15-20

³ Juan 10, 1-21

los sacrificios de los hombres santos, como asimismo sobre los altares de la tierra y no llegan a consumarse sino la Carne y la Sangre de Dios Hombre. Y esto con el fin de que el Dios Hombre sea modelo para los hombres que, por obediencia al Evangelio, llegan a ser hombres–dios y para que, constituidos por su caridad en sacerdotes y víctimas, puedan ofrecer y consumir el sacrificio sobre el universal altar de los Cielos a la gloria de Dios y por la redención del mundo.

Estos sacrificios individuales y escogidos de la parte selecta de la grey son la levadura que levanta la masa impura de la clase ínfima de la mayoría de la grey y, sin saberlo, le confieren ese mínimo de fermento que la hace ser parte aceptable de la grey.

Y por esto hablo a la parte escogida, a la que actúa por más que se encuentre escondida y, en apariencia, ausente. Y vale más su secreta acción que todas las acciones manifiestas, unas veces ruidosas, otras intransigentes y, otras más, marcadas son la soberbia –con aquella misma soberbias que corrompió al Sacerdocio, a los Escribas y Rabinos de Israel – de los que creen hacerlo todo y muchas veces son merecedores de que se les diga: “Te haces inexcusable ya que, al condenar a los demás, te condenas a ti mismo haciendo aquello que tú condenas”

Le hablo pidiéndole explicaciones, reparaciones, obras perfectas de caridad para que, al menos, la parte decente de la grey de Cristo, los pastores de más o menos categoría de dicha grey, cuando ellos no son “parte escogida y hostia de sacrificio”, se encuentren cuando menos entre la parte impura –con la inmensa mayoría inconvenientemente informe de los cristianos de hoy– y la parte escogida: la de las víctimas que son las columnas que sostienen el templo, de escala áurea⁵ por la que los débiles de la grey puedan subir a Dios, puesto que no saben volar hasta Él, las luminarias que señalan el camino y, más aún, las estrellas que indican la ruta que lleva hasta el Corazón de Cristo.

Hablo a las almas–hostias. La Divinidad tiene necesidad de hostias puras, santas y hechas inmaculadas por su caridad que las purifica de las debilidades humanas. Tiene necesidad de hostias. Hostias de amor que reparen todas las ofensas inferidas al Amor. Hostias de expiación que reparen los pecados del mundo. Hostias de purificación. El hedor de los pecados que apesta al mundo sube hacia el Cielo en fuerza de su magnitud e

⁴ Juan 6, 30-40

⁵ Probable alusión a: Génesis 28, 10-22

intensidad. Purificad la inmensa catedral de la Creación para que Dios pueda mirarla con esa su piedad que salva.

Y mostraos contentos de ser llamados y *deseados* por Dios para esta función de *hostias*. Mucho más necesarios que los elementos indispensables para el sostenimiento de la vida humana son los sacrificios de las almas víctimas. Ya os lo dice el Amor: “Los que son víctimas de holocausto constituyen las legiones de arcángeles que desbaratan a las legiones de demonios y sostienen el mundo haciendo que Dios se muestre propicio con él. Los que son hostias son los más auténticos imitadores de Cristo. Los que se sacrifican engendran hijos para el Señor su Dios”.

* * * * *

11-1-48

A los Romanos cap. II, v. 2 al 8º

Dice el Santísimo Autor:

El juicio de Dios es según la verdad. Sea para quien es réprobo, como para quien es tibio, como para quien arde de purísimo amor hasta el sacrificio. Ni la riqueza, o los vestidos, o la condición, o la posición, alterarán el juicio de Dios. No lo confundirán los recursos y los escenarios puestos para engañar a los hombres, ni las hipocresías, ni los actos impuros de bondad, de fe, de honestidad, de amor.

Las palabras del Maestro son siempre vivas y justas, sea cuando dice: “No sólo quien dice “Señor, Señor” entra en el reino de los Cielos”¹ como cuando hace la analogía entre el publicano y el fariseo,² sea cuando da el admirable código de la Ley con el discurso en la montaña. (Mateo caps 5, 6, 7)

No hay cambio de leyes por el cambio de los tiempos. Y no habrá diversidad de juicios. Porque Dios siempre juzgará según la verdad y la justicia.

¹ Mateo 7, 21; Lucas 6, 46

² Lucas 18, 9-14

Y más todavía será juzgado aquel que está destinado a juzgar o se apropia el derecho de hacerlo. Más juzgado, porque más será cuestionado: “No juzguen para no ser juzgados”³.

¡Sean pequeños! Sean pequeños o vosotros que Yo los amo. Si lo serán, Yo les enseñaré la Sabiduría, se aprende más por amor que por instrucción. Yo que os amo, vosotros que me amáis somos luz para entender las palabras de la Sabiduría, que sin luz de amor, sino por la sola cultura, quedan a oscuras en todo o en partes.

Por esto jamás terminará de gritar el Amor: “Es por la caridad que habrá salud y paz”⁴ porque quien tiene caridad no desprecia las riquezas de la bondad divina, de la paciencia y tolerancia; quien tiene caridad ama la paciencia, no juzga, no condena, no da escándalo, no se vuelve tibio o frío o sucio de corrupción.

Quien tiene caridad desarma el corazón de Dios, aun por cuanto tenga de culpabilidad. Dios perdona a quien lo ama y le llora en el regazo, y no sólo dará seguridad según las obras, siempre imperfectas, del hombre, sino teniendo cuenta de su amor que frecuentemente es más grande que su capacidad de hacer el bien. Incluso el deseo de perfección será calculado, cuando sea un deseo activo, o sea un verdadero deseo que no se completa perfectamente solamente por que la criatura no tiene la capacidad de cumplirlo.

Dios ve. Realmente ve. Y ve como puede ver Dios perfectísimo: con perfección que no se detiene con las apariencias. Y con perfección juzga después de paciente espera.

* * * * *

14 – 1 – 48

A los Romanos, c. II, v. 9–10–11

La tribulación y la angustia son siempre las compañeras del hombre que obra mal por más que no aparezca así a los ojos de los demás hombres.

El que es culpable no goza de esa paz que es fruto de la buena conciencia. Las satisfacciones de la vida, cualesquiera que sean, no son bastantes para dar paz. El monstruo

³ Mateo 7, 1; Lucas 6, 37

⁴ Gálatas 5, 22

del remordimiento acomete a los culpables con asaltos imprevistos, a horas que menos lo esperan y los tortura. A veces sirve para hacerles arrepentirse, otras para hacerles mayormente culpables moviéndoles a desconfiar de Dios y a arrojarlo totalmente de sí. Porque el remordimiento viene de Dios y de Satanás. El primero los estimula a salvarse, El segundo a terminar de perderse, por odio, por desprecio.

Ahora bien, el hombre culpable, que es ya pertenencia de Satanás, no considera que sea su tenebroso rey el que lo tortura tras haberlo seducido para que fuera su esclavo. Y culpa a Dios únicamente del remordimiento que siente agitarse dentro de sí e intenta demostrar que no teme a Dios, que lo da por inexistente al aumentar sus culpas sin temor alguno, con la misma avidez malsana con que el bebedor, aun sabiendo que lo perjudica el vino, bebe más y más; con el mismo frenesí con que el lujurioso no acaba de saciarse del sórdido placer; y el que se habitúa a drogas tóxicas aumenta la dosis de las mismas a fin de gozar más aun de la carne y de las drogas estupefacientes. Todo ello con la intención de aturdirse, de embriagarse de vino, de drogas, de lujuria, hasta el extremo de idiotizarse y no sentir ya el remordimiento ni la culpabilidad de querer ahogar en sí la voz que le habla de triunfos más o menos grandes y temporales.

Pero queda la angustia, queda la tribulación. Son estas las confesiones que ni a sí mismo se hace un culpable o espera a hacerlas en el último momento, cuando, caídas las bambalinas del escenario, el hombre se ve desnudo, solo ante el misterio de la muerte y de su encuentro con Dios. Y estos últimos son los casos buenos, los que alcanzan la paz más allá de la vida tras la justa expiación. Y a veces, como en el caso del buen ladrón,¹ junto a la contrición perfecta está la paz inmediata.

Mas es harto difícil que los grandes ladrones –todo gran culpable es un gran ladrón que le roba a Dios un alma: la suya de culpable, y otras muchas más: las arrastradas a la culpa por el gran culpable que será llamado a responder de estas almas, buenas tal vez e inocentes antes de su encuentro con el culpable y por él hechas pecadoras, con mucha mayor severidad que la suya; es un gran ladrón asimismo por robar al alma propia su bien eterno y, a la vez que a la suya, a las almas de aquellos a quienes indujo al mal– es difícil, digo, que un ladrón grande y obstinado alcance en su último momento el arrepentimiento

¹ Lucas 23, 39-43

perfecto. De ordinario no alcanza ni el arrepentimiento parcial, bien porque la muerte le cogió de improviso o porque rechazó hasta el último instante su salvación.

Mas la tribulación y la angustia de esta vida apenas si son una muestra insignificante de la tribulación y de angustia de la otra vida, ya que el infierno y la condenación son errores cuya exacta descripción dada por el mismo Dios es siempre inferior a lo que en sí son. No podéis vosotros, ni aun a través de una descripción divina, concebir exactamente qué sean la condenación y el infierno. Porque, del mismo modo que la visión y descripción divina de lo que es Dios no puede proporcionarnos aun el gozo infinito del exacto conocimiento del día eterno de los justos en el Paraíso, así tampoco la visión y descripción divina del infierno puede daros una idea de aquel horror infinito. Vosotros, vivientes, tenéis establecidas fronteras en el conocimiento del éxtasis paradisíaco lo mismo que de la angustia del infierno, porque si los conocieseis tal cual son moriríais de amor o de horror.

El castigo o el premio será con justa medida tanto al judío como al griego, es decir, tanto al que cree en el verdadero Dios como al que es cristiano pero está desgajado del tronco de la eterna Vid,² como al hereje, como al que siga otras religiones reveladas o la suya propia si se trata de persona que ignora toda religión.

Premio a quien sigue la justicia. Castigo a quien hace el mal. Porque todo hombre se halla dotado de alma y de razón y con ellas tiene en sí lo bastante para exigirle norma y ley. Y Dios, en su justicia, premiará *o castigará en la medida que el espíritu fue consciente*, más severamente, por tanto, en la medida que el espíritu y la razón son de individuos civilizados en contacto con sacerdotes o ministros cristianos de religiones reveladoras y según *la fe* de cada espíritu. Porque si uno, aunque de iglesia cismática o separada tal vez, cree firmemente hallarse en la verdadera fe, su fe le justifica, y si obra el bien para conseguir a Dios, Bien Supremo, recibirá un día el premio de su fe y de la rectitud de sus obras con mayor benignidad divina que la concedida a los católicos. Porque Dios ponderará cuánto mayor esfuerzo habrán tenido que realizar para ser justo los separados del Cuerpo místico, los mahometanos, brahmánicos, budistas, paganos, esos en los que no se hallan la Gracia ni la Vida y con ellas mis dones y las virtudes que de dichos dones se derivan.

Para Dios no hay aceptación de personas. Él juzgará por los actos realizados, no por el origen humano de los hombres. Y habrá muchos que, creyéndose elegidos por ser católicos,

² Juan 15, 1-6

se verán precedidos por otros muchos que, al practicar la justicia, sirvieron al Dios verdadero en el suyo desconocido”.

* * * * *

16 enero 1948

A los Romanos, cap. II, v. 12

Dice el Autor Santísimo:

“La gran misericordia de Dios resplandece más luminosamente aún en las palabras de Pablo que, inspirado, proclama cómo únicamente perecerán aquellos que no reconocen ley alguna –natural, sobrenatural ni racional – mientras que aquellos que conocieron la Ley y no la practicaron, serán condenados por la misma Ley que salva; y más aún: que los Gentiles que no tienen la Ley sino que, natural y racionalmente, hacen lo que la Ley para ellos desconocida prescribe, –entregándose, por la sola luz de la razón, por su rectitud de corazón, por sumisión a las voces del Espíritu para su espíritu de buena voluntad, por obediencia, a aquellas inspiraciones que ellos, siguen porque su virtud las ama sin saber que, de modo inconsciente, sirven a Dios – que estos Gentiles que con sus actos dan a entender que la ley se haya escrita en su corazón virtuoso, serán justificados en el día del Juicio.

Estas tres grandes categorías las observamos en el Juicio divino y por ellas resplandece una miseria y justicia perfectas.

Los que no reconocen ley alguna natural, humana, y por tanto racional, ni sobrehumana, ¿quiénes son? ¿Los salvajes? No. Son los luciferos de la tierra cuyo número va creciendo progresivamente con el error de los tiempos cuando, por el contrario, la civilización y la difusión del evangelio con la predicación exhausta del mismo deberían hacer que su número se fuera reduciendo cada vez más. Mas la paz, la justicia y la luz están prometidas a los hombres de buena voluntad¹ y ellos lo son de mala voluntad.

¹ Lucas 2, 14

Son los rebeldes a toda ley aun la natural, y, por tanto, inferiores a los brutos. Reniegan voluntariamente de su naturaleza de hombres, seres racionales dotados de inteligencia y de alma. Hacen cosas contra la naturaleza y contra la razón. No merecen sino desaparecer de entre el número de los hombres que fueron creados a imagen y semejanza de Dios² y, en efecto, perderán su condición de hombres tomando la de demonio querida por ellos.

Segunda categoría: los hipócritas, los falaces, los que se burlan de Dios, los que, teniendo la ley, teniéndola sólo, no la practican. Y ¿puede decirse que la tienen de verdad no sacando beneficio alguno de Ella? Son semejantes a aquellos que, poseyendo un tesoro, lo dejan improductivo y abandonado.³ No extraen del mismo frutos de vida eterna ni ventajas para antes de su muerte; y Dios los condenará porque tuvieron el don de Dios y no hicieron uso de él en reconocimiento al Donante que les puso en la parte escogida de la Humanidad: la de su pueblo marcado con el signo cristiano.

Tercera categoría: Los Gentiles.

Hoy en día damos tal calificación a quienes no son cristianos católicos. Llamémoslos así mientras meditamos las palabras de Pablo. Ellos que, sin tener la Ley, hacen precisamente lo que la Ley prescribe, –y es para ellos su ley, mostrando así cómo su espíritu ama la virtud y tiende al Bien supremo – ellos, cuando juzgue Dios por medio del Salvador las secretas acciones de los hombres, serán justificados.

Estos son muchos, en gran número. Será la muchedumbre inmensa... de toda nación, tribu, pueblo, lengua, sobre la cual, en el último día, por los infinitos méritos de Cristo inmolado hasta el derramamiento de la última gota de sangre y humores vitales, aparecerá impreso, como prenda de salvación y premio, antes del último e inapelable juicio, el sello de Dios vivo.⁴

Su virtud, su obediencia espontánea a la Ley les habrá bautizado sin más bautismo, les habrá consagrado sin otro crisma que los infinitos méritos del Salvador. El Limbo no será ya en adelante morada de los justos, pues, como sucedió en la tarde del Viernes Santo, ⁵ que el Limbo se vació de los justos que en él había porque la Sangre derramada por el Redentor

² Génesis 1, 27

³ Mateo 25, 14-30

⁴ Apocalipsis 5, 9-10

⁵ Mateo 27, 45-50

les había purificado de la mancha original,⁶ así será en la tarde e los tiempos, en que los méritos de Cristo, triunfador de todos sus enemigos, les absolverá del hecho de no haber sido de su grey *en atención a su fe firme* de pertenecer a la religión *justa*; y les premiará las virtudes que ejercitaron en vida.

Si así no fuese, Dios defraudaría a estos justos que se impusieron una ley de justicia y defendieron la justicia y la virtud. Y Dios no defrauda jamás, por más que, a veces se demore su realización; pero siempre es cierto su premio”.

* * * * *

17 – enero – 48

A los Romanos, c. II, del v. 17 al 29.

“La observancia de los preceptos de la Ley es verdaderamente circuncisión hasta para los incircuncisos y en el tiempo actual absolución aún para los que no son de la Ley. Dice Pablo: “No es verdadero judío el que aparece como tal, ni es circuncisión la que se manifiesta en la carne, sino que es judío aquel que lo es en su interior, y es circuncisión la del corazón, la que es según el espíritu y no según la letra, siendo ésta la que recibirá premio de Dios”.

“Circuncidad vuestro corazón”¹ es palabra muy antigua. Es el precepto divino. Porque es en vano conocer la Ley según la palabra si después no se la conoce y practica consecuentemente con el espíritu. Esta es la única circuncisión verdadera.

¿Qué hace llevar vestido talar –digo talar para indicar el de los hijos de la Ley – si después el hombre que lo lleva no es hijo de la Ley sino esclavo del sentido, del mundo y del demonio? También los mimos y comediantes se ponen vestidos de rey, de sacerdote, de guerrero, de obrero o campesino sin que por ello lleguen a ser reyes, sacerdotes, guerreros, obreros o campesinos. Terminada la escena, echado el telón, se despojan de los vestidos tomados para la representación y se ponen los suyos. Su corazón no cambia de lo que es por haber representado la magnanimidad de un rey, la santidad de un sacerdote, el valor de un

⁶ Génesis 3; Romanos 5, 12-21

guerrero los sentimientos de un obrero o de un campesino. Ellos continúan siendo lo que son: justos, si justos, por más que hayan representado a la perfección un papel de malvado, y monstruos de maldad, por más que hayan representado perfectamente a un santo.

Muchos, demasiados, que, por la Ley que aparentan servir, parecen a los ojos del mundo circuncisos –o decapitados más bien por la triple concupiscencia – a ojos de Dios y de los habitantes del Cielo aparecen con sus siete serpientes vivas en el corazón. Estos, no, no pueden decirse circuncidados en el corazón, antes a su naturaleza no mutilada por la triple concupiscencia, patrimonio del pecado heredado de Adán por todos los hombres, añaden otra serpiente más: la de la hipocresía, la de la traición que hacen a sus semejantes mostrándose ante ellos como en verdad no son y creyendo hacerlo igualmente con Dios como si pudiesen engañar a Dios con el polvo dorado que lanzan al aire para que el mundo los admire.

Polvo. Dios no acepta polvo de oro. Lo que acepta es oro puro, macizo, precioso, *La verdadera caridad.* La verdadera caridad que es obediencia a la Ley y, por ello, circuncisión del corazón que se desprende de la triple concupiscencia para ser realmente hijo de la Ley y, por tanto, hijo de Dios.

Y Yo os digo que si el Padre Santísimo sabe aún ser todo misericordia para los de buena voluntad sojuzgados traidoramente por Satanás, por la carne y por el mundo sin su consentimiento y sin buscar ellos voluntariamente la tentación, es, en cambio todo rigor para los hipócritas, y, tanto más lo es cuanto más uno, bien por ser sacerdote, religioso o profeta de Dios, voz de Dios, discípulo de Dios, se halla en condición, ya por gracia de estado o por don sapiencial extraordinario, de ser más perfecto que la masa, *tiene el deber* de ser perfecto, no sólo por reconocimiento a Dios que le eligió sacerdote, religioso o profeta suyo, más también por no ser escándalo para los pequeños de la grey.

Digo *escándalo*. Muchos son los escándalos que se dan en el mundo y la masa apenas si se mueve un instante por ellos mientras dura el rumor del escándalo. A veces, sobre todo en momentos de general relajación de los valores morales –no hablo ya de los espirituales sino simplemente de los morales – ni siquiera se conmueve de ellos...

Mas se dan escándalos que hieren la emoción sincera de los justos y hasta la de los indiferentes, haciendo a veces de los justos disgustados y escarnecedores de los indiferentes. No hay para qué decir lo que son ciertos escándalos en manos de los enemigos

de Dios y de su Iglesia. Son como palanca aplicada a un bloque, como mina bajo un edificio, como agujero en una barca. Estos escándalos ponen en serio peligro a la Fe y a la Iglesia. Muere por ellos la Fe en muchos corazones y la Iglesia sufre rudos golpes de importancia incalculable.

Así pues, cuando se suceden los escándalos viene a ser como un alargarse de círculos en un lago turbado por el lanzamiento de piedras. Una sola piedra provoca una serie de círculos que al fin se extinguen muriendo en la arena, Mas si las piedras se suceden y éstas son cada vez mayores hasta llegar a ser el desplome completo de una ladera de un monte, los círculos, entonces se cambian en olas encontradas y éstas en acometidas de agua contra las riberas produciendo estragos.

Así es con los escándalos de quienes “llevan nombres de judíos, descansan en la Ley y se glorían en Dios”... y, sobre todo, de ser “ministros de Dios”, no siendo lámparas para los que buscan la luz, guías para los que están ciegos, ni maestros verdaderos para los pequeños de la grey, antes confusión, crepúsculo, desorden y negación. Sí. Negación, porque enseñan a los demás, pero no a sí mismos”, porque su vida está llena de las culpas o debilidades que reprochan a sus corderos. Ellos con su vida de pastores—ídolos,² de pastores mercenarios, deshonoran a Dios conculcando la ley que conocen y predicán.

“Y, por su culpa, el Nombre de Dios es vituperado entre las gentes”. Vituperando. Porque los enemigos de Dios presentan al desprecio de los pueblos a los siervos de Dios, harto pecadores o también demasiado imperfectos, perezosos, tibios, desprovistos de fe verdadera. Ciertamente, hay más fe en los corderos que en la mayoría de los pastores que de su ministerio han hecho un oficio más que una misión real. Sí. Vituperado. Porque, invirtiendo la observación que los Gentiles de los primeros siglos hacían sobre los sacerdotes católicos y que motivó su conversión a Cristo: “Mirad cómo se aman entre sí y qué perfectos son sus sacerdotes”,³ ahora los más, aun entre los católicos fervorosos, dicen o se lo dicen a sí mismos dentro de su corazón: “¡Mira cómo son los sacerdotes. Peores que nosotros. Si de verdad fuesen ministros de Dios, Dios no permitiría esos escándalos”. Y concluyen: “Por eso creo (o comienzo a creer) que no existe ese Dios que predicán, que no hay una segunda vida, que no existen los sacramentos...”. Y ya tenemos aquí la muerte de la Fe, de la Gracia y de la Vida.

² Deuteronomio 10, 16; Jeremías 4, 4

Pero existe Dios que toma a los Gentiles, a esos a quienes los orgullosos ministros de Dios –orgullosos y pecadores, escándalo para sus pequeños corderos – desprecian, combaten y persiguen porque no les parece justo a ellos, orgullosos e imperfectos pastores–ídolos que un cordero haya de saber lo que ellos no saben y que lo haya de saber directamente de Dios cuya Voz Santísima esos pastores–ídolos no merecen oír, porque no les parece justo asimismo que un cordero pueda ser “voz de Dios” y continuar así la revelación.⁴

Toma a los Gentiles. Llamemos así a quienes no son ministros de Dios, no son los “depositarios de la Revelación y de la Sabiduría”, son aquellos que “cierran la puerta del Reino a los pequeños, no entran ellos y no dejan entrar a los demás.”⁵ A estos a quienes los doctos desprecian, persiguen y condenan, los toma y los pone en medio de las turbas que no ven, no sabe y no creen muy distintamente, y los hace “nuncios” suyos, del modo como aparece expresado en el salmo profético sobre el cual tan inútilmente se cansan los doctores: “Tiene la palabra mi Señor. Afortunados anunciadores (los profetas y los Ángeles) gritan: “milicia numerosa””.⁶ S. 67.

Esta “milicia numerosa” prometida por Dios a través de los profetas y de los espíritus a los asediados por los enemigos de Dios y de sus hijos, semejante a la “lluvia benéfica sobre la heredad del Señor” –lluvia que restaura, voz que fortalece, palabra de buena nueva que consuela – es la de las “voces” que siempre hallarán en nombre de Dios que –lo prometió y no falta a su palabra – dará su Palabra, su siempre Buena Nueva a los continuadores de Cristo, Verbo y Maestro eterno.

Las *voces*: las que están sobre el monte, sobre el monte de Dios, monte pingüe el de las múltiples cimas, sobre el que el Señor se complace en estar rodeado de sus *siervos ocultos*, sólo por el conocimiento en lo que son, y amado por ellos del modo como sólo ellos, llenos de Él, saben amar. Las *voces*: los que forman el coche triunfante de Dios, esplendente de caridad.

Y ¿os sorprendéis de que existan “voces” y de que sean éstas numerosas? ¿Acaso no lo dice el salmo, oscuro para los doctos aunque no para Mí? ¿No dice tal vez que “son *millares*

³ Ezequiel 34

⁴ Juan 13, 35

⁵ En el sentido restringido y exacto que aparece en Juan, 14, 25-26; 16, 13-15

⁶ Salmo 68 (Vulgata: 67), 12-13

de exultantes y el Señor está en medio de ellos?”⁷ Son las voces de los profetas de todos los tiempos; son esas almas que son *voces* de Dios, si no con la palabra, sí con su ejemplo; son los santos, los elegidos de la Tierra: almas ya paradisíacas esparcidas por la Tierra para dar testimonio de Dios; son los pequeños Benjamines en el éxtasis del alma”.⁸ En vano los atrapan las fieras del calcañal y las manadas de toros querrían quitar de en medio a estos que se hallan probados como la plata.

Al Señor que aparece por oriente y les da la voz de su poder, ellos, los nuevos profetas, los heraldos del Verbo, sus continuadores en la propagación de la Buena Nueva, los nuevos evangelistas, –no porque hagan un nuevo evangelio, sino porque os ayudan a ver luminosamente el misterio del evangelio de Cristo, y Pablo de Tarso es uno de los primeros de estos nuevos evangelistas – el Señor que se manifiesta cual luminosos Sol divino que surge por oriente y hace el recorrido hasta occidente a través de su Universo, ellos, ahora y después formarán su séquito y, exultando con los serafines, compondrán un coro en la hora final cantándole con su verdadera naturaleza sobrenatural –no Gentiles como tantos los consideran, *sino escogidos de entre su pueblo elegido*– su: “Mi alma engrandece a su Señor... que ha puesto su mirada en nuestra pequeñez... y ha hecho cosas grandes en nosotros Aquel que es poderoso””.⁹

* * * * *

22 –. 1 – 48

A los Romanos, cap. III del v. 1 al 20

Dice el Autor Santísimo:

“El temor de Dios, no está delante de sus ojos” dice el Apóstol Y con esta breve sentencia explica las depravaciones del espíritu incircunciso.

La mayoría de los hombres católicos –hablo a éstos porque estos hombres han recibido los siete dones maravillosos del Paráclito y deberían por esto conocer al menos la fortaleza,

⁷ Salmo 68 (Vulgata: 67), 18

⁸ Mateo 11, 25; Lucas 10, 21

⁹ Lucas 1, 46-55

la paz, la luz que irradia de ellos y la realidad de su naturaleza – la mayoría de los católicos no sabe exactamente lo que sea el temor de Dios ni cómo se practique.

También aquí hay tres categorías. La de los escrupulosos, la de los quietistas o indiferentes y la de los justos. Más antes de hablar de ellas hablaré del don.

¿Qué es el temor de Dios? ¿Miedo de Él, cual si fuera un justiciero insobornable que se complace en castigar, un inquisidor que no deja de anotar las imperfecciones más menudas para mandar a las torturas eternas? No. Dios es caridad y no se le debe tener miedo. Ciertamente, su ojo divino ve todas las acciones de los hombres, aún las más insignificantes. Ciertamente que su justicia es perfecta. Más por lo mismo que es así, Él sabe valorar la buena voluntad de los hombres y las circunstancias en las que el hombre se encuentra, circunstancias que son frecuentemente otras tantas tentaciones de pecar de soberbia y, por tanto, de desobediencia, de ira, de avaricia, de gula, de lujuria, de envidia y de pereza.

Dios castigó duramente a Adán y a Eva; mas a su castigo siguió de inmediato la misericordia: la promesa de un Redentor que les habría de librar de la prisión consiguiente a la culpa, a ellos, a sus hijos y a los hijos de sus hijos.¹ A Adán y a Eva, llenos de inocencia y de gracia, dotados de integridad y de una ciencia proporcionada a su excelso estado y a su aún mayor excelso fin –pasar del Paraíso de la Tierra al del Cielo y gozar eternamente de su Dios – Dios habría podido muy bien condenarlos para siempre, porque habían tenido cuanto necesitaban para santificarse y ser perfectos en contra de todas las tentaciones, y lo habían tenido sin sentir en sí los incentivos del pecado.

Vosotros, hombres, tenéis estos incentivos. El Bautismo y los Sacramentos borran en vosotros la mancha de origen, os devuelven la Gracia y os infunden las virtudes principales, os borran los pecados cometidos después del uso de la razón, os fortifican con la fuerza misma de Cristo, alimentándoos de Él y os sostienen con la gracia de estado. Mas queda la herencia del Pecado original con sus incentivos, y sobre esta herencia y estas secuelas del contagio traído del Progenitor, trabaja Satanás con más facilidad de éxito que sobre Adán y Eva.

¹ Génesis 3, 14-15

Dado que uno de los axiomas de la divina Justicia es que: “A quien más recibió más se le exige”,² a Adán y a Eva, que habían recibido *todo* y no tenían en sí taras hereditarias, antes, únicamente, la perfección de haber salido formados de las manos de Dios, del *Pensamiento* de Dios –porque Dios con sólo su pensamiento ordenó al barro que se formara conforme a su diseño, y las moléculas del barro, materia inerte e insensible, obedecieron,³ porque todo obedece al mandato de Dios, todo, a excepción de Satanás y del hombre más o menos rebelde –, a Adán y a Eva, salidos ya formados del Pensamiento de Dios y animados con su aliento, a Adán y a Eva todo debía serles exigido y *reclamado* y, en caso de pecar, todo debía serles quitado y ser condenados a castigo sin término.

Ellos conocían a Dios. Conversaban con Él al céfiro de la tarde.⁴ Además de su Autor, Él era ara ellos su Maestro y ellos eran las primeras “*voces*” destinadas a revelar a los venideros las verdades aprendidas de Dios. T, a pesar de todo, no obstante haber tenido conocimiento del Horror al que prestaron oídos desatendiendo la Palabra de Dios. Ofendieron gravemente al Padre Creador, al Hijo Verbo que les instruía acerca del Bien y del Mal, sobre las cosas, animales y plantas creados, y al Amor porque, ingratos, olvidaron por un lúbrico Seductor que les tentaba con un fruto, sólo con uno, todo cuanto la Caridad les había dado para que fueran felices.⁵

Mas Dios no los amenazó con el Infierno. ¿Acaso no podía fulminarlos allá mismo, al pie del árbol de la Prueba que había resultado para ellos árbol de la concupiscencia? Voluntariamente ellos lo habían cambiado y hubiera sido justo que perecieran ellos, planta maligna nacida de una semilla perfecta –el Pensamiento divino – maleada por el veneno de la baba infernal. ¿No podía ordenar Dios a su Arcángel que los hiriese con su espada de fuego allí, en los umbrales del Paraíso terrenal, para que sus despojos inmundos no contaminasen la Tierra y precipitarlos desde aquel límite al Abismo del que saliera aquel a quien ellos habían preferido en contraposición a Dios?

Claro que lo podía, y hubiera estado en su perfecto derecho. Mas la Misericordia y el Amor amortiguaron la condena con la promesa de la Redención y, por ello, del premio eterno.

² Lucas 12, 47-48

³ Génesis 1, 26-31

⁴ Génesis 3, 8

⁵ Génesis 3, 1-13

Aquellos, todos aquellos que mueren en medio de escrúpulos y que ofenden con ella la Paternidad de Dios, su Amor, su *Esencia*, teniéndolo por un dios terrible, intransigente, que no tolera debilidad alguna en sus pequeños hijos a los que aplica la medida de su Perfección infinita, deberían reflexionar sobre esto. ¿Quién se salvaría jamás si Dios fuese como ellos se lo forjan? Si la medida de la perfección humana hubiera de ser la Perfección Divina, ¿quién de entre los hijos de Adán habitaría los Cielos? Una sola: María.

Mas, con todo, está dicho: “Sed perfectos como mi Padre y vuestro”,⁶ no para asustarlos sino para animarlos a hacer lo más que podáis. Seréis juzgados –no me canso de repetirlo – no por la perfección conseguida en medida perfecta tomando como norma la de Dios sino por el amor con que hayáis procurado obrar.

Se dice en el mandamiento del Amor: “Ama con todo tú mismo”.⁷ Y este “tú mismo” cambia de una persona a otra. Hay quien ama como un serafín y quién tan solo sabe amar como un niño, muy embrionariamente. Pero el Maestro, puesto que la mayoría sabe amar como niño, –muy embrionariamente – mientras que sólo criaturas de excepción saben amar seráficamente, he aquí que os ha propuesto por modelo a un niño,⁸ no a Sí mismo, ni a su Madre, ni tampoco a su padre putativo. No. A un niño. A sus Apóstoles, a Pedro, cabeza de la Iglesia, les propuso por modelo a un niño.

Amad con perfección de un niño que, para explicarse los misterios, creó sin elucubraciones científicas; espera sin temor paralizante, fruto del excesivo raciocinio y de ociosas cavilaciones; ama tranquilamente a Dios al que tiene por un buen papá, un buen amigo, un buen hermano, un buen amigo que le protege, y hace su pequeño bien por dar gusto a Jesús. Y así seréis perfectos en vuestra medida perfecta, perfectos en vuestra bondad relativa, del modo que es perfecto Dios en su bondad infinita.

Temor de Dios no es pues terror de Dios. Recuerden esto los aquejados de escrúpulos, los cuales ofenden a Dios en su amor y se paralizan a sí mismos en un continuo sobresalto. Recuerden que una acción no buena viene a ser más o menos pecado en la medida que uno se halle convencido de que lo sea o que esté seguro de que lo sea o no crea que lo sea del todo. Por eso, si uno llega a hacer un acto que ciertamente no es pecaminoso, pero está convencido de que lo es, obra injustamente porque su intención es hacer una cosa injusta,

⁶ Mateo 5, 48

⁷ Deuteronomio 6, 5; Mateo 22, 37

⁸ Mateo 18, 1-11; Marcos 10, 15; Lucas 18, 17

mientras que si uno hace algo que no es justo ignorando que lo sea, pero ignorando *de verdad* que sea así, Dios no le imputa dicha acción como culpa.

Así también, cuando circunstancias especiales obligan a un hombre a llevar a cabo acciones que el decálogo⁹ u otra ley evangélica prohíben (verdugos que han de cumplir con la justicia, soldados que deben combatir y matar, conjurados que, por no mandar al patíbulo a sus compañeros y dañar intereses superiores, juran ser ellos solos los culpables y mueren por salvar a los otros), Dios juzgará con justicia, el obligado homicidio o el heroico perjurio. Basta que el fin de la acción sea recto y ésta realizada con justicia.

Temor no es terror, pero tampoco el temor de Dios es quietismo. Los quietistas son el polo opuesto de los escrupulosos. Son aquellos que, por un exceso de confianza, pero confianza desordenada, no se aprestan a hacer el bien porque están seguros de que Dios es tan bueno que con todo está siempre contento. Y con el mayor empeño, seducidos por su estática somnolencia, procuran quedarse inmóviles cerrando su mente a las verdades que les desagrada saber, esto es: a las que hablan de castigo, de purgatorio, de infierno, de obligación de hacer penitencia y de trabajar en perfeccionarse.

Son almas ofuscadas y soberbias. Sí, porque los quietistas son soberbios. Soberbios, por creerse ya perfectos hasta el punto de estar seguros de que no pecan nunca. Soberbios porque, si bien llevan a cabo actos de piedad y de penitencia, son actos *externos*, para ser tenidos por “santos” y alabados como tales. Al ser egoístas se hallan desprovistos de caridad. Sobre su altar está su *yo* y no Dios. Son embusteros y, a menudo, se fingen contemplativos y predilectos de Dios con dones extraordinarios. Mas no es Dios el que los hace sus predilectos sino Satanás que los seduce para extraviarlos cada vez más. Se creen pobres de espíritu porque no tienen santa urgencia de realizar actos buenos para merecer el Cielo; mas no son pobres de espíritu, antes se encuentran llenos de la envidia y avaricia más sórdidas y profundas, y son perezosos. Son intemperantes porque nada niegan a la materia, y si uno les dice: “No es lícito que haces”, responden: “Dios lo quiere para probarnos; pero nosotros sabemos salir de lo ilícito con la misma facilidad con que entramos en él, ya que estamos asentados en Dios”. Son verdaderos herejes y Dios los aborrece.

⁹ Éxodo 20, 1-17; Deuteronomio 5, 6-22

Por último están los justos. Ellos tienen el dulce y reverencial temor de Dios. Temen causar dolor a Dios y por eso procuran con todas sus fuerzas hacer el mayor número de actos buenos y del modo mejor que les es posible. Si caen en alguna imperfección o pecado, tienen un ardiente arrepentimiento apresurándose a depositarlo a los pies de Dios y una no menos ardiente voluntad de reparación. La culpa involuntaria no los paraliza, pues saben que Dios es Padre y se compadece de ellos. Lavan, reparan, reedifican lo que la Insidia múltiple y salteadora alevosamente manchó, deterioró y derribó; y lo hacen con amor invocando cada vez con más fuerza al divino Amor: “Infunde tu amor en mi corazón”. Estos son los que tienen el verdadero temor de Dios.

¿Qué es pues el verdadero temor de Dios, vivo siempre en su espíritu? El temor de Dios es amor, humildad, obediencia, fortaleza, dulzura, mansedumbre, templanza, actividad, pureza, sabiduría y elevación. Y el verdadero Modelo del perfecto temor de Dios fue dado por Cristo que amó a Dios con un amor que se plegó alegre y de buena gana a todos los deseos del Padre hasta la obediencia de cruz;¹⁰ que fue humilde hasta abajarse a los pies del traidor y besárselos;¹¹ que fue fuerte entre todas las insidias, dulce como un niño, sobrio como un asceta, manso como un cordero, puro como un ángel, y más que un ángel, sabio por ser el Hombre uno con Dios, contemplativo que ascendía con su espíritu arrobado a las adoraciones perfectas que hacían que exultasen los Cielos a los que, por fin, subía desde la Tierra, del Hombre, una adoración que saciaba el deseo de Dios.

También María fue un ejemplo de temor perfecto. Mas Ella fue lo que fue en atención a los méritos de su Hijo. Y por eso hay que seguir diciendo que Quien desde la eternidad poseyó el temor perfecto fue el Verbo de Dios por el que todo fue hecho,¹² hasta la maravilla del Cielo y de la tierra: la Virgen Inmaculada, Hija, Madre y Esposa de Dios.

De entre tantos versículos uno tan sólo ha sido comentado. Mas su importancia es tal que la Sabiduría se ha detenido en él.

Si poseéis el perfecto amor de Dios poseeréis el amor perfecto y con él poseeréis a Dios y seréis de él poseídos. Y esto eternamente”.

* * * * *

¹⁰ Filipenses 2, 8

¹¹ Juan 13, 1-20

¹² Colosenses 1, 15-20

25 – 1 – 48

A los Romanos, cap. III, del v. 21 al 31.

Dice el Autor Santísimo:

“Si el mundo entero ha de reconocerse culpable ante Dios, si la conciencia del pecado viene de la Ley y nadie será justificado ante Dios mediante las obras de la Ley, ¿quién podrá salvarse? Y si *todo* el mundo debe ser reconocido culpable ante Dios, ¿merecerá la pena, en tal caso, pertenece a su Pueblo?

Estas palabras del Apóstol a renglón seguido del párrafo meditado anteriormente, ¿no destruyen la esperanza en la promesa divina? No. No destruyen la esperanza ni la promesa. No condenan al mundo a perecer inexorablemente. No desaniman con el pensamiento de la inutilidad de pertenecer al Pueblo de Dios antes ensanchan la esperanza y la promesa, la confianza en el amor del Padre Creador de todo ser, invitan a entrar en este Pueblo bendito, animan a realizar las obras de la Ley sin temer que no valgan para salvarse al conocerlas y practicarlas sino para condenarse si se cumplen siempre imperfectamente.

Y ¿por qué? Porque “todos aquellos que creen en Cristo son justificados gratuitamente por su gracia mediante la Redención llevada a cabo por Él”.

¡Oh! verdaderamente Él “tomó sobre sí todas las maldades del hombre; Dios, su Padre, cargó sobre Él la iniquidad de todo el mundo y sufrió el castigo que devuelve a los hombres la paz”.¹

He aquí el Pastor y el Cordero que congrega a “las ovejas errantes que se desviaron del camino del Cielo”.² Él, a los hombres atraídos por los halagos de la carne, del mundo y de Satanás, prontos a pasar a pastos engañosos, le ha marcado una señal con su Sangre. Esa señal lleva de esa fangosa Tierra en que vivís al Reino de Dios. Esa Sangre divina del Verbo Encarnado, esa Sangre inocente del Hijo del Hombre, brilla y da voces a todos los hombres indicándoles el camino y la verdad que han de seguir para hacerse con la Vida.

¹ Isaías 53, 4-12

² Ezequiel 34, 12

Advertid que Yo hablo en presente porque la Redención mediante “la Víctima propiciatoria preordinada por Dios” es un eterno presente que tuvo su inicio, no desde la hora de nona, ni desde el vagido de Belén,³ ni desde la revelación de los profetas,⁴ ni desde la promesa hecha a Abraham,⁵ ni desde la condena del Edén,⁶ ni desde la primera disposición creativa: “Hágase la luz”,⁷ sino que fue desde siempre, siempre, al igual que desde siempre fue Dios, Uno y Trino, engendrado de su perfecta Unidad al Hijo y al Paráclito que de los dos primeros procede sin producir por ello división el la Unidad y sin, por esta inalterada Unidad, crear confusión alguna de Personas.

El Pensamiento, en su eterno presente divino, siempre tuvo preordinada y querida la Víctima redentora. Y este su latido infinito de amor misericordioso eternamente tenido por la Unidad pensante antes de que fueran creados el Universo y las criaturas de éste, perfectas en su origen e imperfectas por su voluntad, engendró el Verbo, la Víctima.

He aquí por qué cabe decir que Dios es Amor y que toda operación de Dios es amor desde aquella misteriosa e infinitamente admirable operación de la generación del Verbo como también del ser del Paráclito que es amor infinito y recíproco de los dos primeros, hasta la semilla que en este momento, después de milenios transcurridos desde la Creación, lanza su germen fuera del surco para crear más adelante una familia de granos, futuro pan para el hombre.

Dios es infinitamente bueno, amoroso, sabio, paciente. Por estas sus perfecciones el quiso al Redentor antes de que fuese el Pecado, y por estas sus perfecciones supo “soportar los delitos precedentes de los hombres a fin de dar a conocer la justicia en el momento preciso y para que tuviesen redención todos aquellos que, por luz espiritual o por conocimiento doctrinal, creen en Cristo Jesús”.

He dicho: “todos aquellos que, por luz espiritual o por conocimiento doctrinal”. Este es un punto que no meditan muchos suficientemente y sobre el cual inciden en el mismo error de los antiguos hebreos que creían ser ellos los únicos destinados al Cielo por ser los únicos que conocían la existencia del verdadero Dios y su Ley.

³ Mateo 2, 1; Lucas 2, 1-7

⁴ Hebreos 1, 1-2

⁵ Génesis 15

⁶ Génesis 3, 16-19

⁷ Génesis 1, 3

¡Miseros! ¡Para cuántos de ellos resultó condenación, este conocimiento! Condenación, porque tal conocimiento no fue en ellos motivo de humildad sino de soberbia. Se tuvieron por justificados, sin necesidad de circuncisión de espíritu, por el mero hecho de hallarse circuncidada su carne. Creyéndose en posesión del triunfo por la rapiña, por derecho prepotente. No. El Cielo es *para todos* conquista. Dura. Larga. Segura tan solo para quienes perseveran con buena voluntad hasta el término de su existencia.

Fue dicho por los profetas que la Sinagoga será destruida y destruidos también el Templo y la Nación de Israel, mientras que el desierto sin caminos de la Tierra se verá lleno de alegría”, y surgirán en el desierto las multitudes de los nuevos pueblos de Dios “y verán la gloria del Señor” y oirán estas invitadoras palabras: “No temáis. Aquí está vuestro Dios. Él viene y os salva”. Y “entonces se abrirán los ojos de los ciegos y los oídos de los sordos (los Gentiles). Y los cojos (los bárbaros) correrán como ciervos”, igual que si estuviesen sanos, a las aguas del Salvador. Y “las aguas purificadoras brotarán hasta en donde ahora (hablo al presente de Dios, pero aludo a los tiempos que se iniciaron con la evangelización apostólica y que no terminarán hasta el final de los tiempos) hay aridez de idolatría, y los torrentes (de la sabiduría) se derramarán por donde hay ignorancia de Dios y de su doctrina... y donde antes se encontraban los cubiles de los dragones” (el pecado de la idolatría, las herejías, toda perversidad nacida del Mal) surgirán las moradas de los elegidos a la filiación divina y “habrá una vía que será llamada *santa*”. La vía marcada con la sangre de Cristo. “El que la sigue, aunque sea ignorante, no podrá errar”. ¡Oh consoladora promesa! “No habrá en ella leones ni bestias maléficas sino que caminarán por ella *los liberados*, los redimidos por el Señor”⁸ que volverán a la amistad divina y a la filiación entre Dios y el hombre rota desde Adán, y, llenos de sobrenatural alegría, completarán su día hasta que la entrada en el Reino de Dios enjugue todo llanto y anule todo dolor para siempre.

Esta es la promesa y esta es la respuesta a quien cree que sólo un católico puede salvarse. Y esta es también la explicación de mis palabras: “o por espiritual conocimiento”.

Dios tiene todo el poder. Dios tiene toda la misericordia. Y se goza en comunicarse a esos espíritus que anhelan al Dios desconocido cuya existencia sienten sin saber cómo, quién, dónde se encuentre ni cómo ir a Él. Muchos, si se mira a su número, mas pocos si se comparan con los miles de millones de hombres que, a partir de Adán, han pisado el suelo

⁸ Isaías 35

de la Tierra, son los que se han “salvado” por la fe en el Dios verdadero, por esa fe encontrada misteriosamente viva en el centreo de su espíritu y a la que Dios hizo más fuerte y diáfana en premio a su justicia ofrecida al Dios desconocido que ellos trataban de conocer.

¡Muchos!, sí, ¡muchos!. Porque Dios justifica, tanto a los incircuncisos por medio de la fe. Y muchas veces, verdaderamente, los incircuncisos, mediante la fe misteriosa que les anima (un don divino para éstos de buena voluntad), sin que conozcan las obras prescritas por la Ley obran mejor que aquellos que las conocen, haciendo así patente que la fe vale más que la Ley para salvar al hombre, porque donde hay fe en un Dios desconocido que ama y premia por el bien realizado en su honor, allí hay esperanza y allí está la caridad. Y donde hay caridad hay salvación. Porque, ciertamente, al final de los tiempos, aquellos que no fueron bautizados con el agua lo serán con el Fuego, es decir, con la Caridad dada como premio de su caridad”.

* * * * *

1 febrero 1948

A los Romanos, cap. 4º

Dice el Autor Santísimo:

“Abraham fue el padre de todos los creyentes,¹ es decir, de aquellos que por su Justicia no sólo merecen oír resonar en su espíritu la Vos espiritual y santísima de Dios sino que saben comprender las palabras de esta Voz inefable y creer y obedecer tanto a ella como a sus mandatos.

Esta voz, no hubo, no hay ni habrá quien, en un momento fugaz y único o repetidas veces y por largo espacio, no la sienta resonar dentro de sí. Es la llamada misteriosa del Señor único y santo, del Creador universal. Como rayo de luz, cual onda sonora, viene y penetra, unas veces dulce, otras severa y, otras más, terrible.

¹ Génesis 12, 25

No importa que pertenezca el hombre a la Religión escogida para recibir esta llamada. Dios es el Creador de los hijos de su pueblo lo mismo que del salvaje que desconoce su Nombre santísimo, y su llamada, al igual que resuena en la iglesias católicas, en las naciones católicas y civilizadas, en las otras civilizadas pero no católicas y en los pueblos de otras religiones reveladas, llenas también de sí las soledades salvajes y heladas, las zonas son aun inexploradas, las islas perdidas, los archipiélagos en donde el hombre se encuentra a nivel muy semejante al de las fieras –hecho de instintos y, a menudo de instintos desenfrenados – las cálidas e intrincadas selvas, todavía inexploradas, a las que la civilización no llegó con su progreso y su refinada corrupción. Dondequiera habla Dios por ser el Creador de todos los hombres.

Muchas veces el hombre, y no sólo el hombre inculto, toma la llamada misteriosa de Dios, sobre todo si ésta es de reproche, por la voz de la propia conciencia, por el remordimiento que grita en el fondo de su yo. En ocasiones, y en particular al comienzo de los tiempos, el culpable sabía distinguir la voz de Dios de la del propio yo turbado por el remordimiento. Caín es el ejemplo de estos culpables que saben distinguir.² Ahora bien, cada vez más, con el correr de los siglos, se ha ofuscado en el hombre la capacidad de comprender y distinguir –me refiero al hombre de corazón pérfido – porque, igual que muro macizo en que rebotan la voz y la luz, se ha levantado en el hombre la negación de Dios y ha arraigado en el mismo el desprecio hacia Él.

El “superhombre”, auto creado tal, es un monstruo, una deformación del hombre, es el bastardo resultante del connubio de la razón humana, creada por Dios y rebelde a Él, con el Enemigo de Dios. Apartado de Dios por propia voluntad, el hombre de este siglo, es decir, el que se ha formado a sí mismo conforme a las doctrinas humano–satánicas, no puede ni quiere comprender la llamada de Dios. Le faltan todos los requisitos para poderlo. Aunque lleve nombre de católico; más aun: por más que lo sea practicante; todavía más; aunque vista hábito sagrado, difícilmente toma por tal la palabra de Dios.

Demasiadas son las cosas que hay todavía en aquellos que, por su hábito, su misión y la gracias de estado, deberían ser sensibilísimos a la llamada de Dios y a la comprensión de sus palabras para que pudiesen comprenderlas. La soberbia mata y turba su razón y ensordece su espíritu. Razón soberbia es razón loca. No hay ya, pues, razón. Espíritu

² Génesis 4, 9-15

soberbio es altar ocupado. Es, por tanto, altar al que el Eterno no puede descender a decir lo que quiere. Otro es el que habla, y lo hace con la voz áspera de la concupiscencia. Y si Dios, desde su excelso trono, llega a lanzar alguna llamada que al fin penetra, queda anonadado, como así él lo quiere, porque, oírla y despreciarla, le parece demasiado, y así prefiere no oírla.

Abraham, por el contrario, era un hombre que amaba al Dios verdadero. Su razón no era soberbia. Veía a Dios en todas las cosas. Se reconocía criatura suya. Sometía su pensamiento con reverencial sujeción al Altísimo que se manifiesta en toda la creación. Su espíritu era justo conservándose puro de toda suerte de idolatrías. Y justo era también su cuerpo, obediente a los mandatos dados por Dios al padre de los hombres: Adán.³ Se había desposado con Sara para ser con ella una sola carne y hacer crecer y multiplicar el número de los hombres sobre la tierra. Trabajaba la tierra para obtener de ella el alimento; aceptaba la fatiga y encontraba justo que le fuese penosa y que la sal del sudor propio fuese el condimento de su pan; y justa era para él la muerte que habría de convertir en polvo su carne. Humilde en presencia del Altísimo, se sentía “polvo”, granito de polvo ante el Inmenso, el Infinito, el Potentísimo. Y, cual granito de polvo, se dejaba llevar de la Voluntad del Señor sin apego a cosa alguna transitoria.

Creyente de Dios, confiado en la bondad de Dios, obediente a Dios, reunía los requisitos necesarios para sentir resonar en su espíritu la Voz santísima de Dios, comprender sus palabras y llevar a cabo lo que dichas palabras le mandaban.

Citando las palabras de la Escritura, escribe Pablo: “Abraham creyó en Dios y le fue imputado a justicia”. Mas si bien diga esto la Escritura después de que Abraham diera crédito a la promesa divina de una descendencia, Yo os digo en verdad que Abraham creyó mucho antes, cuando tenía ya la certeza de que Sara habría de tener descendencia; cuando prófugo, lejos de su tierra y de su parentela se encontraba en las condiciones menos propicias para creer que el Señor habría de hacer de él “una gran Nación” y que “a su progenie le habría de dar aquella tierra” que después fue Palestina, aquella misma tierra “al septentrión, meridional, oriente y occidente” que le fue dada a él y a su prosperidad, a aquella progenie que Dios habría de multiplicar como el polvo de la tierra”.

³ Génesis 1, 26-27

De una semilla puede venir una espiga granada y de esta, derramada en sus granos, cien nuevas espigas y de éstas, vueltas a sembrar, mil y después diez mil y cien mil. Mas si falta la semilla primera, ¿cómo ha de poder haber posteridad y multiplicación?

A Abraham le faltaba la semilla; el heredero. En el seno estéril de Sara no florecía la semilla de posteridad. Sin embargo, a pesar de todo, creyó Abraham que Dios le habría de conceder el heredero y su fe no se debilitó por que pasara el tiempo sin cumplirse la promesa. Y esto fue lo que se le imputó a Justicia. Sin tener en cuenta otras obras suyas, Dios, por su fe, le juzgó digno de gracia.

La fe es pues circuncisión mística, de un valor igual y aún mayor que el rito material. Dios reconoce por siervos suyos a aquellos que creen en Él y son obedientes a su Voluntad. Es en vano tener la señal en la carne y el nombre en los registros si no aparece la señal del vasallaje a Dios en el corazón y si el nombre está en oposición a las obras. Por su fe le fue prometido a Abraham el heredero. Por vuestra fe se os dará la herencia. Tener la ley, pero sin cumplirla, aparte de no ser fe, es motivo de perder el reino de los Cielos y antes su conquista.

Y ¿cómo dar cumplimiento a ley si no se creen las verdades reveladas por Dios? Cuando son despreciados como patrañas, tanto el premio como el castigo, la eternidad, el infierno, el paraíso, la resurrección de la carne y el juicio divino; cuando la duda sobre la existencia de Dios hace descuidar la Ley, ¿de qué sirve tener y conocer el código de la Vida? ¿Qué defensa os queda contra los estímulos y tentaciones si, al faltaros la fe, no os cuidáis de vivir la Ley?

Dijo el Verbo de Dios un día: “Si tuvieseis así de fe como un grano de mostaza, podríais decir a aquel monte o a este árbol: Arráncate de aquí y plántate en el mar y lo conseguiríais”.⁴

Ahora bien, este granito de fe es el que necesitáis para arrancar de vosotros los estímulos y las tentaciones y torturas y os llevan tal vez a la muerte espiritual, que “se lancen al mar dejándoos libres”. Y este granito de fe es el que os hará fuertes como héroes y será vuestra justificación y perdón aun de las obras imperfectas o de las caídas.

⁴ Mateo 17, 20

El que tiene fe no puede perderse. Aquel que tiene fe tiene en sí el medio que le impide ofender irreparablemente al Padre. Aquel que tiene fe cree en Jesús Hijo del Padre, en Jesús Salvador y Redentor y de él está dicho que quien cree en Él y en quien lo envió tendrá la vida eterna.⁵ Aquel que tiene fe cree en la Tercera Persona, en el Amor del Amor perfectísimo que es Dios Uno y Trino, y quien cree en el Amor ama, y quien cree y ama tiene a Dios en sí, y quien tiene a Dios no puede conocer la muerte eterna.

Por eso, quien tiene fe tiene el Reino de Dios en sí, en su interior, durante la jornada terrena, a Dios Rey, Dios Amigo, Dios Maestro, Luz, Camino, Verdad y Vida. Y en la otra vida la posesión y conocimiento beatífico sin fin”.

* * * * *

2 febrero 1948

Respondiendo una objeción mía acerca de una frase contenida en el dictado del 6 de enero de 1948... el Arca dilectísima (María)... aún nos contiene como Nosotros la contenemos a Ella”, dice el Autor Divinísimo:

Está dicho que el cuerpo del hombre es templo del Espíritu Santo.¹ Y ha de ser creído por ser verdad. Una verdad que impulsa a una vida perfecta para poseer al Huésped divino que es el Espíritu Eterno que inhabita en el alma de los justos. Mas no ha de creerse, que sólo la Tercera Persona habita en vosotros. Se le nombra a Ella porque es la que abraza y contiene a las Dos que la preceden. Mas, al ser indivisible la Unidad Trinitaria, donde está Uno están los Otros. Así pues vosotros, poseyendo al Espíritu Santo, tenéis con vosotros *todo* el Amor, es decir, a Dios Uno y Trino.

Está dicho también: “El Espíritu del Señor llena todo el mundo”.² Todo el mundo. Desde siempre. Y para siempre. Siguiendo las diversas evoluciones dispuestas por el Querer de Dios. No auto evoluciones sino evoluciones dispuestas por el Creador, por el Eterno, Señor Omnipotente.

⁵ Juan 6, 47

¹ 1º Corintios 6, 19

² Sabiduría 1, 7

“El Espíritu de Dios se cernía sobre las aguas” está dicho³ y es una de las primeras palabras de la maravillosa historia de la Creación. Ya era Dios. Él siempre fue. Y por su Ser pudo crear todo de la nada; del desorden el orden; de lo incompleto –mas: de lo informe– el completo, la forma con ley de sabiduría potentísima. Del caos surgió el universo. De los vapores cargados de moléculas en desorden, de la anarquía de los elementos “creó el cielo y la tierra” y enseguida su Espíritu “se cernió sobre las aguas”. Y al paso que las sucesivas obras de la Creación se iban realizando, “el Espíritu del Señor” se cernía sobre ellas con sus leyes y providencias, Las obras se iban sucediendo, y cada vez más poderosas, desde el caos que se separa y ordena, lo diré, por familias, –las partes sólidas con las partes sólidas para formar el globo del planeta Tierra, las partes húmedas con las partes húmedas para formar sucesivamente los mares, los lagos, los ríos, los arroyos– hasta la luz, la primera de las cosas ordenadas, no ya con elementos preexistentes del caos sino creada con poder propio de la nada.

Porque la luz no existía, “las tinieblas cubrían la faz del abismo”,⁴ es decir, del caos en el que confusamente entrechocaban masas de vapores cargados de humedad, de gas y de moléculas. Y Dios *creó* la luz. *Su* luz. Él concedió al mundo, que por su Querer surgía de la nada, este atributo, uno de sus atributos: la luz.

Dios es luz, el Padre de la luz y de las luces. Y a la Tierra, su primera criatura, le concedió y donó la luz. Y, por modo semejante, al hombre, perfección de la creación y última de las seis obras de los seis días divinos tras los que Dios descansó, le concedió el atributo que le hace semejante a Él, el del espíritu libre, inmortal, su hábito divino infundido en la materia para que ella estuviese animada por Dios y tuviese derecho al Cielo, a la Morada del Padre.

A este espíritu del hombre Él, el buenísimo, le preparó ya la plenitud de la Vida y de sus dones con su Cristo. Y Cristo vendrá cuando haya llegado la hora de su venida y los hombres poseerán la plenitud de la Vida, de la Gracia y de la unión de los méritos de Cristo y por los Sacramentos instituidos por Él.

³ Génesis 1, 2

⁴ Génesis 1, 2

Mas no es en esta lección que hablaré de este último supremo don.⁵ Ahora te instruyo acerca de tu duda de si habrás entendido y escrito mal a fin de quitártela y hacer que lo sepas.

El cuerpo del hombre, de todo hombre, está animado por el soplo de Dios. Por esto, en todo hombre y sobre cada uno de los hombres se extiende y penetra el Espíritu de Dios con derechos de Rey y con amor de Padre Creador. Aun antes de la Redención, el Espíritu del Señor –el Amor– guió a los patriarcas y amaestró a los profetas y a los justos. Y su voz resonó en los espíritus desde el comienzo de los tiempos, resuena y resonará para proporcionar a los hombres ese tanto de dirección que la Providencia Creadora no niega a hombre alguno y que aumenta en la medida que su buena voluntad lo mueve a honrar y servir al Ser Supremo que aparece con multitud de nombres y de diversas formas según sean los pueblos y religiones, pero *cuya existencia es reconocida* por los creyentes de todos los pueblos siendo reputado digno de toda adoración.

La inhabitación de Dios en el hombre habría sido perfecta de no haber este pecado. La Pasión de Cristo y la pertenencia a su Iglesia, restableciendo el Orden y restituyendo la Gracia, otorgan de nuevo la inhabitación de Dios en vosotros: el Reino de Dios en vosotros.

Y así, de modo como el alma está en vosotros y sin embargo os contiene no obstante ser, por su origen e inmortalidad, superior a la carne, así vosotros contenéis a Dios en el templo de vuestro cuerpo en el que está –Santo de los Santos– el alma en gracia. Mas Dios os abraza por ser el Infinito que acoge en su Inmensidad a todos sus amados.

Dicho esto, te pregunto: Si vosotros, pecadores, si vosotros en quienes aún queda la cicatriz de la gran llaga del Pecado original con su fomes que a veces turba hasta a los más heroicos en el Bien, tenéis al Espíritu Santo en el templo de vuestro cuerpo, tenéis en vosotros la Caridad que tanto más estrechamente os abraza cuanto más vivís en ella, es decir, estáis en la Caridad porque en Ella está todo lo que es santo, ¿cómo podrá dudarse que María, Aquella que “ab aeterno” fue ideada por el Pensamiento divino –que es Querer y Poder perfectos– Inmaculada y llena de Gracia, Hija, Esposa y Madre de Dios, Aquella que correspondió al Querer Divino con su voluntad, libre como la de Jesús, y de cuya libre voluntad quiso servirse para caminar siempre en la presencia de Dios y ser perfecta, no tuviese a Dios en Sí y no estuviese en Él?

⁵ Hablará de él en las lecciones siguientes, particularmente en la del 14-2-48

Ella ciertamente “no pecó porque no quiso pecar”. Segunda Eva, no imitó a la primera⁶ y aplastó a la Serpiente porque, abismada totalmente en Dios reinaba en su espíritu y lo abrazaba constituyendo su amor, fue ciega, sorda y ajena del todo a cuanto no fuese Dios y amor para Él.

Arca más santa que aquella de madera de setim,⁷ contuvo en sí a la Trinidad y a la Palabra Encarnada; después también a la Trinidad y a Cristo Eucarístico; y ahora, asimismo, nos contiene a Nosotros, estando Nosotros en Ella y Ella en Nosotros.

¿Dónde descansa Dios? En el espíritu de los justos. ¿Qué es el espíritu? Es la parte mejor de vuestra alma. ¿Cuándo deja de ser trono de Dios? Cuando la domina la concupiscencia. ¿Cuándo os deja el alma? Cuando en la hora de la muerte se separa de la carne para ser juzgado y espera la resurrección de la carne, teniendo con ella el juicio eterno final.

Pero María no murió. Pasó en un raptó de ésta a la otra vida y en dicho paso su espíritu purísimo fue más que nunca trono de Dios. Así debería haber sido también con todos los hombres si ellos en Adán no hubieran todos pecado.

María no fue juzgada. Era la Inocente no sujeta a juicio ni a la muerte cual lo estáis vosotros. María no quedó reducida a polvo en su carne inmaculada por cuanto su alma la hizo incorruptible por haber llevado al Hijo de Dios y del Hombre. Fue asunta al Cielo en cuerpo y alma por los Ángeles. Y, sin embargo, a la hora de su tránsito, su alma se separó totalmente y subió intelectualmente pero de un modo total, no al tercero sino al Cielo supremo y empíreo y allí adoró. Y mientras tanto, el Espíritu Uno y Trino tampoco dejó su dulce y virginal tabernáculo en el que había reposado.

María está en el Cielo en cuerpo y alma, viva cual estaba en la Tierra, feliz como Ella puede serlo en el Cielo. Y Dios, que inhabitó en Ella mientras estuvo en la Tierra, inhabita en Ella en el Cielo. Nada ha cambiado. Colocada en el centro del Fuego divino que hace converger sobre Ella sus ardientes amores, nos dice eternamente: “¡Oh Dios!, he aquí la esclava”⁸ y nos abre su corazón y nos acoge en un misterio de amor inefable.

Los Santos amantes de María intuyeron esto y proclamaron que quien pretende encontrar a Dios, la Salvación y la Vida, ha de ir a María en la que encontrará la Caridad, al

⁶ Génesis 3, 6-7

⁷ Éxodo 25, 10

⁸ Lucas 1, 38

Salvador, la Vida, la Luz y la Sabiduría. Y allí renacerá de hombre a verdadero hijo de Dios. Porque María, Engendradora divina, es asimismo la fecunda y santa Madre que hasta el final de los siglos acoge y acogerá en su seno a aquellos que quieren *nacer hijos de Dios*, y de estas debilidades informes, de estos gérmenes incompletos –difícilmente capaces de *vivir* por sí solos– hace y hará “vivos” del Reino de Dios; da y dará estos hijos a su Dios.

María es corredentora y Cooperadora incansable en el divino triunfo final; es caridad exhausta e inagotable, laboriosa como Esclava y gloriosa como Reina para la gloria de Dios; es Madre y Madre perfecta para todos aquellos que acuden a Ella en busca de la Vida”.

* * * * *

12 – 2 – 48

A los Romanos, c. 5º, v. 1–5.

Dice el Autor Divinísimo:

“En la lección precedente (del 2 – 2) he hablado de la creación y de las sucesivas jornadas de la misma, así como del don infinito que el Buenísimo le había ya preparado al hombre aun antes de que el hombre hubiera pecado: el Cristo.

Al comienzo de estas lecciones sobre las epístolas paulinas te dije¹ cómo Jesús, el Cristo, “Hijo de Dios”, nacido para Dios del linaje de David según la carne, declarado “Hijo de Dios por propia virtud conforme al espíritu de santificación y por la resurrección de la muerte”,² manifestó su naturaleza divina con múltiples prodigios –que atestiguaban su naturaleza de Dios no separado, bien que se hubiera hecho Carne, del Dios Uno y Trino– con los testimonios de su Padre, con la resurrección de la muerte, con su santidad perfecta que libremente la quiso tal y con su Voluntad justa y caritativa para su Autor Santísimo.

Vuelvo a ocuparme de estos temas para hacerte contemplar a Cristo, tu Salud.

Dije³ que del caos creo Dios el Universo ordenando las caóticas materias y elementos en aquella perfección de mundos, estaciones, criaturas y elementos que, tras millones de

¹ En la lección del 2-1-48

² Romanos 1, 3-4

³ En la lección del 2-2-48

siglos, aún duran. Mas pocos, al observar la Creación, saben meditar cómo ésta sea semejante a una escala ascendente, a un canto que va subiendo de nota en nota hasta llegar a la perfecta y sublime nota. Cómo se asemeje a un generarse de vidas en que, de las precedentes, salen otras cada vez más completas y perfectas hasta alcanzar la plenitud definitiva.

Mira: Lo primero; de las moléculas sólidas, de los vapores y fuegos desordenados que constituían las nebulosas primitivas, se formaron la tierra y las aguas, y en la tierra y en las aguas aún mezcladas que en el futuro habían de constituir los mares, lagos, fuentes, ríos, se mezclaron o se diluyeron los minerales, mientras que las moléculas sólidas hicieron costa y horno para los fuegos subterráneos, para los azufres interiores y metales, así como fondo para las aguas. La atmósfera se purifica un tanto al librarse en parte de lo que la nebulosa originaria hacía pesado, la nada caótica, y la Tierra, todavía, desnuda, estéril y muda, lanzada en su trayectoria, se desplaza rauda por espacios silenciosos con las calvas crestas de sus montañas emergiendo apenas de las sombrías aguas de las futuras cuencas.

Después fue la luz. No la solar ni la lunar como tampoco la estelar. El sol, la luna y las estrellas son criaturas más jóvenes que el globo terráqueo. El cielo, es decir, el elemento “aire”, fue purificado, después de su creación, de los restos de la nube primitiva y los astros y planetas resplandecieron prestando con su fulgor elementos vitales al globo terrestre.

Mas la luz fue antes que ellos. Una luz propia, independiente de cualquier otro manantial que no fuese el Querer de Dios. Una luz misteriosa a la que sólo los Ángeles vieron obrar maravillosas operaciones a favor del globo terráqueo. Porque ninguna de las cosas creadas por Dios es inútil, ni ninguna fue creada sin ninguna razón de orden perfecto. Por eso, si fue la luz antes que los astros y los planetas, es señal de que la Perfección estableció este orden creativo por motivos útiles y razonables. Después fueron el sol, la luna y las estrellas.

Y el elemento “aire”, privado de gases deletéreos y rico en los que eran útiles para la vida, favoreció la pervivencia de las nuevas criaturas: los vegetales que, si bien son aun esclavos por sus raíces, tienen ya movimiento en sus ramas, y, una vez creados, tienen ya en sí elementos para reproducirse, cosa que no les está permitida al polvo de la Tierra, a los minerales ni a las aguas. Estos tres elementos pueden cambiar de aspecto y de naturaleza: de leña soterrada llegar a ser carbón, de fuegos azufres, de carbones perlas, el agua transformarse en vapor o éste en agua o consumirse, mas no pueden reproducirse.

El mundo vegetal, sí. En él está ya la linfa, los órganos reproductores aptos para fecundar y ser fecundados. Les falta, en cambio, la libertad del querer, siquiera sea instintivo. Obedecen a las leyes climáticas, estacionales, al querer de los elementos y del hombre. No puede la palmera vivir y fructificar en tierras frías ni el liquen polar decorar las rocas de las zonas tórridas. No puede la planta florecer fuera de la estación de floración o sobrevivir al ciclón, al fuego y al hacha. Con todo, la vida vegetal es ya un prodigio de progresión del caos a la perfección de la Creación.

Progresión que aumenta con la vida animal, libre en sus movimientos, en sus instintos y en el querer de sus seres. También en ella hay un orden, pues el animal goza ya de la libertad de elegirse un cobijo y una compañera, de escapar a las insidias del hombre y de los elementos; tiene, incluso, un instinto o más bien: un magnetismo suyo propio que le advierte de la proximidad de un cataclismo y le guía en búsqueda de salvación, al igual que posee una rudimentaria capacidad de pensar y decidir sobre cómo nutrirse, defenderse, atacar y sobre cómo hacer amistad con el hombre y ser su amigo.

En el animal, además de las perfecciones creativas de la linfa vital (la sangre) y de los órganos reproductores como en las plantas, se dan también las perfecciones creativas del polvo, de la piedra y de los minerales. El esqueleto, la médula, la sangre, los órganos, ¿no os enseñan acaso los científicos que se hallan compuestos y contienen esas sustancias llamadas minerales de las que, en su fondo, está compuesta la Tierra que habitan los hombres y pueblan los animales?

En los animales pues se halla representado y perfeccionado lo que en los reinos inferiores: el mineral y vegetal, se encuentra. Y va ascendiendo la escala. La nota se hace cada vez más alta y pura, más amplia, y más magnificante Dios.

Y he aquí el hombre. El hombre es el que a los tres reinos precedentes –el primero privado de linfa, el segundo de movimiento y de razón el tercero– se añade el cuarto: el de la criatura racional dotada de palabra, de inteligencia y de razón. Razón que regula los instintos. Inteligencia que abre el pensamiento a comprensiones y visiones que son muy superiores, y a veces en grado infinito, a las que otorgan a los animales capacidad de pensar en un bien material. Palabra que le hace capaz de expresar sus necesidades y afectos, captar lo que sus semejantes y, sobre todo, alabar a Dios su Creador y rogarle o evangelizarlo a quien lo ignora.

En el hombre se encuentran: el reino mineral, el vegetal, el animal, el humano y, perfección dentro de la perfección, el espiritual.

Esta es la escala que, partiendo del desorden del caos, sube hasta el orden sobrenatural pasado por el natural. He aquí cómo a esa criatura natural en la que aparecen representados y reunidos en síntesis todos los elementos y caracteres de lo que forma las otras creaciones, reunidas y perfeccionadas; a esa criatura –piénsalo bien– *hecha con el barro*, es decir, con el polvo en el que se desmenuzan las sales minerales y con el elemento *agua*, dotada de calor (elemento fuego), de respiración (elemento aire), de vista natural e intelectual (elemento luz), de sangre y humores, de glándulas y órganos reproductores (linfa), de instintos y de pensamientos, de movimiento, de libertad y de la facultad de querer, Dios le infunde su soplo, es decir, “el soplo de la Vida”.⁴

El alma: la parte inmortal como todo lo que directamente da el Eterno; el espíritu que no muere, el espíritu libre de todas las leyes del tiempo, de enfermedades, de cataclismos meteorológicos y de insidias humanas; el espíritu creado para volver a unirse con su Origen y así poseerlo y gozarlo eternamente; el espíritu al que únicamente el hombre puede hacerle esclavo de un rey cruel, pero que, por su naturaleza y por su voluntad divinas, no tiene esclavitud alguna sino tan solo dulce filiación y sublime destino de llegar a ser heredero del Señor y de su Reino.

Aquellos que niegan el alma y su inmortalidad (inmortalidad por ser creación, infusión y parte⁵ de Dios eterno) y dicen que si el hombre tiene inteligencia, ingenio, libertad, voluntad y capacidad para arrebatarse a la Creación sus fuerzas y sus secretos, es únicamente por ser “hombre”, es decir, la criatura que ha evolucionado hasta el grado perfecto y no porque tenga alma, son semejantes a los testarudos que se obstinan en mantener que la obra perfecta de un artista (escultor o pintor) haya de tener vida y vista sólo por haber sido modelada o pintada con un verismo perfecto.

También el animal tiene vida y vista. Incluso tiene además una razón rudimentaria. En los animales domesticados desde hace siglos por el hombre se ha desarrollado aún más esta razón rudimentaria llegando a ser más razón que instinto el comportamiento que tiene en sus relaciones con el hombre, cosa que falta en los animales selváticos y salvajes en los que

⁴ Génesis 2, 7

⁵ En el sentido explicado en los dictados del 1 y 7 de octubre de 1943 contenidos en la obra de María Valtorta: “Cuadernos de 1943”.

predomina sólo el instinto. Pero ningún animal, por domesticado, apreciado e instruido que esté, puede tener ese poder de inteligencia y de capacidad multiforme que posee el hombre.

Es el alma la que diferencia al hombre del animal y lo hace Dios sobre todos los demás seres creados, Dios—rey que domina, sojuzga, comprende, instruye, provee; y Dios también por su origen y destino futuro.

Es el alma la que, iluminada por su origen divino, sabe, quiere y puede con una fuerza ya semidivina. Fuerza que tanto más patentemente Dios apoya y ayuda cuanto el alma más se eleva en la justicia y el hombre se diviniza con una vida de justicia.

Es el alma la que al hombre le da derecho de decir a Dios: “Padre mío”

Es el alma la que hace del hombre templo vivo del Espíritu de Dios.

Es el alma la que hace de la creación del hombre la obra más perfecta del Universo.

Así pues, ¿podría decirse entonces: “que con el hombre, y el hombre justo, se ha alcanzado el último peldaño de la escala ascensional, la nota más aguda de este canto divino, la perfección creativa? No. Todo eso es creación de un mundo sensible. Es posesión de otra posesión. Es unión del mundo natural con otro sobrenatural. Mas no es aún la Perfección.

La Perfección es Jesús. La Perfección es Cristo: El Hombre—Dios. La Perfección es el Hijo de Dios y del Hombre, Aquel que por su Divinidad no tuvo sino a su Padre, Aquel que por su humanidad no tuvo sino a su Madre, Aquel que en su vestidura de carne encerró dos Naturalezas, unidas ambas, y a las que separa siempre una distancia que es la que se da entre la perfección del hombre, siquiera sea éste el más santo, y la de Dios.

Solo en Jesús se hallan unidas, y no confundidas, las naturalezas divina y humana haciendo un solo Cristo. En Él, Hijo del Hombre, está representado el mundo sensible al igual que en cada hombre; está representado el mundo suprasensible: la naturaleza espiritual; y está, en fin, representado el Increado, el Eterno: Dios, Aquel que, sin haber nunca sido engendrado, existe; Aquel que, sin otra operación que su amor, engendra.

Cristo: el que diviniza la materia, la glorifica y restituye a Adán su dignidad. Cristo: anillo que vuelve a unir lo que se había roto, el Cordero que revirginiza al hombre en la inocencia

que es Gracia. Por su naturaleza divina lo puede todo; por su caridad humano-divina lo puede todo; por su Voluntad, al darlo todo, lo puede todo.

El que sabe contemplar a Cristo posee la Sabiduría, pues Él es la Perfección, no sólo divina sino también humana. El que lo contempla con sabiduría ve la persona admirable del Hijo del Hombre en el que se halla la plenitud de la santidad.

Ahora bien, la sabiduría que se extrae de esta contemplación y la imitación que naturalmente surge en quien de veras la sabe contemplar, vuelve al alma tan iluminada que ella misma, en un raptó de amor y de conocimiento, exclama: ¡Aquí está el Dios vivo, el Emmanuel. Aquí el misterio vivo de la infinita Caridad de Dios!” Es la comprensión de lo que es Cristo: compendio del triple Amor, testimonio del amor de Dios hacia el hombre.

Y sucede entonces que el misterio inefable de la Concepción virginal se ilumina con los incandescentes destellos del Amor y el alma del que lo contempla, inundada de esta Luz que es Fuego, de este Fuego que es Sabiduría, de esta Sabiduría que es Luz, no sólo cree por la fe, *sino que cree porque ve*. Y he aquí explicadas las palabras del seráfico Juan de Betsaida: “El que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios... El que cree en Jesucristo ha nacido de Dios”.⁶ Verdaderamente, sólo el que ama *con todo lo que él es* puede conocer a Dios y el misterio inefable que es la Encarnación del Verbo.

Primogénito de todas las criaturas, imagen de Dios invisible, como lo define Pablo;⁷ cordero inmaculado y sin mancha, preordinado desde la creación del mundo para hacer a los hombres partícipes de la naturaleza divina, como escribe Pedro.⁸ Vencedor, Rey de reyes, y Señor de los señores, como canta Juan;⁹ Nuevo Adán, no concebido por hombre sino por el Espíritu del Señor Eterno asentado en María, paraíso vivo en el que la Trinidad tiene sus complacencias, el amor de Dios tomó carne, el Verbo amado del Padre se encarnó para ser ofrecido víctima por la salvación del mundo.

Y fue la Virgen sacerdotisa real y purísima, ardiendo en la caridad más pura y fuerte que criatura humana tuvo jamás. Ella lo aceptó y lo ofreció por todos los hombres, y el “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según su Palabra”,¹⁰ vino a ser el “Sea la Luz”¹¹ de la más

⁶ Juan 4, 7 y 5, 1

⁷ Colosenses 1, 15

⁸ 1º Pedro 1, 18-21

⁹ Apocalipsis 19, 16

¹⁰ Lucas 1, 38

¹¹ Génesis 1, 3

genuina creación, de la “re–creación” del hombre como hijo de Dios y heredero del Reino de los Cielos.

Así pues, por Cristo tienen los hombres la Vida. Por el Hijo de Dios, Hijo por su Naturaleza divina o Hijo por su perfección humana, tienen los hombres la Gracia. Por Jesús y su imitación, los hombres, sostenidos por la Gracia, tendrán la gloria de hijos de Dios. Por la Segunda Persona, en fin, y su perfecta obediencia a la Primera, tienen los hombres el Espíritu Santo, esto es: el Maestro, la Fortaleza, la Caridad y la Sabiduría”.

* * * * *

13 – 2 – 48

A los Romanos c. 5, v. 5.

Dice el Autor Divinísimo:

“Te he hecho contemplar las dos naturalezas de Jesús, Hijo de Dios y del hombre, y cómo la divina, aniquilándose, limitándose dentro de los estrechos confines de una carne humana –ella que es infinita– no se haya por eso envilecido, por el contrario, haya divinizado a la humana *volviendo a crear* al nuevo Adán en el nuevo paraíso terrenal en el que todo es hermoso y bueno –hermoso para verlo y bueno para gustarlo– y en el que se encuentran firmes e incontaminados del abrazo de la serpiente el árbol de la Vida, esto es, de la Gracias, y el de la Ciencia del Bien y del Mal al que no se tiende con avidez la mano para coger el fruto y hacerse “dioses” conforme a la falaz promesa sino que a su rumor sapiencial se le presta oído puro para aprender el Bien y huir del Mal, rogando compasivamente por los incautos que no escuchan el rumor del follaje movido por el viento bueno de Dios, sino el silbar, cercano a las raíces del Tentador.¹

Dos veces, pero ¡qué distintas! La una viene de las cimas acariciadas por la pureza del aire y la luminosidad del sol. La otra, de lo profundo, de la tierra, de la penumbra. La voz de Dios es: Luz, Sabiduría y verdad. La de Satanás: Tinieblas, Fango y Mentira.

¹ Génesis 3, 1-13

La primera Eva, bajando sus ojos, prestó oídos a la voz de las tinieblas, del fango y de la mentira. La segunda Eva –segundo paraíso terrenal en el que a Dios le agradó conversar con la Inocencia en el frescor de la tarde, esto es, en la paz de un espíritu desconocedor de las fiebres y el ardor de la lujuria– prestó oídos a la voz de la Luz, de la Sabiduría y de la Verdad.

¡Oh nuevo paraíso terrenal de Dios! Hermoso, lindo, puro jardín de delicias en el que todo cuanto hay es don de Dios, conservando hermoso y puro con venerante cuidado de amor para abrirlo al descanso del eterno y ofrecerlo a la caridad por su morada; jardín regado con la Fuente purísima que fertiliza la tierra (los hombres) a cuya Agua –Jesús– se vuelven; lugar de delicias por el que discurre el río de gracia que se divide en cuatro brazos: el primero, de adoración al eterno, el segundo; de amor al prójimo, el tercero, de compasión por los pródigos o los descarriados fuera de los confines paternos, los separados de la Vid bendita y de la Vida y el cuarto, de misericordia para con todas las miserias de los vivientes y de los que ya están vivos.

De Ti, María Virgen, por una serie de circunstancias, nos vino el Hombre, Cristo sin que fuese necesaria fecundación humana para fertilizar tu seno. Tú sola fuiste la Generadora. Por Ti sola concebiste y donaste la Luz a la luz. La Gracia, plena ya en Ti, penetró tu seno en un torbellino de ardores incontenibles y el Verbo tomó carne para habitar entre los hombres y darles vida.

La primera Eva, por querer ser “como dios”, perdió lo que hace del hombre animal un hijo de Dios. Tú, sin gula de ninguna especie, por querer ser esclava tan solo, te divinizaste por tus esponsales con el Amor divino y por tu divina Maternidad.

A Ti, que te sentiste *la más pequeña y pobre de todas las mujeres* y justamente encontraste el dolor que fue tu compañero inseparable de toda tu vida; a Ti, que justamente encontraste el tener que sufrir las consecuencias del Pecado con las fatigas, los sufrimientos, la muerte, ¡oh Virgen bella, humilde, casta, paciente, obediente, amorosa, nueva Eva, Inmaculada por Querer de Dios y fiel a la Gracia por querer tuyo!, Dios decretó: “Tú no morirás, no puede morir Aquella que dio la Vida a la tierra”. Más, por haber dado el Fruto de tu seno, por haberlo dado para que fuese tomado, cogido, comido y estrujado, Pan, Vino, Sangre, Redentor, se abrirán tus ojos y serás como Dios teniendo el conocimiento del

Bien y del Mal: para amar y enseñar a amar, ¡oh Maestra admirable!, al primero, y para combatir con tus armas al segundo.

Por Ti el nuevo Adán. Por Ti el Orden reconstruido. Por Ti la Gracia para los hombres. Por Ti la Redención. Por Ti Cristo y, por Ti y por Cristo, Yo, el Espíritu Santo.

Yo te hice fecunda y parece como si Tú hubieses dado a los hombres el Verbo hecho Carne tan sólo. Mas Aquel que ve y sabe, dice que Tú –en una maternidad superexcelsa en la que tu carne no es ni siquiera arcilla con la que modelar la Forma divina– diste a los hombres el Espíritu Santo.

Este Espíritu Santo sin el cual no pueden los hombres amar, comprender y vivir el amor.

Ese Espíritu Santo, sin el cual no hay conocimiento de Dios.

Ese Espíritu Santo sin el cual no hay filiación divina.

Ese Espíritu Santo impulsor de los heroísmos de los santos.

Ese Espíritu Santo teólogo divino de los teólogos humanos.

Ese Espíritu Santo que valora las plegarias de los moribundos gritando: “Padre”, en tu nombre.²

Ese Espíritu Santo dador munífico de dones que perfeccionan y completan las virtudes sobrenaturales, fertilizando el espíritu, haciéndolo activo, dócil y pronto para vivir la vida verdadera del cristiano, esto es, del hijo de Dios.

He aquí que este espíritu del Espíritu de Dios, superesencia del Divino Amor, os lo dio Cristo y os lo dio por María, Madre de Cristo y Madre vuestra, no en sentido simbólico sino real, puesto que la que da la vida es la madre y María os dio la Vida y, en consecuencia, el Espíritu Santo, o sea, Aquel que sustenta la Vida en vosotros y, lo que es más, hace de vosotros portadores de Cristo; más aún; “*otros Cristos*” según la frase de Pablo: “Ya no soy yo el que vivo: es Cristo el que vive en mí”.³

El menor queda ofuscado ante el mayor que le absorbe, y el mayor sobresale y resplandece anulando al menor, no atropellándolo sino elevándolo a un grado más alto,

² Romanos 8, 15

³ Gálatas 2, 20

absorbiendo y asimilando la poquedad a la Plenitud, la debilidad a la Fortaleza y la limitación a la Infinitud.

Un rey que trajese consigo al trono a un pobre niño desnudo encontrado por cualquier camino y lo amase hasta el extremo de nombrarlo su heredero haciéndolo aclamar por las multitudes mientras lo cobija bajo su manto real no pudiéndolo así rechazar las multitudes, este pobre niño pequeño, al que no ven, viendo tan solo al rey en su majestad, este pobre niño estrechándose feliz al buen rey hasta el punto de desaparecer en la vestimenta real, dichoso de no ser visto por tal arte, ese niño sería el símbolo acabado de esta condición del cristiano que se convierte en otro Cristo.

No de otra suerte María, encinta de Dios, se sintió criatura anulada por el Todo encerrado en su seno. Ella no, sino el que estaba en Ella. La veía, La llevaba, La presentaba a la veneración de los hombres.

También a vosotros, cristianos, el Espíritu os fecunda de Cristo y si vuestra voluntad colabora con la del Amor, Cristo toma vida en vosotros y vosotros unido con Él, venís a ser, por tanto, “una sola cosa” con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo que los une, del modo que lo pidió Jesús en su oración de la última cena,⁴ para que con los Tres, que son Uno, moréis eternamente, gocéis del amor y después de la gloria de Dios y de la paz bienaventurada que es el premio de quienes acogieron la Luz y la Palabra y vivieron en la Caridad y en la Verdad, naciendo para Dios y de Dios y dando testimonio de Cristo viviente en ellos con una vida perfecta conforme al mandato y ejemplo de Jesús”.

* * * * *

14 – 2 – 48

Dice el Autor Divino:

⁴ Juan 17

“Todo cuanto Dios establece es perfecto, bien sea en cuanto al tiempo, como al modo y a la persona.

He aquí pues cómo, habiendo sido prometido al inicio del castigo,¹ vino Cristo en la hora conveniente. Los siglos van transmitiendo con voz cada vez más clara, con pormenores cada vez más nítidos, el anuncio de la divina promesa de un Mesías Redentor y de la Mujer sin concupiscencia que castigará al Prevaricador dando a luz al vencedor del Pecado y de la Muerte.

Muchos son los símbolos y las voces que repiten la promesa a través de los siglos. Mas una palabra divina no ha sido aun entendida en su justa verdad.

Se dice en el 9º del Génesis: “... pondré mi arco iris en las nubes y será la señal del pacto entre Yo y la Tierra. Y cuando cubriere de nubes (castigo) el cielo, aparecerá en las nubes mi Arco iris y Yo me acordaré del pacto... del pacto sempiterno establecido en Dios y en toda carne que está sobre la Tierra”.²

Arco iris: señal de paz. Arco iris: puente entre el Cielo y la Tierra. María, puente de paz que une de nuevo el Cielo con la Tierra, la Predilecta que con su sola presencia alcanza misericordia para los pecadores. Y Dios, en los siglos anteriores a Cristo, cuando las prevaricaciones de los hombres acumulaban las nubes de los castigos divinos sobre aquella Humanidad de dura cerviz y de espíritu soberbio, al contemplar en su Pensamiento a Aquella que “ab aeterno” había sido constituida Arca de la Palabra divina, Fuente de Gracia, Sede de la Sabiduría, gozo pacífico de su Señor, disipó las nubes del inexorable castigo, dando tiempo a la Humanidad en la espera de su Salvación.

Esta era la voz de la Virgen aun no nacida: “¡Paz, Señor, piedad!” Y su amor perfecto, su perfecta obediencia, conocidos ya del Señor antes de que fuese la Estrella purísima, eran sacrificio de suave olor que aplacaba la ira del Señor. Y, en los siglos posteriores a Cristo, es María paz y misericordia para la Humanidad. Y cuando los pecados crecen y aumentan las nubes de la ira divina y de los humos de Satanás, es María la que disipa las nubes, la que desarma los rayos, la que tiende su místico puente a la Humanidad caída en el abismo para que suba de nuevo por ese camino fácil a su Bien.

“Pondré mi arco iris entre las nubes... y recordaré mi pacto”.

¹ Génesis 3, 15

² Génesis 9, 13-16

¡Oh!, el Iris de la paz, la Corredentora está entre las nubes, *por encima* de las nubes, dulce astro que brilla en la presencia de Dios para recordarle la promesa de misericordia que hizo a los hombres y dio su Hijo para que los hombres tengan perdón. Lo que hay en Ella no es una dulzura idealizada sino una realidad viva, completa, con su alma sin mácula y su carne sin corrupción. Y no se contenta con estar adorando y ser bienaventurada sino que se muestra activa y llama una y otra vez a la Humanidad a la Salvación.

La hora de María *es ésta*.

El arca de Noé no salvó a *todos* los hombres sino únicamente a los que Dios encontró justos en su presencia.³ Incluso en la hora actual, en esta hora que surge y habrá de avanzar del todo cubriéndose cada vez más de nubarrones, no podrá el Arca de Dios salvar a *todos* los hombres, muchos hombres, no querrán salvarse ni encontrar la salud mediante el Arca de Dios.

El arco iris, tras el diluvio, lo vieron únicamente los justos que quedaron vivos sobre la Tierra.⁴ Mas, por el contrario, en la hora actual, María, el arco iris, la señal de paz, en una sobreabundancia de misericordia, será vista por muchos que no sean justos. Su voz, su perfume, sus prodigios serán dados a conocer a justos y pecadores y, dichosos aquellos de entre estos últimos que, al igual que por el Iris de Dios la ira de Éste no se desencadena, así, por éste que es María se vuelvan a la justicia y a la fe en Jesús en el que está la salvación.

Cristo vino pues en el tiempo fijado para restablecer el orden turbado por la Culpa original y los lazos de filiación entre Dios y los hombres. Víctima preestablecida, vino a morir, no sólo por los justos, mas también, y sobre todo, por los pecadores.

Todos eran pecadores, al menos con el pecado heredado. Sólo María se hallaba sin pecado. Las obras santas de los justos, aun siendo beneficiadas por el Eterno, no daban a sus espíritus la herencia del Reino de Dios.

Ser justo resultaba muy difícil ya que los espíritus carecían de la Gracia. La Ley, más que de salvación, venía a ser causa de pecado, porque para gran parte del pueblo de Dios era a la sazón la Ley "*Motivo de ira*"⁵ pues que tan abandonada y violada se encontraba. La

³ Génesis 6, 9; 7, 7: Pedro 3, 20

⁴ Génesis 9, 12-13

⁵ Romanos 4, 15

Sabiduría era falseada por sus voceros hechos a predicar lo que no había de hacerse a gloria de Dios sino en provecho de los ávidos maestros.

Un caos cada vez más profundo, por ser espiritual, había suplantado a la simple y perfecta Ley del Señor, y los espíritus se extraviaban en él cuando no se perdían del todo dándose la muerte espiritual. Una idolatría peor que la del becerro de oro⁶ se había adueñado de la mayoría de las conciencias. Cada personaje de Israel era un “becerro de oro” que se idolatraba a sí mismo y quería que lo idolatrasen las gentes.

El Templo era un nombre tan solo. Los ritos una representación mímica. La invisible presencia de Dios en el Santo de los Santos no la creía sino la gente sencilla y humilde del pueblo que aún lo tenía por santo. Todavía enseñaban los sacerdotes y Rabinos que Dios moraba en su Templo, magnífico de gloria y que hablaba a sus ministros. Mas estos sabían bien que Dios había abandonado el Templo en el que no se Le adoraba sino a los intereses de los Príncipes de los Sacerdotes, de los Escribas y Fariseos. Ellos *advertían* el vacío que siguiera a la Presencia, ese vacío irremediable, ya que no hay industria alguna de los hombres que pueda colmar el vacío de Dios. Es en vano intentar colmar o al menos paliar el vacío de un altar del que se alejó Dios: Nada, nada en absoluto puede ilusionar ni proporcionar paz a quien está convencido en el interior de su conciencia de que Dios no se halla presente y de que ha abandonado a los soberbios a su propio destino, a sus concupiscencias e idolatrías.

Esa fue la hora en que Jesús vino. Si Dios midiese las cosas con la medida de los hombres, ninguna hora menos propicia que aquella debiera haber escogida para el advenimiento de la hora de la Misericordia. Mas aquella no era únicamente hora de Misericordia. Lo era también de Justicia. Justicia para Israel que ya no era merecedor de ser el Pueblo de Dios. Otro pueblo debía ser elegido en lugar suyo: el cristiano.

El fin del Templo, había llegado. Se imponía la nueva Ley, perfección de la antigua, predicada a los hombres *directamente* por Dios. La Caridad de Dios se manifestaba a los hombres en toda su plenitud.

Caridad no quiere decir injusticia pues es toda misericordia, Caridad quiere decir hacer todo por amor a los hombres. Este es también el precepto que Jesús os dio.

⁶ Éxodo 32, 1-6

Mas Él, que es la Perfección, no se limitó a enseñar que no hay amor más grande que el de quien muere por sus amigos.⁷ Él murió. Y no sólo por los amigos, por los justos, por los amantes de la justicia, –también estos últimos son amigos de Dios aunque débiles todavía e informes de espíritu– Él murió también por sus enemigos. No rogó desde la cruz por los amigos sino por los enemigos.⁸

Cristo, Sabiduría eterna e infinita, sabía cómo había entrado en el mundo para el hombre el pecado y con él la muerte y cómo esto era también así antes de la Ley. Si no se hubiera pecado no hubiera habido necesidad de un código contra el pecado que fermentó en sus diversas formas de soberbia, de gula, avaricia, que enloquecieron a los Progenitores hasta el punto de hacerles rebeldes contra Dios y, por tanto, a Dios, siguió la violencia contra la inocencia, violada y destruida, para dar paso a la malicia, y a esto siguió la violencia contra el hermano en el fratricidio cometido por Caín⁹ y el homicidio perpetrado por Lamec¹⁰ y la lujuria de los hijos de Dios con las hijas de los hombres¹¹ y la soberbia de los constructores de Babel¹² y la codicia de los pueblos y de las tribus y los múltiples pecados de Sodoma y Gomorra¹³ renacidos cada vez con más fuerza a través de los siglos.

Y Cristo, al morir, ruega por los enemigos de Dios a fin de que obtengan el perdón y tornen a la justicia. Jesús es el restaurador del orden.

Si en una balanza se pone un peso desproporcionado al peso equilibrado, la balanza se inclina de un lado. Mas si se restablece el equilibrio, ambos platillos de la balanza estarán en una misma línea.

Así pues, por el delito de uno, muchos perecerán.¹⁴ La balanza de Dios estaba inclinada totalmente del lado de la Justicia. Mas por el sacrificio de Cristo se dan las Gracias y la Vida a todos aquellos que creen en Jesús. Y de este modo, no sólo se restablece el equilibrio, sino que, puesto que el sacrificio del Hombre–Dios es de un valor infinito son los méritos de

⁷ Juan 15,13

⁸ Lucas 23, 33-34

⁹ Génesis 4, 1-16

¹⁰ Génesis 4, 23-24

¹¹ Génesis 6, 1-4

¹² Génesis 11, 1-9

¹³ Génesis 18, 13-33; 19, 1-29

¹⁴ Resulta oportuno consignar aquí la siguiente anotación de María Valtorta encontrada escrita en un trozo de papel de carta entre las páginas de la Carta a los Romanos en la Biblia usada por ella: Dice el Consolador: “Interpreta así: Como por obra de un solo hombre (Adán) entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, así alcanzó a todos los hombres la muerte de Adán en el que todos pecaron”. (A los Romanos c. 5 v.12).

Cristo Salvador mientras que la culpa de Adán, aun dentro de su gravedad, es limitada, –y lo demuestra el hecho de que puede ser reparada, lo que habría resultado imposible de haber sido infinita, y así las dos infinitudes, la de la Gracia y la de la Culpa, se habrían enfrentado sin poder vencer la una a la otra, como sucede cuando se ponen entre sí dos fuerzas iguales– la balanza de Dios se inclina del lado de la Misericordia, y misericordia y perdón se desbordan del platillo colmado de Sangre divina derramada por la salvación del mundo.

Toda se derramó. Y tanta más se derramó cuanto más abundaba el pecado y así, abundando la Gracia, venciese al pecado y la Vida a la Muerte, muriendo para devolver la Vida a los espíritus inmortales de los hombres. La Vida, esto es, el Reino de Dios en vosotros y para vosotros aquí y, más allá de la vida, en el Reino de los Cielos”.

* * * * *

26 – 2 – 48

A los Romanos c. 6º v. 1–10

Dice el Autor Divinísimo:

“Muchos de entre los cristianos, y aun de entre aquellos que si se les dijese que están aquejados de quietismo se rebelarían como ante una calumnia, caen en la herejía de creer que, puesto que hay Quien expió por todos y dio la Gracia con abundancia infinita, es inútil reprimirse en el pecar violentando el propio *yo*. Y aun llevan su herejía hasta el punto de decirse y decir que, al obrar ellos así, aumentan la gloria y el poder de Dios demostrando que sólo por los méritos infinitos del Hombre–Dios y sin cooperación alguna de buena voluntad, se salvan los hombres.

No. No es así. El raudal de Gracia es infinito; mas casi sin límites es la enormidad de esta herejía que vilipendia la Sangre y el Sacrificio divino de Cristo.

Él murió por todos, siendo compasivo con todos, medicina para todos, salud para todos y Vida para todos. Mas la voluntad de estos todos debe ser de justicia. Que después su debilidad les hace caer, que el demonio traidoramente los derriba y arrastra, Jesús,

haciendo honor a su nombre,¹ salva, acude, alienta, cura, perdona y purifica. Es el reparador eterno.

Una fuente puede dejar de manar y secarse un depósito de agua. A lo largo de siglos y siglos de vida de la tierra, mares enteros y lagos se han desecado dando lugar a arenosos desiertos o a desoladas y petrosas hondonadas circundadas de montes que antes se miraban en el espejo de un lago. Mas hay una fuente que jamás se ha de secar si no al fin de los siglos. Ella, generosa y santísima, verterá siempre su fluido para misericordia de los hombres. Es la Fuente que mana del Cuerpo del Cordero inmolado.

Mas ¿ya advertís vosotros, cristianos qué onda perenne de Sangre divina os baña y nutre de continuo?

Si hubiera un rey tan rico y de tanta munificencia que hiciera comunicar las casas de sus súbditos con un pozo suyo maravilloso que manase oro, los súbditos de ese rey le adorarían como a un dios. Con todo, aquel oro no sería eternamente suyo. A su muerte habrían ellos de dejarlo. Mas la Sangre de Cristo, esta Sangre más preciosa que los metales preciosos o las alhajas, esta Sangre del Rey de los reyes ¿no se os dio gratuitamente, no se derramó con abundancia sobre vosotros sin limitación alguna en su virtud y en el tiempo? Esta Sangre vence a la muerte, vence al Pecado, supera el tiempo y perdura en sus frutos riquísimos por toda la eternidad. Y aún más, es precisamente por su virtud que subís al Reino con vestido de púrpura, con vestimenta real; y es en la eternidad, es en el Cielo, más que en el tiempo y sobre la Tierra, donde gozaréis de ese infinito tesoro.

Él, el Viviente, consumó el horror de la muerte para que vosotros murieseis al pecado y resucitéis a la Gracia. No os es lícito pues tornar al pecado y a la muerte con intención previa de volveros.

Dijo Él: “no se puede servir a la vez a Dios y a Mammón”.² Y Yo os digo: “No se puede tener a la vez la Vida y la Muerte”.

Jesús, al resucitar, dio testimonio de tres cosas:

I.— Que era Dios, y así podía resucitar por Sí solo.

¹ Mateo 1, 20-21

² Mateo 6, 24; Lucas 16, 13

II.— Que había muerto realmente crucificado. Por eso conservó en su Cuerpo glorioso los estigmas de la Pasión. De aquel Cuerpo habían desaparecido todas las huellas de la Pasión: el deterioro corporal, las sordideces, los bálsamos espesos del embalsamamiento. Y para demostrar que el Cristo, real, humano y no una ficción incorpórea del mismo había estado clavado en la cruz, quedaron en su verdadera Carne los verdaderos orificios de los clavos y la hendidura de la lanza.

III. — Que había vencido para siempre a la muerte y había resucitado, *por la virtud de Dios*, en Cuerpo y Alma, por los siglos de los siglos. Así como o vieron las piadosas mujeres en el sepulcro, los apóstoles en la tarde de la Resurrección y los discípulos en las sucesivas apariciones,³ así lo vieron, lo ven y lo verán los espíritus de los hombres al pasar de la vida terrena a la ultraterrena; y así lo verán todos los hombres en el Juicio final, lo mismo que lo vieron aparecer en el Limbo⁴ y descerrajar sus puertas los justos que subieron con Él al Cielo que de nuevo les fue franqueado a los santos de Dios.

Ahora bien, de una cuarta cosa dio también testimonio Cristo al resucitar y la testimonió con el símbolo de su resurrección tras el sacrificio. Es ésta; que el cristiano, sumergió en las ondas salutíferas de su Sangre, sepultado en este baño salvador como en una tumba de cuya profundidad extrae vida y no muerte, incorruptibilidad y no corrupción, resucite a nueva vida, a vida gloriosa, igual que le sucedió a Él, que fue depositado en las entrañas del sepulcro “como leproso, con los huesos descoyuntados y a la vista, y sus miembros traspasados”⁵ y salió de aquellas entrañas con una vestidura de tan gloriosa belleza que sólo los ángeles y la Purísima pudieron mirarla en su cabal esplendor.

Cristo, tras la Resurrección, alcanzó la plenitud perfecta de su misterio. Antes de la Pasión era ya perfección: perfección del Hombre—Dios, perfección de Dios. Mas en la Pasión su perfección anterior de Hombre—Dios se perfeccionó con la de Dios—Redentor. Y después de la Resurrección se completó con aquella, misteriosa hasta el final de los siglos, contenida y aclarada “en el hombre sólo por Él conocido” de que habla Juan en su Apocalipsis.⁶

³ Mateo 28; Marcos 16; Lucas 24; Juan 20-21

⁴ 1º Pedro 3, 18-19

⁵ Isaías 53, 3

⁶ Apocalipsis 2, 17

También el hombre, viviendo en Cristo (la lucha del hombre, el sufrimiento, la pasión diurna combatida, soportada, acabada en justicia) y resucitando por Cristo y en Cristo, alcanzará la perfección que abre las puertas del Cielo y recibirá “el nombre nuevo escrito sobre piedrezuela blanca, nombre que nadie conoce fuera de aquel que lo recibe”.⁷

“Yo soy la Vid verdadera... El sarmiento que no puede permanecer unido a la vid no da fruto. Así también vosotros, como dijo Él, si no estuviereis injertados en Mí, no traeréis fruto... y seréis echados fuera como rama seca”.⁸

En verdad, Él “cargó con todos vuestros males” al llevar y apurar todas “vuestras iniquidades”.⁹ Él se desecó como una vasija¹⁰ porque, para haceros vivir, os dio su Sangre que es la linfa vital de la Vid verdadera que da fruto.

Es la Vid fructífera. Vosotros los sarmientos silvestres incapaces de dar fruto. Y su Padre, que es a la vez vuestro, cultivador de la viña eterna, os tomó a vosotros, sarmientos estériles y silvestres, y os injertó en Él. Y Él aceptó beber y apurar todos vuestros jugos homicidas, todas vuestras fiebres concupiscentes, hasta morir como víctima en su carne sin que vuestra corrupción llegase a turbar y emponzoñar su espíritu santo de Inocente eterno y así fueseis vosotros, al final de los siglos, como Él lo fue, gloriosos de alma y de cuerpo, habiendo revestido de carne incorruptible vuestros santos espíritus y, bienaventurados ya, se realizase, por la amistad de Dios, aún antes del primer juicio y del otro último la inhabitación en vosotros del Espíritu Santo, la fusión con Cristo Amigo y Pan del Cielo sobre la Tierra y la paz en Dios después de la muerte a la espera de la resurrección de la carne para compartir la alegría y gloria de la misma.

El Pensamiento y el Querer divinos obraron un misterio al querer que, aun antes de que existieseis, hubieran sido vuestros pecados expiados por Cristo. “Él tomó sobre Sí los pecados de muchos” dice Isaías.¹¹ Y estos *muchos* son aquellos que durante la vida, o al menos antes de la muerte, no dejaron, por su buena voluntad, infructuosos para ellos los méritos infinitos de Cristo.

⁷ Apocalipsis 2, 17

⁸ Juan 15, 1-6

⁹ Isaías 53, 1-12

¹⁰ Salmos 22, 16

¹¹ Isaías 53, 12

Sobre la balanza de la Cruz, sobre aquel patíbulo de Justicia en el que estaban toda la Santidad y toda la Iniquidad y la primera destruía a la segunda, cada uno de vuestros pecados se habían clavado como saetas en el Cuerpo del Mártir. Numerosísimos fueron los golpes de los flagelos, numerosísimas igualmente las punzadas de las espinas sobre su Cabeza torturada, atroces los espasmos de los clavos; pero ninguno de tantos que se compadecieron de Cristo que estaba sufriendo las torturas infligidas por una justicia humana y cruel, se golpeó el pecho diciendo: Es verdad: esto y esto, estos miles y decenas de miles de agujones yo te los he clavado en tus carnes y en tu corazón con mis miles y decenas de miles de pecados. Tú me has reconocido, Redentor mío, con la totalidad de los miles de pecados míos. Ni uno solo de ellos ha sido ignorado por Ti. De todas tus torturas yo he sido la mayor para Ti”.

¿Quién podrá numerar los millones y millones de pecados que el Purísimo sintió clavar en su Cuerpo expiator? ¿Quién, al meditar esto, no debería sentir, un odio absoluto al pecado, la huida del mismo, la obligación y el dolor de no servir más al pecado puesto que el Sacrificio de un Dios os liberó de él?

Estáis muertos al pecado. El muerto no hace ya cuanto hacía de vivo. ¿Cómo pues, si hay en vosotros una fe segura en la muerte de Cristo y en la Gracia que esa muerte os mereció librándoos de la muerte del pecado y proporcionándoos los medios con qué permanecer libres, cómo pues vosotros, al igual de Cristo, no resucitáis para siempre de esta muerte y vivís para siempre en Dios de la misma manera que Jesús –el Hijo de Dios, el Hijo del Hombre, muerto como Hombre para expiar la culpa y las culpas del hombre– vive “para Dios”, es decir, de Dios?

Mas, no sólo Él, Dios; todo aquel que vive en Cristo y por Cristo, recordadlo, se diviniza al llegar a ser hijo del Altísimo.

* * * * *

“Se lee en los libros mosaicos que las hostias de los sacrificios y de las oblaciones tenían qué ser de animales sin tacha ni defecto y que las ofrendas y oblaciones de flor de harina, aceite o cereales, habrían de ser aderezados con sal pero sin levadura ni miel, y si de primicias de cereales se trataba, verdes aún, estos debían ser tostados y triturados antes de ser ofrecidos y siempre sazonados con aceite y unidos con el incienso.¹

Se lee también que aquellos que pertenecían al linaje de Aarón y, por tanto, a la estirpe sacerdotal, quedaban excluidos del sacerdocio si tenían cualquier defecto físico o enfermedad incurable.² Cuerpo perfecto de constitución y de salud debía poseer el que oficiaba delante del Creador del hombre, delante del Altísimo que hiciera al hombre perfecto de miembros, de sentidos y de sentimientos y para el que ver las deformidades y dolencias era un testimonio de la rebelión del hombre y del menosprecio de Satanás por la obra más querida de Dios, siendo, por tanto, más que nada, desprecio de Dios.

En los tiempos mosaicos los sacrificios eran de animales y de cereales, cosas materiales todas ellas. En el tiempo cristiano los sacrificios son de espíritu. Fue David quien profetizó este tiempo en el que los sacrificios habrían de ser, no de animales sino “sacrificio de espíritu compungido, de corazón contrito y humillado”.³

Aquel era tiempo de rigor. El hombre ni osaba pensar que pudiese ofrecer en sacrificio suave su corazón. Sobre aquel corazón aparecía la mancha corruptora. El corazón de los hombres, aun el de los justos, era impuro. La Culpa original, ella sola, manchaba el corazón de los hombres aun en los santos. Así pues, ¿cómo ofrecerlo en sacrificio de suave olor a aquel que prescribiera que fuesen sin defecto los animales y cereales que habían de ofrecerse en su altar, no admitiéndose en ellos ni la mancilla del pelambre o de tizón? ¿Es acaso culpable un becerro o un cordero de haber nacido matizado? ¿O una espiga de haber sido atacada por el moho o el tizón? No lo son. Pues, con todo, no debían ser presentados sobre el Altar. Ni dicha presentación habría de hacerla hombre en el que apareciese manifiesta la herencia del pecado con defectos, delgadez o enfermedades.

Por el pecado de Adán entraron en los hombres la enfermedad, las deformidades y la muerte. Porque la malicia, al tomar asiento donde en un principio sólo había llama de pura caridad, condujo a los hombres a perversiones del sentido y de los sentimientos, origen de

¹ Levítico 1, 3; 6, 7-16; 7, 1-15; 22, 17-30

² Levítico 21, 16-24

³ Salmo 51 (Vulgata: 50), 18-19

todas las dolencias o monstruosidades que se manifiestan en el hombre. De raíces corruptas se derivan árboles, frondas y frutos corrompidos. Y, dado que la corrupción inicial fue aumentando de continuo con nuevas perversiones, la carne del hombre siempre sufrió, sufre y sufrirá cada vez más, de modo creciente, las dolorosísimas consecuencias de la decadencia de tantísimos hombres que, de hombres se convierten en brutos.

En el tiempo de la Misericordia, cuando la Gracia revigora los espíritus con sus candores divinos; en el tiempo de espíritu, en el que los valores humanos se encuentran en la base pero en el vértice están los sobrehumanos y éstos, más que aquellos, son los que se ofrecen a Dios y Éste los acepta como dádiva; en el tiempo en que la carne sirve de envoltura al alma reina y es medio para conseguir la victoria si bien es el espíritu el que domina o debiera dominar; en el tiempo en que “por virtud de Aquel que de las tinieblas os llamó a la luz admirable haciendo de los cristianos la nación santa, el nuevo pueblo de Dios por Él conquistado por la sangre del hombre—Dios, el linaje escogido, el sacerdocio real” como escribe Pedro,⁴

Caducaron las limitaciones de la Ley mosaica y el hombre que sea marcado con la señal de Cristo y ungido como siervo por el Pontífice eterno, santo, inocente e inmaculado, puede, o mejor, *debe* ser hostia y sacerdote, materia y ministro del sacrificio espiritual que es grato a Dios.

En la epístola paulina (v. 13) falta una palabra. La palabra “hostia”. “Ofreceos a Dios como hostias vivas tras haber estado muertos. Ofrecedle vuestros miembros como instrumento de justicia”. He aquí el sacerdocio real al que está llamado el cristiano, el sacerdocio de todo cristiano a imitación del ejercido por el “Sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec”.⁵

Viene de la antigua Ley, elevada al grado espiritual, la obligación de ser sin mancha mortal, sin vicios capitales consentidos por la razón y por el espíritu y llevado a la práctica con plena advertencia, sin fermento de odio y de concupiscencia, sin miel de molicie sensual, sin enfermedades espirituales que nos e procuran curar, sin ceguera ni albugo para la luz, sin sarna ni herpes de sinuosa simpatía hasta con las culpas pequeñas, y sin fracturas o gibas en la magnífica formación cristiana.

⁴ 1º Pedro 2, 9-10

⁵ Salmo 110 (Vulgata: 109), 4; Hebreos 7, 17

Soldados del Dios verdadero, atleta de la religión santa, sacerdotes y víctimas del tiempo nuevo, debéis *salaros* con la sal de la voluntad heroica que quema y cauteriza pero fortifica las partes débiles y las inmuniza contra la gangrena, debéis tostaros y trituraros con el fuego de la caridad y la muela de la mortificación para haceros harina de hostias. Y después, ungidos con la santa unción de la virtud y perfumados con el incienso –y que sea abundante – de la adoración, ofrecoos o inmolaos pronunciando la perenne palabra de Cristo: “He aquí, Padre, dispuesto a hacer, no mi Voluntad sino la tuya”.⁶ Prontos a responder a quien con halagos o amenazas, con amor o con odio quiera retraeros de predicar a Cristo con vuestra vida entera los doctores del mundo: “¿No sabéis que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?”.⁷

Sea hostia santa todo lo que sois pues todo está ungido con el crisma santificante del sacrificio de Cristo. Los miembros menos nobles del cuerpo, al igual de los más nobles, todos están llamados al servicio de Dios. No se hallan excluidos de este servicio, aquellos a quien la Voluntad de Dios ungió con el crisma especial de los consagrados al dolor: los inválidos, los enfermos, los inocentes injustamente condenados, los perseguidos y escarnecidos por el mundo. La Gracia juzga y también eleva.

Dijo Jesús con su sabiduría y munificencia divinas: “Los últimos serán los primeros”.⁸ Y asimismo, antes de sanar al ciego de Jerusalén, para hacerlo su discípulo y evangelizador, proyectando su mirada a los tiempos futuros en los que muchos de los que el mundo desprecia llegarían a ser “saludo” para el mundo, dijo: “Ni él ni sus padres han pecado sino que esto es así para que se manifiesten en él las obras de Dios”.⁹ Es él y por él. ¡Cuántos hay que, por generosa obediencia o heroico requerimiento llegan a ser “hostias”, “redentores”, “continuadores y completadores de la Pasión de Cristo”!

Mas, aún sin tener en cuenta a estos especiales héroes de la más subida caridad, todos vosotros, cristianos, sois “hostias vivas” y debéis ofrecer vuestros miembros como objeto de justicia”. Y ofrecerlos limpios de culpa ya que, a la sazón, no “estáis bajo la ley sino bajo la justicia”. Liberados como estáis de la esclavitud del pecado, sostenidos como estáis por la Gracia, no debéis conocer ya la muerte del espíritu; y no la conoceréis si de nuevo no os hacéis esclavos del pecado.

⁶ Mateo 26, 39; Marcos 14, 36; Lucas 22, 42

⁷ Lucas 2, 49

⁸ Mateo 19, 30; 20, 16; Marcos 10, 31; Lucas 13, 30

Servid al Señor Dios que dio a los hombres la Ley para que les fuese freno y bocado contra la torpeza cada vez más fuerte de la Tierra; pero que, con la vendida de su Cristo y la restitución de la Gracia por los méritos del mismo, aunque os dejase el freno y el bocado de la Ley para combatir las seducciones de Satanás, del mundo y de la carne, puso alas a vuestro espíritu librándolo de las cadenas para que volase bien alto por encima del fango de las concupiscencias al encuentro de Aquel que apareció por la parte de oriente y al que conocisteis y, en cuanto os está concedido mientras os encontráis en el exilio, ardisteis con Él y le seguisteis por los caminos de la Vida dejando para siempre los senderos de la Tierra y de la Muerte, atraídos por el olor de sus perfumes, conquistados por la única Belleza, por el Verbo hecho Carne, Jesucristo vuestro Señor, Redentor y Maestro cuya doctrina es dulce, cuyo yugo es ligero y son de efecto corroborante contra toda languidez y muerte su Carne y su Sangre entregadas por vosotros y para vosotros sobre el altar del Gólgota y sobre los altares de los templos en la Comunión Santísima con el Hijo de Dios, Dios como el Padre.

Esa Comunión que es Vida. Vida en Jesucristo. Vida en el Amor que es el Autor de Cristo. Vida en los Tres porque donde está Uno están los Otros así en el Cielo como en el corazón de los hombres”.

* * * * *

28 febrero

A los Romanos, c. 7, v. 1–13

Dice el Autor Divinísimo:

“Es verdad firme que los primeros Padres, además de la Gracia santificantes y de la inocencia, recibieron otros dones de su Creador al tiempo de su creación. Y eran éstos: la integridad, esto es, la perfecta subordinación del sentido a la razón, la ciencia proporcionada a su estado, la inmortalidad y la inmunidad de todo dolor y miseria.

Sobre la inmunidad y la pérdida de esta inmunidad ya te hablé ayer. Hoy hago fijar la atención a tu mente en el don de la ciencia proporcionada a su estado. Una ciencia vasta, verdadera, capaz de ilustrar al hombre en todas las cosas necesarias a su ser de rey de todas

⁹ Juan 9, 3

las demás criaturas naturales y de criatura creada a imagen y semejanza de Dios por su alma que es espiritual, libre, inmortal, racional, capaz de conocer a Dios y, por tanto, de amarle, destinada a gozarlo eternamente. Tal es el alma dotada con los dones gratuitos de Dios, de los que el primero de todos es la Gracia que eleva al hombre al orden sobrenatural de hijo de Dios, heredero del Reino de los Cielos.

El hombre por este don de ciencia, sabía clara y sobrenaturalmente cómo obrar, qué camino tomar para alcanzar el fin por el que fue creado, es decir, con una ciencia perfecta adecuada a su grado de hombre lleno de Gracia y de inocencia. Mas le amaba con un amor ordenado que era ardiente aunque sin rebasar los límites del reverencial respeto que la criatura, por más santa que sea, debe tener siempre a su Creador.

Este amor intenso, pero que en su intensidad no desborda los diques de la reverencia que la criatura debe a su Creador, flor de perfección, preferida por Dios, nunca se ha dado sino en Jesús y en María, porque el Hijo de Hombre y la Inmaculada fueron el nuevo Adán y la nueva Eva, reparadores de la ofensa de los primeros y consoladores del Padre Dios, usando con perfección de todos los dones recibidos de Dios sin jamás prevaricar por soberbia de ser los predilectos de todas las criaturas.

Este don de ciencia, del modo que regula el amor de la criatura con su Creador, regula también el de la criatura con la criatura: con la esposa, su semejante, en primer lugar, teniendo para ella un amor sin desorden de lujuria, ese amor ardiente de los inocentes con el que sólo los lujuriosos y corrompidos se creen incapaces de amar.

¡Oh ceguera causada por los fermentos de la corrupción! Los inocentes, los castos, estos son los que saben amar y amar de verdad. Amar los tres órdenes que hay en el hombre y con los tres órdenes que hay en él; pero comenzando del más alto y dando al más bajo –el natural– esa ternura virginal que se refleja en el más ardiente amor materno y en el más ardiente amor filial. Esto es, en estos dos únicos amores desprovistos de atracción sensual: amor del alma, amor de criatura–hijo hacia el vivo tabernáculo que le llevó; amor de criatura–madre hacia el testimonio vivo de su cualidad de procreadora, gloria de la mujer que, por las penas y el sacrificio de la maternidad se eleva de mujer a cooperadora de Dios, “obteniendo un hombre con el concurso de Dios”. (Génesis c. 4, v. 1)

Regulaba el amor del hombre para con las demás criaturas a las que se unía por razón de utilidad o de afecto. En todas las cosas creadas veía el poder amoroso de Dios que las había creado para el hombre y las veía al igual que Dios, “muy buenas”. (Génesis c. 1, v. 31)

Debiera haber regulado también el amor del hombre hacia las criaturas nacidas de su amor santo con Eva. Mas Adán y Eva no llegaron a este amor porque –aun antes de que “el hueso de los huesos de Adán y la carne de su carne, por la que el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer y serán los dos una sola carne”,¹ le floreciese un hijo del modo como de una planta besada por el sol, y no por otro alguno, nacen flores y fruto– el Desorden había corrompido con su veneno el amor santo de los Progenitores que quisieron conocer más de cuanto les era justo y suficiente que conociesen, por lo que dijo la Justicia: “Tengamos cuenta que no vaya el hombre ahora a extender la mano y coja también del árbol de la vida, coma de él y viva eternamente”.²

Esta frase deja perplejos a muchos y a otros muchos les sirve para presentar al Buenísimo y Generoso como un avaro cruel. Les sirve también para negar una de las verdades religiosas: la correspondiente a uno de los dones de Dios a los primeros padres, esto es, la inmortalidad.

El don, para que sea don, ha de ser dado. Dios había dado la inmortalidad al igual de los otros dones entre los que estaba el de una ciencia proporcionada a la condición del hombre. No toda la Ciencia puesto que sólo Dios es sapientísimo. E igualmente había dado inmortalidad, mas no eternidad, puesto que sólo Dios es eterno.

El hombre había de nacer, ser procreado por el hombre creado por Dios y ya no morir sino pasar del paraíso terrenal al Celestial y gozar ahí de perfecto conocimiento de Dios.

Mas el hombre abusó. Prefirió no haber recibido don alguno gratuito. Quiso toda la Ciencia sin reflexionar que hasta de las cosas buenas se ha de usar con medida proporcionada a la propia capacidad y que únicamente el Inmenso y Perfectísimo puede conocer todo sin peligro puesto que su infinita Perfección puede conocer todo el mal sin recibir de él turbación alguna corruptora.

Dios sufre por el mal que ve, mas el sufrimiento es por el que él mismo produce en vosotros, no por Él, ya que Se encuentra muy por encima de cuanto pueda el mal intentar, y

¹ Génesis 2, 23-24

² Génesis 3, 22

un aun el obstinado y astuto poder que tiene por nombre Satán puede causar menoscabo a su Perfección.

Es en vosotros como Satán ofende a Dios. Mas si vosotros os mantuvierais fuertes, no habría manera de que Satán ofendiese a Dios por vuestro medio. Si pensaseis en esto, vosotros que amáis a Dios más o menos intensamente, no pecaríais jamás, porque ninguno de cuantos os gloriáis del nombre de cristianos—católicos queríais sentirlos cómplices de Satanás en ofender a Dios.

Y, sin embargo, lo hacéis. Es que jamás reflexionáis en lo astuto que es Satanás y tan rapaz que no se contenta con tentaros o venceros, sino que, más que a vosotros, mira a mofarse de Dios, a arrebatarse las almas, a ridiculizar y destruir el sacrificio de Cristo haciéndolo inútil para muchos de vosotros y para otros muchos capaz apenas de evitarles la condenación.

Satán lo sabe muy bien, tiene contadas todas las lágrimas, todas las gotas de sangre del Hijo del hombre. En cada lágrima, en cada gota ha visto el verdadero nombre, el verdadero motivo de las mismas: la indiferencia inerte de un católico por esas lágrimas, la perdición de un católico por las gotas de la sangre divina. Sabe cuál fue la causa del dolor que arrancó lágrimas y sudor purpúreo a Cristo,³ su Adversario divino, Adversario desde el momento de su Rebelión. Adversario eterno y Vencedor eterno para millones de espíritus a los que Cristo dona y donó el Cielo.

Pero volvamos a la lección y, por los dones que el Sacrificio del Cristo os ha proporcionado, que cada una complete el pensamiento que Yo interrumpo aquí.

Tras querer toda la Ciencia, Adán habría podido querer toda la vida, es decir, la posesión de la vida, no como don recibido y conservado con amor, sino por esa violencia que falta al respeto, destruye el orden y, sin mérito alguno, se auto crea eterno para igualarse a Dios. Igual a Dios, querer ser tal, hubiera sido cometer el mismo pecado de Lucifer.⁴ Y para el pecado de Lucifer no hay perdón.

Dios quería poder perdonar al hombre. Quería poder devolverle la inmortalidad, la posesión del Cielo, la Ciencia proporcionada a su estado, la Gracia, Él mismo. E intervino con la condena *para salvar*. Dictó muerte para dar Vida. Dictó destierro para dar la Patria

³ Lucas 22, 44

⁴ Isaías 14, 14

eterna Dictó –he aquí el comienzo de la lección que ahora reanuda su argumento– dictó una ley en el lugar de la Ciencia gratuita que perdiera el hombre con la muerte de la Gracia en su corazón. La ley es fruto de las consecuencias del Pecado.

El Pecado hizo al hombre torpe en su inteligencia para discernir el bien y el mal, y en su integridad. Al igual que un humo, había ofuscado la Verdad conocida y, como un estruendo, había apagado el sonido de las palabras divinas oídas al frescor de la tarde en el hermoso Edén.⁵ Decaído de su condición de hijo adoptivo de Dios hasta el grado de animal racional, el hombre apreciaba por instinto que el matar debía ser un “mal” y que el corromperse con liviandades obscenas debía serlo igualmente. Mas no sabía distinguir hasta qué punto era malo matar, y qué lujurias eran las más abyectas para Dios.

Por lo que Dios, después de haber castigado y vuelto a castigar de nuevo con el diluvio⁶ y haber, después de esto, dado las primeras normas para ser menos violentos (prohibición de comer carne con sangre: (Génesis 9, 4); y más tarde con la dispersión de las gentes y confusión de las lenguas (Génesis 11, 8), origen de futuros pueblos, reinos y guerras que aun os atormentan; y castigando nuevamente una vez más con el fuego caído del Cielo sobre Sodoma y las otras ciudades pecadoras;⁷ después de haber dado al justo Abraham una más clara ley de sujeción al Señor (Génesis 17, 10), llama a Moisés a Sí y, mediante sucesivas órdenes y llamadas, lo conduce a la celebración del primer sacrificio pascual⁸ – sacrificio perpetuado hasta el fin de los siglos porque, al llegar la hora de la Gracia, el cordero añejo fue sustituido por el Cordero divino, Hostia perpetua sobre todos los altares del mundo y por todos los siglos– y de esta ley pascual conduce a Moisés al Decálogo.⁹

Mas no habría dado el Decálogo si la razón hubiese dominado siempre a los sentidos, esto es, si no se hubiese cometido la Culpa en el Edén. Y no se habría dado si, al desorden de los sentidos no hubiera sucedido la pérdida de la Gracia y de la Inocencia y, por tanto, de la Ciencia igualmente. Y así el Decálogo es a la vez piedad y castigo. Piedad para los débiles y castigo para los que se burlan de Dios haciendo el mal concientes de lo que hacen.

⁵ Génesis 3, 8-10

⁶ Génesis 7

⁷ Génesis 19, 1-29

⁸ Éxodo 12, 1-14

⁹ Éxodo 20, 1-17; Deuteronomio 5, 6-21

El Decálogo, con su parte positiva: “Harás; y negativa: “No harás”, crea el pecado con todas sus consecuencias. Porque se peca al saber que se peca, y así el hombre, después de la Ley, no tuvo excusa para decirse a sí mismo: “No sabía que pecaba”.

El Decálogo es piedad, castigo y prueba. Como “prueba” era también el árbol que se erguía en medio del Edén. Sin prueba no se puede formar juicio del hombre como el orfebre prueba el oro en el crisol.¹⁰

Sólo las virtudes fuertes y, sobre todo, la caridad, se acomodan a las disposiciones negativas de la Ley. Porque, generalmente, el hombre, por insinuación satánica y por estímulos latentes, apetece lo que está prohibido. Por lo que son verdaderos héroes los que aplastan el sentido y las tentaciones bajo el peso de su fuerte amor y no alargan con avidez sus manos al fruto prohibido.

Y estos son los verdaderos cristianos que no hacen mal uso de los infinitos méritos de Cristo, de la Gracia obtenida por su medio y, sarmientos silvestres injertados a la verdadera Vida, dan para Dios frutos copiosos de virtudes activas y están ciertos por ello de alcanzar la vida eterna.

Estos son los verdaderos cristianos en los que se encuentran vivos los dones del Espíritu Santo, al que completa Jesús comunicando a los hombres en Gracia de Dios la ciencia, ese gran don perdido por el Pecado de Adán, la ciencia sin la cual la Ley dada para ser “vida”, puede resultar “muerte”.

Porque el hombre que no posee la ciencia proporcionada a su estado, no ama ordenadamente a Dios ni a las criaturas, cualesquiera que estas sean; cae en las diferentes idolatrías, en la triple concupiscencia;¹¹ desfigura la misma religión con un conjunto híbrido de prácticas pecaminosas cuando no –siendo así que el cristiano recibe con el Bautismo el don infinito de la Gracia– de prácticas farisaicas condenadas por el Verbo divino;¹² no se conoce a sí mismo y por eso hace de su placer un obsequio al Querer Divino; altera en sí la imagen y semejanza de Dios; los dones recibidos para su bien los vuelve y emplea para hacer y hacerse mal; si hace limosnas, no las hace por misericordia a los pobres sino para ser alabado por ellos; si escruta los misterios de la Creación, lo hace para recibir gloria de los hombres, mas no para dar gloria al Creador. De esta suerte, sus

¹⁰ Proverbios 17, 3

¹¹ 1º Juan 2, 16

acciones pierden ese perfume que las hace santas a los ojos de Dios y él tiene en la Tierra su bien fugaz, mientras que “el hielo y el rechinar de dientes”, como decía el Verbo,¹³ le aguardan allá donde no cuentan las apariencias sino la verdad de las acciones humanas.

Y si, no obstante haber hecho mal aquel bien que podía llevar a cabo, elude por la misericordia de Dios el hielo y la tortura del infierno, larga permanencia le aguarda en la escuela del Purgatorio en donde aprenda la verdadera caridad que no es “*herejía de las obras*”, el azote de vuestros días, pues son muchos los que se afanan en servir a Cristo con un bullir de prácticas y actos exteriores tan solo que dejan a los buenos como estaban o escandalizados tal vez, y no sirven para mejorar a los malos ni convertirlos.

La verdadera caridad es, por tanto, el ejemplo de una vida profunda y conscientemente *cristiana* en todo. La verdadera caridad es aquella que Jesús quería de Marta, afanada con exceso en tributar honores externos al Hijo de Dios.¹⁴

El vivir de este siglo no admite la contemplación del modo que muchos la entienden. Mas Dios no bendice la sola acción. Él quiere que se complementen la vida activa y la contemplativa, y que las obra no se reduzcan a simple fragor, agitación y aun a discusión con los enemigos; que no sean “herejía” sino religión, esto es, trabajo que equivale a plegaria por el continuo ofrecimiento de los propios actos a Dios, realizándolos todos únicamente a su gloria y así la plegaria sea trabajo. Trabajo continuo sobre sí mismo tallándose cada vez más conforme al Modelo Jesucristo y modelando a los demás con el ejemplo.

En vano se afanan los hombres si Dios no bendice sus actos. Y ¿cómo queréis que Dios esté con vosotros bendiciéndoos y triunféis en vuestras empresas si en ellas no actúa el don de ciencia por el que el hombre se conduce en todos sus actos guiado por un fin santo y no por la propia gloria?”.

* * * * *

16 mayo 48. Pentecostés

¹² Mateo 23, 1-11

¹³ Mateo 8, 13; 13, 42-49; 22, 13; 25, 30

Dice el Dulce Huésped (desde el 7 de marzo quiere el Espíritu Santo que le llame así):

“En la última lección para vosotros, hombres, y en especial hombres destinados a enseñar la Verdad y el conocimiento de la naturaleza de Dios, o sea, de la Caridad que si falta en vuestro corazón ya no sois sus hijos, hablé de la ciencia *verdadera* y de la ciencia no verdadera, *incompletamente* verdadera, al moverse por zonas de saber humano. La verdadera ciencia supera estas zonas bajas, míseras limitadas, relativas, y se lanza, cual flecha de oro ardiente, más allá de lo que es humanidad, al encuentro de las Verdades eternas que constituyen la ciencia *verdadera* o, expresado con más justo nombre, la *verdadera sabiduría*.

La verdadera sabiduría se encuentra en ese centro luminoso y ardiente que es la Caridad. No es con el mucho saber obras humanas y, sobre todo, no es con el mucho discutir manteniendo por escrito largas, pedantes disputas teológicas como se adquiriera la verdadera sabiduría, es decir, el verdadero conocimiento de lo que es Dios, de lo que quiere Dios, de lo que se debe hacer para poseer eternamente a Dios. Es con el mucho amar.

El que ama con perfección, entendida ésta dentro de los límites de la humana relatividad –ya que amáis perfectamente si lo hacéis con todas vuestras fuerzas – infunde la perfección no sólo en su espíritu sino también en su mente.

Porque una inteligencia iluminada por la caridad es inteligencia perfecta. E inteligencia perfecta es inteligencia sobrehumana, es decir, inteligencia conocedora de esa ciencia verdadera que no precisó libros ni estudios para penetrar en el hombre; de aquella ciencia verdadera que Adán y Eva poseyeron infusa y proporcionada a su estado en el alborear dichoso, puro y perfecto de los mismos días de la Humanidad; aquella ciencia verdadera que Dios infundió directamente en la criatura hecha a su imagen y semejanza. Y una prueba de esta divina imagen y semejanza es este conocimiento de la Verdad eterna que Dios posee sin límites y que debería poseer el hombre en la medida a él proporcionada para que le guiase en todas sus obras y relaciones hechas por amor a Dios, al prójimo y a las criaturas inferiores.

Yo, soy Caridad y Sabiduría, os digo a vosotros: menos ciencia y más amor, y poseeréis la Sabiduría.

¹⁴ Lucas 10, 38-42

Querer explicar con ciencia humana el misterio de Dios y los maravillosos procesos de la Creación, de la evolución, de la transformación de las cosas creadas, es locura que degenera más tarde en herejía. No se puede explicar el origen de lo finito sino contemplando con amor, es decir, con fe –ya que la fe nunca está separada del amor – al infinito.

La fe ilumina la ciencia ayudándole a comprender. Es como la leche materna que va haciendo del infante un ser cada vez más formado. Ahora bien, como un recién nacido no podría sostener y nutrir a su madre como tampoco a un adulto, así tampoco puede la ciencia nutrir y ayudar a la fe. Porque fe es religión, y la religión permite a la criatura inteligente, aunque limitada, comprender lo sobre inteligente e infinito.

Y si basta la ciencia para conocer las ideas finitas, resulta indispensable la sabiduría – esto es, la fe y el amor – para conocer las verdades trascendentes. Al creer se produce la luz. En cambio, al analizar para comprender, discutir y aceptar el misterio al modo como los médicos y abogados averiguan una enfermedad o una lesión moral, se producen tinieblas y hielo.

La fe no contradice a la ciencia, antes la ciencia humana encuentra ayuda en la religión para explicarse las leyes del Universo y realizar descubrimientos. Ahora bien, mientras la ciencia humana, del orden que sea, sin el concurso de la religión, ha de caer necesariamente en el error, la religión, en cambio, aun sin el concurso de paciencia, conduce a la Verdad y el conocimiento de las verdades esenciales.

Mas cuando ya no son las leyes y los hechos naturales los que únicamente se investigan con ciencia humana, sino que lo que se quiere explicar e investigar son los misterios sobrenaturales –Dios siempre es un misterio para el hombre – entonces, más que al error, a lo que se llega es a la negación.

La razón, es gran cosa que distingue al hombre del bruto, es grande ciertamente si se le compara con el instinto, única luz que poseen los seres inferiores; mas es cosa pequeña, muy pequeña, pequeñita si se le cimienta en la investigación de lo que es Dios. Y la razón, si es humilde, cae en obsequio ante Dios incomprensible e infinito gritando: “¡Creo! Creo para comprender y la fe en tu Revelación es luz para mí y alimento para vivir. Vivir de Ti, en Ti, Contigo, para llegar a Ti y conocerte cual les será dado conocerte a los justos que viven en el Reino del Cielo”.

Ni el idealismo ni el positivismo dan explicación de Dios, de la Creación, de la segunda vida y son incapaces de leer las respuestas a los porqués científicos escritos en los cuerpos humanos, en las páginas del firmamento y en los estratos terrestres. Y no explican a Dios, La Creación, la segunda vida, como tampoco la soberbia de la mente que por sí quiere entender lo que rebasa la humana razón, ni la ignorancia o semi-ignorancia que cree saber y poder juzgar de lo que, sin mi luz, no pueden juzgar ni saber con un criterio justo ni aun los que son tenidos por doctos en religión.

Mas todo lo explica la caridad porque ésta une a Dios y pone a Dios en vosotros como Huésped y Maestro. Por esto es justa verdad el dicho de que: “son verdaderos teólogos aquellos que son conducidos por el Espíritu Santo, esto es, por el Amor””.¹

* * * * *

Continúan aquí las lecciones sobre la Epístola a los Romanos. Las otras lecciones aparecen en dos cuadernos entregados al R. P. Conrado M. Berti¹ que juzgó oportuno recogerlos por más que el último no estuviera aun terminado, como asimismo falta todavía mucho para que el comentario del Espíritu Santo sobre la Epístola a los Romanos quede ultimado.

Pero por la atención y reconocimiento, sobre todo *reconocimiento*, que debo al Padre Conrado por el comportamiento que siempre ha tenido, lleno de caridad, de paciencia y de obediencia para conmigo, pobre criatura, y para los deseos del señor, he accedido a entregar todo cuanto tenía. Es justo que a quien tanto ha hecho por la Obra² se le corresponda en igual medida.

¡Hizo tanto bien el Padre Migliorini...!³ ¡Bastaría recordar lo mucho que mecanografió! Mas... cada cosa tiene su “quid”.

¹ Juan 16, 4-15

¹ Véase la nota n° 1 de la Lección del día 6-1-48

² Es esta la obra monumental, narrativa, narrativa y doctrinal sobre la vida del Señor que, al publicarse, fue titulada: “Il poema dell’Uomo-Dio

³ Una breve reseña bibliográfica del P. Romualdo M. Migliorini que, durante casi cuatro años, fue director espiritual de María Valtorta, aparece en la nota n° 2 del dictado del 31 de mayo de 1943 de los “Cuadernos de 1943”.

Y la obra tiene este “quid”: que si no hubiera sido por el Padre Berti, era seguro que, dado el comportamiento de todos –o al menos de todos menos poquísimos, verdaderas excepciones en la masa de los Padres, Siervos de María que siempre han combatido, criticado, afligido sin medida, y sólo de poco tiempo a esta parte han cambiado de proceder y de pensamiento respecto a la Obra de Jesús y de su pobre instrumento – la Obra habría terminado por serle retirada a la Orden de los Siervos de María.

Mas la dulzura, la sinceridad y la honradez acaban de desarmar. Sí. Desarman a Dios y al instrumento de Dios que *debe* defender tenazmente los intereses y los designios de Dios, por mucho que le cueste, porque no resulta grato discutir, reconvenir y amenazar con castigos.

No sé cuánto me queda de permanencia en la Tierra ni si se me dará poder editadar la Obra. Pero lo que sí tengo qué hacer constar es que si la Obra ha de proporcionar luz y bien a las almas y lustre a la Orden de los Siervos de María, tanto la almas como los Siervos de María, *deben estar agradecidos al P. Berti y al P. Migliorini* que, de modo diverso mas con el mismo tesón, trabajaron para que se cumpliera la Voluntad Divina y recibieran las almas el don de Dios.

Y así mismo pláceme recordar, tras esos dos primeros, operarios constantes de Dios, a unos pocos más que cooperaron con caridad a consolar al instrumento y a prestar ayuda a los dos principales artífices del triunfo de la Voluntad de Dios y de su Palabra: el R. P. Gargiani, P. Sostengo Benedetti, P. Tosí y el P. Mariano de Santis.

* * * * *

20 – 5 – 1948

S. Pablo a los Romanos c. 7

Dice el dulce Huésped:

“Del v. 14 al 25 es una lección de los maestros del espíritu deberían repetírsela continuamente a sí mismos, lo mismo que a las almas farisaicas que ven la brizna de paja en el ojo de los hermanos a los que censuran ásperamente y no advierten la viga de la

anticaridad que tienen en el suyo, que oprime su espíritu bajo el peso del egoísmo y de la soberbia;¹ y debería repetírseles a esas pobres almas –¡Oh!, menos culpables que las otras farisaicas, las cuales, si bien se sienten culpables y se duelen de ello, al reconocer que lo son, la humildad y el arrepentimiento son ya para ellas una absolución– a esas pobres almas que han pecado y lloran porque temen al Señor, Juez de su debilidad.

Así pues, estos doce versículos vienen a ser una norma para juzgar a los hombres y una medicina para apreciar cómo juzgará Dios a los pecadores arrepentidos.

Quien los escribió fue Pablo, fariseo, descendiente de fariseos y discípulo de Gamaliel,² de aquel Gamaliel que era una biblioteca viviente de la doctrina de Israel. Pablo, feroz perseguidor, en un principio, de aquellos a quienes tenía por anatema, después vaso de elección y de justicia, apóstol perfecto, evangelizador y represor heroico de su antiguo *yo* encontrado digno de subir con la parte escogida de su alma hasta el tercer cielo y de oír allí misteriosas palabras divinas;³ un hombre, por tanto, del que, por la intransigencia de su primera época de vida y por la heroicidad de su segunda cabría pensar que había estado siempre muy por encima de los estímulos carnales.

Sin embargo, si lo hubiera estado, no habría podido ser “el Apóstol de los Gentiles”, es decir, de aquellos a los que la licencia consentida del paganismo, salvo raras excepciones de espíritus naturalmente virtuosos, les hacía más brutos que las criaturas dotadas de razón y de conciencia. Tan solo Jesús, el Hombre–Dios, pudo comprender a los pecadores a pesar de no haber pecado. Para cualquier otro maestro constituye un doloroso bien el haber caído, más o menos, al demonio, al mundo y a la carne, porque, experimentando el poder de las tentaciones y la propia debilidad, es como se adquiere la sabiduría para ser maestro y médico con los discípulos y hermanos pecadores.

Quiero que os fijéis en la norma observada por el Divino Maestro, para elegirse el colegio apostólico y los 72. En el primero, tan solo Juan era virgen. En los segundos, menos unos pocos que aún eran casi niños cuando llegaron a ser discípulos, no hubo uno siquiera que hubiera dejado de morder el fruto apetitoso, dando con ello comienzo a las sucesivas caídas en la culpa. Eran hombres, nada más que hombres, hijos de Adán y así el fomes se agitaba como serpiente en sus cuerpos. La rama de la concupiscencia carnal estaba viva en los más

¹ Mateo 7, 1-5; Lucas 6, 37-42

² Hechos 5, 34; 22,3

³ 2º Corintios 12, 1-4

justos de entre ellos, o sea, en aquellos que ya habían domado la concupiscencia del oro y la soberbia de la vida.

Mas no había quien estuviese sin imperfecciones, ni aun el mismo Juan, el serafín de los discípulos del Maestro. Propenso a la ira como su hermano, mereció ser llamado “hijo del trueno”⁴ por Aquel que tanto lo amaba. El Apóstol de la Caridad, perfecto en el amor a su Maestro, llegó a ser apóstol de la caridad contemplando la mansedumbre, la caridad, la misericordia del Mártir divino de alba al ocaso del viernes pascual y se despojó para siempre del hábito de la ira ante la desnudez santísima del Rey de los reyes que se despojó hasta de su inmortalidad divina para conocer la muerte y salvar al hombre.

Jesús Dios, recorriendo la tierra, –de haber querido lo podía haber hecho– habría podido encontrar, entre los habitantes de los tres continentes de entonces 12 y 72 justos más justos que los 12 y 72 que escogió en Israel. Porque Dios Creador puso (y pone) en el alma de todo hombre un don excelso; la Ley natural, que en los mejores desarrolla santidad de vida cualquiera que sea su conocimiento de la Divinidad. Y quien la observa y la reconoce como venida del Ser Supremo, de Dios, puede, sin error, decirse que es espíritu naturalmente unido al Dios verdadero Uno y Trino. El Rey universal, con su querer, podía pues llamar a Sí de los tres continentes a 12 y a 72, lo mismo que con la voz de los astros llamó a su cuna a los tres Sabios⁵ y de este modo, tener un Colegio de justos a su servicio. Y no lo hizo.

Tomó a hombres muy humanos: materia tosca, informe, con muchas partes impuras, y la formó. Sufrió, al hacerlo, por las defecciones y las traiciones de algunas partes de ella. Mas, en su Ascensión, dejó una Iglesia decente capacitada para ser su continuadora en la redención del mundo. Capacitada por la doctrina y el ejemplo recibidos del Verbo; capacitada por la ayuda del Espíritu Santo recibido de Jesús resucitado una primera vez en el Cenáculo⁶ y por segunda vez, en el mismo Cenáculo, diez días después de la Ascensión⁷ en cumplimiento de la promesa divina y por la acción directa del Espíritu Santo, en virtud de la cual, fuesen llenos los doce del Espíritu Paráclito y lo pidiesen transmitir a sus colaboradores en el ministerio sacerdotal; y capacitada, en fin, para que, instruida en sus diversos miembros con la propia experiencia de sus debilidades, de sus combates de hombres para formarse en la justicia y de sus recaídas, no fuese incapaz de ser maestra,

⁴ Marcos 3, 17

⁵ Mateo 2, 1-12

⁶ Juan 20, 22-23

antes, al contrario, supiese comprender, compadecer, sostener y guiar a cuantos venían al cristianismo débiles todo ellos por ser hombres y debilísimos en su espíritu por ser paganos, ya que el paganismo era doctrina materialista y de placeres desenfrenados.

Este es el prólogo de la lección que se desprende de los versículos que te he indicado y que te los explicaré mañana por no consentir tu actual estado más prolongada fatiga”.

* * * * *

21/28 – 5 – 1948

A los Romanos c. VII, v. 14–25

Dice el dulce Huésped:

“Para comprender debidamente las palabra de Pablo es preciso considerar bien el Pecado original.¹

Lección dada multitud de veces que nunca resultan excesivas porque la dolorosa realidad, de aquel pecado y sus nefastas consecuencias son con frecuencia negadas o puestas en duda por muchos, por demasiados. Y entre estos no faltan los que debieran, más que nadie, estar convencidos de la realidad del pecado original y de sus consecuencias, por los estudios realizados y, sobre todo, por sus experiencias en el ministerio que las pone de continuo ante sus ojos sagaces la decadencia del hombre que, de criatura perfecta, se ha cambiado, por el pecado original, a criatura débil e impotente contra los asaltos de Satanás y de cuanto rodea y hay adentro del hombre, creación maravillosa envidiosamente turbada por el enemigo de Dios.

Dirá alguno: “Lección que se repite, lección, por tanto, que resulta inútil”. Mas es siempre útil, ya que nunca sabréis apreciar debidamente su necesidad, tanto para vosotros mismos como para los demás.

¡Qué poco le importa a Satanás que no la sepáis! Por eso él produce en vosotros niebla para ocultaros el debido conocimiento de este episodio que no tuvo término ni límite en el

⁷ Hechos 2, 1-4

¹ Génesis 3; Romanos 5

día que se produjo ni en los seres que lo protagonizaron sino que, como por semilla y por la sangre, todos los hombres han heredado la vida (la existencia) de Adán y de Eva –y en el último hombre que nazca sobre la Tierra aparecerá todavía manifiesta la descendencia de los dos Primeros Hombres– y así, por funesta herencia, se propaga el primer generante, Adán, de generación en generación, a todos los hijos de hombre hasta el último engendrado.

Para comprender bien la confesión de pablo, que viene a ser la voz desolada de todos los hombres que, deseosos de obrar el bien con perfección se sienten impotentes de realizarlo con la perfección deseada, es preciso contemplar el fruto de la Culpa primera y, consecuentemente, esa misma Culpa a fin de no encontrar injusta la condena ni sus consecuencias.

Confiesa Pablo: “Yo soy carnal, vendido y sujeto al pecado”. Y prosigue: “No sé lo que me hago: no hago el bien que quiero sino el mal que aborrezco. Porque, si bien hago lo que no quiero, reconozco asimismo que la ley es buena (al prohibir o mandar lo que prohíbe y manda), mas (cuando hago el mal que aborrezco con mi parte mejor mientras que no hago el bien que desearía hacer) no soy yo en estos momentos el que obro sino el pecado que habita en mí... En mis carnes no habita el bien... Tengo voluntad de hacerlo, mas no hallo la manera de realizarlo... Para cuando quiero hacer el bien, ya tengo el mal a mi lado... Me complazco en la Ley de Dios según el hombre interior, pero veo en mis miembros otra ley que se opone a la ley de mi mente y me hace esclavo de la ley del pecado que está en mis miembros...”

“Yo soy carnal”.

También Adán se hallaba formado de carne además de espíritu. Mas no era carnal, ya que el espíritu y la razón ejercían su señorío sobre la materia. Y su espíritu inocente y lleno de Gracia tenía una semejanza admirable con su creador en lo que tenía de inteligente para comprender cuanto supera a las cosas naturales. La elevación del hombre al orden sobrenatural, es decir, a la filiación divina por medio de la Gracia, había elevado la inteligencia humana, ya de sí vastísima por el don preternatural de la ciencia infusa, capaz, por ello, de entender todas las cosas naturales, e inteligencia sobrenatural susceptible de poder comprender lo que resulta incomprensible a quien no se halla predispuesto con un don sobrenatural, de poder comprender a Dios y, en grado menor, de poder ser fiel imagen

suya por el orden y la justicia, por la caridad, la sabiduría y la liberación de toda restricción envilecedora.

¡Libertad espléndida la del hombre lleno de gracia! Libertad respetada por el mismo Dios, libertad no asechada por fuerzas exteriores o estímulos internos. Realeza sublime la del hombre deificado, hijo de Dios y heredero del Cielo; realeza dominadora de todas las criaturas y de que ahora os tiraniza frecuentemente: ese *yo* en el que fermentan sin tregua los tóxicos de la gran herida.

Cuando se dice: “el hombre, rey de la creación sensible, fue creado con poder de dominio sobre todas las criaturas”. Hay que tener en cuenta que él, por la Gracia y por los demás dones recibidos desde el primer instante de su ser, había sido formado para ser rey, incluso de sí mismo y de su parte inferior por el conocimiento de su fin último, por el amor que le hacía tender sobrenaturalmente a él y por el dominio sobre la materia y los sentidos latentes en ella. En unión con el Orden y amante del Amor, había sido formado para saber dar a Dios lo que le es debido y al *yo* lo que resulta lícito darle sin desórdenes en las pasiones o desenfreno de los instintos. Espíritu, entendimiento y materia constituían en él un todo armónico y esta armonía la alcanzó desde el primer momento de su ser y no por fases sucesivas como quieren algunos.

No hubo autogénesis ni evolución sino Creación querida por el Creador. Esa razón, de la que tan orgullosos estáis, os debería hacer ver que de la nada no se forma una cosa inicial y que de una cosa única e inicial no puede derivarse el todo.

Sólo Dios puede ordenar el caos y poblarlo con las innumerables criaturas que integran el Universo. Y este Creador potentísimo no tuvo límites en su creador, que fue múltiple, como tampoco lo tuvo en producir criaturas perfectas, cada una con la perfección adecuada al fin para el que fue creada. Es de necios pensar que Dios, al querer para Sí un Universo, hubiera creado cosas informes, habiendo de esperar a ser por ellas glorificado en cuanto cada una de las criaturas y todas ellas alcanzasen, a través de sucesivas evoluciones, la perfección de su naturaleza, de modo que fuesen aptas para el fin natural o sobrenatural para la que fueron creadas.

Y si esta verdad es segura en las criaturas inferiores con un fin natural y limitado en el tiempo, es todavía más cierta con el hombre, creado para su fin sobrenatural y con un destino inmortal de gloria en el Cielo. ¿Cabe imaginar un Paraíso en el que las legiones de

Santos, que entonan aleluyas en torno al trono de Dios, sean el resultado último de una larga evolución de fieras?

El hombre actual no es el resultado de una evolución en sentido ascendente sino el doloroso resultado de una evolución descendente en cuanto que la culpa de Adán lesionó para siempre la perfección físico–moral–espiritual del hombre originario. Tanto la lesión que ni la Pasión de Jesucristo, con restituir la vida de la Gracia a todos los bautizados, puede anular los residuos de la culpa, las cicatrices de la gran herida, es decir, esos estímulos que son la ruina de quienes no aman o aman poco a Dios y el tormento de los justos que querrían no tener ni el más fugaz pensamiento atraído por las llamas de los estímulos y que libran, a lo largo de la vida, la batalla heroica de permanecer fieles al Señor.

El hombre no es el resultado de una evolución, como tampoco el Universo es el producto de una autogénesis. Para que haya una evolución es siempre necesaria la existencia de una primera fuente creativa. Y pensar que de la autogénesis de *una única* célula se hayan derivado las infinitas especies, es un absurdo imposible.

La célula, para vivir, necesita de un campo vital en el que se den los elementos que permitan la vida y la mantengan. Si la célula se auto–formó de la nada, ¿dónde encontró los elementos para formarse, vivir y reproducirse? Si ella no era todavía cuando comenzó a ser, ¿cómo encontró los elementos vitales; el aire, la luz, el calor, el agua? Lo que *aún no es* no puede crear. Y ¿cómo entonces ella, la célula, encontró, al formarse, los cuatro elementos? Y quién le sugirió, a modo de manantial, el germen, “vida”? Y aun cuando, por un suponer, este ser inexistente hubiese podido formarse de la nada, ¿cómo de su sola unidad y especie habrían podido derivarse tantas especies diversas cuantas son las que se encuentran en el Universo sensible?

Astros, planetas, tierras, rocas y minerales; las varias numerosísimas calidades del reino vegetal; las aun más variadas y numerosas especies y familias del reino animal; de los vertebrados a los invertebrados, de los mamíferos a los ovíparos, de los cuadrúpedos a los cuadrumanos, de los anfibios y reptiles a los peces, de los carnívoros y feroces a los mansos ovinos, de los armados y revestidos de duras armas ofensivas y defensivas a los insectos a los que una nadería es bastante para destruir, de los gigantescos moradores de las selvas vírgenes, cuyo asalto no resisten sino otros colosos iguales a ellos, a toda la variedad de

artrópodos llegando hasta los protozoos y bacilos; ¿todos viene de una misma célula?
¿Todos de una espontánea generación?

Si así fuese, la célula sería más grande que el infinito. ¿Por qué el Infinito, el Sin Medida en todos sus atributos realizó sus obras por espacio de *seis días*, seis épocas, haciendo el Universo sensible, subdividiendo su labor creadora en seis órdenes de creaciones ascendentes, evolucionadas, eso sí, hacia una perfección siempre mayor?² No porque Él fuese aprendiendo a crear sino por el orden que regula todas sus divinas operaciones. Orden que hubiera sido violado –y así habría resultado imposible la supervivencia del último ser creado; el hombre– si este hubiese sido hecho en primer lugar y antes de ser creada la Tierra en todas sus partes y hecha habitable por el orden puesto en sus aguas y continentes y confortable por la creación del firmamento; hecha luminosa, bella, fecunda por el sol benéfico, por la luciente luna, por las innumerables estrellas; hecha morada, despensa y jardín para el hombre por todas las criaturas vegetales y animales de que está cubierta y poblada.

En el sexto día fue hecho el hombre en el que, en síntesis, se encuentran representados los tres reinos del Mundo sensible y, en maravillosa realidad, la creación por Dios del alma espiritual infundida por Él en la materia del hombre.

El hombre verdadero aro de unión de la Tierra con el Cielo; verdadero punto de enlace entre el mundo espiritual y el material; ser en el que la materia es tabernáculo para el espíritu; ser en el que el espíritu anima la materia, no sólo para la vida limitada mortal sino para la vida inmortal tras la resurrección final.

El hombre: la criatura en la que esplende y mora el Espíritu Creador.

El hombre maravilla del poder de Dios que infunde su soplo, parte³ de su Ser Infinito, en el polvo elevándolo a la categoría de hombre y dándole la Gracia que eleva la categoría del hombre animal a la de la vida y condición de criatura sobrenatural, de hijo de Dios por participación de naturaleza, haciéndola capaz de ponerse en relación directa con Dios, disponiéndola para comprender al Incomprensible y haciéndole posible y lícito amar a Aquel que en tal medida sobrepasa a todo otro ser que, sin un don suyo divino, el hombre, por su capacidad y reverente consideración, no podría ni aun *desear amar*.

² Génesis 1

El hombre: triángulo creado que apoya su base –la materia– sobre la Tierra de la que fue extraído; que con sus facultades intelectuales tiende a subir al conocimiento de Aquel a quien se asemeja; y con su vértice el espíritu del espíritu, la parte escogida del alma – toca el Cielo perdiéndose en la contemplación de Dios–Caridad, mientras la Gracia, recibida gratuitamente, le une a Dios, y la caridad, inflamada por su unión con Dios, le deifica. Porque: “el que ama nació de Dios”⁴ y es privilegio de los hijos participar de la similitud de naturaleza. Por su alma deificada por la Gracia es pues el hombre imagen de Dios y por la caridad, que es posible por la Gracia, semejante a Dios.

En el sexto día, pues, fue creado el hombre, *completo, perfecto* en su parte material y espiritual, hecho conforme al Pensamiento de Dios según el orden (el fin) para el que había sido creado: amar y servir a su Señor durante la vida humana, conocerlo en su Verdad y, de aquí, gozar de Él para siempre en la otra.

Fue creado el *único Hombre*, aquel de quien debía proceder toda la Humanidad y, antes de nada, la Mujer compañera del Hombre y para el Hombre, con el cual habría de poblar la Tierra reinando sobre todas las demás criaturas inferiores. Fue creado *el único Hombre*, aquel que, como padre, habría de transmitir a sus descendientes todo cuanto había recibido: vida, sentidos, facultades, así como inmunidad de todos los sufrimientos, razón, entendimiento, ciencia, integridad, inmortalidad y, por último, el don por excelencia: la Gracia.

La tesis del origen del hombre, conforme a la teoría evolucionista que, para sostener su equivocado aserto, se apoya en la conformación del esqueleto y en la diversidad de colores de la piel y del semblante, no es tesis que *contradice* la verdad del origen del hombre – ser creado por Dios – antes la favorece. Porque lo que revela la existencia de un Creador es precisamente la diversidad de los colores, de estructuras y de especies en las criaturas queridas por Él, el Potentísimo.

Y si esto es válido con las criaturas inferiores, mucho más lo es con la criatura–hombre que es *hombre creado por Dios* por más que, debido a circunstancias de clima, de vida y también de corrupciones – por las que vino el diluvio⁵ y después, mucho después, se

³ En el sentido de “participación”, según se dice unas líneas más abajo y se explica en los dictados del 1 y 7 de octubre de los “Cuadernos de 1943”

⁴ 1º Juan 4, 7

⁵ Génesis del 7, 17 al 8, 14

dictaron tan severos mandatos y castigos en las prescripciones del Sinaí y en los anatemas mosaicos (Levítico 18, 23 y Deuteronomio 27, 21) – muestre diversos semblantes y color de una raza a otra.

Es cosa probada, ratificada y confirmada por continuas pruebas, que una fuerte impresión puede influir sobre una madre gestante de modo que la haga dar a luz un pequeño monstruo que reproduzca en sus formas el objeto que turbó a la madre. Es cosa también probada que una larga convivencia con gentes de raza distinta a la aria produce, por mimetismo natural, una transformación más o menos acentuada de los rasgos de un rostro ario en los de los pueblos que no son arios. Y resulta probado asimismo que especiales condiciones de ambiente y de clima influyen en el desarrollo de los miembros y en el color de la piel.

Por eso las elucubraciones sobre las que los evolucionistas querrían cimentar el edificio de su presunción, *no lo afianzan antes favorecen su derrumbamiento*.

En el diluvio perecieron las ramas dañadas de la humanidad que andaba a tientas por entre las tinieblas subsiguientes a la caída, en las que, y sólo mediante los pocos justos, como a través de cerradas nubes, llegaba aún algún rayo de la perdida estrella: es recuerdo de Dios y de su promesa.

Y así, destruidos los monstruos, fue conservada la Humanidad y multiplicada de nuevo partiendo de la estirpe de Noé que fue juzgada justa por Dios. Se volvió, por tanto, a la naturaleza primera del primer hombre, hecha siempre de materia y de espíritu y continuando tal aun después de que la culpa despojara al espíritu de la Gracia divina y de su inocencia.

¿Cuándo y cómo habría el hombre de recibir el alma si fuese el producto último de una evolución de seres brutos? ¿Es imaginable siquiera que los brutos hayan recibido junto con su vida animal, el alma espiritual, el alma inmortal, el alma inteligente, el alma libre? Sólo el pensarlo es una blasfemia. ¿Cómo entonces podían transmitir lo que no tenían? Y ¿podía Dios ofenderse a Sí mismo infundiendo el alma espiritual, su soplo divino en un animal, todo lo evolucionado que se quiera pensar pero siempre procedente de una dilatada procreación de brutos? Incluso este pensamiento es ofensivo al Señor.

Dios, queriéndose crear un pueblo de hijos para expandir el amor del que sobreabundaba y recibir el del que se hallaba sediento, creó al hombre *directamente* con un querer perfecto

suyo, *con una única operación* realizada el sexto día de la Creación mediante la cual hizo del polvo una carne viva y perfecta a la que después animó, dada su especial condición de hombre, hijo adoptivo de Dios y heredero del Cielo, no ya sólo con esa alma “que también los animales tienen en las narices”⁶ y que termina con la muerte del animal, sino con *el alma espiritual que es inmortal, que sobrevive a la muerte del cuerpo al que reanimará, tras la muerte, al sonar las trompetas del Juicio final y del triunfo del Verbo Encarnado, Jesucristo, y así las dos naturalezas, que vivieron juntas sobre la Tierra vivan juntas también gozando o sufriendo, según como juntas lo merecieron, por toda la eternidad.*

Esta es la verdad, ya la aceptéis o rechazéis. Y por más que muchos os empeñéis en rechazarla obstinadamente, día vendrá en que la conoceréis perfectamente y se os esculpirá en vuestro espíritu convenciéndoos de haber perdido el Bien para siempre por ir tras la soberbia y la mentira.

Es verdad que quien no admite la creación del hombre por obra de Dios –y del modo expuesto, esto es, de tal forma que, rápido y de continuo, le hace capaz, si quiere, de guiar todos sus actos en orden a conseguir el fin para el que el hombre fue creado; fin inmediato: amar y servir a Dios durante la vida terrenal; y fin último: gozar de Él en el Cielo – no puede entender con exactitud qué es lo que exactamente constituya la Culpa, el por qué de la condena y las consecuencias de ambas.

Mas seguidme. Mi palabra es luminosa y sencilla, pues soy Dios. Y Dios, Sabiduría Infinita, sabe acomodarse a la ignorancia y relatividad de sus pequeños y, *por más que sean humildes*, les digo: “El que sea pequeño, que venga a Mí y Yo le enseñaré la Sabiduría”.⁷

La prueba.

Cuando el hombre despertó de su primer sueño y encontró la compañera a su lado, advirtió cómo Dios había completado su felicidad.

¡Lo era ya tan grande también en un principio...! Todo en Adán y en torno suyo había sido hecho para que gozara de una felicidad completa, sana y santa, y la delicia, esto es, el Edén, no estaba sólo en derredor suyo sino también *dentro* de él. Le rodeaba el jardín lleno de bellezas vegetales, animales y marinas, mas dentro de él florecía un jardín de bellezas

⁶ Qoelet (Vulgata: Eclesiastés) 3, 19-21

⁷ Proverbios 9, 1-6

espirituales con virtudes de todo género prontas a madurar en frutos de santidad perfecta; y allí estaba el árbol de la ciencia adaptada a su estado y el de la vida sobrenatural: la Gracia; no faltaban allí las aguas preciosas de la fuente divina que se partía en cuatro brazos y regaba de continuo con renovadas ondas las virtudes del hombre y así creciesen gigantescas haciéndole espejo cada vez más fiel de Dios.

Como criatura natural gozaba con cuanto veía: la belleza de un mundo virgen recién salido del Querer de Dios; gozaba con su poder; comprobando su señorío sobre las criaturas inferiores. Todo había puesto Dios al servicio del hombre: desde el sol al insecto y así todo le proporcionase placer.

Como criatura sobrenatural, gozaba –mediante éxtasis racional y suavísimo– de la comprensión de la Esencia de Dios: el Amor; de las relaciones amorosas entre el Inmenso que se entregaba y la criatura que le amaba adorándole. El Génesis da una idea de esta facultad del hombre y de este comunicarse de Dios a él, con la frase: “habiendo oído la voz de Dios que se paseaba por el edén con el frescor de la tarde”.⁸

Por más que el Padre diera a sus hijos adoptivos una ciencia proporcionada a su estado, con todo, les amaestraba. Y es que el amor de Dios es infinito y, después de haber dado, anhela dar nuevamente y, tanto más da, cuanto la criatura es más hija suya. Dios se da siempre a quien con generosidad se da a Él.

Así pues, cuando el hombre se despertó y vio a la mujer semejante a sí. Comprobó que su felicidad de criatura era completa al poseer el todo humano y tener el Todo sobrehumano por haberse dado el Amor al amor del hombre.

La única limitación puesta por Dios al poseer inmenso del hombre era la prohibición de coger los frutos del Árbol de la Ciencia del bien y del mal. Recolección inútil e injustificada habría sido ésta teniendo el hombre, como tenía, aquella ciencia que le era necesaria, y una medida que rebasara la establecida por Dios no podía sino causar daño.

Considerad: Dios no prohibió coger los frutos del árbol de la Vida, ya que de ellos tenía el hombre necesidad natural para vivir una existencia sana y longeva hasta que un más vivo deseo divino de descubrirse totalmente a su hijo de adopción, no le hiciese a Dios

⁸ Génesis 3, 8

pronunciar el : “Hijo, sube a mi morada y abísmate en tu Dios”, la llamada, sin sufrimiento de muerte, el Paraíso Celestial.

El Árbol de la Vida que se encuentra al comienzo del Libro de la Gran Revelación (Génesis 2, 9; 3, 22) y que de nuevo vuelve a encontrarse al final del Libro de la Gran Revelación: la Biblia (Apocalipsis de Juan 22, 2 y 14), es figura del Verbo Encarnado –cuyo fruto, la Redención, pende del leño de la cruz– de aquel Jesucristo que es Pan de Vida, Fuente de Agua Viva, Gracia, que os devolvió la Vida con su Muerte y del que siempre podéis comer y beber para vivir la vida de los justos y alcanzar la Vida eterna.

Dios no prohibió a Adán los frutos del Árbol de la Vida sino que le prohibió coger aquellos, inútiles, del Árbol de la Ciencia, ya que un exceso de saber habría despertado la soberbia en el hombre que se creería igual a Dios por la nueva ciencia adquirida, creyéndose neciamente capaz de poseerla sin peligro con el consiguiente urgir de un abusivo derecho al auto–juicio de las propias acciones, y de obrar, en consecuencia, conculcando los deberes de filial obediencia a su Creador –dado que nunca le era semejante en ciencia– a su Creador que, directamente o por gracia y ciencia infusas, le había amorosamente indicado lo lícito y lo ilícito.

La medida puesta por Dios es siempre justa. Quien quiere más de lo que Dios le dio, es concupiscente, imprudente e irreverente. Ofende al amor. Quien lo toma abusivamente es un ladrón y un violento. Ofende al amor. Quien quiere obrar independientemente de toda sumisión a la Ley sobrenatural y natural es un rebelde. Ofende al amor.

Ante el mandato divino, los Primeros Padres debían obedecer sin importarles los por qué que son siempre el naufragio del amor, de la fe y de la esperanza. Cuando Dios manda o hace algo, se debe obedecer y hacer *su* voluntad sin preguntar por qué ordena u obra de aquel modo. Todas sus acciones son buenas por más que así no le parezcan a la criatura, tan limitada en su saber.

¿Por qué no habrían de ir a *aquel* árbol, coger *aquellos* frutos y come de *ellos*? Inútil saberlo. Lo útil es obedecer, no otra cosa, y contentarse con lo mucho que se tiene. La obediencia es amor y respeto y, a la vez, medida del amor y del respeto. Tanto más se ama y venera a una persona cuanto más se le obedece.

Ahora bien, en este caso, al ser Dios el que ordenaba –Dios infinitamente Grande, infinitamente Bueno, Benefactor munífico del hombre– éste, tanto por respeto como por

reconocimiento, debía dar a Dios, no “mucho” amor, sino “todo” el amor adorante de que era capaz y, por ende, toda la obediencia, sin analizar las razones de la prohibición divina.

Toda discusión presupone un auto-juicio y crítica de una orden o acción ajenas. Juzgar es cosa difícil y raramente el juicio es justo; *pero jamás lo es cuando juzga inútil, errada e injusta una orden divina.*

El hombre *debía* obedecer. La prueba de esta su capacidad, que es medida de amor y de respeto, estribaba en el modo con que habría o no habría sabido obedecer.

El medio: el árbol y la manzana. Dos cosas pequeñas, insignificantes, si se les compara con las riquezas que Dios había otorgado al hombre.

¿Cómo se había dado Él: Dios, y prohibía mirar a un fruto? ¿Cómo, había proporcionado al polvo la vida natural y la sobrenatural, había infundido en el hombre su aliento, y prohibía coger una fruta? ¿Cómo, había hecho al hombre rey de todas las criaturas, le consideraba, no como súbdito sino como hijo, y le prohibía comer una fruta?

Al que no sabe meditar con sabiduría, puede parecerle este episodio una tenacidad inexplicable, semejante al capricho de un benefactor que, tras haber cubierto de riquezas a un mendigo, le prohíbe recoger una piedrita caída en el polvo. Mas no es así. La manzana no era únicamente la realidad de una fruta. Era asimismo un símbolo. *El símbolo del derecho divino y del deber humano.*

Aun cuando Dios llama y beneficia extraordinariamente, los beneficiados han de tener siempre en cuenta que Él es Dios y que el hombre jamás debe prevaricar por más que se sienta extraordinariamente amado. Con todo, esta es la prueba que pocos elegidos saben superar. Quieren más de lo que ya recibieron y tienden la mano para coger el don que no se les dio. Y así se encuentran con la Serpiente y sus frutos venenosos.

¡Alerta, elegidos de Dios! Recordad siempre que en vuestro jardín, tan repleto de los dones de Dios, siempre está el árbol de la prueba en torno al cual trata siempre de enroscarse el Adversario de Dios y vuestro para arrebatarse a Dios un instrumento y seduciros arrastrándoos a la soberbia, a la codicia y a la rebelión. No violéis el derecho de Dios. No conculquéis la ley de vuestro deber. Jamás.

Parecen ser muchos, demasiados, a juicio de algunos, los instrumentos de Dios, las “voces”. Pues bien, Yo os digo a todos vosotros, teólogos y fieles, que serían cientos de veces

más, si todos aquellos a quienes Dios llama a un ministerio especial, acertasen a no tomar lo que Dios no les dio para tener más aún.

Todos los fieles tienen en el Decálogo, árbol de la ciencia del Bien y el Mal, su prueba de fe, de amor y de obediencia. Para las “voces” y los instrumentos extraordinarios, resulta, más que nada, atrayente ese árbol, objeto de las insidias de Satanás. Porque cuanto mayor es lo que se da, tanto más fácil surge la soberbia, la codicia la presunción de tener asegurada de cualquier forma la salvación. Yo os digo, por el contrario, que quien más tuvo más en el deber está de ser perfecto si quiere librarse de grave condena, cosa que no ocurrirá con quien, habiendo tenido poco, le alcanza la atenuante de haber sabido poco.

Me adelanto a una pregunta: ¿Aquel árbol tenía pues frutos buenos y frutos malos?

Tenía frutos en nada diferentes de los demás árboles. Pero era árbol de bien y de mal, *resultando uno y otro según fuera el comportamiento del hombre, no en relación con el árbol sino en relación con la orden divina*. Obedecer es un bien. Desobedecer es un mal.

Sabía Dios que a aquel árbol acudiría Satanás para tentar. Dios lo sabe todo. El fruto malvado *era la palabra de Satanás gustada por Eva*. El peligro de acercarse al árbol radicaba en la obediencia. A la ciencia pura proporcionada por Dios inoculó Satanás su malicia impura que pronto llegó a fermentar en la carne. *Mas Satanás primero corrompió el espíritu haciéndolo rebelde y después el entendimiento haciéndolo astuto*.

¡Oh, qué bien conocieron *después* la ciencia del Bien y del Mal! Porque todo, hasta esta nueva vista que les hizo conocer que se encontraban desnudos, les advirtió de la pérdida de la Gracia que los había hecho felices en su inteligente inocencia hasta entonces y de la pérdida asimismo de la vida sobrenatural.

¡Desnudos!, no tanto de vestidos cuanto de dones de Dios. ¡Pobres!, por haber querido ser como Dios. ¡Muertos!, por haber temido morir con su especie si no hubiesen obrado por su cuenta.

Cometieron el primer acto contra el amor con la soberbia, la desobediencia, la desconfianza, la duda, la rebeldía, la concupiscencia espiritual y, *por último*, con la concupiscencia carnal. Digo: *por último*. Creen algunos que el primer pecado fue, por el contrario, la concupiscencia carnal. No. Dios es ordenado en todas las cosas.

Aun en las ofensas a la ley divina, el hombre pecó *primero contra Dios*, queriendo ser semejante a Dios: “Dios” en el conocimiento del Bien y del Mal y en la absoluta y, por tanto, ilícita libertad de obrar a su antojo y querer contra todo consejo y prohibición de Dios; *después contra el amor*, amándose desordenadamente, negando a Dios el amor reverencial que le es debido, poniendo al *yo* en el puesto de Dios, odiando a su futuro prójimo; su misma prole a la que proporcionó la herencia de la culpa y de la condena; y, *en último término, contra su dignidad de criatura real* que había tenido el don del perfecto dominio sobre sus sentidos.

El pecado sensual no podía producirse mientras durara el estado de Gracia y los demás estados consiguientes al mismo. *Podían darse tentaciones, mas no consumación de la culpa sensual mientras duraba la inocencia y, con ella, el dominio de la razón sobre el sentido.*

Castigo. No desproporcionado sino justo.

Para entenderlo se ha de tener en cuenta la perfección de Adán y de Eva. Con la mira puesta en *esto*, se puede medir la magnitud de la caída *en aquel abismo*.

Si Dios tomara a algunos de vosotros y os pusiera en un nuevo Edén dejándoos tal como sois pero dándoos los mismos mandatos que a Adán y vosotros desobedecieseis como Él, ¿creéis que Dios os condenaría con el mismo rigor que a Adán? No. Dios es justo y sabe qué herencia tan tremenda arrastráis vosotros.

Las consecuencias del pecado de origen fueron reparadas por Cristo en cuanto atañe a la Gracia. Mas perdura la debilidad de la lesión inferida a la perfección original. Y esta debilidad la constituyen los estímulos, semejantes a gérmenes infecciosos que quedaron latentes en el hombre, prontos a entrar en acción para vencer a la criatura. Hasta en los santos más santos se encuentran estos. *Y en el fondo no es otra cosa la santidad que la lucha y la victoria continuas que el alma y la razón del justo sostienen y consiguen contra y sobre los estímulos para permanecer fieles al Amor.*

Dios, que es infinitamente justo, no sería ahora inexorable contra ninguno de vosotros como lo fue con Adán, ya que tendría en cuenta vuestra debilidad.

Con Adán lo fue por estar él dotado de todo lo que podía hacerle vencedor, y fácil vencedor, de la tentación. De ahí que fuera castigado con aquel castigo en el que se ve que si

el hombre prevaricador no respetó las limitaciones puestas por Dios, Éste, en cambio, respetó las que, en relación con el hombre, se había impuesto a Sí mismo.

Dios no violentó el libre albedrío del hombre, mientras que, por su parte, el hombre violentó los derechos de Dios. Ni antes ni después de la culpa violentó Dios la libertad de acción del hombre. Simplemente lo sometió a una prueba. Mas era justo que lo sometiera a ella a fin de confirmarlo en gracias, lo mismo que, con idéntico fin, sometiera a los ángeles a prueba, confirmando en gracia a cuantos, de entre ellos, la superaron. Y así, una vez sometido a prueba, le dejó en libertad de obrar con respecto a ella.

Si Dios hubiera querido violentar la libre voluntad del hombre en escogerse su destino, no le habría propuesto o le habría sujetado de tal modo las potencias del querer que se vería imposibilitado de obrar mal. Así bien, de haberle querido premiar a pesar de todo, le habría perdonado todo por anticipado o, a fin de tener un motivo de otorgarle su perdón, le habría suscitado la contrición perfecta en el corazón o, cuando menos, una atrición por los bienes que había perdido, ayudándole con un rayo suyo de amor a volver su imperfecto dolor de atrición por la pérdida de los bienes presentes de aquel instante y de los futuros, en un perfecto dolor de contrición por la ofensa inferida a Dios y por la pérdida de su Gracia y Caridad.

Mas todos estos supuestos hubieran resultado injustos en relación con los ángeles que fueron sometidos a prueba. No tuvieron sujetas las potencias del querer, no fueron perdonados por anticipado ni Dios suscitó en su ser movimiento alguno de contrición o atrición apto para suscitar el perdón divino.

Cierto que los ángeles habían sido más favorecidos que los hombres al no pecar por los dones de gracia y de naturaleza (espíritus privados de cuerpo y, por tanto, de sentidos) y estar exentos, por ello de las presiones internas del sentido y de las externas (la Serpiente) y, sobre todo, por el conocimiento de Dios. Y, no obstante, pecaron sin atenuantes de ignorancia ni de estímulo del sentido, por pura malicia y querer sacrílego. Mas nada de cuanto antes se ha dicho se dio, ni de parte de Dios ni de parte del hombre.

Dios respetó la voluntad humana. El hombre perseveró en su estado de rebeldía para con su Benefactor divino. Salió del Edén lleno de soberbia tras haber mentido –porque nunca en él hubiese dado el maridaje con la Mentira– y haber aducido pobres excusas de su pecado, mientras que el haberse hecho ceñidores de hojas atestiguaba que se avergonzaban,

no de que estaban desnudos y no querían aparecer así ante Aquel que les había creado vestidos únicamente de gracias y de inocencia, sino que tenían miedo de comparecer ante Dios por ser culpables.

Miedo, sí. Arrepentimiento, no. Por lo que Dios, después de haberlos echado del Edén, “puso dos querubines en los umbrales del mismo⁹ para que los dos prevaricadores no volvieran a entrar en él fraudulentamente y se apoderaran de los frutos del árbol de la vida anulando con ello una parte del justo castigo defraudando una vez más a Dios de su derecho de dar y quitar la vida tras haberla conservado sana, gozosa y longeva con los frutos saludables del árbol de la vida.

Castigo justo, por tanto. Privación de cuanto el hombre, espontáneamente, despreciara: la Gracia, la integridad, la inmortalidad, la inmunidad y la ciencia. Y, en consecuencia, la pérdida de la paternal caridad de Dios y de su poderoso auxilio; y, de ahí, la debilidad del alma herida, la fiebre avivada de la carne y el delirio y exceso de la razón; de ahí el miedo de Dios, la pérdida del Edén en el que sin fatiga ni dolor discurría la vida; de ahí el cansancio, la muerte, la sujeción de la mujer al hombre, la enemistad entre los hombres y entre los hijos de un mismo seno, el abuso, todos los males que torturan a la humanidad, el miedo a la muerte y al juicio, el tormento de haber provocado el dolor y haberlo transmitido a una con la vida a aquellos que más se aman.

Consecuencias.

Aparte de la condena inmediata y personal y sus próximas consecuencias personales, el pecado de Adán, con su inherente condena, tuvo efectos que han de durar hasta el fin de los tiempos pesando sobre la Humanidad. Adán, como iniciador de la familia humana, transmitió la enfermedad por él contraída a sus descendientes.

Otro tanto ocurre cuando un hombre tarado procrea hijos. Con más o menos virulencia, los gérmenes de la enfermedad pasan a la prole y de esta a las siguientes de unas a otras. Y si bien es posible con medicamentos adecuados reducir a forma más benigna lo maligno de la enfermedad hereditaria portadora, incluso, de la muerte; pero nunca aquellos hijos ni los hijos de sus hijos serán sanos como los procedentes de una sangre incontaminada.

⁹ Génesis 3, 24

“Por obra de un solo hombre entró el pecado en el mundo” está escrito;¹⁰ y es verdad.

Este dolor, antes que Pablo, lo expresaron: la Sabiduría, el Verbo docente, el Salmista¹¹ y, en fin de cuentas, Dios, ya que siempre es Dios el que habla por boca de sus inspirados.

Este dolor inunda el mundo, se transmite de generación en generación y no acabará sino con el mundo. Ha llenado con sus el lugar donde Adán, fatigosamente y regándola con su sudor, extraía el pan. Se derramó por la Tierra y los confines, los desfiladeros, las selvas y los animales lo sintieron horrorizados transmitiéndoselo unos a otros. Y, cual luz cegadora, hizo *ver* a Adán y a Eva la inmensidad de su pecado, cometido, no sólo contra Dios sino también contra su propia carne y su propia sangre.

Hasta aquel momento el veredicto de Dios no había aún quebrantado la rebeldía del hombre, el cual, con la facilidad de adaptación del animal –pues el hombre privado de la Gracia no es sino el más perfecto de los animales– se había adaptado prontamente a su nuevo destino, no tan suave y gozoso como el primero, mas tampoco desprovisto de satisfacciones personales que venían a compensar los dolores humanos.

La pasión del sentido se saciaba con la carne compañera a la que se unía, no santamente como Dios quería y del modo que el hombre inocente y lleno de ciencia había entendido en el Edén que debía formarse una sola carne; la alegría de crear por sí solos –¡Oh altanería pertinaz!– nuevas criaturas ilusionándose con ellos de ser semejantes a Dios Creador; el dominio sobre los animales, la satisfacción de las cosechas y de bastarse a sí mismos sin tener que agradecerse a nadie, eran gozos sensuales; pero, gozos al fin.

¡Oh, en qué cantidad y con qué obstinación perduraron en los dos protervos el humo del orgullo y la neblina de las concupiscencias desenfrenadas!

La maternidad se alcanzaba con dolor, mas el gozo de los hijos compensaba aquel dolor.

El alimento se conseguía con fatiga, mas el vientre se llenaba igualmente y la gula quedaba satisfecha pues la Tierra se hallaba colmada de cosas buenas.

La enfermedad y la muerte se hallaban lejos, gozando sus cuerpos, que fueron creados perfectos, de una salud y virilidad que hacían pensar a los protervos en una vida longeva, cuando no eterna.

¹⁰ Romanos 5, 12; y véase la nota 14 de la lección del día 14-2-48

Y la soberbia que fermentaba en ellos les suscitaba este pensamiento mofador: “¿Dónde está el castigo de Dios? Sin Él somos también felices”.

Pero un día el verde de los campos sobre el que se abrían las flores multicolores creadas por Dios, se enrojeció con la primera sangre humana vertida sobre la Tierra, y ululó la madre volcada sobre el cuerpo del dulce Abel extinto,¹² y el padre comprendió cómo no había sido vana aquella amenaza que pronosticaba: “Retornarás a la tierra de la que fuiste sacado, porque polvo eres y polvo volverás a ser”.¹³ Adán murió dos veces: por sí y por su hijo, pues un padre muere la muerte de sus hijos viéndolos extintos, y Eva alumbró *con desgarró* dando a la Tierra el cuerpo exánime de su hijo querido y comprendió lo que es dar a luz en pecado.

Mas igualmente, al tiempo en que aún fulguraba –y era asimismo señalada misericordia. El castigo de Dios, murió el orgullo y vino a nacer el arrepentimiento, la *nueva vida* con la que los dos Culpables iniciaron la subida por el sendero de la Justicia y merecieron, tras larga expiación y espera, el perdón divino por los méritos de Cristo.

Y de María. ¡Oh!, dejadme que celebre aquí esta verdad de la Inmaculada que fue y que es mía, la cual, por nuestro amor conjunto, dio al mundo el Verbo hecho Carne: el Emmanuel–

Por la infidelidad de la mujer conoció el género humano el pecado, el dolor y la muerte. Y por la fidelidad de la Mujer obtuvo el género humano su regeneración a la Gracia y, en consecuencia, el perdón, la alegría pura y la Vida.

Por la concupiscencia, la muerte, *todas* las muertes. Y por la pureza de una triple virginidad –de cuerpo, de mente y de espíritu– la Vida, la *verdadera* Vida, la de la carne resucitada de los justos para vivir eternamente, la de la mente abierta a la Verdad y la del espíritu renacido a la Gracia.

Por el maridaje con Satanás, el odio fraticida y deicida. Por el connubio con Dios, el amor fraterno y el espíritu que abarcan a la Divinidad y a la Humanidad derramándose, sobre ambas, operando a la vez por ellas el Amor Encarnado y el Amor virginal,

¹¹ En cuanto a la Sabiduría: Sabiduría 2, 24; en cuanto al Verbo docente; Hebreos 1, 1-31; en cuanto al Salmista: Salmo 6, 38 (Vulgata:37); 51 (Vulgar: 50); 88 (Vulgata: 87)

¹² Génesis 4, 1-16

¹³ Génesis 3, 19

ofreciéndose voluntariamente, totalmente, hasta consumarse para consolar a Dios y salvar al hombre.

La muerte de Abel quebrantó el orgullo de Adán e hizo experimentar a Eva lo más atroz del alumbramiento destinado a las Tinieblas. La muerte de Cristo quebrantó el Pecado e hizo ver a la Humanidad lo mucho que cuesta el alumbramiento a la Gracia. El ulular de Eva tiene su correspondencia en el clamor de María a la muerte de su Hijo Santísimo.

Les digo a quienes creen en María ajena al dolor por estar llena de Gracia, que, en modo alguno, sufrió Eva, en su desolación merecida, lo que sufrió María inocente. Porque si el ulular de Eva indicaba el nacimiento del Arrepentimiento, el clamor de María fue la señal del nacimiento de una nueva era. Y si en aquella hora, marcada con la primera sangre humana derramada por criminal violencia, por la que fue la Tierra maldecida por segunda vez, se inició la subida hacia la Justicia, en la hora de nona, marcada con la última gota de la Sangre divina, bajó de los Cielos la Redención, saliendo, cual río de salud, de dos Corazones inocentes y lacerados; el del Hijo y el de la Madre.

Verdaderamente, no sólo por los méritos de Jesús, sino también por los de María estáis vosotros en posesión de la Vida; y Ella, Madre de la Vida, Madre Virgen, pura, inocente que no conoció los dolores del parto –según la ley de la carne decaída– al dar a luz a Jesús, conoció, en cambio, y bien conocidos los del más doloroso parto, al daros a luz a vosotros, Humanidad pecadora a la nueva vida de la Gracia.

Por un solo hombre conoció el hombre la muerte. Por un solo Hombre conoció el hombre la Vida.¹⁴ Por Adán heredó la Humanidad la Culpa y sus consecuencias. Por Jesús, Hijo de Dios y de María, la Humanidad Heredó de nuevo la Gracia y sus consecuencias.

Y esa Gracia, por más que no anule todas las consecuencias terrenas de la culpa original, –como son el dolor, la muerte y los estímulos que os quedaron para daros pena, temor y combate– os ayuda fuertemente a soportar el dolor presente con la esperanza del Cielo, os ayuda a afrontar el miedo de morir con el conocimiento de la Misericordia divina, os ayuda a hacer frente a los estímulos o fomes y domarlos con los auxilios sobrenaturales proporcionados por los méritos de Cristo y los Sacramentos por Él instituidos.

¹⁴ Véase la nota 14 de la lección del día: 14-2-48

He dicho: “Por más que no anule la Gracia todas las consecuencias de la Culpa...” Es este un punto contra el que se rebelan muchos diciendo: “¿Es esto justo? ¿No podía el Redentor devolver toda la perfección?”.

Es justo. *Todo en Dios es justo.*

El hombre no resultó herido en choque alguno con Dios, a resultas del cual debiera Dios sentirse obligado a reparar los daños causados voluntariamente o involuntariamente. El hombre se hirió a sí mismo voluntaria y conscientemente. De ahí que, cuando un hombre se infiere de este modo heridas verdaderamente graves queda para toda la vida mutilado, tarado o marcado con hondas cicatrices, no habiendo médico que pueda anular con su intervención la totalidad del daño y, menos, reponer las partes perdidas.

Adán se mutiló a la Gracia, la vida sobrenatural, la inocencia, la integridad, la inmunidad, la inmortalidad y la ciencia. Y, como miembro fundador de la familia humana, transmitió su penosa herencia a todos sus descendientes.

Mas la Humanidad, con más fortuna que el hombre singular, obtuvo su curación por medio de Jesús–Salvador–Redentor. Más aún: su “*recreación*” en la Gracia que es vida del alma. Y mediante los sacramentos por Él instituidos, mediante las virtudes que los mismos infunden y mis dones, obtuvo también los medios para ir creciendo cada vez más en la perfección para alcanzar la cumbre con la “*supercreación*” que es la santidad.

Con todo, ni aun el Sacrificio del Hombre–Dios, capaz y suficiente para restituiros los dones perdidos y para volver a elevaros al orden sobrenatural –es decir, a la capacidad de amar, conocer y servir a Dios en esta vida para poseerlo con gozo eterno en la otra–, borró las cicatrices de las graves heridas que el hombre se infirió voluntariamente y, en especial, las de la triple concupiscencia, pronta siempre a reproducir la llaga de no estar el espíritu vigilante para tener a raya las malas pasiones.

He dicho también: “El conocimiento de la Misericordia divina”. Sí. Aparte la herencia de la Culpa, tal como os la obtuvo el Redentor; Éste os obtuvo también el conocimiento de la infinita caridad, sabiduría y poder divinos.

El hombre, hijo de Dios, regenerado por medio de Jesús, conoce lo que Adán no conocía. Conoce el grado de inmensidad al que llega el amor del Padre que entrega a su Unigénito

para cancelar con su Sangre el decreto condenatorio de la Humanidad decaída en su Cabeza primera.

Adán por su ciencia infusa y, más aún, por la Gracia que, elevándole al orden sobrenatural, le había capacitado para conocer a Dios, tenía un gran conocimiento de lo mucho que Dios le amaba, pues todo lo que rodeaba y estaba dentro de Adán le hablaba del amor divino. Y Adán, por su elección al orden sobrenatural, sabía amar en gran medida. Sabía amar con aquélla justa medida que Dios había juzgado suficiente durante la vida para preparar al hombre a la visión y goce de Dios después del tránsito de la Tierra al Cielo. Mas nunca, ni aun en los transportes del más subido amor, pudo Adán inocente alcanzar a subir con su deseo de conocer y amar, hasta el centro de la Verdad, nunca pudo abismarse en este horno ardiente del Amor, que a la vez es Verdad, nunca pudo poseer el conocimiento *total* de aquélla verdad que tiene por nombre Amor infinito.

El hombre que vive sobre la Tierra no puede ver a Dios tal cual es, como tampoco lo pudo el Hombre-Adán recién creado y rico en dones. En todo resonaba la voz de Dios. Todo le hablaba de Dios. Todo le atraía a Dios. Era el hombre, el grandemente amado y cubierto de dones que le ayudasen a amar. Mas entre el hombre y Dios medía siempre un abismo. Son dos abismos que se contemplan y de los que el Mayor atrae al menor, destella ante su espíritu, le inviste con sus fuegos y le enriquece con sus luces que lanzan sus dardos sobre el espíritu del hombre como en una continua infusión de sabiduría.

El Amor Divino se presenta al hombre en el ademán de invitación de dos brazos y un seno que se abren y se ofrecen al abrazo que beatifica, y el amor humano presta alas al hombre para que pueda olvidar la Tierra y lanzarse hacia el Cielo, hacia Dios que le llama. Mas una ley de justicia tiene establecido que el encuentro total, la fusión, se realice *únicamente después de la prueba* que confirma en la gracia.

Por esto, cuanto más sube el hombre en su tentativa y deseo de unirse a Dios, más Éste huye y se retira a su abismo sin término. Y esto no lo hace por crueldad sino por tener activas las fuerzas y la voluntad del hombre para alcanzarlo y aumentar así la capacidad humana de recibir con fruto y hacerse colmar de la Gracias, esto es, hasta del mismo Dios. Porque, verdaderamente, el hombre es tanto más apto para recibir y poseer a Dios y su Gracia santísima, cuanto más activa, incansable e intensamente se mueve hacia Dios.

He hablado refiriéndome al tiempo presente porque tal es la condición actual del hombre en relación con la Divinidad inmensa, incomprensible a toda inteligencia creada. Ni aún los más grandes contemplativos –y pongo entre éstos los nombres de Juan y de Pablo para indicaros dos redimidos ya por Cristo a los que se abrió el Cielo hasta el tercer y séptimo grado,¹⁵ y también a Moisés, Ezequiel y Daniel que vieron respectivamente: “la espalda de Dios”,¹⁶ la “luz dejada por la Luz Infinita”, el Ser con aspecto de hombre” por más que era “fuego de ámbar” y “voz que se dejaba oír desde más arriba del firmamento”,¹⁷ “el anciano de días cuyo rostro aparecía velado por el río de fuego que discurría con rapidez por delante de su faz”¹⁸ dejando visibles únicamente sus cabellos y vestidos– pudieron conocer al incognoscible mientras estuvieron entre los mortales los dos primeros, y en el Cielo, tras la Redención. Los restantes.

Mas tal era, particularmente, la condición de Adán, elevado al orden sobrenatural y, por ello, dotado, lo mismo que vosotros, una vez restituidos a la Gracia y fieles a Ella, de una inteligencia espiritual capaz de acercarse mucho a la Verdad, pero no de conocer el Misterio de Dios.

Sólo por Jesús pudo el hombre penetrar más adelante –¡Oh, mucho más adelante!– atravesar distancias, alzar velos, arrimarse al calor del hogar Uno y Trino y conocer la inmensidad del Amor con una profundidad desconocida para Adán.

Desconocida por medida de prudencia. Porque Adán, en el supuesto de que Dios le hubiera presentado al Cristo futuro exigiéndole adorar al Verbo, Encarnado por amor y por obra del Amor, y se hubiera negado a adorar al verdadero Compendio del Amor Trino haciéndose con ello culpable del mismo pecado de Lucifer, habría venido a ser Satanás por haber rehusado adorar al Amor hecho carne pretendiendo soberbiamente ser capaz por sí mismo de redimir al hombre siendo semejante a Dios en esencia, potencia, sabiduría, belleza, aparte serle asimismo semejante por participación de naturaleza, ofendiendo de este modo particularmente al Espíritu Santo, Dador de las luces, sabiduría y verdades contenidas en Dios. Y los pecados contra el Espíritu Santo, de los que Lucifer y sus

¹⁵ Por lo que se refiere a *Juan*: Apocalipsis 12, 1; por lo que se refiere a *Pablo*: 2º Corintios 12, 2

¹⁶ Éxodo 33, 18-23

¹⁷ Ezequiel 1, 25-28

¹⁸ Daniel 7, 9-10

compañeros de rebelión se hicieron culpables al igual de muchos hombres, *no son perdonados*.¹⁹

Dios quería perdonar al hombre y así le propuso la prueba de la obediencia; mas le evitó la de adorar al Verbo hecho Hombre a fin de que Adán no pecara de modo imperdonable codiciando el poder de Cristo, presumiendo poder salvarse y salvar sin necesidad de Cristo, negando como imposible la verdad que se le daba a conocer de que el Increado pudiera hacerse “creado” naciendo de mujer y que el Espíritu Purísimo, que es Dios, pudiera hacerse hombre asumiendo carne humana.

Vosotros, no. Vosotros, redimidos por Cristo; vosotros, llegados después de la vendida de Cristo y, sobre todo, después del sacrificio de Cristo, tenéis conocimiento de todo el amor de Dios. Cristo, Él mismo, con su palabra, con su ejemplo y con sus actos os reveló este amor infinito.

Mirando a Cristo niño gimiendo en una gruta no tenéis miedo de Él, antes aquella debilidad humana atrae la vuestra espiritual que no se siente abatida ni temerosa ante el Niño Dios, ese Dios que se anonadó, Él, el Inmenso, con miembros diminutos, Él, el Poderoso, con miembros necesitados de todo auxilio en tanto ellos no fuesen capaces de proveer a las necesidades del organismo.

Al mirar a Cristo niño no le teméis. Su Sabiduría es dulce. Con pocas palabras os indica el camino seguro para llegar a la casa del Padre: *“Ocuparse de lo que Dios quiere, de lo que Dios tiene dispuesto”*.²⁰ Toda la Ley se haya contenida en esta respuesta breve y sapiente. Él os dice, al hablar a aquellos que representan a la humanidad elegida y querida por el Señor: “¿No sabéis que ha de hacerse esto, esto sólo, esto por encima de cualquier otra ocupación, tener este amor por encima de cualquier otro amor para tener un puesto en el Cielo?”.

Y este Cristo docente total se descubre en estas breves palabras que dice a Marta: “Te ocupas de excesivas cosas; una sola es necesaria”.²¹ El Cristo que dice al discípulo demasiado apegado aún a las cosas del mundo: “Deja que los muertos entierren a sus

¹⁹ Mateo 12, 30-32; Marcos 3, 28-30; Lucas 12, 8-12; Hebreos 6, 1-8; 10, 26-31; 1º Juan 5, 14-17

²⁰ Lucas 2, 41-52

²¹ Lucas 10, 38-42

mueritos”,²² y también: “Quien, después de haber puesto la mano en el arado, vuelve la vista atrás, no es apta para el Reino de Dios”.²³

Ese Cristo que, aun amando *con perfección* a su Madre, no la antepone a su misión, antes dice claramente que es su consanguíneo el que hace la Voluntad de Dio”,²⁴ y Él es el primero en hacerla, ya que el amor a Dios es siempre, en el ámbito de los deberes, el más grande respecto a cualquier otro amor, incluido, incluso, el debido a su Madre Santísima.

Ese Cristo que reprochaba a Pedro llamándole “Satanás” porque le tentaba a no hacer la Voluntad del Padre.²⁵ El Cristo del Sermón de la Montaña.²⁶ El Cristo que proclama la última bienaventuranza: “Bienaventurados los que ponen en práctica la palabra de Dios”,²⁷ es decir, una vez más, la Ley.

Este Cristo que le enseña a Nicodemus cómo un hombre ya viejo, heredero del Adán decaído, pueda conseguir la regeneración y ver el Reino de Dios “renaciendo por el agua”, y esta agua de vida os la da Él, Cristo, y “por el Espíritu Santo”,²⁸ o sea, por el amor, y amor es *hacer la Voluntad de Dios* en la obediencia a su Ley por cada uno de vosotros en todos y cada uno de sus preceptos.

Este Cristo que enseña la religión que es juzgada *verdadera* y merecedora de premio por parte de la Justicia Divina: “No busco mi querer sino el de Aquel que me envió”.²⁹

Este Cristo que os da a ese Dios al que se le puede amar sensiblemente: “Hasta ahora nunca habéis escuchado vosotros la voz de Dios ni visto su rostro. Mas, heme aquí. Yo soy Aquel sobre el que Dios imprimió su sello. Quien me escucha a Mí escucha al Padre, porque nada mío he hablado Yo sino que he dicho cuanto el Padre me encargó decir”.³⁰ Y os descubre el amor del Padre que de la culpa de Adán saca el medio de estimularos a un amor más grande, a un más exacto conocimiento y a una estrecha unión: “Es la Voluntad de mi Padre que me conozcáis por lo que soy: Dios”.³¹

²² Mateo 8, 21-22; Lucas 9, 59-60

²³ Lucas 9, 61-62

²⁴ Mateo 12, 46-50; Marcos 3, 31-35; Lucas 8, 19-21

²⁵ Mateo 16, 21-23; Marcos 8, 31-33

²⁶ Mateo 5, 7; Lucas 6, 20-49

²⁷ Lucas 3, 1-8

²⁸ Juan 3, 1-8

²⁹ Juan 5, 30; 6, 38-40

³⁰ Juan 14, 9-10

³¹ Juan 8, 9

Este Cristo que proclama: “Nada hago Yo por mi cuenta sino que digo y hago lo que quiere mi Padre. Siempre hago lo que a Él le place”.³²

Este Cristo, Pastor bueno, que confiesa la *más verdadera* razón del grande amor del Padre hacia Él: “Por eso me ama el Padre: porque doy mi vida voluntariamente, *porque este es el deseo de mi Padre: que vosotros seáis salvos*”.³³

Este Cristo que, en los umbrales de su Pasión, dice: “Mi Padre me ha mandado y me ha prescrito lo que debo decir y hacer. *Y sé que su mandato es vida eterna*”.³⁴

Este Cristo que, *por Sí mismo*, absuelve a Pilatos diciéndole: “No tendrías sobre Mí poder alguno si no se te hubiera dado de lo alto, Aquel que me ha entregado en tus manos es más culpable que tú de mi muerte”.³⁵ Y Aquel que le entrega en las manos de la autoridad, en una divina locura de amor por el hombre, es su Padre, el Dios infinito ante el cual pronuncia el Hijo su oración perfecta: “Que no se haga mi Voluntad sino la tuya.”³⁶ Hágase tu Voluntad así en la Tierra como en el Cielo”.³⁷ Y es Dios Padre el que permite a las autoridades humanas ser tales mientras Él lo quiere sin que se valga de la fuerza de las armas ni de otra fuerza alguna para mantenerlas en su puesto de mando.

¡Oh! Ese Cristo obediente, desde su nacimiento a su muerte; ese Cristo que dice “Sí” con su primer vagido y dice “Sí” con su postrer palabra en el Gólgota, el Verbo del “Sí” eterno a su Padre; ese Cristo que jamás causa temor, que no atemoriza con su ley porque os muestra con el ejemplo cómo es posible su cumplimiento por parte del hombre porque Él – Hombre– la vivió primero antes de enseñárnosla; ese Dios–Hombre que se entrega a la muerte, a sus enemigos, a los desprecios, a la fatiga, a la pobreza, a la carne –y he puesto la muerte en primer lugar y la carne en el último, no por error sino porque al Salvador le fue más dulce morir que no al Verbo–Dios limitarse en una carne– y a vosotros, hombres, os da el conocimiento de lo que es Dios–Amor.

Y este Padre Divinísimo, que inmola a su Divinísimo, *os da la medida del amor de Dios hacia vosotros*.

³² Juan 8, 29

³³ Juan 10, 17

³⁴ Juan 17, 3

³⁵ Juan 19, 11

³⁶ Lucas 22, 42

³⁷ Mateo 6, 10

Está dicho: “No hay amor más grande que el de aquel que da la vida por sus amigos”.³⁸ Mas se ha de decir también que: “El amor de un Padre que sacrifica a su legítimo y único Hijo por salvar la vida de los hijos adoptivos que, como verdaderos hijos pródigos,³⁹ se alejaron voluntariamente de la casa paterna y se hicieron desgraciados llenando de dolor al Padre, es un amor todavía mayor.

Y con este amor es con el que os ha amado Dios. Sacrificó a su Unigénito por salvar a la Humanidad culpable, esa Humanidad que, si no le fue agradecida, obediente ni amorosa al comienzo de los tiempos cuando gozaba de lo *mucho* recibido gratuitamente de Dios, tampoco le es agradecida, obediente ni amorosa ahora cuando ya, desde hace veinte siglos, recibió de Dios, no el *mucho* sino el Todo, el Inmenso, al darse Dios a Sí mismo en su Segunda Persona.

Después de haber meditado todo esto, es dulce concluir que si fue grande el castigo que, por otra parte, no fue injusto, mayor, infinitamente mayor que el castigo fue la Misericordia que no se contenta con restituirlos, el precio de su Dolor, de su Sangre y de su Muerte de cruz, los dones que os defraudara Adán sino que se os da a Sí mismo en la Sagrada Eucaristía, os da las aguas de la Vida de la que es fuente que asciende al Cielo, os da su dulce Ley de amor, su ejemplo, su Humanidad para que a la vuestra le sea fácil amarlo, su Divinidad para que vuestras plegarias sean escuchadas por el Padre cual si fuesen la propia voz de su Hijo amadísimo que vive en vosotros, os da el Espíritu Santo con todos sus dones mediante los cuales las virtudes infundidas con el Bautismo son poderosamente ayudadas a desarrollarse y perfeccionarse, esos dones que ayudan grandemente al cristiano a vivir su vida cristiana, esto es, la vida divinizada de hijo de Dios y que, sin anular los estímulos, os dan la fuerza para reprimirlos, cambiándolos de “mal” que son en “bien”, es decir, en heroísmo, en medio de victoria y en corona y vestidura de gloria.

Igual que para Pablo, la vida de cada uno de vosotros es una lucha interior que sostiene la carne con el espíritu, la aspiración al Bien con las acciones no siempre del todo buenas, lucha en la que Dios os conforta y ayuda. Por eso, nadie se escandalice si un prójimo suyo confiesa de palabra y con actos ser como Pablo “carnal y sometido”. Y ninguno se desanime si comprende serlo, antes sea el ejemplo de Pablo el que le guíe y le sostenga”.

³⁸ Juan 15, 13

³⁹ Lucas 15, 11-32

* * * * *

29-5 / 3-6-48

A los Romanos C 7º v. 14-25

Dice el Dulce Huésped:

“La Ley es espiritual. Y lo es también cuando prohíbe cosas materiales.

Verdaderamente, en el Decálogo¹ los mandamientos puramente espirituales son los tres primeros. Los otros siete y, en particular, los seis últimos son prohibiciones de pecados contra el prójimo, contra la vida, sus propiedades, sus derechos y su honor. Se podría, por tanto, decir que es justo llamar “espiritual a la Ley porque ella procede de Dios; mas no es del todo justo llamarla así en cuanto en sus dos buenas terceras partes ordena no cometer actos materiales que Dios prohíbe realizar.

Mas por encima de los diez Mandamientos de la Ley perfecta *está la perfección de la Ley* con dos mandamientos dados por el Verbo docente; “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. *De estos dos mandamientos depende toda la Ley* y los profetas”.²

A la luz de la Luz, que es el Verbo, se ilumina la espiritualidad que late en toda la Ley porque es dada para hacer vivir en el amor, porque toda la Ley descansa y vive por el amor y porque el amor es algo espiritual, sea cualquiera el Ente o la criatura a los que se dirija.

Triple amor a Dios: amor del corazón, del alma y de la mente, porque en el hombre se da esta pequeña trinidad: la materia (el corazón), el alma (el espíritu) y la mente (la razón); y es justo que las tres cosas creadas por Dios para hacer con ellas una única criatura –el hombre– tributen a Dios por igual su reconocimiento por el ser que recibieron de Él.

Triple amor, por tanto: amor del corazón, amor del alma y amor de la mente; porque Adán pecó con el corazón (concupiscencia de la carne), con el alma (concupiscencia del

¹ Éxodo 20, 1-7; Deuteronomio 5, 1-22

² Mateo 22, 37-40

espíritu) y con su mente (concupiscencia de la razón), saliendo del orden para abusar de los dones recibidos de Dios y ofendiendo a Dios con los mismos dones recibidos de Él para que el hombre pudiese asemejarse y le sirvieran como causa de gloria.

Así con las mismas cosas que sirvieron para el pecado, se repara éste, se cancela la ofensa y se restablece el orden violado.

Y para esto el Verbo se hizo Carne, como también para devolveros “la gracia y la verdad” y esto con una medida plena, rebosante e *inagotable*.

Con cuanto pecó el primer hombre, el Hombre–Dios repara, y os enseña más con el ejemplo que con la doctrina, la cual, como es obvio, resulta perfecta por más que la tengáis por imposible de practicar. Él es Maestro, no sólo de palabras sino de hechos, y cuanto Él hizo podéis hacerlo vosotros.

La herencia de Adán perdura en cada uno de los hombres. En cada carne se halla como escondido un Adán que puede ser débil en la prueba al igual que lo fue el primer Adán en los orígenes del tiempo. Mas Cristo vino para reparar vuestras caídas, resarcir vuestras lacras y restituiros a la Gracia vital cuando vuestra debilidad en las pruebas diarias os hace morir a aquella vida sobrenatural que os había dado en el Bautismo. Mas Cristo vino para ser vuestro Maestro y Modelo y para que vosotros seáis sus discípulos y hermanos, no tanto de nombre y en la carne, cuanto en espíritu y en verdad, imitándole en su perfección y en su triple amor a Dios.

Por este triple amor fue fiel Jesús a la justicia de la carne por más que fuese probado y se encontrase con libertad en su libre albedrío como otro hombre cualquiera.

Por este triple amor fue Jesús perfecto en la justicia del alma, esto es, en la obediencia al antiguo precepto divino: “Amarás al Señor tu Dios”,³ no sintiéndose exento de tal deber por ser Dios al igual que su Eterno Generante; Hombre–Dios, verdadero Hombre y verdadero Dios, no por infusión temporal del Espíritu de Dios en una carne predestinada para ello, o por unión moral de un justo con su Dios, sino por unión hipostática de las dos Naturalezas sin mutación de la naturaleza divina por más que se unió con la humana y sin alteración de la naturaleza humana –compuesta de carne, mente y espíritu– aunque estuviese unida a la divina.

³ Deuteronomio 6,5

Por este triple amor, en fin, fue sublime Jesús en la justicia de la mente, sometiendo su entendimiento perfectísimo, no sólo a la Ley divina, como debe hacerlo todo hombre que la conozca, sino también a los designios que Dios Padre tenía para Él y sobre Él, como Hombre, aceptando cuanto le propuso y cumpliendo en todo su Voluntad hasta el extremo de la muerte de cruz.

Al “hacerse siervo”⁴ por toda la Humanidad decaída, Jesús cumplió en Sí mismo cuanto señaló a los hombres para llegar al amor perfecto; mas no impuso a estos el sacrificio total como término del amor para poseer el Cielo, y así, en el segundo precepto del amor, os dice únicamente esto: “Amad a vuestro prójimo *como os amáis a vosotros mismos*”. Él fue más adelante. No se limitó a amar a su prójimo como se amaba a Sí mismo sino que le amó muchísimo más que a Sí mismo, porque, para hacer “*bien*” a este su prójimo, sacrificó su vida y la consumó en el dolor y en la muerte. Mas a vosotros no os propone tanto. Bástale con que la gran mayoría de los miembros de su Cuerpo Místico lleven la pequeña cruz de cada día y amen al prójimo como se aman a sí mismos.

Tan solo a sus elegidos, a sus predestinados, les indica su Cruz y su suerte y así les dice: “Amaos como Yo os he amado”, e insiste: “Ninguno tiene un amor más grande que el de aquel que da la vida por sus amigos”, y termina: “Sois mis amigos *si hacéis* lo que Yo os mando”.⁵

Nunca la predestinación se haya desligada del heroísmo. Los santos son héroes, de esta o de otra forma, pero su vida es heroica de la manera que Dios se la propone. Ellos saben lo que hacen y a qué les lleva a hacer lo que hacen, pero no se asustan por ello. Saben también que lo que hacen sirve para continuar la Pasión de Cristo, acrecentar los tesoros de la Comunión de los Santos, salvar al mundo de los castigos de Dios y arrebatarse al Infierno tantos tibios y pecadores que, sin su inmolución, no se salvarían de la condenación. Porque también la tibieza, al enfriar gradualmente la caridad que cada hombre debe tener para poder vivir en Dios, conduce lentamente, como por consunción espiritual, a la muerte del ama.

No sería justo que la predestinación estuviera desligada del valor heroico de la criatura. Y Dios no puede querer cosas injustas. Hablo aquí de la predestinación a la santidad,

⁴ Filipenses 2, 7

⁵ Juan 15, 9-17

proclamada por la justicia de la vida y por hechos extraordinarios que salpican como estrellas la vida y la ruta del predestinado fiel hacia su destino a la gloria y tras su muerte continúan siendo proclamados como milagros.

Porque una es la predestinación a la Gracia divina, común a todos los hombres y concedida, por tanto, gratuitamente por Dios en medida suficiente para salvarse, y otra la predestinación a la gloria que se da a quienes durante su vida terrena hicieron buen uso del don de la Gracia y permanecieron fieles a pesar de cuantas pruebas les tentaban al mal o de otros dones extraordinarios aceptados con emocionada alegría aunque no pretendidos ni destruidos por formarse con ellos una necia presunción de ser tan amados y estar tan seguros de poseer la gloria, que ya no tengan necesidad, en adelante, de luchar ni perseverar en el heroísmo para arribar a ella.

El quietismo en el que degeneran a veces los primeros impulsos de un espíritu llamado a sendas extraordinarias, es aborrecido por Dios e igualmente aborrecidas son la soberbia y la gula espiritual: dos pecados tan fáciles de penetrar en los elegidos y beneficiados *–y probados para confirmarlos en su misión o privarlos de ella como indignos–* con dones extraordinarios, pecados de Lucifer, de Adán y de Judas de Keriot, los cuales, teniendo muchísimo, *lo quisieron todo*; se creyeron seguros de salvarse sin mérito alguno suyo y sólo por el amor de parte de Dios; confiaron únicamente en la Bondad infinita sin pensar que la perfecta Bondad divina, por más que sea infinita, jamás es necia e injusta; y, por creerse “dioses” al ser tan altamente escogidos, pecaron tan gravemente.

Dios sabe con certeza quiénes serán los que ha de perseverar heroicamente hasta el final, mientras que el hombre no sabe si ha de perseverar hasta el fin.

Y también en esto resplandece la justicia, porque si Dios quisiera que, no obstante el libre albedrío del hombre que a menudo resulta contraproducente para la consecución de la gloria, –porque el hombre difícilmente usa con justicia de este don real de Dios que Éste le entrega para que, consciente de su fin último, elija libremente el cumplimiento de solas las acciones buenas para merecer con ellas la consecución de aquel fin bienaventurado– todos los hombres se salvaran forzándoles a no pecar, no guardaría entonces la debida consideración a la libertad del individuo creado por Él con todos aquellos dones que le capacitan para distinguir el bien del mal, para comprender la ley moral y para tender a su fin y conseguirlo.

Y con ello vendría también a faltar para cada uno de los predestinados la causa de su gloria: la heroicidad de su vida por permanecer fieles al fin para el que fueron creados, y por usar, y usar santamente, de los dones gratuitos recibidos de Dios, de esos dones que son los frutos admirables del divino Amor que querría la salvación y el gozo eterno *de cada uno de los hombres*, pero a los que deja en libertad de elegir su futuro eterno de gloria o de condenación.

Y es también motivo de justicia el que, por vuestra parte, ignoréis vuestra suerte última. Porque si conocieseis vuestro futuro eterno, os faltaría el móvil que impulsa a los justos a obrar para merecer la visión beatífica de Dios, que es gozo sin medida, y podríais caer en el quietismo o en la soberbia que, aunque transitoria, sería siempre suficiente para ocasionaros una más larga expiación y un menor grado de gloria, mientras que los injustos tendrían en eso el móvil que les impulsaría a ser verdaderos satanes, pues así llegarían a odiar y a maldecir a Dios y a perjudicar a su prójimo sin freno alguno, al saberse ya destinados al infierno.

No. Conociendo la Ley y el fin al que la obediencia o la desobediencia a la misma lleva, si bien ignorando cuanto sólo la omnividencia de Dios sabe, de modo que no les falte a los justos el estímulo del puro amor que les ha de merecer la gloria y a los perversos, que prefieren el pecado y el delito a la justicia y al amor, la libertad de hacer lo que a ellos les place –y así, a la hora de la condena divina, no cometan el último pecado contra el Amor lanzándole esta acusación blasfema: “He obrado así porque Tú, desde siempre, me tenías destinado al infierno”– cada una de las criaturas racionales debe escoger libremente el camino que le plazca y elegir el fin que prefiera.

La predestinación a la gloria no es un don gratuito que se conceda a *todos* los hombres, sino más que un don, una conquista llevada a acabo por los que perseveran en la justicia, una conquista que se consigue con el uso perfecto de los dones y auxilios de Dios y con la buena voluntad que jamás deja inactiva cosa alguna que le proponga o le entregue Dios, antes todo lo hace activo y lo dirige al fin santo de la visión intuitiva de Dios y a la posesión gozosa del mismo.

Alguno objetará: “Pues entonces, ¿sólo aquellos que son santos en el trance de la muerte tienen la gloria? ¿Y los demás? ¿No es acaso el Purgatorio una prisión, aunque menos

dolorosa siempre constringente, que separa a las almas de Dios? ¿No están acaso los espíritus purgantes predestinados también al Cielo?

Lo están. Día llegará, y será éste el del Juicio final, en el que el Purgatorio habrá desaparecido y pasarán sus moradores al Reino de Dios. Y tampoco el Limbo existirá ya, por cuanto el Redentor lo es tal *para todos* los hombres que siguen a la justicia por honrar a Dios en el que creen y por tender a Él, del modo que le conocen, con todas sus fuerzas.

Mas ¡qué largo destierro todavía, tras la vida terrena, para estos tales! Y ¡qué largo también para aquellos que, diciéndose católicos, limitan su amar y su obrar a ese mínimo indispensable que no les haga morir en desgracia de Dios!

¡Que diferencia entre estos hombres salvados, más que por méritos propios, por los infinitos del Salvador, por la intercesión de María, por los tesoros de la Comunión de los Santos y las oraciones y sacrificios de los justos, y aquellos que *quisieron* la gloria, no por egoísmo, sino por amor a Dios!

¡Qué diferencia entre los primeros que, a duras penas y con multitud de pausas de decaimiento, murmullos de descontento y hasta extravíos por las sendas del egoísmo, arrastran cual pesada cadena su limitadísimo amor, y los segundos que, amantes verdaderos de Dios o imitadores de Jesucristo. “Aman como Jesús amó” dando hasta la vida, abrazando siempre todas las cruces e, incluso, pidiéndolas, como el mayor de los dones, para salvar la vida del alma de su prójimo, almas–hostias que ante el conocimiento divino aparecen *desde siempre* como “amigos de Jesús” ya que harán cuanto Él les mande!

Presente eterno: “sois mis amigos”. Dios lo conoce. Condición individualizada: “Si es que hacéis”. Porque la conquista de una amistad requiere obras capaces de conseguir esa amistad. Y la seguridad de que tales obras os consiguen la amistad de aquel a quien deseáis por amigo, os ayudan a realizarlas. Como sucede entre los hombres, así, y más perfectamente, sucede entre Dios y los hombres.

Jesús, cuando su instrucción era ya más “hechos” que “palabras”, da la última lección a sus apóstoles para que alcancen la perfección exigida por Jesús para llamarlos “amigos”. Y ella es la perfección impuesta por Él a todos los predestinados a una gloria *rápida*, proclamada por la justicia heroica de su vida, por hechos extraordinarios durante la vida y por milagros después de su muerte: “Vosotros sois mis amigos si es que hacéis lo que Yo os mando”. Alienta al esfuerzo futuro premiado ya con el presente: “sois”.

Jesús conocía a sus apóstoles, como conoce a cada uno de los hombres, y los consideraba, lo mismo que a vosotros, por lo que eran: criaturas débiles por la herencia de Adán, agobiadas por tantos elementos contrarios a la elevación a las esferas de la perfección. Y sabía, como sabe, qué elemento tan potente es el amor dado anticipadamente para estimular el trueque. El hombre es como un niño que aprende a hacerse adulto e independiente del concurso ajeno; os, valga la comparación, un incapaz que necesita ser asistido en todo para crecer, nutrirse, caminar, debiendo ser atendido por quien se halla ya formado por haber alcanzado la edad perfecta en el cuerpo, en el entendimiento y en el espíritu.

Y Jesús se hace “madre” para hacer del hombre un “niño espiritual”, un adulto del linaje escogido, un sacerdote real, una hostia viviente que de continuo se ofrece a Dios como Cristo, con Cristo y por Cristo a fin de continuar el sacrificio perpetuo que se inició con Cristo y tendrá su término al final de los siglos. Y la leche con que se nutre es su Caridad; los abrazos con que os sostiene son su Caridad; y las palabras que os dirige para enseñaros la verdadera sabiduría son su Caridad.

Dice el Evangelio de San Lucas: “Le son perdonados muchos pecados porque ha amado mucho”.⁶ Mas quién llevó a la pecadora a la redención del *mucho* amar a Aquel que es Santo sino el *mucho* amar del Redentor hacia ella? Tengo dicho: “En todo hombre hay un Adán”. Pero añadido: “En toda criatura hay una María Magdalena”. Y lo que muchas veces salva al alma pecadora es el infinito amor de Dios hacia ella.

Verdaderamente sois vosotros los redimidos por el amor antes todavía que por la Sangre y por la muerte del Hijo de Dios. La Sangre y la Muerte fueron accidente último de vuestra redención. En cambio el amor de Dios hacia vosotros es la posición eterna de Dios en relación con vosotros y este divino amor comenzó a salvaros desde su eterno Ser, porque, antes de que existiera el tiempo, estabais vosotros en el pensamiento de Dios: Todos vosotros, desde Adán hasta el último hombre, con vuestros heroísmos y extravíos, con vuestros tesoros y miserias y con vuestra gran necesidad de ser fortísimamente ayudados, divinamente ayudados, para poder alcanzar el fin para el que fuisteis creados. Y el Amor había ya establecido “desde el principio” en su Saber y Querer divinos cuanto era preciso para traeros de nuevo a la Vida, tanto como Humanidad como individuos. Abrazó todo

⁶ Lucas 7, 47

cuanto suponía sacrificio y dolor por amor vuestro y para amaros a vosotros, tan frecuentemente ingratos y más frecuentemente débiles, se inmoló *desde siempre* por vuestro amor.

Sólo con que contempléis la voluntad heroica del Hijo de Dios, futuro Cristo, constituido tal desde siempre, desde antes de la Redención, desde antes de su Nacimiento, desde antes de su Encarnación, *desde el principio del mundo y antes del principio del mundo* retrocediendo en una inmensidad de tiempo que ya no es tiempo sino “eternidad”, podéis vosotros comprender cómo es *por el amor que habéis sido salvados*. Porque así como “en el principio el Verbo estaba junto a Dios”,⁷ otro tanto: “en el principio el amor estaba junto a Dios”, o más bien, *era Dios*, puesto que Dios otra cosa no es sino amor. Y así como está escrito que: “Todas las cosas fueron hechas por medio de Él”,⁸ otro tanto es justo escribir que: “todas las cosas fueron hecha por medio del Amor”.

Toda la creación sensible y suprasensible es obra del amor. Todas las providencias, leyes físicas, morales y sobrenaturales son obras del amor. Los actos todos de Dios son obras de amor. Amor la creación particularizada del hombre, hijo adoptivo de Dios. Amor la Encarnación del Verbo; amor su Pasión para redimir al hombre; amor la Eucaristía; amor los dones del Paráclito que Éste, Teólogo de los teólogos, Dador de Sabiduría, Entendimiento, Consejo, Fortaleza, Ciencia, Piedad, Temor de Dios, da a cuantos dignamente le reciben a Él, Amor del Padre y del Hijo, Fecundador y Santificador de cuantos le saben retener en sí con una vida pura y santa; amor a la Iglesia, dispensadora de gracia y Maestra para sus fieles.

El perfecto Amor Uno y Trino os colma de Sí mismo y de sus munificencias para haceros perfectos en la Tierra y dichosos en el Cielo; y Cristo os propone las dos perfecciones por las que habréis de llegar a la gloria eterna. Jesús, como Verbo, dirigiéndose a criaturas divinizadas por la Gracia, os propone la misma santidad de su Padre: “Sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial”.⁹ Y como Maestro que se dirige a hombres semejantes a Él en el cuerpo y en el alma os propone su propia santidad: “Aprended de Mí. Os he dado

⁷ Juan 1, 1

⁸ Juan 1, 3

⁹ Mateo 5, 48

ejemplo a fin de que, como Yo he hecho, hagáis también vosotros. Seréis dichosos si llegáis a poner en práctica mi ejemplo. Sois mis amigos si hacéis lo que os mando”.¹⁰

Entre las paralelas de estas dos santidades propuestas, camino para vosotros de vida eterna, se halla Cristo que abarca en Sí mismo, como Verbo Hijo de Dios, y, como Jesús, Hijo de María Inmaculada, la justicia perfecta del Hombre inocente, lleno de Gracia y de Verdad. Y, puesto que “vosotros sois dioses e hijos del Altísimo”,¹¹ vosotros, hombres redimidos por Cristo, *podéis y debéis*, como hijos de Dios e hijos del hombre, copiar a vuestro Hermano Jesús, haceros otros Cristos, hijos verdaderos de Dios y herederos del Cielo, cosa que no es imposible porque Él, Jesús, ha demostrado cómo es posible serlo.

Si el Verbo se hubiera manifestado únicamente como Palabra divina, como Maestro increado y espiritual, del modo que se manifestó a los Patriarcas y Profetas antes de la venida de Cristo, el hombre, desprovisto o rebelde, habría podido lamentarse o increpar, conforme a su estado de ánimo “¿Cómo voy a poder yo, carnal como soy, yo, perpetuo Adán, tentado por el pecado y débil por naturaleza, hacer lo que Tú enseñas, Tú, que eres Espíritu purísimo al que Satanás no tienta ni le afectan las imperfecciones de la naturaleza?”. O también: “¿Por qué permitiste que desde el seno mismo de mi madre estuviese yo contaminado? ¿Por qué permitiste que el padre de la Humanidad lo estuviese si es que me querías santo? Correspondo a tu burla con mi maldición”.

Mas el Verbo se hizo Carne, tomó naturaleza humana, *semejante en todo a sus hermanos en Abraham*, no diferente, por el tiempo en que vivió Jesús de Nazaret, de Adán, lleno de gracias y de inocencia desde su primer día en el Edén, y cómo él tentado¹² *para ser probado* y así poder comprender y ayudar, incluso por su experiencia directa de Hombre y con su ejemplo, *a quienes se hayan en la prueba*.

El hombre no puede desanimarse diciendo: “Yo, carnal, no puedo ser perfecto como el Padre de los Cielos ni hacer lo que el Verbo enseña”. Y tampoco puede llamar “burla” a la enseñanza que el Verbo da a quien por su naturaleza humana, debilitada y corrompida por el Pecado original, a duras penas y con esfuerzo continuo alcanza a ponerla en práctica.

Como tampoco puede el hombre decir: “No se acomoda a mi naturaleza carnal la Ley espiritual por ser tan contraria a la voz exterior de mis miembros, del mundo que me rodea,

¹⁰ Juan 13, 15-17; 15, 14

¹¹ Salmo 82 (Vulgata: 81), 6; Juan 10, 34

del demonio que de continuo me ronda y tienta las bajas pasiones de mi naturaleza animal y las morales de mi naturaleza racional, ni se acomoda a la voz interior de la conciencia que se dirige a mi naturaleza espiritual, como tampoco a la voz misma de Dios –pues la voz de la conciencia es el toque de alarma de Dios a la criatura para que no se aparte de la Ley o la vulnere– voz que me habla en el interior para decirme: “haz esto” o, por el contrario: “No hagas aquello”. Mas yo –a pesar de tener voluntad de hacer el bien y reconocer ser santa esta Ley que mi conciencia de hombre y la raza que me diferencia de los brutos y me fue dada por Dios para hacerme capaz de entender, reflexionar, escoger y querer lo que está bien, me dicen ser buena, a pesar del impulso divino que en mi interior activa Él mismo, es decir, Dios, Moviente eterno de todas las criaturas, Inmenso, que me comunica, igual que a todo otro hombre divinizado, llamado a grandes cosas, si Inmensidad para que sea capaz yo, su hijo de adopción, de llevar a término obras grandes que sean una semejanza de las tuyas grandísimas y perfectísimas, de las que la primera y mayor de todas es la de tender a Él con todo mi amor por ser Él el único bien verdadero– mas yo no logro hacer el bien que desearía sino que cedo al mal que fermenta en mí más fuerte que el bien”.

No. No podéis decir esto porque si el mal es grande como grande es también la herencia que dejó en vosotros y más grande el mal que se halla soterrado para dañaros en las varias circunstancias de la vida (el mundo) y muy grande asimismo el mal que tiene por nombre Satanás, principio del Mal, monstruo devorador e insaciable, odio eterno viviente e incansable contra el Creador y sus criaturas; mas uno sólo es infinito: Dios. Y el hombre divinizado tiene consigo la Gracia, esto es, a Dios. Dios Caridad, Dios Inteligencia, Dios Santidad, Dios Fortaleza, Dios Poder, Dios Sabiduría, Dios Vida, Dios Bondad, Dios Pureza, atributos todos ellos perfectísimos e infinitos, *Dios el Todo*.

Y el hombre de buena voluntad puede todo esto si permanece unido a Jesucristo que, por no atemorizar al hombre con los clamores divinos de la Ley del Sinaí –amedrentado con las cuatro imposiciones y las seis prohibiciones, el hombre, en el que la ley desordenada del sentido es más fuerte que la razón o cuando menos hay equilibrio de fuerzas en la lucha que tiene entablada con la razón desde que el don de la integridad resultó herido en el Edén– reduce y condena toda la Ley en un doble mandamiento de amor y os la presenta así con la vestidura dulce, atrayente y goza del amor: “Amad a Dios, amad al prójimo.

¹² Mateo 4, 1-11; Marcos 1, 12-13; Lucas 4, 1-13; Hebreos 4, 15

Amar es más fácil que adorar, que honrar, que privarse de hacer algo. Al amar a Dios, Éste se acerca al hombre y el hombre a Dios. Amar tiene más atractivo que temer y es escala para ascender a la adoración.

El hombre no puede alcanzar de súbito las cumbres de la adoración. La misma grandeza de Dios le detiene de hacerlo y, a la vez, con el miedo de Dios, que era habitual en los antiguos hebreos, y las miserias de la naturaleza, forma las ligaduras que le mantienen alejado de Dios. Mas el amor desata con su ardor esas ligaduras y coloca sus alas de fuego al alma que así puede subir cada vez más arriba a medida que se lanza más y más sin parar mientes en lo que deja: miserias, pobres honores, limitaciones, riquezas y afectos caducos, sino en lo que obtiene y conquista: Dios, el Cielo. No hay acto de culto formal que os una tanto a Dios como el acto espontáneo y continuo del amor.

Fruto de la unión con Dios es la sabiduría. Y la sabiduría conduce al ejercicio de la justicia en todas las cosas.

El hombre que se encuentra unido a Dios es activo y alegre. Y de esta alegría que le viene de la complacencia de Dios por sus actos de hombre amante de Dios, toma impulso para ser cada vez más activo en el bien, porque la unión con Dios produce paz activísima, nunca paz inerte.

No se da inercia alguna en Dios que es el operante eterno; como tampoco se da en el hombre que se encuentra unido a Dios por el amor. Él ama activamente a Dios y es por Dios activamente amado. Y esta doble actividad produce un desbordar, un irradiar de fuegos caritativos sobre las criaturas, no bastándose el hombre a contener en sí el Amor Infinito que se revierte en él para consuelo de su amor como en un recipiente digno y ansioso de acogerlo; y, no bastándole al hombre, una vez dentro del torbellino ardiente del amor divino, con amar únicamente al Creador, pues los ojos de su espíritu y el espíritu de su alma, al contemplar al Creador, ven también en Él a todas las criaturas, y así el hombre se siente impulsado a amarlas a todas santamente por ser obra del Amor suyo amadísimo.

Y he aquí el amor del prójimo que nace, brota y se derrama, por santa e inevitable consecuencia, del santo amor de Dios. El amor al prójimo ha de practicarse con justicia poniendo a cada criatura en su lugar exacto, esto es, en un grado siempre inferior a Dios por más que ésta sea la más querida por vínculos de sangre o de afecto a lo más santa por la justicia de su vida, no anteponiéndola, por tanto, jamás a Dios, antes viendo en ella algo así

como un nuevo don de Dios concedido por Él para hacer más fácil, agradable, dulce y meritoria de la vida al que vive en la Tierra.

Y he aquí que, en virtud del amor, el hombre conquista la sublime libertad sobre las insidias del *yo*, del mundo, del demonio y de las constricciones consiguientes a la Culpa original.

La caridad es fuego vivo. El fuego vivo es llama. La llama es libre y sube del cielo. Irradia a la vez calor y luz, y beneficia a quien a ella se acerca. Y he aquí, en efecto, cómo el hombre encendido en caridad sube con su llama hacia Dios, centro de todo fuego de amor y, al mismo tiempo, irradia su fuego sobre los hermanos, remedia sus miserias, ilumina sus tinieblas y la alegría llevándoles la luz que es Dios, purifica sus impurezas porque todo es santo –y santo es quien ama con todo su ser a Dios y al prójimo– es purificador de sus hermanos, socorre con piedad sublime a los afligidos, a los pobres, a los enfermos del cuerpo o del espíritu, predica y establece así el Reino de Dios en sí mismo y en el mundo. Porque el Reino de Dios en el hombre es el amor. En el interior del hombre y en el mundo, el reino de Dios es el amor, en contraposición al reino de Satanás que es odio, egoísmo y triple lujuria.

¡El Reino de Dios!

Es decir; el “Pater noster” vivido, *hecho vivo* por los justos, hecho “acción” continua y no esterilizado con palabras murmuradas más o menos distraídamente. El “Pater” vivido de verdad, santificando el Nombre Santísimo de Dios al tributarle la alabanza más auténtica: la de adorarle en espíritu y en verdad y trabajar para que los demás le adoren mediante el doble amor que es obediencia a la Ley dada para inclinar al hombre a la religión, esto es, a la unión con Dios y con los hermanos vistos en Dios, y al respeto lleno de veneración para con los derechos de Dios, como también al respeto fraterno de los derechos del prójimo.

El “Pater” hecho vivo por la instauración del Reino de Dios en las criaturas y en el mundo mediante el doble amor: a Dios y al prójimo, camino obligado para llegar a la posesión del Reino de los Cielos.

El “Pater” hecho vivo por la adhesión a la Voluntad de Dios, cualquiera que ésta sea, mediante el doble amor que hace aceptar pruebas, penas, agonías, luchas, con pacífica obediencia, como venidas de la mano de Dios, y soportar al prójimo en los sufrimientos que nos puede proporcionar, considerándolo como un “*medio*” para la consecución de méritos

eternos por la paciencia que os fuerza a ejercitar con aquellos que os prueban y que son vuestros pobres hermanos culpables contra el amor y necesitados de misericordia y de plegarias para que vuelvan a entrar en el camino de la Vida.

El “Pater” hecho vivo en la caridad al prójimo, la más difícil de ejercitar: la del perdón otorgado a los propios ofensores, ofreciéndolo a Dios Amor para que os perdone el débito que tenéis con Él.

La caridad es la mayor de las purificaciones, pudiendo ser continua: una continua purificación de vuestras imperfecciones llevado a cabo por las llamas del doble amor. Y es también la caridad la Ley espiritual llevada a la práctica, que *puede ser puesta en práctica hasta por el hombre carnal*, porque, unida a esa caridad, va siempre la fe que, al proponeros sus verdades, os estimula a superar las pruebas de la vida a la vista del Origen y del fin de todas las criaturas: Quién las creó, por que, para qué destino, Quién les ayuda a conseguir ese destino feliz y les asegura que tal destino bienaventurado es patrimonio de cuantos viven en justicia.

Toda verdad revelada es una confirmación de lo bueno, pródigo y justo que es el Señor Uno y Trino. Bueno, pródigo y justo es *Dios Padre, Creador* que “todas las cosas las dispuso con medida, número y peso”¹³ y las ordenó a su fin dándole al hombre, cuyo fin es sobrenatural, además de la Gracia, el medio indispensable para alcanzar dicho fin: la razón y la conciencia, las cuales le permiten conocer y seguir la ley moral natural, no escrita por legislador percedero y falible sobre materiales corruptibles sino por el dedo de Dios sobre páginas espirituales y, por tanto, inmortales, del alma y así no esté sujeta a otra manumisión que la voluntaria del hombre rebelde que, por otra parte, puede huir y apagar las voces de la razón y de la conciencia con el clamor de los sentidos desenfrenados, mas nunca sofocar, y menos para siempre, estas voces interiores. Porque ellas son la voz misma de Dios que resuena en todos y cada uno de los hombre, bien sean católicos o infieles, cismáticos o hebreos, herejes, separados o excomulgados, y así todas las criaturas racionales conozcan y vivan, si quieren, siguiendo los dictados de la Ley eterna del Bien.

Bueno, pródigo y justo es *Dios Hijo, Salvador*, que se encarnó para ser Jesús y murió para que vosotros fueseis de nuevo “una misma cosa con Dios”¹⁴ como los hijos son un solo

¹³ Sabiduría 11, 20

¹⁴ Juan 17, 11

amor con su padre. Y resucitó y ascendió al Cielo, no sólo para dar a los hombres la prueba principal de su Divinidad sino también para daros, con su resurrección y ascensión al Cielo, la promesa y garantía de la resurrección final de la carne y de la existencia del Reino de los Cielos al que cuantos vivan y mueran en el Señor serán asuntos para que gocen de la visión beatífica de Dios, alcanzado con ella el gozoso conocimiento del misterio de Dios que inteligencia alguna humana puede penetrar.

Bueno, pródigo y justo es Dios *Espíritu Santo, Santificador*, alma de la Iglesia a la que vivifica con su Gracia y sus Dones, amaestra y satura de amor para que discierna y decrete con justicia y sabiduría cuanto atañe a la fe y a las costumbres y aplique *con amor y justicia* tanto los bienes espirituales como los castigos y, con amor y justicia, desprovista de todo apego personal a juicios, cálculos, intereses, prejuicios o cualquier otro móvil humano, guíe, sostenga y amaestre a sus hijos, su Cabeza y su Señor, al que *debe servir y no afligir poniendo obstáculos a su voluntad*, aun cuando lo que quiere se salga de lo ordinario. Porque Dios puede querer cualquier cosa buena para sus hijos y a nadie le es lícito juzgar los actos de Dios ni condenarlos poniéndoles obstáculos.

La Iglesia existe porque Dios Verbo la fundó con el beneplácito de Dios Padre y con la ayuda de Dios Espíritu Santo. Y la Unidad Trinitaria la hizo tan fecunda, ampliando así en extensión y profundidad el Reino de Dios en los corazones y sobre la tierra, y, de este modo, llegue la Humanidad, en el mayor número posible, al reino de Dios en el Cielo.

Y con la fe está la esperanza que se alimenta de la fe, lo mismo que ambas están vivificadas por la caridad. La esperanza que nace y descansa sobre la certeza de que Dios no miente ni falta a sus promesas y por ello prodiga al hombre todos sus auxilios para que pueda conseguir la resurrección feliz y la vida eterna por haber conocido y creído en el Hijo de Dios y puesto en práctica su Palabra que salva de la muerte espiritual. Porque la fe, la unión con Cristo y el vivir en Cristo es “vida” y quien vive en Cristo y de Cristo no conocerá la muerte. Es mas, aunque sea sarmiento muerto, si después, por gracia de Dios y buena voluntad humana, alcanza la primera resurrección: la de injertar su sarmiento –muerto, por haber estado desgajado del tronco de la Vid: Jesús, bien por el pecado o por pertenecer a iglesias separadas– en la única Iglesia Católica Apostólica Romano, cambia su muerte espiritual en vida.

He aquí cómo por la Caridad, –caridad de Dios con el hombre y del hombre con Dios y con sus semejantes– por la Fe y la Esperanza, por todo aquello que os viene de las tres virtudes teologales, por todo aquello que ellas producen en vosotros, el hombre carnal, aún llevando en sí todavía el peso tremendo de su humanidad herida, puede cumplir la Ley espiritual y llegar a la gloria.”Y ¿quién os libera de este cuerpo de muerte? La Gracia por Jesucristo Señor vuestro”.

* * * * *

7 – 11 de junio

A los Romanos c. 7

Dice el Dulce Huésped:

“La caridad, la fe y la esperanza hacen que el hombre carnal pueda seguir la ley espiritual, tan contraria a la ley del pecado que vive en sus miembros.

“Y ¿quién os libra de este cuerpo de Muerte? La Gracia de Dios por Jesucristo Señor nuestro”.¹

Ella no anula al hombre sino que del hombre viejo nace un hombre nuevo. Ni se limita a regeneraros *una* vez tan solo mediante las aguas medicinales del Bautismo, sepulcro del Pecado original, seno del que emerge una criatura nueva, inocente, santa y divinizada, sino que os regenera y ayuda tantas veces cuantas el hombre se arrepiente tras una caída voluntaria en materia grave o se duele de su debilidad, causa de caídas involuntarias o también se turba tan solo al sentir agitarse en sí el viento de los estímulos y temer que ellos provoquen una tempestad en los sentidos con pérdida de la cercanía de Dios y venga a apagarse su voz pacífica, semejante siempre al soplo de un “ligero céfiro”.² Tantas veces os regenera, conforta y asegura, cuantas de ello tenéis necesidad, con sus divinos auxilios, por medio de Jesucristo y mediante los Sacramentos, medios por Él instituidos para regeneraros y reforzaros en la Gracia.

¹ Romanos 7, 24-25

² 1º Reyes (Vulgata: 3º Reyes) 19, 12-13

Y ¿quién podrá resistir a Aquel que venció al demonio, al pecado y a la muerte? Nadie ni nada, siempre que vosotros le permanezcáis fieles. Fieles en el hombre interior, que es el que realmente tiene valor, como le dijo Jesús a Nicodemus³ y no por él sólo.

Porque el espíritu es el que anima la carne, del modo que la sangre mantiene la vida en el cuerpo del hombre. Mas si éste pierde toda su sangre o si ésta se contamina, de nada le sirve al hombre tener sanos sus miembros. La muerte le acogerá lo mismo, ya que el líquido vital es la sangre y, perdida ésta o maleada, el cuerpo perece, mientras que un cuerpo, por herido que esté, si no ha perdido la sangre o no se halla ésta infectada, de seguro se curará.

Permaneced pues fieles en el hombre interior y no temáis.

Los ángeles que ven a Dios y conocen su pensamiento, os anunciaron esta gracia la noche del Nacimiento del Hijo de Dios y de María: *la gracia de la paz a los hombres de buena voluntad*.⁴

Dios sabe y ve, Dios es Padre y Amor, Dios es Justicia y Misericordia. Sabe compadecer y premiar; pero quiere “*la buena voluntad*”. No siempre es ella una permanente realidad buena y constante. Tiene también sus altibajos y caídas. Mas el ojo divino que os ve caer o fluctuar, ve también cómo quiere imponerse vuestra buena voluntad interior y contempla vuestra pena por haber caído o por haber cedido en el embate de un asalto imprevisto, y perdona porque no ve en vosotros el *consentimiento* en el mal que odiáis sino *el deseo de llevar a cabo el bien*, por más que siempre lo logréis. Ve que no es vuestro *yo* intelectual sino las secuelas de la culpa de Adán: los estímulos enraizados en vuestra parte inferior los que operan en vosotros.

Y de este contraste entre las dos fuerzas que se combaten en vosotros y las dos voluntades que se enfrentan, –una movida por el amor de Dios, que se dirige a Dios, y la otra por el Odio, que pone en acción su veneno por odio a vosotros y a Dios– el Señor extrae las riquezas que os conseguirán el acceso al Reino de los Cielos.

Constituyen ellas vuestro vestido nupcial, ese vestido del que habló Jesús en la parábola del banquete dispuesto para las bodas reales.⁵ Y ¡ay de aquel que no hila ni teje su vestido nupcial durante su jornada terrena proveyéndose de materiales qué hilar y de instrumentos

³ Juan 3, 1-21

⁴ Lucas 2, 14

⁵ Mateo 22, 1-14

para tejer mediante la asidua voluntad interior de hacer lo que la Ley de Dios propone o Dios presenta, y la lucha continua entre la voluntad del hombre interior y la ley del pecado que incuba en sus miembros, o entre la buena voluntad y cuanto de malo os rodea: el mundo, y os tienta: el demonio! ¡Ay de aquellos que no se tejen a diario el vestido nupcial y no lo adornan con las perlas conquistadas, sufriendo la “gran tribulación” que les haga dignos de estar en torno al trono del Cordero con las palmas de los victoriosos en las manos!⁶

¿Nunca habéis pensado qué palmas eran las que vio Juan en las manos de los elegidos? En el simbolismo cristiano se suele poner la palma gloriosa en las manos de los mártires. Mas Juan que fue arrebatado por el Espíritu de Dios a contemplar, conocer y escribir misterios excelsos y los de los últimos tiempos, dice que las palmas las tienen los elegidos en sus manos, los 144000 elegidos que rodean el trono del Cordero.

La multitud de los santos y de los elegidos no la integran únicamente los mártires que llegaron a sufrir el martirio cruento, pues todos los santos son merecedores de llevar la palma de los mártires, ya que todo santo es un mártir del Amor o del Odio, del espíritu o de la carne, y todas las potestades del Cielo, del mundo, del *yo* carnal y de los abismos tenebrosos le acometieron sobre la Tierra para probarle, tentarle y martirizarle todos los días.

¡De veras que es astuto, tenaz y feroz el martirio que proporciona aquel a quien Cristo llama “homicida desde el principio”,⁷ pues no hay homicida que se le iguale porque ningún asesino puede ejercer violencia si no es contra la carne del hombre. Mas Satanás mata o trata de matar la parte inmortal del hombre privándole, no de la existencia –porque el alma, por más que haya sido creada, ya no ha de perecer eternamente– sino de la Vida, o sea, de su Dios. Y esto lo hace porque, mientras Dios tiene como fin de su creación el premio de darse a los hombres, es decir, de reunir a Sí a los hombres después de su muerte –con el espíritu inmediatamente después de la muerte y con el espíritu unido a la carne tras la resurrección y juicio final– para hacerlos felices con su Conocimiento y Visión y para regocijarse con el Pueblo de sus hijos, así también Satanás tiene como fin su rebelión privar al Creador de cuantas más criaturas por Él paternalmente queridas pueda y privar del goce de su Creador a cuantas más criaturas le sea posible.

⁶ Apocalipsis 7, 9-17

La mona de Dios quiere también ella prepararse *su* pueblo y lo hace depredando porque es ladrón; al paso que Dios, para crearse *su* pueblo, dotó al hombre, creado a su imagen y semejanza, de todos los dones sobrenaturales aptos para conducirlo al Reino eterno y, contento con eso, dio su Hijo Unigénito y amado para que fuese inmolado a fin de ser Salvador de los hombres. Y ello porque, mientras Satanás es principio del mal, es odio, es mentira, es desorden, es ladrón, Dios es principio del Bien, es Amor, es Verdad, es Orden y es divinamente Dador munífico de toda gracia.

Desde el momento en que Satanás quiso ser igual a Dios en todos sus actos: libertad, poder y voluntad de acción, *deseando desordenadamente él, criatura creada, ser igual al Increado* –que es Dios como Padre que lo engendró: Hijo Unigénito– y deseándolo para que el universo pudiera decir de él lo que del Verbo Encarnado se dice al comienzo del Evangelio de Juan dictado al Evangelista por el Amor y la Luz, por el Espíritu de Dios que es Amor y Luz: “Todas las cosas fueron hechas por medio de Él”,⁸ desde aquel momento el arcángel fulminado es sacrílego, homicida y ladrón.

Era Lucifer y pensó de sí ser luz. Mas ser “portador de luz” no es ser luz, pues es muy distinto “portar” que “ser”, La Luz, es decir, el Hijo de Dios, el Verbo del Padre, el Increado y Eterno, Inmenso y Perfectísimo, “engendrado”, no hecho, consustancial al Padre”, por medio del cual “todas las cosas fueron hechas”, en nada es igual y nada tiene de común con la criatura angélica creada para ser portadora de luz y mensajera de Dios, como en un principio lo fue Lucifer que prevaricó al querer ser la Luz, porque, libre y voluntariamente quiso ser infiel al Señor su Creador y a su Gracia. Y así, delirando de orgullo en su intento de creerse Dios y, por ende, no sujeto a la obediencia y adoración a Dios, Éste fulminó al rebelde.⁹

Desde aquel momento quiere Satanás hacerse *su* pueblo para contraponerlo al Pueblo de Dios. Y esto lo persigue sin descanso, por odio a Dios y a las criaturas que Dios ama como Padre. Y su inteligencia, conservada idéntica tras la fulminación divina –inteligencia agudísima cual correspondía al príncipe del pueblo angélico– y su poder, los usa con este fin, espionando cada una de las acciones del hombre, prestando atención a cada una de sus palabras, haciendo de su conocimiento de las acciones y palabras humanas, de la

⁷ Juan 8, 44

⁸ Juan 1, 3

⁹ Isaías 14, 12

constitución física del individuo, de sus enfermedades, desventuras, estudios, afectos, ocupaciones, en una palabra, de todo, campo abonado para lanzaros su cizaña, efectuando prodigios con qué seduciros y haceros caer en el error.

Los prodigios de que habla Jesucristo¹⁰ al predecir los últimos tiempos y poner en guardia a los hombres frente a los mismos y frente a las voces de falsos profetas y falsos cristos que surgirán y aparecerán por un sitio y por otros y que no serán otra cosa que trampas satánicas y satánicos profetas, servidores del Anticristo profetizado, suscitados para traer seducidos a los hombres a la Mentira y a las falsas doctrinas engañosas y hacer que se encuentren desprevenidos cuando llegue el momento tremendo del reinado del Anticristo sobre la Tierra y de la consecutiva última venida del Hijo del Hombre, de Cristo Vencedor para el Último Juicio de separación de los corderos y ovejas de los cabritos y moruecos, de elección y condena, de bendición y de maldición. Los prodigios de que habla Pablo en su 2º Epístola a los de Tesalónica (c. II). Los prodigios de que habla Juan en el capítulo XIII de su Apocalipsis.

Sí. Es verdaderamente astuto, tenaz y feroz el martirio que da Satanás a los espíritus fieles al Señor.

Y no menos tenaz, mordaz, punzante y demoledor es el martirio que proporcionan al hombre interior las fuerzas del fomes individual y de cuanto se ha establecido en el mundo desde que Satanás es su príncipe tenebroso: la triple concupiscencia, la cizaña maldita lanzada en los campos del Señor para dañar el grano selecto, sofocándolo, tumbándolo al suelo o pervirtiéndolo hasta el punto de hacerlo capaz de despreciar a Dios e idolatrarse a sí mismo.

Y no es menos causa de martirio el dolor que puede ser de géneros diversos, mas siempre dolor, y tal vez acerbísimo, que nunca falta en la vida de los elegidos.

Dolor permitido por Dios y que puede provenir de enfermedades, desgracias, hastío, envidia u odio de parte de las criaturas. Hastío, envidia y odio que pueden llegar hasta el delito material o moral, quitándole al prójimo, la reputación, la libertad, o conculcando tal vez sus derechos, apropiándose de las cosas ajenas, sean éstas riquezas materiales o intelectuales, alternando la verdad de las cosas hasta el extremo de presentar como obras

¹⁰ Mateo 24, 4-31; 25, 31-46; Marcos 13, 5-23; Lucas 21,8-28

de un demente, de un demonio o de un simulador, lo que es obra y acción de un genio o de un justo elegido por Dios para cosas extraordinarias.

Dolor permitido por Dios, *aunque condenado por Dios*, el dado por las criaturas a otras criaturas, semejantes, de mil maneras, para torturar al justó con calumnias, mofas, pruebas aborrecibles a Dios practicadas sobre la psiquis del santo con la intención de provocarle, de hacerle dudar interiormente de sí mismo, de la aceptación divina de su misión, así como de todo lo que ve y siente; pruebas practicadas sin prudencia, sin caridad y sin justicia, con un fin no recto que ofende y disgusta, tanto a Dios como a la criatura; pruebas ilícitas por rebasar ese límite sagrado marcado por la caridad debida al prójimo *y que con excusa aparente alguna se ha de sobrepasar*.

Dolor que puede provenir del propio yo por el sufrimiento de sentirse aún tan desemejante, imperfecto, débil y distante de aquella perfección a la que, por puro amor de Dios y obediencia al consejo de Jesús., aspiran llegar todos los justos.

Almas generosas, no os atormentéis. *Soportaos a vosotras mismas* del modo que soportáis a los demás. Tened paciencia con vuestras pequeñas miserias espirituales como la tenéis con las pequeñas enfermedades de vuestro cuerpo. Tenedla y que vaya siempre acompañada de la confianza, por más que haya momentos comparables a enfermedades peligrosas y repentinas en las que “para que la grandeza de los dones extraordinarios no os ensoberbezca, *se os da el estímulo de la carne, un ángel de Satanás que os abofetee*”.¹¹ Es una proximidad y un estímulo que os repugnan como suciedad que os pasa rozando o bascas que revuelven vuestro interior desbordando al fin en vómitos. Mas soportadlos *con paciencia* sin consentirlos y sin inquietaros por perder el ánimo por ello.

Permaneced en la paz pensando en el amor de Dios que sostiene vuestra debilidad con el poder de su gracia y, ciertamente, con mayor abundancia en esas hora en las que el estímulo de la carne o del ángel de Satanás viene a insinuaros el pensamiento de que, no obstante los dones sobrenaturales o extraordinarios, el hombre continúa siendo hombre, o sea, criatura en la que su naturaleza espiritual divinizada por la gracia se encuentra enfrentada a la humana sojuzgada por desordenados apetitos de la concupiscencia, por lo que vosotros no podéis permanecer fieles a la justicia. Continúad indiferentes a estas voces

¹¹ 2º corintios 12, 8

inferiores o satánicas que os hablan para desanimaros, seguid en la paz y que no os turbe el hedor de los miasmas del mundo y de Satanás.

No os turbe el pensamiento de que Dios pueda alejarse de vosotros por este hervir de estímulos y este desencadenamiento de asaltos desatado súbitamente en vosotros y en vuestro derredor para turbaros y haceros dudar de vuestra misión de *verdaderos hijos de Dios. Únicamente consintiendo alejaréis al Señor*. Porque el consentimiento es lo que se valora, tanto en la tentación como en la inspiración, en el mal como en el bien, en el odio como en el amor y lo que realmente hace que un acto sea merecedor de condena o de premio.

Si no hay consentimiento, las voces bajas quedan reducidas a un murmullo inútil. Si no hay consentimiento, las voces de lo alto no pasan de inútiles llamadas. Si no consentís al mal, seguid felices a Dios por más que seáis rudamente tentados hasta el extremo de ser momentáneamente superados. Si no consentís al bien, tan solo en este caso, faltáis al amor. Porque el amor es consentimiento. Si no hay consentimiento recíproco entre dos seres, no se crea el amor. Mas si no hay consentimiento, es decir, obediencia pronta a las voces del Amor eterno, no existe amor recíproco entre Dios que ama y la criatura que ama poco o mal y así no se crea ni crece el *verdadero* amor.

También el odio es consentimiento. Y si bien el odio no necesita de consentimiento recíproco entre el que odia y el odiado, con todo, para que surja, es siempre preciso el consentimiento de un cómplice. Hablo del odio espiritual. Éste cómplice no puede ser otro que vuestro *yo*, esto es, vosotros mismos con vuestra voluntad y vuestra razón saliendo del orden para entrar en el desorden, ya que, por más que el odio entre criaturas esté motivado por culpas ciertas del odiado hacia el que odia, siempre se produce el desorden en las relaciones entre hombre y hombre. *Porque el orden se halla en el amor. El orden es amor y quien sale del amor sale del orden*. Por tanto, en el odio de la criatura hacia su creador –y el pecado es odio al Creador, cuya Ley, al pecador, se viene a despreciar, así como la justicia es amor de la criatura a su Creador, cuya Ley, al amar, se viene a practicar en espíritu y en verdad– es siempre y únicamente el yo el cómplice o elemento indispensable para que se den el odio o el amor.

Como tampoco hay amor si la libre voluntad y la razón del hombre no prestan su consentimiento a los mandatos e inspiraciones de Dios y no secundan los deseos que nacen

en el alma –esos deseos que Dios mismo suscita en el espíritu del hombre para que su grado de gloria sea cada vez mayor y, tras haberlos suscitado, ayudando poderosamente a la voluntad y facultades limitadas del hombre, hace que pueda realizar los deseos santos que el Señor suscitó en su espíritu– así también, si no hay consentimiento de la voluntad y de la razón a los estímulos internos y externos de la carne, del mundo y de Satanás, si no se secundan los apetitos irascibles y concupiscibles, es decir, si el alma no ofende *con advertencia y voluntad plenas* a su Señor, no existe odio de la criatura a su Creador.

Siempre se da el martirio del dolor en la vida de los elegidos, los cuales manifiestan también su justicia mediante su amor al dolor, no ya soportado con resignación, sino también suplicado como un octavo sacramento y una novena bienaventuranza, para ser ungidos víctimas y ser verdadera imagen de Jesús–Víctima.

Son el sacramento no instituido y la bienaventuranza no promulgada abiertamente por el Maestro divino y Sacerdote eterno. Mas aquellos que saben leer y comprender el evangelio, no en la letra sino en el espíritu, encuentran promulgada siempre esta bienaventuranza por los propios actos de Jesús, el Hombre del Sacrificio y del Dolor, y encuentran este sacramento que no necesita materia, forma ni ministro para ser signo de gracia sensible y eficaz, sino que él mismo es materia y forma de gracia y, al transformar al hombre en una víctima resignada o, al alcanzar un grado más elevado de identificación con el Maestro divino y Redentor Santísimo, siendo víctima voluntaria aceptada por Dios, hace de él el ministro de su inmolación y un pequeño cristo continuador del Sacrificio divino de Jesucristo.

Porque si Jesús fue “Jesús”, esto es, Salvador, lo fue por el dolor y la muerte. Fue por el dolor y la muerte como Jesús alcanzó el fin por el que se hizo Hombre y dio cumplimiento al plan de Dios: hacer de su Unigénito, del Verbo, el Hombre–Dios y así Éste pudiese ser Redentor y Dador de la Gracia a los hijos de Adán, desheredados, por culpa de Adán, de tan sublime don.

Y es todavía, y lo será siempre, mediante el dolor y el holocausto como el hombre, continuando la obra de salvación iniciada por Cristo, se salva. El dolor meditado, comprendido y contemplado sobrenaturalmente, no es castigo del rigor divino sino gracia del divino amor. Gracia que Dios concede a sus hijos mejores para hacer de ellos cristos por participación.

Sí, por participación del cáliz amargo, de la dolorosa pasión, del Getsemaní al Gólgota y a la Cruz, tal como fue el yugo de Cristo, yugo pesadísimo, aplastante, yugo imposible de llevar si el amor a Dios y al prójimo no lo hiciese “suave y ligero” aunque no a la carne, sí, al menos, al corazón, a la mente y al espíritu. Fue el perfecto amor a Dios y al prójimo el que le hizo al Verbo de Dios correr al encuentro de la Cruz con un santo anhelo de “tener ya todo cumplido”.

Toda su Vida, esto es, su Eternidad de Verbo, fue un ansiar este cumplimiento. Toda su Vida, sea cuando aún estaba con el Padre en el Cielo, como cuando salió para encarnarse en el seno de María o cuando respiró por primera vez, como cuando crecía en edad, en gracia y en sabiduría estando sujeto a María y a José, como después a la Ley y a los Quereres supremos de su Padre Santísimo hasta llegar a consumirse para poder exhalar su espíritu diciendo: “Está cumplido”,¹² tuvo este anhelo. Había enseñado que si el grano no muere, no da fruto.¹³ Y así Él, el Viviente, el Eterno, murió para transformarse de grano de espiga virginal en Pan de Vida para los hombres.

El dolor y el holocausto participan de la suerte del Grano santísimo nacido de una espiga inmaculada y virginal, Jesús; participan del amor perfecto del Hijo del hombre para con sus hermanos que llegó a dar la vida por ellos; y participan de la santidad de Cristo, santidad que se alcanza mediante la renuncia, el sacrificio e, incluso, la muerte.

Jesús fue exaltado por su Padre y recibió un Nombre superior a todo otro nombre y tal, que ante ese Nombre todo debe postrarse en adoración en la Tierra y en el Cielo después que se humilló hasta la muerte de cruz.¹⁴

De aquí se infiere que quien quiere su alma y quiere proporcionarle la vida eterna y feliz, debe odiar su carne amando, incluso, las persecuciones y las enfermedades que destruyen la materia, amando asimismo la elevación, ya sea material o espiritual, sobre la cruz de un martirio cualquiera, sobre la cruz que destaca de la Tierra y levanta el Cielo en una elevación mística, en una continua “misa” del cristiano verdaderamente formado que se muda de hombre en hostia, en pequeña hostia que quiere ser consumada a la vez en la Hostia grande, con Jesús Eucaristía, e sacrificio latréutico, eucarístico, propiciatorio e impetratorio.

¹² Juan 9, 30

¹³ Juan 12, 24

¹⁴ Filipenses 2, 6-11

Y con el martirio del dolor está el del amor, no menos destructor, dentro de su ardiente dulzura, que el del dolor.

El martirio del amor, Las exigencias del amor. El absolutismo del amor que aísla en una santa locura a la criatura abrazada por el Amor, que se sumerge con pleno y voluntario consentimiento en el océano llameante del amor. Es la generosidad total del amor reinante, a la sazón, con poder de rey absoluto en el espíritu, generosidad que ya no mide cosa alguna, ni renunciaciones, ni penas, ni perdones, ni obras de misericordia corporales y espirituales, mirando sólo a que Dios reciba gloria y el prójimo consuelo, perdón y gracias.

La adhesión absoluta y continua de la criatura dándose al amor y a la Voluntad santísima de Dios, conservando de su libre voluntad de hombre un brazo tan solo; el de hacer lo que Dios quiere; hacer lo que Dios, que vive en las almas, que inhabita en las almas amantes, indica, dispone o propone hacerse; este amor obediente, activo y constante introduce en vosotros la vida divina y completa vuestra identificación con Dios que es Amor, además de Espíritu, lo mismo que es también espíritu vuestra alma; que es Libre, al igual que lo sois vosotros para querer; y que es Eterno, como eterno es vuestro espíritu desde que fue creado.

El amor, que es el más grande de los mandamientos, pone en vosotros la semejanza divina de naturaleza espiritual, de movimiento de amor y de luces intelectivas, y no por prevaricación arbitraria como la de Adán que hizo caso a las insinuaciones y sugerencias de la Serpiente y mordió el fruto prohibido para llegar a ser “como dioses”,¹⁵ sino por participación de la misma esencia del Ser Supremo: el amor que os hace “dioses e hijos del Altísimo”¹⁶ Porque el amor presupone la Gracia en el espíritu que ama, y la Gracia es la participación de la vida divina; es operar, a través de la capacidad de intuir lo que es Dios según su Querer, amar del modo que sois amados; es preparación para ver lo que creísteis, conocer el Misterio de Dios con todos sus misterios y los misterios producidos por Dios con sus actos, misterios, a veces, incomprensibles mientras estéis en el exilio terrestre rodeados de sus nieblas; es preparación para ver a Dios cara a cara, poseer el conocimiento pleno de toda Verdad, llegar a ser una misma cosa con Dios en la perfección de la unión que sólo en el Cielo puede darse tras la prueba y la elevación a la gloria en la perfección del Amor que entonces habrá alcanzado la medida perfecta, o mejor, las tres medidas perfectas.

¹⁵ Génesis 3, 4-5

El amor es verdaderamente el don de los dones, medio para conseguir el mantenimiento de las virtudes y la obtención del fin último. Por él se nos da el Espíritu Santo, Espíritu del Espíritu divino, esencia del amor perfectísimo y recíproco del Padre y del hijo, que procede de su beso, de su mutua atracción y de su contemplación jubilosa.

La voluntad del hombre puede hacer que sea activísimo este don del Espíritu de Amor, suficiente por sí mismo de hacer conseguir el fin para el que los hombres fueron creados: la predestinación a la Gracia y a la Gloria. Porque, en verdad, todos aquellos que son movidos por el amor vienen a ser “hijos de Dios” (Pablo a los Romanos c. 8, v.16) por cuanto todos sus actos se hallan inspirados por el amor, esto es, por el bien hacia Aquel del que se siente ser, por más que no lo conozcan exactamente y hacia sus semejantes; y viven, por ello, conforme a la ley, natural–moral puesta y conservada por Dios–Creador en el corazón del hombre.

Es de estos de quien escribe S. Pablo: “Cuando los gentiles, que no tienen ley, hacen naturalmente lo que la ley impone y, al no tener ley, son ley para sí mismos y muestran cómo el temor de la ley está escrito en su corazón, como lo atestigua su conciencia... serán justificados el día en que Dios, por medio de Jesucristo, ha de juzgar las acciones secretas de los hombres”.¹⁷

En efecto, todo aquel que obre con recta conciencia siguiendo los dictados de la ley moral, demuestra tener un alma *naturalmente cristiana*, abierta al Bien y a la Verdad, y Jesús, muerto para que los hombres tuviesen la Vida eterna –los hombres de buena voluntad– será su justificación. Porque todos los que, aun sin el conocimiento de Dios que tienen los católicos, creen firmemente que hay un Dios, un Dios justo, pródigo y remunerador de todo cuanto cada uno ha merecido, pertenecen, por la caridad que hacia Él sienten para con su prójimo y para consigo mismo, por la caridad y justicia que tienen para con su prójimo y para consigo mismos, por su deseo de Dios y por la contrición perfecta de las culpas que hubieran podido cometer, al alma de la Iglesia.

Como dije que el dolor es el octavo sacramento y la novena bienaventuranza, así también digo que el amor verdaderamente vivido practicado y el arrepentimiento sincero del mal que se ha podido involuntariamente cometer, son el bautismo de deseo que da validez a la

¹⁶ Salmo 82 (Vulgata 81), 6; Juan 10, 34

¹⁷ Romanos 2, 14-16

pertenencia implícita al Cuerpo Místico y, consecuentemente, a la participación de la Gracia. Sólo Dios y los hombres en los que Dios opera conocen la acción divina para llevar las criaturas humanas a la salvación y al celestial conocimiento de la Verdad para los que fueron creadas.

El amor es una actividad santa que moviliza toda la fuerza del hombre dirigiéndola a su fin último. El amor es sabiduría; y la sabiduría es libertad de las cosas caducas y limitadas; y la libertad de lo que limita y os tiene atados a la Tierra abre al espíritu los espacios infinitos para que vuele por ellos y se lance al encuentro de la Verdad eterna que se abaja hasta su amado al que se entrega haciéndose gustar y amar, en la medida posible a una criatura todavía mortal, arrancando al hombre de las tinieblas de su triste destierro para elevarlo hasta Sí y develarse en parte para ser por él cada vez más amado sin, por eso, hacerle ajeno y extraño a las necesidades de los hombres. Y aún más, el hombre abismado en Dios, le adora y obtiene de Él gracias y beneficios, no sólo para sí, mas también para los hermanos sobre quienes los derrama con acción santa y continua de caridad.

Por estos numerosos martirios proporcionados por el dolor y por el amor, aquellos que hayan permanecido fieles al hombre interior llevarán en el Cielo el vestido y la palma descritos por Juan. Porque con su voluntad se habrán hecho tal vestido, purificando sus estolas en la Sangre del Cordero que con su onda purificadora habrá disipado las sombras de los errores iniciales y de las imperfecciones últimas, y los martirios soportados, el del amor más que ningún otro, con las fuerzas todas del hombre y la acción de la Gracia divina habida por Jesucristo Señor nuestro, harán que estos sean los vencedores del nombre nuevo a los que serán dado el maná escondido,¹⁸ la corona de vida,¹⁹ la potestad sobre las naciones,²⁰ la gloria de sentarse en torno al Trono excelso, estando eternamente ante el Cordero²¹ y ante la Estrella de la Mañana²² que les guió a lo largo del camino de la Tierra al Cielo, ante la estrella de *su* mañana terreno cuyo pronto final pedirán a cada latido del corazón con el grito de su alma amante: “Ven, Señor Jesús”,²³ ante la Estrella de *su* mañana celestial y eterno del día en que entrarán para siempre en el Reino de los Cielos”.

* * * * *

¹⁸ Apocalipsis 2, 17

¹⁹ Apocalipsis 2, 10

²⁰ Apocalipsis 2, 26

²¹ Apocalipsis 3, 21

12 – 14 junio 1948

A los Romanos c.8

Dice el Dulce Huésped:

“Al igual que Dios da la predestinación a la Gracia a todos los hombres y la predestinación a la gloria a aquellos de entre los hombres que permanecen fieles a la Gracia, da también la justificación a aquellos que con firme voluntad saben hacer activos en sí los dones gratuitos dados, dejados o restituidos por Jesucristo, siendo cristianos, no sólo de nombre y por ciertos signos recibidos no vivificantes en ellos –porque los pecados en materia grave y la permanencia en ellos los destruyeron– sino cristianos de hecho por su voluntaria fidelidad a la ley espiritual, que renace en espíritu por el Espíritu Santo y por el agua, signo de la Gracia que limpia y sepulta al hombre muerto restituyendo al nuevo, y, asimismo, por el Espíritu de Amor y por la Sangre que purifica y lava las culpas en que puedan haber caído.

Estos tales, con su voluntad, operan incansablemente y sin desfallecimiento ni agobios su segunda creación o recreación en Cristo y para Cristo y se forman y modelan conforme al ejemplo y semejanza de Cristo, Cabeza del Cuerpo del que son ellos miembros. Y no por reconocerse humilde y sinceramente miembros débiles y hasta abyectos dejan de esforzarse en asumir la proporcionada belleza que esplende del Cuerpo Místico y especialmente de su Cabeza, Jesús, al contrario y, precisamente, porque se reconocen tales, trabajan sin desmayo en imitar a Cristo tomando cada vez más la semejanza del Hombre perfecto que, en su perfección, fue en tal grado verdadera imagen y semejanza de Dios, que pudo decir: “Quien me ve a Mí ve a mi Padre”.¹

Unidos a Él, fieles a Él, con voluntad, por su amor, de “no caminar según la carne”,² vosotros, los cristianos de hecho, sois justificados por Él y vuestros actos, aunque

²² Apocalipsis 2, 28; 22, 16

²³ Apocalipsis 22, 20

¹ Juan 14, 19

² Romanos 8, 4

imperfectos todavía, se hacen buenos por revestirlos Él con la abundancia de sus méritos infinitos.

Más aún: por el Espíritu de Dios que habita en nosotros y que de nuevo torna a vosotros cada vez que la Sangre divina os vuelve a consagrar templos en los que pueda habitar la Gracia–Dios, venís a ser vosotros renovados, recreados, resucitados y sanados tras haber estado muertos o heridos por el pecado actual más o menos grave.

Todo, por tanto, os viene de Él y por Él que todo lo dio y padeció por vuestro amor y, junto con su Carne inocente, hecha hostia pura, santa e Inmaculada, crucificó y destruyó el Pecado sobre la cruz.³

(Paréntesis.– Me interrumpe en este punto una cada vez más fuerte debilidad, me dejo caer sobre la almohada y el Dictante divino me deja reposar. Mas, no bien me rehago un poco, el Espíritu Santo me dicta un pensamiento que yo, en un momento de dejadez motivado por el decaimiento que tengo, no me esfuerzo en escribirlo diciéndome: “Ya lo recordaré”.

Eran las doce. Ahora son las catorce y trato en vano de recordarlo– ¡Lo doy por pedido! Y iera tan profundo...! Sufro en mi espíritu. Me agito buscando inútilmente lo que *por mi culpa* perdí. De primeras, siento al Espíritu Santo que con voz severa me dice: “Te has vuelto perezosa de un tiempo a esta parte. Cuando lo que te interrumpe son motivos de caridad o impertinencias *ajenas*, nosotros acudimos con nuestra asistencia. Mas cuando es tu indolencia la causa de que pierdas una perla, *no acudimos* entonces. Quédate con tu pena y no indagues más, pues no darás con esas mis palabras así hojees todos los libros de la Tierra. Que este tu sacrificio te sirva de purificación”.

Tienes razón. Mas me encontraba tan cansada, tan débil, que la pluma se me iba de los dedos y me caía por todos los lados. No me era posible tener abiertos los ojos, ni Dios me comunicaba su fuerza par servirle como lo hace cuando quiere. Con todo... *debiera* haber escrito, cómo y donde pudiera, con la salvedad de tener que copiarlo después. Mas, lo hecho, hecho está y ya no hay remedio. Si aquí aparece una laguna, es por mi culpa.

³ Queda aquí interrumpida la lección que continuará tras el fragmento que sigue.

Es verdad. Tan mal a la sazón me veo, que me he hecho perezosa. Hasta ahora dios se ha compadecido. Hoy me castiga. ¡Pobrecita! Esto me lo merezco y es justo el castigo)

Continúa el dictado del 12 de junio, hoy 14 de junio.

Y expió en su Cuerpo santísimo todos los pecados. Y para que vosotros pudieseis revestiros con el traje nupcial, vestido limpio y ornamentado, se vistió Él de llagas, heridas, cardenales y sangre.

Se abatió sobre Él la ira Divina de Dios, la ira de vuestros infinitos pecados, desde el Pecado primero, padre de todos los demás, hasta el último que será hecho; y la Justicia clavó y ahogó todas las culpas en su Cuerpo inocente. Cual ciervo acosado por una turba de arqueros, así fue acosado Él por las flechas de Dios para que fueran expiadas con su Sangre todas las culpas.

De la cabeza, en la que tan solo anidaron pensamientos santos y de la que únicamente salieron palabras de sabiduría, de justicia y de amor, a sus dulces pies de Mensajero de Paz que, para venir, había salvado distancias y bajado valles cual ningún otro hombre salvará y bajará –habiendo atravesado la distancia abismal existente entre sus naturalezas divina y humana y descendió hasta el profundísimo, angosto, oscuro y contaminado valle de pecado y de dolor que es la Tierra, tan distinta del Empíreo sin confines, todo luz, pureza, armonía y gozo superiores a toda concepción humana, para encontrar en ella, después de tantas pruebas, fatigas y penas, la Cruz– de la cabeza a los pies fue todo una llaga.

Y si resulta imposible contar las estrellas desparramadas por la inmensidad de los cielos, así también es imposible contar las heridas esparcidas sobre el Inmenso que se hizo limitado en su Carne expiatoria. Porque cada una de las llagas y cada uno de los cardenales eran parte del total de las muchas heridas y golpes padecidos por Aquel que, dada su naturaleza divina, no era pasible al dolor ni a la muerte, sino que se hizo Hombre para borrar los pecados del mundo, hacer las ofrendas que rescatan toda impureza, conocer el dolor y la muerte abandonándose a ellos para proporcionar la Vida a los muertos a la gracia y a los fieles a ella, la paz de los hijos de Dios sobre la Tierra y la gloria golosísima en el Cielo.

Podía Dios darse por pagado con otros sacrificios de su Hijo divino que no fuesen los atroces e infamantes de la flagelación y de la cruz, suplicios para malhechores y esclavos. Sólo la mortificación que suponía para el Verbo tener qué vivir en una carne, su estar sujeto a las necesidades del hombre, su vivir entre pecadores, blasfemos, falsos adoradores de Dios, lujuriosos, violentos y mentirosos para sacrificarlos con su paso entre ellos, podía bastarle al Padre.

La conversión del hombre, del desorden del pecado al orden de la Ley, podía realizarse, claro que podía realizarse, con sólo el amaestramiento de Cristo. La fundación de la religión cristiana podía verificarse por la sola permanencia del Emmanuel en Palestina. Otros han llegado a fundar religiones que han resistido a los siglos y eran simples hombres. Con mucha mayor razón se habría podido llevar a cabo la fundación de la religión cristiana por medio de Cristo, Verbo de Dios hecho Hombre, durante su estancia entre los hombres, pues nadie fue Maestro más Maestro que Él. Incluso Dios habría podido escoger de entre los hombres al más justo de ellos y unir al mismo *temporalmente* al Espíritu de su Verbo para que la nueva religión fuese, por su justicia y verdad, verdaderamente divina.

El Pecado original y todos los demás pecados habrían podido ser cancelados y los hombres redimidos hasta con una sola gota de Sangre de Jesucristo. Habría sido más que suficiente la sangre brotada en la circuncisión de su prepucio sacrificado, por cuanto el Hijo del hombre, al ser el Inocente nacido de la Virgen inocente e inmaculada, no estaba obligado al rito impuesto a los descendientes de Abraham para formar parte del pueblo hebreo.⁴ No era precisa alianza alguna entre el Hijo de María y Dios Padre, ya que él era, no el hijo de adopción sino el Hijo Unigénito del Padre santísimo.

Cristo era hombre, mas la Carne asumida en el tiempo no abolió en Él la Divinidad, antes bien se unieron en una sola Persona ambas naturalezas sin que ninguna de ellas sufriera mutación en su real esencia. Y así Cristo—Hombre fue en el tiempo y siempre Dios, Uno con el Padre y con el Espíritu Santo, como lo era antes de la Encarnación; y fue verdadero Hombre por haber sido hecho de mujer por obra del Espíritu Santo sin concupiscencia de carne y sin sujeción a la Culpa original ni a culpa otra alguna.

¡Cómo no habrían de bastar aquellas gotas de sangre divina para redimir a la Humanidad sin llegar a la efusión total de la misma entre tantos martirios! Mas, en la unión real de las

⁴ Génesis 17, 9-14

dos naturalezas en una sola persona, en el anonadamiento de Dios en una carne primero y en una inmolación *total* después, está la medida de la inmensidad del amor divino y de la gravedad de la Culpa, lo mismo que en la Resurrección está la prueba innegable de la verdadera personalidad de Jesús de Nazaret, el Cristo, el Emmanuel, Hijo de Dios e Hijo del Hombre, sin posibilidad de duda ni de error. Porque sólo un Dios podía por Sí resucitarse a Sí mismo en su parte humana después de tal muerte y tal sepultura, y resucitar glorioso sin muestras de heridas a no ser las salutíferas de las Cinco Llagas, hecho hermosísimo –Él, que ya era el “Hermoso entre los hijos de los hombres”⁵ no sólo por herencia materna y por hallarse exento de las taras consiguientes a la Culpa, sino también por un don divino, necesario a su misión y a su fin– hecho hermosísimo, más majestuoso y potente aún que la hermosura de los cuerpos glorificados.

Esto le habría podido bastar al Padre para conseguir el fin de devolver la Gracia al hombre caído y todo lo habría podido llevar a cabo el Padre sin llegar hasta aquel abismo de anonadamiento y a aquella cima de dolor que quiso para su Hijo a fin de que fuese cancelada la Culpa y reabierto el Cielo a los hijos adoptivos de Dios. Mas ¿qué consecuencias se habrían derivado de ahí? Las de nuevos pecados de rebeldía, de desorden, de soberbia, de dureza y de negación que habrían precipitado en el abismo a la Humanidad sacada de él por el Redentor y anulado su obrar de Maestro, de Fundador y de santificador de los hombres.

La humanidad soberbia, y, más que ninguna otra, la de Israel, ¿habría acaso inclinado su frente ante la doctrina, la justicia, las manifestaciones de un hombre, y un hombre del pueblo, del hijo del carpintero de Nazaret, si no se hubiera rendido a las maravillas de sus milagros, de su Resurrección y Ascensión? ¿Podría un hombre, por santísimo que fuese, al que se le uniera por algún tiempo Dios, conseguir el objetivo de hacer aceptar una religión tan contraria a su doctrina a la triple sensualidad que muerde, abrasa y enloquece a los hombres? ¿Era conveniente y justo que la Religión perfectísima hubiera de ser predicada y fundada por la sola permanencia del Emmanuel en Palestina? Y ¿cabe imaginar un mundo convertido por las enseñanzas de un simple hombre por santísimo que fuera?

⁵ Salmo 45 (Vulgata: 44), 3

Ninguna de estas preguntas puede tener respuesta afirmativa. No hubiera sido posible, justo ni conveniente, porque el hombre la habría hecho nula e imposible de abrazar con sus cavilaciones, su incredulidad, sus injustos escándalos y sus necias e irreverentes ironías.

Porque la Religión de Cristo debía ser universal, y así la contempló siempre el Pensamiento divino. Por eso debía ser apoyada, sufragada y reconocida como única y perfecta, con perpetuidad hasta el fin de los siglos, digna de ser abrazada por todos los pueblos y no sólo por el de Palestina que era ya “Pueblo de Dios”, si bien se había cambiado, a través de los siglos y en particular durante los tres últimos años de la vida terrena del Verbo Encarnado, en “Pueblo contrario a Dios”.

Porque hubiera sido excesivamente grande la desproporción entre la culpa y su expiación, entre el océano de las culpas pasadas, presentes y futuras de toda la Humanidad, desde Adán hasta el último viviente, y la medida del sacrificio, de no haber sido éste de inmolación total.

Porque harto débiles habrían sido para los excesivamente débiles las pruebas de la verdadera Personalidad de Jesucristo, de haber Él tornado al Padre tras cumplir su misión de Maestro, Fundador y Santificador, sin antes haber sido torturado y muerto de aquella manera en presencia de multitudes procedentes de todas las naciones reunidas en Jerusalén para la Pascua, de suerte que, tanto los israelitas ignorantes y deicidas, como los Gentiles, desconocedores del Dios verdadero, fueron testigos y testificadores, con desagrado, de la verdadera personalidad de Jesucristo, Dios y Hombre, que por Sí mismo resucitó y se apareció a muchos tras la resurrección después de haber sido capturado, torturado, muerto por los de su Pueblo y confirmado como muerto por la lanzada del romano; y que ascendió al Cielo por su propia virtud a la vista también de muchos llegados asimismo a Jerusalén para la fiesta próxima de las mieses o de la siete semanas, llamada más tarde de Pentecostés, de toda la Diáspora, ya fuesen israelitas puros, prosélitos o familias mixtas compuestas de gentiles y hebreos.⁶Nada carece de razón en lo que establece o permite Dios. Y esta razón es perfecta y buena. Por eso fue inmolado Cristo en el viernes pascual, resucitó mientras aún duraba la aglomeración de la Pascua, ascendió cuarenta días después, cuando nuevamente se hallaba la ciudad atestada de peregrinos que volvían para

⁶ Mateo 26-28; Marcos 14-16; Lucas 22-24; Juan 18-21; Hechos 1, 6-11

Pentecostés y se habían quedado para cumplir con el doble rito de presentar cada uno de los hijos varones en el templo y para las dos fiestas de primavera.

Aquellos peregrinos, al desparramarse seguidamente para retornar a sus respectivas ciudades de la Diáspora y asimismo a cualquiera otra parte, habrían de esparcir por doquiera que habitaran, la nueva de los prodigios que habían visto y, sin saberlo, habrían de contribuir a divulgar por el mundo la verdad de que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios, el Predicho por los Profetas, el Mesías esperado, el Salvador y Redentor; al igual que contribuyó a idéntico fin Poncio Pilato con su informe a Cayo Tiberio César sobre el proceso y condena de “un hebreo de Nazaret, por nombre Jesús, muerto por voluntad del pueblo, acusado de subvertir la nación y de instigar al pueblo a no pagar los tributos al César, pues no había sino un solo rey sobre la Tierra y éste era Él: Jesús”; como sirvieron Longinos⁷ y los demás legionarios que vieron su mansedumbre y la majestad que se traslucía aun a través de aquella cubierta de heridas que desfiguraban al Mártir, oyeron sus palabras solemnes en el interrogatorio del Procónsul y, a lo largo de la vía dolorosa y de su cruz, asistieron a los prodigios que acompañaron su muerte.

Todo y todos sirvieron para dar testimonio de que Jesús de Nazaret era el Hijo de Dios.

Fijaos, hombres, y meditar en qué tiempo acaecieron los principales acontecimientos de Cristo. Ocurre el Nacimiento cuando el edicto de un César llama a los hebreos esparcidos por la Tierra a sus ciudades de origen para ser censados.⁸ La Muerte, la Resurrección y la Ascensión tienen lugar cuando los preceptos de la Ley mosáica⁹ hacen que se reúnan los hijos dispersos de Israel, en torno al Templo, en la Ciudad santa.

Es la Humanidad la que debe ser salvada por aquel Infante que gime en su pesebre. Y la Humanidad, representada, no sólo por los palestinos sino también por los hebreos emigrados en diferentes naciones, se reúne por aquel tiempo en la nación donde Él viene a la luz.

Es la Humanidad, que debe ser redimida por el Cordero inocente de Dios muriendo en la Cruz, la que se agrupa en la ciudad deicida y homicida por el tiempo en que Él iba a ser

⁷ Es el nombre, no bíblico sino tradicional, del soldado romano que atravesó con su lanza el costado de Jesús: Juan 19, 34

⁸ Lucas 21, 3

⁹ Éxodo 12, 21-27; 23, 14-19

inmolado, presenciando así el delito cometido, en el tiempo y modo predicho por los Profetas,¹⁰ con el Rey Mesías: el Hombre–Dios.

Es también la Humanidad, agitada por sobresaltos y remordimientos, por dudas y afirmaciones, la que debe ser confirmada en la fe y se halla presente cuando, tras la sacudida del segundo terremoto, resucita el Occiso mientras el Sepulcro se vacía del Viviente inútilmente muerto y tiene así la respuesta de Dios Uno y Trino, respuesta mitigante o torturante sobre el Hombre de Nazaret.

Es igualmente la Humanidad, siempre dudosa por ser siempre soberbia y proterva, la que está presente, en aquella mañana fúlgida de nisán, cuando Aquel a quien no se le quiso reconocer por lo que era ni escuchar, antes se le dio la muerte esperando así apagar su voz, que siempre hablará y siempre encenderá en el amor hacia Él a los hombres de buena voluntad, la Humanidad le vio ascender a pleno sol, más resplandeciente que éste por la luminosa belleza y hermosura de los cuerpos glorificados.

Y es, en fin, la Humanidad, todavía titubeante después de tantas pruebas, la que se halla presente al milagro pentecostal,¹¹ a la epifanía de la Iglesia docente, la que, no por capacidad propia, sino por haber quedado repleta del Espíritu Santo, de la incorpórea Tercera Persona de la Trinidad Eterna bajada a la Tierra, –tal como la Segunda Persona lo había anunciado antes de consumir su Sacrificio y ascender al Cielo, a ese Cielo del que bajara por el Querer de la primera Persona y por un único trino amor que quiere, en Uno, lo que las otras dos quieren, siendo ellas una única Unidad en tres personas– indica su magisterios de la Religión.

Las obras de Dios son obras de verdad y de luz, completándose con la luz y afirmándose con la verdad. La verdad apetece y busca la luz. La luz que resplandezca la verdad aun para pupilas que se empeñen en ser ciegas. Y esto, para que puedan decir: “No le habíamos visto” y para que la condena que habrá de darles el juez divino sea condena motivada por su malvada voluntad y voluntariamente merecida al hacerse obstinadamente ciegos en no reconocer la verdad.

Dios, en su amorosa voluntad, se conduce de tal suerte que todos puedan percibir la Verdad y tengan así el modo de salvarse. Es deseo de Dios que todos se salven. Que todos

¹⁰ Salmo 22 (Vulgata: 21); Isaías, del 52, 13 al 53, 12

¹¹ Hechos 2, 1-36

alcancen la gloria es su eterno suspiro. Y que tantos rechacen su salvación y la gloria constituye su infinito dolor.

Para que todo aquellos que son de buena voluntad recibiesen la justificación, la salvación y la gloria, mandó Él a su Verbo entre los hombres y le vistió de Carne pura, santa e inmaculada para que la Sabiduría de Dios hablase a las gentes, las amestrara y el Cordero de Dios fuese inmolado y así redimiese a la Humanidad de la Culpa que la privaba de la Gracia y los hombres, nuevamente creados para la vida sobrenatural, pudiesen caminar por la senda de Cristo y alcanzar el Reino celestial, el conocimiento y visión de Dios y la Vida eterna y gloriosa, fin éste para el que Dios los creó”.

* * * * *

6 enero 1950

Dice el Espíritu Santo:

Escribe; y sirva de respuesta a las necias deducciones de algunos. Respuesta el prolongado silencio (18 meses), y respuesta la nueva palabra.

Respuesta el prolongado silencio, porque es respuesta que dice a tus calumniadores que no hay en ti voluntad de escribir o no escribir sino, únicamente, voluntad de obedecer a Dios.

Si Él habla, tú escribes. Si Él calla, tú no escribes, pues no eres simuladora de cosas extraordinarias ni una desequilibrada que tome por sobrenaturales palabras y visiones dictadas por el delirio. Tú eres el instrumento y la portavoz. Y un instrumento permanece inerte hasta que el artífice lo toma en sus manos para realizar con él un trabajo. Y un portavoz no tiene voz hasta en tanto la voz no la llena de Sí para que la difunda por el mundo. Esto y no más eres tú.

Y es respuesta la nueva palabra, tras el prolongado silencio, para decir la verdad a los ciegos que tienen sus ojos cubiertos con las escamas de su carnalidad, los cuales ven las cosas como se las presenta su malvado pensamiento y no como son en realidad porque están ciegos. Ven lo exterior y no saben lo que pasa entre el Espíritu divino y el espíritu del

siervo de dios. Ven el aparente silencio, pero no pueden penetrar los motivos de este silencio, porque el hombre carnal *no puede* penetrar con su opaco pensamiento en los misterios de la Luz hecha Palabra.

Para responder a estos necios, digo Yo ahora que voy a hablar después de tanto callar. Mas porque soy Dios y Dios es Bondad, no te violentaré a ti, víctima que te vas consumiendo más y más. Ajustaré mi Palabra a tus posibilidades físicas, dando así una nueva lección a los culpables contra la caridad y la justicia y, por ende, contra Dios, los cuales no regulan con la caridad y la justicia sus actos para contigo que te encuentras enferma, y pecan contra el doble amor que la ley antigua y el verbo encarnado proclamaron ser el primer mandamiento,¹ sin el cual no pueden ser *verdaderos y vivos* los otros, y son vanas, falsas y despojos muertos, sin valor alguno para el juicio de paz y de gloria, las manifestaciones *formales y literales del culto*. Porque lo que es vida divina, lo que diviniza *hasta, incluso, una sonrisa, haciendo de ella motivo* para un *premio futuro*, es el amor. Sólo el amor.

No sin acuerdo divino quedaron detenidas las lecciones en el versículo 4° del capítulo 8° de la Epístola a los Romanos para reanudarlas en el versículo 5° del mismo capítulo después de 18 meses. Hasta el 4° se hablaba de ti, que vives del espíritu, y de quienes son como tú. Del 5° en adelante hasta el 7° se habla de éstos. Y en este punto queda reanudada la lección, *acomodada a los tiempos actuales*.

Hasta el balanceo de un lirio lo regula la Sabiduría de Dios.

8 enero 1950

A los Romanos c.8° v. 5, 6, 7

“La ley del espíritu liberó, por Jesucristo, del pecado y de la carne, redimiendo de la culpa original y lavando las culpas de la carnalidad nacidas de los estímulos dejados por la primera Culpa, estímulos que el hombre no reprime con afilada y heroica voluntad.

¹ Deuteronomio 6, 4-7; Mateo 22, 34-40; Marcos 12, 28-31; Lucas 10, 25-28

Mas, la ley del espíritu no suprimió la ley del libre albedrío. Por lo que, de haberlo hecho, ya no sería justo dar el premio a los victoriosos que se hallarían todos sin culpa aunque también sin mérito de no haber querido pecar.

El libre albedrío y los estímulos dejados por la primera Culpa constituyen un peligro de muerte para la criatura hecha a imagen y semejanza divinas y predestinada a la gracia y a la gloria. Pero son un peligro santo, venido, dado por la Santidad infinita, permitido por el infinito Amor para poder dar *con justicia* a cada criatura lo que ella mereció con su amor o con su desamor en el tiempo de la carne con la ayuda de ésta y con la victoria de la voluntad espiritual sobre la carne por amor a Dios y aspiración al Cielo, no por evitar el Infierno sino únicamente por un movimiento de amor hacia el amor indecible e incognoscible que sólo una vida y muerte en gracia permitirán comprender, conocer y poseer.

Ahora entre las muchedumbres de cristianos y cristianos católicos, son muchos los que llevan la señal *exterior* del cristiano lo mismo que los antiguos fariseos llevaban las filacterias en la frente y en las muñecas, pero que después no tienen la *verdadera* señal del cristiano en su corazón, como tampoco tenían los fariseos la *verdadera* ley dentro de su corazón, regla, tanto para aquellos como para éstos de la verdadera vida de hijos de Dios. Llevan el nombre y la señal exterior de cristianos, mas no la vida de tales.

La vida cristiana es amor. Toda amor. El Amor es el que dio los mandamientos a los cristianos. Y el amor de los cristianos es el que les hace posible la práctica *efectiva* de los mandamientos. El Amor es el que propone y dispone para premiar. Y es el amor de los cristianos el que acoge y pone en práctica para merecer el premio y dar contento al amor.

Mas el amor, impulso que viene del generador de todas las cosas, de las criaturas procedentes de su voluntad –desde el tallo de hierba hasta el sol, desde la piedra opaca e inerte a la estrella esplendente que trasvuela por el firmamento, desde el gusano hasta el hombre divinizado por la Gracia, desde el animal al ángel– es un impulso espiritual, como Espíritu purísimo Aquel que, siendo el amor infinito, lo infundió, desde su creación, a una con el ser, en las criaturas habitantes del Reino de los Cielos (los ángeles fieles) y en las que surgieron y surgirán (los espíritus bienaventurados) a lo largo de milenios.

Y el amor, al ser espiritual, no puede ser gustado ni poseído por aquellos a los que domina la carne. La carne acostumbra llamar “amor” al apetito concupiscible hacia otra o

muchas otras carnes. Mas eso no es amor: eso es libidine, lujuria, concupiscencia de la carne.

El amor lo tuvieron perfecto, dentro de lo que cabe en una criatura y en la medida de sus méritos y de su santidad, el Hijo del hombre, María su Madre y el Justo José. Tres grados diferentes de perfección que resplandecen a distancia de otras perfecciones de justos, desde Juan, el apóstol virgen de Jesús, a los justos de todos los tiempos, es decir; aquellos que caminaron según el espíritu divinizado por la caridad que es también Dios en el hombre.

Estos tales, *los separados, los segregados*, consagrados a Dios, poseen y gustan el amor. Los otros: los cristianos según la letra y no según el espíritu, poseen y gustan la concupiscencia de la carne que no es amor sino apetito de placer carnal. Entre los primeros y los segundos media un abismo. Entre los primeros y los segundos está la imposibilidad de alianzas y la incomprensión en todo. Un puente se halla tendido sobre el abismo, un puente en sentido ascendente: el nombre de Dios.

Los primeros, con su amor compasivo hacia sus pobres hermanos, lanzan llamas desde el extremo más alto del puente y les tienden la mano a sus pobres hermanos para ayudarles a salvar el abismo y ponerles en la vía del espíritu, haciendo valer para ellos la seducción de ese Nombre que despierta percepciones de gozos inenarrables.

Mas los segundos, o no atienden a la invitación, o tras haber subido un poco, agobiados por el peso de la carne, seducidos por los frutos de ésta que se hallan en la parte baja del puente que enlaza la Tierra con el cielo, se precipitan de nuevo sobre las palpables, materiales y carnales frutos de la carne y se alimentan de ellos, dejando de apetecer los misteriosos y espirituales frutos del Cielo, insípidos a su gusto carnal y pervertido que lleva la corrupción a su espíritu, por cuanto “la prudencia de la carne es muerte”.¹

Ahora bien, los segundos, que creen poder servir a Dios y a Mamón, balanceando y contrabalanceándose con prácticas y ritos religiosos literales, con actos propios de la carne, y tomando la Misericordia divina por abobada bondad de la que es lícito reírse cuando la vida es bella, buena la salud, los negocios y riquezas cosas floridas, limitándose a un arrepentimiento en el último extremo para evitar el infierno, arrepentimiento que Dios, escarnecido durante toda la vida, no siempre concede poder llevar a cabo, se tienen por “sabios” porque saben gozar y rezar, ¡Oh!, fangosas oraciones que producen náuseas al

Purísimo. Esta es la “prudencia de la carne”, que no paz, vida, ni terreno y moneda de futura y eterna paz y vida celestial.

Mas estos tales son los amigos—Judas de Dios. Los que, al igual del Traidor, fingen obsequiar a Dios y al prójimo, presentes ambos en el Dios—Hombre Jesús; y le llama “Amigo” —a Él, *presente siempre en sus verdaderos hijos*, en aquellos que viven según el espíritu y se nutren con alimento espiritual del que únicamente gustan— y después traicionan a Dios y Le son enemigos al desobedecer su Ley de amor y el Decálogo en su totalidad, poniendo obstáculos a su querer y oprimiendo y crucificando a sus siervos, a sus voces y a sus instrumentos.

Ahora bien, el final de Judas no fue sólo muerte de la carne sino muerte también del espíritu. Él era ya un “muerto”, un “despojo” de Satanás al tiempo en que aún estaba comiendo el cordero con el Cordero y el Pan de Vida bajaba a él.² Y fue justo más bien entonces que, por su hipocresía, entra Satanás en él como supremo y eterno señor. Porque Dios es Verdad y no puede estar donde se hallan la mentira, la hipocresía y el falso testimonio contra un inocente. Todo eso era Judas. El Pan de Vida no pudo sobreponerse al sabor del fruto carnal y Judas, mezclando sacrílegamente el apetito concupiscible de la carne con el fruto suavísimo y santísimo del Sacramento de amor, signó su decreto de muerte eterna.

Porque amor y odio no pueden vivir unidos. Porque no se puede servir a la vez a Dios y a Satanás. Porque no se da perdón del pecado contra el Amor, pecado deicida y fraticida. Porque no pueden entrar en el reino de la Verdad el hipócrita, el mentiroso y el calumniador.

“Quedan fuera de la celestial Jerusalén los perros, los venenosos, los impúdicos, los homicidas, los idólatras y cuantos aman y practican la mentira”. (Apocalipsis, c. 22, v. 15). Ahora se envenena y se mata incluso sin otro veneno que la calumnia y el dolor proporcionado al hermano. Ahora se idolatra también tomando por ídolo al propio *yo* al que se adora creyéndolo perfecto o se idolatra a cualquier otro *yo*.

¹ Romanos 8, 6

² Juan 13, 27

Yo digo que es más fácil que se salve un Dimas,³ sincero en su confesión, que no un falso servidor de la Ley y de Cristo. Porque Dios ama paternalmente al pecador que se arrepiente. Mas su bondad *rechaza* al que convierte en fruto concupiscible los mismos dones de Dios y pone motivos de interés carnal hasta en donde no hay sino interés divino.

Y como Jesús rechazó a los falsos discípulos de que habla Juan en el c. 6, v. 22–72 de su Evangelio, así tampoco agradan al Padre los falsos cristianos que, al tiempo que le honran con formas exteriores, lo combaten realmente criticando sus designios y a sus siervos, y juzgan, *como necios*, lo que sólo el tiempo y Dios mismo aclararán: acciones o aparentes contradicciones que tienen su razón, y *razón divina*, de ser y que constituirán un sello de gracia para el siervo de Dios y una condena para quienes quisieron juzgar a Dios con ellas”.

* * * * *

19 enero 1950

A los Romanos c. 8, v. 6–7–8.

“La perfección es amor. El amor es armonía. La armonía es orden.

No se da armonía donde se altera el orden. No se da amor donde se altera la armonía. No se da perfección donde falta el amor.

Así es en todas las cosas y en todas las obras, lo mismo en las humanas como en las sobrehumanas.

No cabe música verdaderamente armónica si el músico o los ejecutantes faltan a la exacta aplicación de las normas musicales de tiempo y de tono. En lugar de una música armoniosa, de una armonía, resultaría un ruido discordante que pondrá en fuga a los oyentes.

Imposible resultará la armonía moral entre los componente de una familia, de una sociedad, de una nación, de un conjunto de naciones, si entre ellos llega a faltar el amor. El desamor, es decir, el desorden en las relaciones recíprocas, lleva a la ruptura y a la ruina de la familia, de una sociedad al fin, a la ruina de la nación y a la guerra entre las naciones.

³ Es el nombre, no bíblico sino tradicional, del buen ladrón Lucas 23, 39-43

No cabe perfección de costumbres, de leyes ni de vidas, si viene a faltar el amor, esto es, y una vez más, la armonía y el orden que son la base de todo cuanto es bueno.

Por esto la Perfección infinita y eterna –que es Amor, que es Orden, que es Armonía súper perfecta hasta el punto de ser Una y Trina sin que ello conduzca a la anulación o confusión de una Persona o de las Personas, que continúan tan distintas aun estando tan armónicamente unidas por el amor hasta ser una Unidad perfecta y que tal perfección se repite de forma distinta, pero con orden idéntico, en el Verbo hecho Carne, en el que se unieron la Divinidad y la Humanidad sin confundirse ni aventajarse, quedando cada una de las dos cualidades en lo que eran, sin separación del hijo con el Padre y sin abusivo privilegio de la Humanidad de Cristo por ser Él Dios– por esto, decía, la Perfección infinita y eterna creó armónicamente todas las cosas y todas las criaturas y puede decirse que todo el Universo en una sublime armonía que dura desde que es, por cuanto se atiene a las leyes sempiternas que regulan el curso de los astros y planetas, la llegada de las estaciones, el continuo recrearse de las especies animales y vegetales de modo que a la criatura–hombre no le llegue a faltar cuanto le es necesario para la vida terrena.

Realizada sin fatiga, por haber sido realizada ordenadamente, la creación habría continuado sin esfuerzo alguno por parte de las criaturas, de no haber venido el desorden a turbar la armonía de los Cielos con la rebelión de Lucifer y la armonía del Edén con la rebeldía del Hombre–Adán.

Se llamaba “Edén” al lugar donde el Hombre fue creado y puesto para que, con su compañera, lo poblase. Lo mismo que se llamaba “Cielo” al lugar donde los ángeles, espíritus puros, fueran puestos tras haber sido creados por Dios para que le adorasen y sirviesen por los siglos de los siglos. Edén quiere decir “jardín”, esto es, lugar de delicias. Cielo quiere decir “Reino de Dios”, esto es, lugar de santidad y de gozo. Si el orden nunca hubiese sido voluntariamente violado por las criaturas a las que Dios dio, junto con el ser, lugares de gozo y de delicias, el Edén hubiera continuado siendo Edén para todos los descendientes de Adán y el Infierno no hubiera existido.

Mas, en primer lugar, el ángel, al conocer por un don sublime los futuros misterios y las futuras obras del Señor, misterios y obras que Lucifer, bien que fuese el más excelso de entre los ángeles, jamás habría podido realizar, en vez de contemplar adorando el infinito Poder y la Caridad de su Creador –lo que habría equivalido a “vivir en el orden, vivir en la

armonía de movimientos intelectivos buenos” – se levantó contra su Señor en un acto de loca rebeldía que mató en él y en sus seguidores la caridad y en ella la armonía y el orden. Y creó... Sí, él fue ciertamente creador. Pero, ¿qué es lo que creó? Creó el desorden, el pecado, el infierno. Eso era lo que podía crear uno que se había apartado de Dios.

El desorden e los movimientos o instintos humanos, que Dios los había proporcionado buenos, ordenados y armónicos entre sí en orden y armonía con el fin último para el que había creado al hombre, vino a ser creado por Lucifer, el rebelde que, por haber sido “el lucero de la mañana” en la creación celeste de los ángeles, se creyó “semejante al Altísimo” sobre cuyo cielo trató de “levantar su trono” (Isaías 14).

El pecado contra el amor, esto es, la soberbia de la muerte y del corazón por la que el Hombre–Adán inocente vino a hacerse culpable del tremendo pecado del *yo* que quiere “llegar a ser como Dios” (Génesis 3,5), fue creado por Lucifer que, tras haber pecado él sedujo al Hombre para hacerlo semejante a sí en la rebeldía contra el Señor. El Infierno, lugar de eterna e inconcebible tortura al que se precipitan los que obstinadamente viven odiando al Señor y a su Ley, fue creado a causa de él, el Arcángel rebelde fulminado con sus seguidores por la ira divina y vencido por los ángeles fieles porque, despojado a la sazón del poder que le comunicaba su estado de gracia, fulminado y “precipitado en el profundo del Abismo” (Isaías) en el que su horrendo fuego de odio, sus no menos horrendas luz y llamas, tan distintas de la luz y llama de gracia y de amor de las que Dios le había dotado al crearle, encendieron los fuegos eternos y atrocísimos.

El Cielo continuó siendo Cielo aún después de la rebelión y caída de los rebeldes, pues en el Reino de Dios todo está fijado por reglas eternas y así – echados los soberbios, los rebeldes, los auto idólatras, cuya morada es el estanque ardiente del Infierno– la santidad, el gozo, el amor, la armonía y el orden perfectos continúan eternos.

Mas estaba ya el desorden y, con él el pecado. El dolor y la muerte pudieron infiltrarse sinuosamente por entre las delicias del Edén, turbar el orden, la armonía y el amor del mismo; esparcir su tóxico, corromper el entendimiento, la voluntad, los sentimientos y los instintos; suscitar apetitos pecaminosos, destruir la inocencia y la gracia, apesadumbrar al Creador, hacer de las criaturas, antes sobrenatural y naturalmente felices, dos infelices, condenado el uno a extraer fatigosamente su pan de la tierra, ahora maldita y productora de abrojos y espinas, condenada la otra a parir con dolor y a vivir en el dolor y bajo el

dominio del hombre; condenados ambos a conocer el dolor del hijo muerto por el otro hijo y la vergüenza de haber engendrado a un hijo fratricida; y, en fin, a probar el dolor de morir.

Todo este dolor milenario tiene su origen en el desorden producido por un rebelde en el Cielo y por la aquiescencia al desorden propuesto por la ya maldita serpiente en el Edén a los primeros habitantes de la Tierra. Y nunca más pudieron resurgir la primera perfección, el primer amor, la armonía y el orden de un principio después que, voluntariamente, un ángel y dos inocentes prefirieron el Mal al supremo Bien.

Ni siquiera el Sacrificio de un Dios haciéndose Hombre para redimir, fue bastante para restablecer el estado primigenio del orden, de armonía, de amor y de perfección. La Gracia restaura, mas la herida permanece. La Gracia socorre, pero quedan los estímulos.

Mientras que en el principio, el acceso al Reino de Dios hubiera resultado dulce y sin esfuerzo, ahora, en cambio, es preciso “echar mano de la violencia”¹ para conseguir el Reino de los Cielos. Violencia santa contra la violencia maligna. Porque, desde que se produjo el Pecado, están el Bien y el Mal que se combaten fuera y dentro del hombre.

Dios llama. Satanás llama. Dios inspira. Satanás inspira. Dios ofrece sus dones. Satanás los suyos. Y entre Dios y Satanás se encuentra el hombre en el que hay ya dos naturalezas que luchan entre sí: la carnal, en la que están los estímulos de la Culpa y la espiritual, en la que están las voces de la Gracia. Y si Dios se dirige a la parte que a Él se asemeja, porque es Padre que ama a su criatura con la que se quiere reunir tras la prueba terrena de la misma, Satanás, su Adversario, el Odiador de Dios y del Hombre, criatura de Dios, se dirige a entrambos e instiga a la carne mientras trata de seducir a la espiritual para que venza y haga presa aquel “león rugiente que quiere devorar” de que habla el apóstol Pedro”.²

* * * * *

26 – I – 50

A los Romanos c. 8, v. 6–8

¹ Mateo 11, 12; Lucas 16,16

² 1º Pedro 5, 8

“Nadie escapa a esta dolorosa consecuencia del desorden de un ángel y de los Primeros Padres. Ni siquiera el Hijo del Hombre, el Verbo santísimo del Padre que, sin haber cometido pecado, supo no obstante del asalto del Tentador;¹ y que, en el tiempo que fue “el Hombre” Aquel que, como carnero expiatorio, cargó con los pecados de todos los hombres, fue echado a morir fuera de la Ciudad Santa² en el mayor de los desiertos –el del abandono, no sólo de su pueblo, sino también de los amigos y hasta de su mismo Padre– y, a pesar de ser Dios y, por tanto, Eterno, Purísimo y exento de las consecuencias de la Culpa, experimentó en propia carne el dolor y la muerte.

Ni aún María, la Sin Mancha por privilegio divino y por voluntad y fidelidad heroicas, escapó a la ley del dolor, consecuencia del pecado. Y si bien no murió materialmente sino que traspuso adorando, separándose su espíritu de la carne con el ímpetu de la contemplación –para abrir camino a Aquella que no debía conocer la putrefacción de la carne al no haber conocido la todavía más totalmente irreparable podredumbre de la Culpa y de los pecados, sino que debía, con la carne glorificada unida de nuevo a su alma purísima entrar cual Reina en el Cielo– con todo, conoció el dolor y gustó la muerte del corazón al ver expirar sobre una cruz a su Dios, el Hijo de sus entrañas.

Ninguno pues de los nacidos de mujer se encuentra libre de las consecuencias de la Culpa que violó para siempre el orden establecido por Dios, perturbó la armonía de las criaturas con su Creador, contaminó el amor santo del todo en un principio, con falsos amores, esto es, con el hervor de las pasiones carnales fácilmente desordenadas e idóneas para arrastrar a la imperfección y a la muerte espiritual al alma humana creada con predestinación a la gloria.

¿Son irreparables estas consecuencias? ¿Representan para los hijos de Adán un obstáculo para el Cielo? No. Si la impronta dejada por la Culpa es imborrable, si es permanente el castigo del dolor y de la muerte, si los incentivos continúan aún después que el Redentor y los Sacramentos por Él instituidos devuelven la Gracia a los descendientes de Adán, no por eso está cerrado el Cielo ni negada la gloria a quienes saben conquistar heroicamente la santidad.

¹ Mateo 4, 1-11; Marcos 1, 12-13; Lucas 4, 1-13

² Levítico 16; Hebreos 13, 12

Entre otros muchos dones que continuaron aún después de la Culpa y fueron reintegrados tras la Redención, el hombre recibió de Dios el entendimiento, la conciencia y la Ley.

El entendimiento tiene capacidad para distinguir lo que está bien y lo que está mal. Y en esta labor de distinción lo ayuda, incluso, la Ley divina que indica lo que es bueno y lo que es malo e instruye acerca del cómo y el por qué se puede y se debe querer hacer el bien y no querer hacer el mal.

La voz de la conciencia –que podría llamarse “voz del mismo Dios que habla en el interior del hombre”– es otra ayuda, no sólo para estimular la voluntad a las acciones buenas o detenerla ante las malas, sino que es fuente de la que brota el arrepentimiento y aguijón que mueve a la reparación de un mal llevado a cabo para que así reencuentre el hombre la gracia de Dios una vez que la hubo perdido por el pecado.

Es Dios el que se la dio al hombre. Y para que sus actos no carecieran de mérito, le dio la libertad de querer. El hombre puede hacer cuanto quiera: lo mismo el bien que el mal. En su voluntad de hacer uno u otro radica la prueba que ha de volver a confirmarle en Gracia o que ha de lanzarle fuera de la Vida verdadera.

Las palabras de los ángeles en la noche de Belén³ no fueron palabras de gozo y de prometa tan solo. Fueron una lección para los hombres presentes y futuros de que Aquel Inocente, colocado en un pesebre y destinado a morir en una cruz, era, sí, el Príncipe de la Paz, el Príncipe del siglo futuro, el Salvador, –Jeosciua– el Mesías, el prometido a los Primeros Padres en la hora misma de su condena, el Redentor y Pontífice Santísimo y Eterno de la verdadera y perfecta religión, pero que sí había de ser todo esto para las muchedumbres de descendientes de Adán, les era necesario a éstos poner de su parte la “buena voluntad”.

Con ella no hubiera resultado inútil para algunos el sacrificio de un Dios que se encarna y del Hijo del Hombre que muere sobre una cruz. Con ella estos habrían alcanzado la paz, la *verdadera* paz. Paz del corazón sobre la Tierra durante el tiempo del destierro. Paz del espíritu, y más tarde, del espíritu junto con la carne resucitada, en el Reino de los Cielos, paz esta de desmesurado gozo. Paz entre los hombres, entre los pueblos y ciudades y entre

³ Lucas 2, 13-14

las naciones. La *buena voluntad* del hombre es la condición esencial para que la venida de Cristo dé los frutos que el Padre tuvo en cuenta cuando la dispuso.

En las contrapuestas voces del Bien y del Mal al que Dios deja obrar para poner a prueba a los hombres y sacra del mismo Mal motivo de gloria eterna para sus hijos adoptivos, heroicos en el vencer el Mal y querer el Bien, la libre voluntad del hombre encuentra la manera de conquistar el puesto que le atrae más fuertemente. Todos los actos del hombre traen su origen de la voluntad. Si su voluntad es buena, el hombre hará actos buenos o, al menos, deseará fuertemente hacerlos. Si su voluntad es mala, los actos que haga serán malos o, al menos, deseará intensamente hacerlos.

Y, llegados aquí, te recuerdo, alma mía, unas Palabras que, tiempo atrás, te dirigió el Eterno Amor y que, con caracteres indelebles, se grabaron en tu espíritu y en él brillan cual faro que ilumina toda tu vida y tu camino hacia Dios tu Amor: “No basta con no hacer el mal. Es también preciso no desearlo”.⁴ Esto te fue dicho para llevarte hasta donde has llegado y en donde verás tu fin.

Mas debiera decirse a todos, predicarse y decirse en los libros, en la iglesias y, más que nada, en las almas. Porque aquel que hoy desea hacer el mal, mañana lo hará ciertamente. Por eso te dijo el Verbo: “El que mira a una mujer deseándola es ya un adúltero en su corazón”.⁵ Mientras que quien desea hoy hacer el bien y continúa deseándolo todos los días, es, en verdad, como si lo realizara por más que, a causa de una enfermedad u otro obstáculo cualquiera, le fuese imposible cumplirlo.

Un deseo inflamado por el amor de que Dios sea amado, conocido, servido y de que un pecador se arrepienta, puede conquistar más almas para Dios que no un activo prodigarse desprovisto de puro amor y, por tanto, de oculto sacrificio. Porque el deseo inflamado por el amor de que Dios sea amado y las almas redimidas, de tal manera se funde con el eterno aliento y deseo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que llega a hacer de la criatura humana “una sola cosa”⁶ con Dios, cooperando a la gloria del Padre, a la redención del Hijo y a la santificación obrada por el Espíritu Santo.

Los hombres de buena voluntad que, con sus actos o con el deseo martirizante de realizarlos, más aniquilador a veces que el propio acto, viven de este modo, poseen la

⁴ “Autobiografía”, primera edición, pag 155.

⁵ Mateo 5, 27-28

cordura del espíritu y practican, por ello, la ley de la Caridad y la del Decálogo divino y llegan a la gloria eterna.

Los verdaderos hijos de Dios, que viven según el espíritu, bien que obligados a luchar contra los asaltos del mal y de la carne, permanecen fieles al orden, a la armonía y al amor para con Dios y para con el prójimo y terminan por identificarse con la Perfección eterna: mientras aquellos que voluntariamente eligen la sabiduría de la carne, enemiga de Dios y de su Ley, tras su transitorio triunfo terreno, conocen la desesperación de los rechazados por Dios y el horror de aquel Abismo del que es rey Satanás”.

* * * * *

29 – 1 – 1950

A los Romanos c. 8º

“Se dirige el Apóstol a los hijos de Dios. El Amor se dirige asimismo a ellos, ese mismo Amor que inspiró a Pablo y que inspira, amaestra y santifica a aquellos que aman a Dios. También en estos aparece congénita en su carne “la ley del pecado” desde que quiso probar la fruta prohibida.

Ninguno de los siervos de Dios dejó de probar este yugo, esta cadena, este “aguijón” de que habla el mismo Pablo quien, por más que fuera arrebatado hasta el tercer Cielo y oyera palabras ocultas, no por eso dejó de sufrir los asaltos “de un ángel de Satanás”, instigador cruel, envidioso de la santidad del Apóstol, y los estímulos de la carne.¹

Y el inspirado Apóstol que tuvo entrada a los misterios de Dios sin que le fuera posible repetir aquellas “secretas palabras” que se revelaron, no profiere lamento alguno por estos asaltos y estímulos, no se queja del Señor por haberlos permitido sino que, “teniendo en sí el espíritu de Cristo, comprende la razón sobrenatural de amor y de justicia que permitió tales asaltos y estímulos a seguido de “la grandeza de las revelaciones”, acepta la respuesta de Dios y proclama: “Así pues, me gloriaré de mis enfermedades a fin de que habite en mí el poder de Cristo”.

⁶ Juan 17, 11-21

¹ 2º Corintios 12, 1-10

He aquí cómo el hombre, en el que hay naturaleza carnal y naturaleza espiritual, ley carnal y ley espiritual, puede vivir según el espíritu, teniendo en sí el poder de Cristo. La Gracia y la buena voluntad contribuyen a tener en orden las partes carnales y espirituales, contrapuestas entre sí. Mas lo que afirma, confirma y fija en la ley del espíritu, en la vida del espíritu, es la inhabitación de Cristo en el hombre, esto es, la vida en Cristo Vida. En Cristo, mística vid, que alimenta a los sarmientos. En Cristo, Cabeza del Cuerpo místico, cuya composición se produce por la unión de todos los católicos vivos por la Gracia divinamente dada, por la buena voluntad heroicamente practicada por la unión, o mejor, por la fusión en Cristo, obrando en cada momento y acción en Él, como Él y para Él.

La doctrina toda de Jesús y la de Pablo vienen a coincidir en esta lección.

“Yo soy la verdadera Vid y vosotros los sarmientos. El sarmiento no puede dar fruto si no permanece unido a la vid. Si uno permanece en Mí y Yo en él, éste da mucho fruto² y podrá hacer las obras que Yo hago y aún mayores porque mi Padre hará cuanto le pidáis en mi Nombre: Yo mismo haré en vosotros cuanto en mi Nombre me pidáis. E, incluso, el Espíritu de verdad, que procede del Padre habitará en vosotros y os instruirá en toda verdad”.³

Y esto lo dijo después de haber salido el Traidor que no era digno de escuchar las otras más sublimes palabras de Vida, por ser ya un muerto, un impuro, habiendo sido siempre un impuro y un cambalachero que oscilaba entre Cristo y Satanás. La Palabra era Vida para quien la escogía, adquiriendo así el derecho a ser “hijo de Dios”. Mas era, por el contrario, Muerte para quien, habiéndola conocido, no la había escogido con pureza de intención, antes, tras haber esperado sacar utilidad y gloria humana de ella, la condenaba y vendía.

Verdaderamente, también ahora es así. Los que se sirven de la Palabra para conseguir gloria y utilidad humanas o, al menos, tratan de hacerlo, están aún más *muertos* que aquellos que no conocieron la Palabra, a los que, ante los ojos justísimos de Dios, les servirán de premio, incluso, la ley natural y las buenas obras realizadas conforme a la religión por ellos conocida para honrar a la divinidad tal como a ellos les había sido dado conocerla.

² Juan 15, 1-8

³ Juan 14, 12-14 y 26

¡Ay del que “mucho tuvo”⁴ sin haber dado mucho” ¡Ay de quien trata de servir a Dios y a Mammón⁵ al mismo tiempo! ¡Ay de quienes, habiendo recibido, directa o indirectamente, un don extraordinario de Dios, lo rebaja poniéndole precio y trocándolo por una codicia de gloria humana y de dinero!

En la doctrina de Pablo contenida en esta lección aparece también la profunda doctrina del Cuerpo místico.

“Vosotros sois el cuerpo de Cristo y miembros unidos a los otros miembros... Como el cuerpo es uno y tiene muchos miembros y todos, por más que sean muchos, forman un solo cuerpo, así también el Cuerpo místico de Cristo... que es Cabeza en el Cuerpo de la Iglesia. E, incluso, los miembros que parecen más débiles son los más necesarios... habiendo Dios dispuesto el cuerpo de tal forma que reciban un más alto honor aquellos miembros que carecían de él...⁶ pero que llegaron a ser dignos de honor por su inhabitación en el Cuerpo místico y por la inhabitación de Cristo en ellos, de Cristo en el que se encuentra la plenitud de la divinidad y de unión con el Padre y con el Espíritu Santo, ese mismo Espíritu “que pide (por los miembros) con gemidos inenarrables”, mientras el Padre “conoce a aquel que apetece con ansia su Espíritu Santo”, y el hijo amado, que vive en el verdadero cristiano, grita con espíritu infundido en los corazones de los hijos de Dios: “Abba–Padre”.⁷

Y he aquí cómo le es posible al hombre, a pesar de la disconformidad de la carne con el espíritu, de las leyes de la carne con las del espíritu y de los asaltos de Satanás, mantenerse en el orden, en la armonía y en el amor, y conseguir la perfección y el Cielo.

El cuerpo siempre será cuerpo y conocerá los estímulos, al igual que conocerá la muerte al final de sus días. Mas el cuerpo quedará sujeto al espíritu por la inhabitación en él de Cristo que lo hace fuerte, justo y vivo con la segunda y sobrenatural vida que no conoce la muerte.

No perecerá, por tanto, el que vive en Cristo, por Cristo y con Cristo. No se precipitará en el abismo. Podrá ser combatido y derribado a tierra tal vez, mas no perecerá así. Resurgirá, después de cada asalto, más fuerte que antes hasta llegar a la última resurrección que no tendrá término.

⁴ Lucas 12, 48

⁵ Mateo 6, 24; Lucas 16, 13

⁶ 1º Corintios 12, 12-27

⁷ Romanos 8, 14-27

También Cristo, durante su vida pública, pareció muchas veces haber sido vencido, puesto en fuga y obligado a retirarse. También Cristo pareció haber sido derrotado para siempre el Viernes Santo. Mas aquel su completo aniquilamiento hizo mucho más completo su triunfo. Precisamente, por haber sido durante algún tiempo “el reo” merecedor del suplicio de la cruz, por haber sido acusado de ser “blasfemos, sacrílego” y el oprobio del Pueblo santo”, fue más tarde el Vencedor, el Santo de los santos, el Pontífice eterno y la Gloria del Pueblo cristiano.

Él venció la tentación, el pecado y la muerte. Quien vive en Él y por Él, soporta, al igual que Él, la tentación y la vence; y, aunque caiga, no muere permaneciendo en el pecado, no permanece en la muerte sino que resucita. Por más que hubiera muerto a causa de un imprevisto golpe de viento carnal, resucita siempre, porque habría querido ser de Cristo y vivir en su ley que es ley de espíritu. Porque Él, Cristo Salvador, que instituyó los Sacramentos para devolver la vida a los espíritus, murió para redimir y enseñó a sus Apóstoles a perdonar setenta veces siete⁸ las debilidades humanas de las que se arrepienten de haber pecado, está apostado allí, a la puerta del corazón que le echó fuera con un pecado y llama a la puerta para entrar de nuevo y devolverle la “Vida y la Luz”.

En esta lección viene también al caso la doctrina de Pedro:

“... Al cual (Señor)... arrimándoos, sois también vosotros como piedras vivas, edificaciones sobre Él, para ser casa espiritual (del Señor, dado que el cuerpo del justo es templo del Espíritu de Dios), sacerdocio santo para ofrecer víctimas espirituales⁹ (por cuanto todo hombre justo se ofrece a sí mismo en perpetua inmolación de obediencia a la Ley por amor a Dios y puede ser maestro espiritual con la palabra y con el ejemplo, llevando hasta Dios a otros hombres)... El poder divino de Cristo nos ha dado todo cuanto corresponde a la vida y a la piedad... para haceros partícipes de la naturaleza divina”¹⁰

E igualmente encaja en esta lección la doctrina de Juan:

“Si dijésemos que estamos en comunión con Él y caminamos en las tinieblas, somos embusteros y no practicamos la verdad. Si, por el contrario, caminamos en la luz, estamos en comunión recíproca y la Sangre de Jesucristo, su Hijo, nos purifica de todo pecado...”¹¹

⁸ Mateo 18, 22

⁹ 1º Pedro 2, 4-5

¹⁰ 2º Pedro 1, 4

¹¹ 1º Juan 1, 6-7

Tenemos un abogado ante el Padre, Jesucristo, el Justo...¹² Quien diga estar en Él (Dios) debe vivir como Jesús vivió...¹³ Todo aquel que nació de Dios (por haber creído y acogido a Jesús y a su Ley) no comete el pecado porque tiene en sí el germen vital de Dios...¹⁴ Dios nos dio la vida eterna y esta vida está en el Hijo. Quien tiene al Hijo (en sí) tiene la vida y quien no lo tiene, no tiene la vida...¹⁵ La divina generación le conserva (al que tiene en sí a Cristo Vida)... Vino el Hijo de Dios y nos dio inteligencia para conocer al verdadero Dios y estar en su Hijo verdadero”.¹⁶

Verdaderamente, para “vivir”, por tanto, la vida verdadera que no conoce término, debe el hombre poseer “el espíritu de Cristo”. La carne, en tal caso, esclava del pecado, será doblemente esclava del espíritu, animada por el espíritu de Jesús Santísimo que habrá sojuzgado al pecado y a la carne que ya no podrá dar muerte al espíritu, antes, por la virtud de la santidad de éste, volverá asimismo la carne a la vida para gozar jubilosa ella también en el Reino eterno”.

* * * * *

8 – 2 – 50

A los Romanos c. 8º, v. 12–16.

“¿A quién debe estar reconocido y obligado, en justa correspondencia por los favores y dones recibidos, el que fue beneficiado? A aquel que le benefició.

¿A quién ha de estar, por tanto, reconocido el hombre? ¿A la carne que se dejó corromper por la seducción del fruto prohibido, por el que el hombre, de Dios que era por la gracia recibida del Creador, se redujo a simple hombre destinado al dolor, a la fatiga, a la muerte y al destierro del Cielo, o más bien al espíritu que, renacido a la gracia, regenerado en la misma por los méritos de Cristo y, redivinizado, proporcionará también a la carne la posibilidad de gozar del Cielo?

¹² 1º Juan 2, 1

¹³ 1º Juan 2, 6

¹⁴ 1º Juan 3, 9

¹⁵ 1º Juan 5, 12

¹⁶ 1º Juan 5, 20

Verdaderamente el hombre, más que reconocimiento, debe obediencia al espíritu que lo conduce al gozo eterno. Y el espíritu, a su vez, que es movido por el Espíritu Santo, debe obediencia y reconocimiento a Dios.

Si bien todos los hombres son criaturas de Dios, aquellos tan sólo que viven la vida del espíritu son “hijos de Dios”. Los otros, aquellos que tan sólo obedecen a los instintos y estímulos de la carne como esclavos de los mismos, son únicamente hijos de la carne, esto es, criaturas animales en nada diferentes de las especies animales que viven sobre la Tierra, en las aguas y en el aire, creadas por Dios en el sexto día (Génesis c. 1, v. 20–25)

Mas, mientras todas las criaturas animales saben complacer a su Creador obedeciendo cada una a la función para la que fue creada sin violar su respectiva ley natural, tanto en el procrear como en el servir al hombre y a la naturaleza toda, el hombre que viola el orden en sí mismo al violar la ley divina y yendo, por ello, contra Dios y arrebatándole el gozo de dar al hombre aquello para lo que le creó, – así como privándose a sí mismo del premio eterno que es el fin para el que fue creado – desagrada grandemente a Dios que lo aparta de Sí y de su reino por ser un homicida que va contra su propia naturaleza.

No os parezca esto un error: El pecador que vive y muere en pecado es un homicida de sí mismo en sus dos naturalezas que se hallan tan íntimamente unidas que vienen a formar una misma cosa. No se puede matar impunemente la naturaleza sobrenatural del hombre sin implicar al mismo tiempo en la muerte eterna a su naturaleza humana. Como tampoco se puede vivir al modo de los brutos sin dar también muerte precozmente a la naturaleza animal: a la carne, con las enfermedades que son secuelas de los vicios.

De aquí que el hombre que viva animalmente es un homicida y un deicida, pues mata en sí la vida animal y la vida espiritual divinizada y hiere al Amor Creador que puso su asiento en el espíritu del hombre (vosotros sois templos del Espíritu de Dios)¹ hasta que dicho espíritu sea asunto a la sede eterna de Dios: al Cielo.

Por lo que el hombre no es ni debe considerarse deudor de la carne, de la que sólo castigo y muerte le pueden venir, sino que ha de ser deudor del espíritu al que debe servir, ya que el propio espíritu es el que proporciona a la carne las luces, las voces, las fuerzas, los auxilios y los sobrenaturales goces que compensan las tribulaciones cotidianas. Luces, voces, fuerzas, auxilios y goces que le vienen al espíritu de Dios que inhabita en él.

Este ser deudor y siervo del espíritu ¿supone acaso una esclavitud para el hombre?. No. O ¿es tal vez un motivo de temor exagerado, de miedo continuo y de incertidumbre paralizante? Tampoco.

Cuando un hombre es débil, bien por su edad o por enfermedad; cuando uno es ciego o de vista defectuosa tan sólo; cuando es tardo de oído o de mente obtusa, se hace ayudar de quien no tiene defectos ni debilidades. De igual manera debe el hombre hacerse ayudar de las luces, voces, fuerzas y auxilios del espíritu que saca sus luces, sus voces y sus fuerzas del Espíritu de Dios.

De entre los muchos dones otorgados por el Padre Santísimo a sus hijos de adopción, éste del señorío del espíritu divinizado sobre la materia, es uno de los más señalados, puesto que le proporciona a la carne el modo de poder llegar a la vida gloriosa. No es esclavitud sino elección al más alto grado que criatura alguna puede alcanzar. Esta es la adopción divina de la se deriva la filiación espiritual de Él, esto es, de Dios, por la que los hombres pueden llamarle “Padre” –hablo de los hombres a los que Cristo y la vida en Cristo les devolvió la Gracia y se la mantiene viva– a Aquel a quien el mismo pueblo elegido no osaba llamarle directamente con su Nombre Santísimo y le llamaba temblando: “El que es – Jehová”.²

Mas el hombre en el que vive Cristo–Gracia puede llamar “Padre” al Eterno del que es Hijo el Verbo Encarnado. Porque es Cristo el que todavía llama desde el interior del hombre al Padre Creador de todos los hombres. Y porque Cristo es Verdad, ese su llamar “Padre” desde el interior del hombre y con el hombre, hace que Dios venga a ser el testimonio seguro de que todos aquellos que viven y obran por el espíritu y movidos por el Espíritu Santo que habita en ellos sean verdaderamente “hijos de Dios”.

* * * * *

20 – 2 – 50

A los Romanos c. VIII, v. 17–19

¹ 1º Corintios 3, 16: 6, 19; 2º Corintios 6, 16

² Éxodo 3, 14

“Es propio de todo hijo tener semejanza con su padre. Quedó ya explicado¹ en qué estriba la semejanza y similitud del hombre, hijo adoptivo de Dios, con su Padre celestial. Y quedó también dicho con qué medios y conforme a qué ejemplar puede el hombre ir alcanzando más y más su semejanza con la eterna Perfección. Y quedó, en fin, sentado, como verdad firme, que aquellos que viven según el espíritu pueden llamar a Dios: “Padre”, y llamarle con la voz para Él más grata: la de Jesús que inhabita con su espíritu en los hijos de Dios.

Mas un padre no da sólo amor y semejanza a sus hijos. Les da también sus riquezas y su herencia.

La Primera Persona de la Trinidad Santísima, lo mismo que da al Hijo, consustancial al Padre, el Reino y la posesión de todo cuanto hay en el Cielo y en la Tierra, da también a los hijos de adopción y hermanos de Jesús en la carne, la coparticipación en el Reino y en los dominios del Hijo. Les dio ya a los hombres la coparticipación en la vida divina mediante la Gracia. Les dio asimismo la coparticipación en los tesoros de Cristo mediante la vida en el Cuerpo místico. Y, más allá de la existencia terrena, quiere darles la coparticipación en los bienes celestiales y en la herencia de Cristo.

Estos son los dones y el deseo del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los Tres que, al igual que son una misma cosa, tienen también un mismo pensamiento, una misma voluntad y un mismo amor. ¿Cuál debe ser el deseo de los hijos de adopción para corresponder al de Dios? El mismo: coparticipación en la vida divina mediante la fidelidad a la Gracia, la unión con el Cuerpo místico y una vida vivida de modo que se alcance el fin último que es la coparticipación y herencia en común de los bienes celestiales.

Y, puesto que, como ya se ha visto,² no se da victoria sin lucha ni vestido ornamentado y pala de gloria sin dolor y sin cruz, –medios por los que Cristo fue exaltado por su Padre después de la suprema humillación y obediencia– así como justamente deseáis ser coherederos del Reino celestial del que el Cordero de Dios, Verbo encarnado, es Rey de reyes y Señor de los señores, así también debéis desear ser coherederos de su parte de dolor, inmolación y obediencia, porque sólo así podéis ser con Él, el Victorioso y Glorioso, glorificados.

¹ En las lecciones precedentes y también en las del 2 y 12 de febrero de 1948 y 21/28 de mayo del mismo año.

² En la lección del 7-11 de junio de 1948

Breve, siempre es breve la prueba terrena en relación con la eternidad. Relativos, siempre son relativos el sufrimiento y la cruz comparados con el gozo celestial e infinito, como todo cuanto viene de Dios, para aquellos que están ya en el conocimiento de Dios como “hijos y herederos suyos”

¿Qué es lo que constituye el premio de los bienaventurados? La posesión de Dios. No resulta, por tanto, equivocado decir que será este un gozo infinito por cuanto Dios es infinito y en la Revelación del mismo y de sus Misterios disfrutarán los bienaventurados de un gozo sin medida y, por tanto, infinito.

De igual manera, siempre serán relativas las humillaciones terrenas respecto a aquella gloria que se manifestará en los elegidos cuando les comunique Dios, con medida plena y perfecta, su Gracia, su Belleza, su Conocimiento, el Fuego de su Amor, su Luz, todos sus Atributos, todos aquellos Bienes, todas aquellas glorias y todas aquellas virtudes que Él tiende a comunicar de forma relativa y proporcionada al viviente, haciéndola más vasta, profunda y elevada a medida que el viviente va creciendo en la vida sobrenatural y se vacía de sí y de toda otra cosa para acoger a Dios en el tiempo en el que el hombre se encuentra todavía en la Tierra.

Entonces, sólo entonces, al final de los tiempos, cuando los cuerpos resucitados de los santos hayan sido asuntos a la gloria y se hayan unido a sus respectivos espíritus ya bienaventurados y gloriosos, la creación, tras una espera de milenios, contemplará la revelación de los hijos de Dios, la revelación de lo que desde un principio deberían haber sido siempre los hijos de Dios si en aquel principio el primero de ellos no hubiera pecado afeando con una Mancha sacrílega, envilecedora y dolorosa la Creación perfecta llevada a cabo por Dios.

Todas las cosas serán entonces restauradas conforme las había Dios concebido antes de crearlas. Y, lanzados el diablo y sus servidores al estanque eterno³ sin libertad ya de salir ni de actuar por los siglos de los siglos y, desaparecidos de la creación la muerte y el dolor junto con el Príncipe del mal –por el que entraron en el mundo, a la par de la culpa, el dolor y la muerte– las cosas de antes cesarán. Sí, cesarán las cosas que fueron bellas, buenas, sin lutos ni miserias, sin crueldades ni engaños, sin malicia ni corrupción, pero a las que

³ Apocalipsis 19, 20; 20, 10 y 14-15; 21, 8

Satanás y la flaqueza del Hombre y de los hombres malearon trocándolas nocivas, dolorosas, crueles, engañosas y corruptas.

Y, con la Jerusalén eterna,⁴ se dará inicio al nuevo mundo, ese mundo nuevo eterno al que ya no tendrá acceso posible Satanás, en el que el dolor no podrá torturar, la malicia confundir ni la violencia dañar y causar la muerte.

Será la gran revelación de los hijos del pueblo eterno de Dios, esa revelación cuya magnificencia sólo Dios, que todo lo conoce y ve desde la eternidad, conoce y ve en su Pensamiento con el ojo del Verbo, a través del cual todos los hijos de Dios tendrán igualmente la perfecta revelación de Dios al que verán y conocerán sin limitación alguna”.

* * * * *

3 marzo 1950

A los Romanos c. 8, v. 20–21

““La creación estuvo sujeta a la vanidad”, dice Pablo.

Ya expliqué¹ cómo fue la desmesurada vanidad de pretender ser como Dios que fue causa de la Culpa y de sus consecuencias. Toda la creación, por culpa de la loca vanidad del hombre, obra maestra de la Creación, quedó afeada por el Pecado y por los pecados contra Dios y contra el prójimo. El más afectado de toda la creación, más que las otras criaturas inferiores, fue el hombre, la criatura superior, por ser la única criatura de naturaleza racional, libre, inteligente, capaz de desarrollo, en el sentido humano de la palabra, no sólo físico sino también intelectual, y capaz asimismo de desarrollo espiritual por ser él, el hombre, según la acertada sentencia del gran teólogo:² un infinito en potencia y una capacidad que sólo Dios puede colmar.

⁴ Apocalipsis 21-22

¹ En las lecciones sobre el pecado original.

² San Agustín, en su libro de “Las confesiones”, Libro I, cap. I, n° 1, expresa un pensamiento equivalente: “Fecisti nos ad te et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te” (Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti)

Ciertamente es así. Y lo es desde que existe el hombre. Y si bien la Culpa redujo grandemente tal capacidad, con todo no pudo privar al hombre de estas dos cualidades de las que Dios le había dotado al crearlo.

En la propia pareja primigenia, una vez que la muerte de Abel³ dispara los humos locos del orgullo que hasta aquel momento habían tenido al hombre bajo la sugestión del Rebelde eterno, volvió a despertar de nuevo esta capacidad aletargada a resultas del golpe recibido del pecado y del castigo. Y el hombre, alzando otra vez su mirada al Cielo que perdiera, buscando a Aquel que tan justamente le había echado, comprendió nuevamente que sólo Dios podía consolar su dolor, colmar su deseo de amor, levantar sus fuerzas morales con las esperanzas eternas y con la promesa depositada en Adán a la vez de la condena:⁴ de que su seductor habría de ser vencido y de que la liberación de su ruina penuria, esto es, la restitución de su estado de Gracia y, por ende, de la herencia del Reino de los Cielos, se habría de realizar mediante la Mujer⁵ que, siendo Virgen, daría a Luz al Emmanuel,⁶ al Salvador y Redentor.

He aquí entonces cómo la creación, sujeta a la vanidad y, podría decirse, obstaculizada para progresar hacia su perfección final: la del espíritu cada vez más triunfador sobre la materia, reemprendió su camino en dirección a la luz, a lo alto, hacia Dios, hacia su fin, a todos los cuales les habría vuelto la espalda, bajando no sólo la pendiente que va del Paraíso terrenal a la Tierra, sino también la que va de ésta al reino de las tinieblas y del pecado.

Faltaba, es cierto, la Gracia, sol del alma que por ella *ve* distintamente y por ella germinan las virtudes y crece en perfección; mas permanecían la conciencia y su voz: la llamada paternal de Dios hacia Sí mismo y hacia el fin último. Es decir, que permanecía en el hombre, a una con el alma espiritual y, unido a ella, ese mínimo suficiente apto para hacerle capaz de tender a su fin, ese terreno dispuesto a acoger, ya que no la reintegración a la Gracia, sí, al menos, aquellas luces que Dios jamás escatimó a hombre alguno, por culpable que fuese, con las que pudiera mantener vivos aquel conocimiento y aquel amor de Dios que de Él recibiera el hombre a una con su existencia y con él seguían latentes.

³ Génesis 4, 1-16

⁴ Génesis 3, 14-19

⁵ Génesis 3, 15

⁶ Isaías 7, 14; Mateo 1, 22-23

Escribe Pablo –y es esta una frase mal entendida, ya por la dificultad que entraña, o bien por el deseo de entenderla mal con el fin de desalentar a los hombres en la persecución del Bien para conseguir el Cielo, asegurando que el hombre, por sentirse con tendencia al pecado, no puede salvarse. Teoría esta, herética, nacida de las ramas desgajadas del tronco de la mística Vid y de miembros rebeldes que se separaron del Cuero místico. Profesión contraria al Amor divino que creó con predestinación a la Gracia y a la Gloria y no a la condenación. Profesión justamente condenada por la Iglesia docente– escribe Pablo: “Sujeta a la vanidad, no por su voluntad sino por la de Aquel que la sujetó con la esperanza de que también ella sea liberada de la servidumbre de la corrupción para tener parte en la libertad gloriosa de los hijos de Dios”.

Ahora bien, muchos que son ciertamente sacrílegos, herejes, negadores del atributo principal de Dios, nuevos satanes, como odiadores del amor y de la verdad, hacen de esta frase fundamento de su pseudo–religión y así dicen: “¿Veis quién es el que quiere vuestra caída, vuestra debilidad y vuestra ruina? Él, ese al que llamáis “Padre”.

No. A esta horrenda blasfemia, a esta insinuación de la astucia diabólica más sutil, respondo Yo; respondo así: Dios sometió al hombre a la prueba para confirmarle la Gracia. Y esto, incluso, por aquellos que acertaron a ser justos aun después de una o más caídas momentáneas purificadas por un sincero arrepentimiento y una caridad ardiente. Mientras que para los ángeles rebeldes, cuya naturaleza angélica era superior a la humana – tanto que se dijo de Cristo: “Lo hiciste un poco inferior a los ángeles”⁷ – no hubo promesa de perdón ni supervivencia en ellos de cuanto pudiera servirles para llevarles de nuevo, a través de la contrición y del amor perfecto, a su primer estado bienaventurado. Para el hombre hubo todo esto y mucho más: las voces de los Patriarcas y de los Profetas confirmando una y otra vez la promesa del Redentor contenida en el Protoevangelio,⁸ las revelaciones de Dios a través de sus manifestaciones e inspiraciones a los Patriarcas, a Moisés – el libertador y legislador del pueblo hebreo – a Josué, a los Profetas y, como culminación del prodigio de su donación, el amaestramiento e inmolación del Hijo de Dios,

Jamás retiró Dios la predestinación a la Gracia para todos los hombres. Jamás. Porque Dios no es voluble en su Voluntad y lo que una vez quiere, lo quiere para siempre porque se atiene al Querer de su Voluntad. Jamás. Por cuanto Dios nunca obra, según impropriamente

⁷ Salmo 8, 6; Hebreos 2, 5-9

se escribe, como “esperando”, sino “sabiendo”, ya que Dios nada ignora. De aquí que en Él no cabe el esperar. Espera aquel que ignora el futuro total o parcialmente, mas no el que, como Dios, nada ignora y todo lo conoce desde la Eternidad, incluso el destino de cada uno.

De aquí que se haya de decir y creer que Dios sometió la creación a prueba en la criatura más perfecta de la misma, *sabiendo bien* que ésta habría de pecar de soberbia y de rebeldía por su vanidad de querer llegar a ser como Dios, pero queriendo darle a la misma la medida de su amor a los hombres.

Antes de la creación del hombre, y de la prueba por tanto, Dios había dispuesto el Medio con el que el hombre habría de liberarse, en un principio, de la servidumbre de la corrupción y alegrarse después con la libertad gloriosa de los hijos de Dios, una vez conseguida su parte de herencia en el Reino celestial. Dios, pues, no quiso vuestra caída, vuestra debilidad ni vuestra ruina, sino que, habiendo querido proporcionarse un pueblo de hijos, os creó y, sabiendo que no habríais de preservar en la Gracia, dispuso, aun antes de crearos, el Medio santísimo, el más santo y poderoso que hubiera de resultar para vosotros, con qué salvaros y daros vuestra parte en el Reino.

De donde también aquí puede decirse que resplandece en toda su verdad la infinita e insaciable Caridad de Dios hacia los hombres, sus hijos de adopción.

* * * * *

14 marzo 1950

A los Romanos c. 8º, v. 22–25

“El mundo está poblado, o mejor, estuvo poblado, desde el principio, de criaturas irracionales y racionales. Poblado, no porque hubiese muchas de cada especie sino porque eran muchas las especies de criaturas irracionales y, sobre ellas, como reina, la pareja de las dos criaturas dotadas de razón y de alma espiritual e inmortal, bien distinta de la que es llamada “alma viviente” en el capítulo 1º del Génesis, versículo 30, que otra cosa no era sino la respiración a la que alude el Libro cuando escribe de ellas que “tenían el alma en las

⁸ Génesis 3, 15

narices”.¹ Y todas las cosas hechas eran “buenas”² a juicio del mismo Dios Creador que es Bondad absoluta y perfecta.

Eran “muy buenas”. ¿Con qué bondad? ¿Sólo con la de servir al hombre de ayuda para el cultivo del Edén, con la de servirle de alimento o de placer? Es decir, ¿con una bondad pasiva, por creerse obligadas a hacer aquello, o con una bondad servir hacia el hombre, criatura distinta de todas las demás por su posición erecta, por su andar majestuoso, belleza de su rostro, poderío de sus actos y de su voz, por ese dominio propio del ser racional que se manifiesta en la seguridad de la voluntad, en el mandado decidido, en la capacidad de premiar o de castigar con justicia; todas esas cosas, en fin, que infunden a los seres inferiores una natural sujeción?

No. Eran “muy buenas” porque carecían aún de ferocidad, de maldad y de astucia; y así el león estaba con la ovejita, el lobo con el cordero, el leopardo con el cabrito y las crías del oso estaban con las de la yegua; todo lo cual se trasluce del versículo 19 del capítulo II del Génesis, cuando se dice que Adán se entretuvo familiarmente con todos los animales de la tierra y del aire, dando a todos ellos su nombre, sin ser acometido por los feroces y sin infundir temor a ninguno de ellos, porque eran buenos y apreciaban instintivamente que el hombre, “bueno” él también, no les habría de castigar sin motivo; y así será también cuando, como predice Isaías, “la sabiduría del Señor”, es decir, el reino del espíritu, habrá llenado *verdaderamente* la Tierra (Isaías c XI, v. 6–9).

Después Adán pecó y la Tierra quedó maldita por su culpa y, entre los muchos abrojos que produjo para el hombre decaído, fue uno el de la insubordinación de las criaturas inferiores contra él, además de sacar fatigosamente de la tierra, ahora maldita, su alimento diario, habrá de defenderse, a duras penas, de los animales que dejaron de ser buenos, rebeldes contra él al igual que él lo fue contra el Creador, y enemigos entre sí, porque el desorden había instaurado ya su reino que durará mientras no lleguen el Día del Señor y su Reinado en que el cielo y la tierra desaparecerán del modo que ahora son, sucediéndoles un nuevo cielo y una nueva tierra (Apocalipsis c. 21, v. 1) y la labor de las criaturas habrá terminado.

¹ Isaías 2, 22

² Génesis 1, 31

Porque habrá llegado verdaderamente el día y el reinado eterno para todos los hijos de Dios que, hasta que llegue aquel día, habrán siempre de luchar, suspirar y gemir para engendrar por sí mismos al “hijo de Dios” nacido como tal, no “de la sangre ni del querer carnal”³ sino por haber acogido la Vida Divina, al acoger al Verbo hecho Hombre, a Aquel de quien escribe Isaías repitiendo las palabras de la Palabra eterna: “... Yo te redimí y te llamé por tu nombre: tú eres mío,... Yo soy tu Salvador... A cuantos invocan mi Nombre los creé para mi gloria, los formé, los hice”, y también: “Son mi pueblo, hijos que no reniegan de Mí”.⁴

Acoger la Vida divina quiere decir potenciar la propia vida de hombre para obras sobrenaturales. Ser llamados por el nombre y acudir a la llamada divina quiere decir; hacer lo que el Hombre–Dios hizo y lo que *se puede hacer*, porque Él os redimió y os salvó, por lo que tenéis en vosotros elementos sobrenaturales y, el primero de todos, la Gracia, por medio de los cuales podéis vivir como justos y, como santos, ascender con vuestro espíritu, una vez reunido éste con la carne, al cielo, cada cual al grado de gloria que hubiere merecido con su correspondencia a la medida del don de Cristo entregado a cada uno de los hombres.

No hay que pararse a decir ni pensar que en el Cielo, por más que haya diversidad de moradas, esto es, diferentes grados de gloria, haya de ser mayor o menor el premio de los bienaventurados. No. La gloria a la que vuestro Padre celestial os predestinó, la constituye el vivir en su Tabernáculo. La bienaventuranza del Cielo está en ver a Dios cara a cara. Y esta visión la tendrán *todos* los bienaventurados por igual. El grado será distinto, por cuanto a todos les fue dado el don de Cristo en idéntica medida, si bien a todos en la medida suficiente a conseguir el grado que la Sabiduría eterna sabe, *desde siempre*, ha de ser alcanzable por cada uno. Mas el premio será igual, ya se trate de un siervo que ara la tierra como de poderoso rey, de un doctor de la Iglesia como de un indocto que apenas sabe recitar, y no siempre bien, las oraciones más sencillas y comunes, no teniendo otro conocimiento que el de las verdades esenciales de la religión; si viven según la justicia y ésta en la medida correspondiente a la llamada divina y a la divina donación proporcionada a su particular misión en el mundo y hacen uso con igual veneración y respeto de los

³ Juan 1,13

⁴ Isaías 43, 1-3 y 7; 63,8

tesoros que Dios les entregó, haciéndoles fructificar, estos tales encontrarán su tesoro en el Cielo.⁵

No todos apóstoles, no todos profetas, no todos evangelistas ni sacerdotes y santos del Cielo. No todos eremitas, no todos penitentes, no todos mártires por la fe entre los bienaventurados. No todos vírgenes, no todos padres, no todos niños entre “los 144,000, la muchedumbre que nadie podía contar, de toda nación, tribu, pueblo y linaje! De que habla Juan.⁶ El Cuerpo místico se halla formado por miembros de toda clase. Pero todos, aun los más humildes, suspiran y sufren en la Iglesia militante para engendrar en sí a Cristo y llegar “por la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto y a la medida de la edad plena de Cristo”,⁷ esa perfección semejante a la del Padre, que es la que Jesús propuso a los hombres como medida perfecta de los hijos de Dios.

Este formar y engendrar para dar a la luz del Cielo un “hijo de Dios” es labor dolorosa. Por eso se dice que el pueblo de los salvados que entonan hosannas al Cordero se halla integrado por los que “vienen de la gran tribulación”⁸ proporcionada por las fuentes de que ya os hablé: el demonio, el mundo y el *yo* debilitado y alterado por las derivaciones de la Culpa. Y así la comparación paulina: “dolores de parto”,⁹ hace alusión, más que nada, a estas consecuencias.

Así pues, si Adán y su mujer hubieran permanecido inocentes y fieles al Señor, la mujer hubiese dado a luz sin dolor, y el hombre y la mujer habrían alcanzado sin lucha ni fatiga su fin último, lo mismo que a todos los descendientes de Adán no les ocasionaría dolores, semejantes a los de un prolongado trabajo, el llegar al natalicio del Cielo después de haber engendrado en sí a Cristo: al cristiano verdadero, otro cristo.

Mas con la culpa llegó la condena y, con la condena, toda suerte de fatigas, desde la física y moral a la espiritual, para llegar a ser “hijos de Dios”. Fatiga que encuentra su sostén en la espera cierta de la salvación final. Una esperanza tan cierta que equivale ya a ver, por intuición, lo que ha de ser el futuro feliz. Y la esperanza se transforma en fe y la fe os da la paciencia en la espera de aquel futuro.

⁵ Mateo 2, 20; Lucas 12, 33

⁶ Apocalipsis 7, 4-9

⁷ Efesios 4, 13

⁸ Apocalipsis 7, 14

⁹ Romanos 8, 22

La fe, la esperanza y la caridad, las tres virtudes teologales que os ayudan, especialmente la caridad a conseguir el desarrollo completo de cuanto, *en germen*, hay en vosotros: la Gracia, raíz de la Gloria que, según dice el gran doctor,¹⁰ precisa la cooperación de todas vuestras facultades intelectuales y espirituales y de todas vuestras energías, ya sean sensibles, espirituales o sobrenaturales, de forma que se vuelquen con anhelo y deseo santo hacia Dios y operen eficazmente en vosotros llevándoos a la consecución de vuestro fin último que es la Gloria.

La transformación del hombre carnal en hombre espiritual y de este en hijo elevado a la posesión del Reino del Pare, del que es heredero por Cristo y en Cristo,¹¹ es, en realidad, semejante a una larga y laboriosa gestación y a un doloroso trabajo de parto.

Pero vosotros que lo estáis viendo, fortaleced vuestro espíritu con las palabras del Maestro divino: “La mujer cuando da a luz, está en dolores, porque llegó su hora; mas una vez que dio a luz a su hijo, ya no se acuerda más de su angustia por la alegría que le produce haber traído un hombre al mundo”.¹² Y nacimiento mucho más trascendental es el del hombre que renace, por propia voluntad, de hombre carnal a hijo de Dios. Y recordad también estas otras palabras divinas: “con vuestra paciencia granjearéis vuestras almas”,¹³ esto es, les proporcionaréis la gloria tras el prolongado trabajo terreno.

Trabajad pues con fidelidad y constancia para transformaros en hijos de Dios y aguardad con paciencia a ver lo que ahora creéis tan sólo que exista y esperad a poder verlo. Por larga que sea la existencia y áspera la prueba, siempre serán desmesuradamente inferiores en longitud y en profundidad respecto a la eternidad y a la bienaventuranza que os aguardan. Por fuertes que sean las causas y los agentes que os ocasionan lucha y dolor, pensad que Dios os ha proporcionado agentes y causas de fortaleza y de victoria infinitamente mayores que los que os atacan y afligen: la Gracia, los Sacramentos, la Palabra evangélica, la ley puesta fácil por el motor aplicado por Cristo: el amor; y, en definitiva, los auxilios y ruegos el Espíritu Santo”.

* * * * *

¹⁰ Santo Tomás (en su *Suma Teológica*, parte tercera, cuestión 62, art. 6, respuesta a la tercera objeción) expresa el concepto de gracia como raíz o causa de la gloria. Mas ya San Agustín (en su sermón 169, num. 13) expone la necesidad de la cooperación del hombre a la obra de la gracia con su célebre frase “Qui fecit te sine te, non te justificat sine te” (El que te creó sin ti, no te salva sin ti) MIGNE, *Patrología* Latina, Vol. 38, col. 923.

¹¹ Romanos 8, 17

¹² Juan 16, 21

29 marzo 1950

A los Romanos c. 8, v. 26–27

“El Divinísimo Espíritu dispone de múltiples medios con qué asistir a vuestra debilidad.

Al darse a vosotros con la inmensidad de su luz y de su poder, os penetra e ilumina hasta los senos más profundos de vuestro espíritu fecundándolo todo, haciendo que medren en vosotros la Gracia y las demás virtudes y haciendo que conozcáis al Padre, al Hijo y a su recíproco Amor, o sea, a Él mismo, cual libro alguno ni palabra de sabiduría humana pueden alcanzar a hacerlo.

Porque, en la inmensidad de su Sabiduría, Dios es siempre luminoso y simple, su enseñanza es toque divino que enciende luces aptas para alumbrar los misterios, es caricia que despierta el amor en vosotros, es beso que os hace gustar el sabor de Dios, de ese Dios Padre que os nutre, como con leche, con su amor providente, de ese Dios Hijo que os apacienta con su Carne y con su Sangre, de ese Dios Espíritu Santo que os sustenta con la miel de su Sabiduría para así haceros desear a Dios del modo que las abejas desean el néctar de las flores.

Y ¿qué flor más espléndida, suavísima y purísima que Dios? Y ¿qué cosa más atrayente puede darse que una flor perfumada, bella de colores, cargada de jugos salutíferos, que atrae hasta a los más sencillos e indoctos, a los niños, a los ancianos carentes ya de ilusiones humanas e, incluso, a los enfermos clavados en su cruz, porque atrae sin fatigar, alegre y es un testimonio de la existencia de Dios y de su providencia que cuida hasta la hierbita del campo?

Así simplicísimamente, humanamente divino Silencio, aunque, espiritualmente, el Espíritu, con su voz incansable resonando en el silencio expectante del alma, os instruye, os amaestra, os aconseja, os guía y, a cada efusión suya secundada por vosotros, os comunica un conocimiento cada vez más amplio de Dios, generador, a su vez, de un grado cada vez más elevado de amor a Dios, una persuasión cada vez más firme de que los actos realizados por amor a Dios y, por tanto, en su caridad, se realizan con la ayuda y en unión con el

¹³ Lucas 21, 19

Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo y, por ello, quedan sobrenaturalizados; y así el hombre, individual, por una continua generación del Verbo y por deseo del Padre que os quiere “otros cristos”, se transforma en hijo de Dios, en hijo, tanto más hijo, cuanto más él vive en la Caridad del Padre y del Hijo, o sea, en el abrazo del Espíritu de Dios.

Esta transformación, cuando llega a ser total, en la medida posible a una criatura que todavía vive en el destierro terreno, por haberse vaciado de todo lo que no es amor *puro* – y es amor puro de Dios y para Dios el que se halla despojado de cuanto pueda serle impedimento: afectos sensibles no ordenados al fin caritativo sobrenatural, temores excesivos al parangonar la imperfección de los actos humanos con la Perfección que es Dios, afán desmedido de hacer demasiado y demasiadas cosas provocadas por la propia voluntad de hacer, siquiera sea con un fin bueno pero que produce cansancio y distracción e impide escuchar y poner en práctica las divinas inspiraciones y propósitos sugeridos y aconsejados por Dios al espíritu del hombre – esta transformación, he dicho, cuando llega a ser total, en la medida posible a un espíritu todavía encerrado en una carne, lleva a superar todos los límites y limitaciones relacionadas a la naturaleza humana y a elevarse a alturas insondables de caridad hasta la inmoción o de contemplación hasta el éxtasis y las revelaciones en las que el alma mística gusta por breves instantes – y de las que una criatura en modo alguno podría gozar sin morir – lo que es una anticipación del perfectísimo gozo eterno y gusta de él sin morir de dulzura porque una secreta acción de Dios la sostiene mientras lo recibe. Os ayuda suscitando en vosotros deseos santos que os impulsan a realizar obras santas siempre que seáis dóciles y atentos a sus inspiraciones.

Cuando os dejáis inspirar y mover por el eterno y perfecto Moviente que ejecuta todo sus movimientos por amor, os transformáis en criaturas de amor y ponéis al amor por guía y virtud principal vuestra. Entonces, cualquier cosas que hagáis o digáis por más que le parezca a alguno que nada hacéis, – ya que vuestra actividad no será llamativa, ruidosa, agitada, sino íntima del todo; plegaria y ofrecimiento diarios, inmoción solicitada y a continuación cumplida, todo ello en el interior de vuestro *yo*, acordándoos de aquellas palabras: “Cuando queráis orar, no imitéis a los hipócritas que se gozan en ser vistos de los hombres, sino, antes bien, entrad en casa y encerraos allí”¹ – entonces es cuando os transformaréis de hombres en hijos de Dios. Imitad, por tanto, al Padre que opera en el misterio de su Cielo; imitad al Hijo que no apeteció las aclamaciones por más que pudiera

hacerlo sin contravenir los designios de su Padre, sino la vida oculta de Nazaret, huyendo más tarde, después de cada milagro grandioso que *había de obrar* en presencia de las turbas para confirmar su verdadera naturaleza de Verbo del Padre y de Mesías, retirándose a las montañas,² alejándose con la barca sobre el lago,³ o al huerto de los Olivos⁴ o a las regiones de Tiro y de Sidón,⁵ o a las cercanías de Magdala y también a los confines de Samaria:⁶ imitad⁷ al espíritu Santo, cuya acción santificadora se desarrolla sin ruido ni agitación alguna en el interior del espíritu humano.

Os transformáis y realizáis obras propias de hijos de Dios, aumentando a la vez con ello vuestra identificación con Él y vuestra escalada a la perfección. Más aún: vuestro *yo*, lo mismo el natural que el espiritual, siempre imperfectos ambos a resultas de la Culpa original, se anula ésta es la palabra exacta para asumir el *yo* perfecto de Jesús.

Dice Pablo: “No vivo yo, es Cristo el que vive en mí”. Todo cristiano que realice esta transformación terrena que es el medio por el que, después de la muerte, se transformará en heredero eterno del Cielo, heredero en posesión de su parte de herencia, puede decir con Pablo: “Yo no, es Cristo quien vive en mí”. Y sus actos serán, en verdad, actos efectuados conforme al espíritu de Cristo, sus oraciones serán oraciones continuadoras de la oración que incesantemente hizo Cristo mientras estuvo en la tierra, y sus padecimientos serán ciertamente continuación y complemento de los padecimientos sufridos por Cristo con la misma intención: la santificación de los hombres y, consiguientemente, con idéntico fin: su exaltación gloriosa y eterna tras la humillación y el martirio de la inmolación.

En fin, después de haber llevado a cabo la unión mediante la comunicación a vosotros de Sí mismo y la transformación de vosotros en Él con vuestra dócil adhesión a sus inspiraciones – que Él no suscitaría en vosotros si viese que no habíais de poder llevarlas a la práctica, de modo que, de fuente de bien, se hubieran de mudar para vosotros en motivo de condenación – el espíritu que habita en vosotros os ayuda con su plegaria perfecta a sostener vuestra debilidad y llevar a término vuestra santificación.

¹ Mateo 6, 5-6

² Marcos 6, 46; Juan 6, 15

³ Mateo 14, 13

⁴ Lucas 22, 39

⁵ Mateo 15, 21; Marcos 7, 24

⁶ Lucas 17, 11; Juan 4, 4

⁷ Gálatas 2, 20

Él, por ser Dios, sabe cómo haya qué rogar y lo hace con vosotros y por vosotros, y su plegaria sube con la vuestra, hecha eficaz por la unión con la plegaria del Espíritu, hasta el Cielo, hasta el trono de Aquel que “escudriña” los corazones y conoce cómo clama el Espíritu e intercede por los santos conforme a los designios que Dios tiene para cada uno de ellos. Y la ayuda de las ayudas es ésta: vuestra justificación, vuestra fortaleza, vuestra santificación que se realiza, se ejercita, se inicia en la tierra y se corona en el Cielo”.

* * * * *

25 – 4 – 50

A los Romanos c. 8º, v. 28–30

Para el que ama a Dios todas las cosas se cambian en bien, porque Dios las predispone todas para que sean medio de bien para sus santos. Incluso aquellos que, por su naturaleza, les parece a los superficiales sean motivo de dolor y peligro de mal, pudiendo, con lo que son, llevar al alma al abatimiento, a la duda o a la rebeldía.

Mas no son las cosas en sí las que pueden llevar a estas consecuencias. Es el carácter no acomodado a la ley moral, aun la natural, es el alma en desacuerdo con la ley divina, es decir, sin una buena voluntad de servir a Dios en cuanto Él proponga, lo que puede hacer de las cosas predispuestas por Dios para un fin de bondad, motivo, incluso, de caída en imperfecciones y hasta en culpas más o menos graves. Y si pensase lo contrario, esto es, que Dios predispone las cosas a un fin que no es de bien, esto sería tanto como decir que la predestinación a la gracia es también un mal porque ocurre con frecuencia lo del talento de la parábola al que no se le hizo fructificar,¹ que, al holgazán que tan injustamente juzgó de su amo, este le quita el talento para dárselo a otros que sean capaces de hacerlo fructificar.

Porque, ¿acaso es Dios el que impide que los hombres, todos los hombres predestinados a la gracia, hagan uso de este tesoro de manera justa y del modo que les fue concedido poder hacerlos? No. Tanto es así que Él, aun a aquellos que nada saben del Dios verdadero, les pone en el corazón una ley natural y una conciencia por las que puedan vivir de suerte

¹ Mateo 25, 14-30

que pertenezcan, si no al Cuerpo, cuando menos al alma de Cuerpo místico y así poder gozar de los beneficios de la Gracia.

Dios sabe quiénes son, quiénes fueron y quiénes serán – y lo sabe desde siempre – los que ha de dejar improductivos los misteriosos auxilios de Dios para que el hombre alcance su fin. Como sabe igualmente quiénes fueron, son y serán los que, de forma más o menos completa, se transforman, se transformaron o se transformarán a sí mismos en la semejanza o imagen del Hombre Dios mediante el amor, la obediencia a la voz de la conciencia y a los dictados de la ley moral.

Ciertamente, en el Gran Juicio del último día, entre los que estarán a la derecha del Hijo del hombre, se verán muchos a los que los hombres tenían por no destinados al reino porque no pertenecían a la Iglesia, mientras que estarán a su izquierda muchos que, por haber sido, en apariencia al menos, – pues únicamente Dios sabe la verdad de las cosas – miembros vivos del Cuerpo místico, los hombres les juzgarán ciertamente coherederos del Cielo. Y grande, en verdad, será el estupor de los que así juzgaron, lo mismo que el de las dos categorías de juzgados.

Y los elegidos por misteriosas operaciones de Dios, secundadas por su recta conciencia, dirán: “¡Cómo, ¿nosotros aquí? ¡Si no te habíamos conocido ni servido como Tú dices: dándote de comer, de beber, acogéndote y visitándote!”

Y el Justo Juez, que murió para dar a todos aquellos hombres de buena voluntad, la vida eterna, responderá: “Porque, sin saberlo, me conocisteis y me servisteis mediante la caridad que hicisteis a vuestro prójimo. Me socorristeis porque, hasta un sorbo de agua suministrado con amor a un sediento, fue una muestra de amor que me hicisteis a Mí”.

Y preguntarán los rechazados: “¿Cómo puedes cerrarnos tu Reino cuando fuimos de los tuyos?”.

Y Él responderá: “Como cerrasteis vuestro corazón a vuestros hermanos necesitados, así os cierro Yo las puertas del Reino. Lo que no hicisteis al menor de entre vosotros, dejasteis de hacerlo también a Mí, y con culpa mucho más grave, por cuanto vosotros sabíais de Mí, de mi evangelio y de mi Ley. Id pues lejos de Mí, obradores de iniquidad, porque es mi

hermano el que toma mi semejanza y vosotros, bajo esa careta hipócrita, no os asemejáis a Mí al carecer del Amor que constituye mi Naturaleza”.²

Ved en qué estriba la semejanza: en el amor. Amor perfectísimo en el Primogénito de entre los hermanos. Amor que trató de ser el más perfecto posible en los hermanos con Cristo en la carne y en la fe. Quien no vive en el amor y practicando obras de amor, no es hermano de Cristo que amó hasta el extremo de morir por sus hermanos y, por tanto, no es su coheredero.

Les llamó asimismo también a los predestinados a la gloria. Y aquellos a quienes llamó no permanecieron ni permanecen sordos a su llamada ni se cansaron de seguirle, antes, con heroísmos, fueron y van tras sus pisadas por el áspero camino de la perfección. Ni se amilanan y desaniman si el amor de elección del Señor hacia ellos viene a resultar una sucesión de pruebas y de penas. Como tampoco se tuvieron ni se tienen por menos amados cuando permite Dios que los hombres y los acontecimientos se abatan sobre ellos. De igual modo, no se abaten si la debilidad de la carne o un doblegamiento del espíritu les hizo o les hace caer. Por el contrario conociendo a Aquel que les llamó, conociendo su Amor y su Misericordia, lo sienten como Padre y hermano hasta en las horas de tempestades dolorosas y, confiando en los infinitos méritos de Cristo en el que creen o creyeron, realizaron y realizan su andadura hasta el Cielo del que les viene la llamada.

Nadie puede salirse de esta norma si quiere acabar en el grado de gloria al que Dios le predestinó. Nadie, por muy amado que se sienta, debe caer en el quietismo, diciendo: “Como es tanto lo que Dios quiere verme allí, Él se cuidará de llevarme a aquel sitio”. Cada uno *debe* trabajar en hacer fructificar y no dejar inactivos los dones divinos.

Adán y Eva que, ciertamente, eran inocentes y estaban llenos de Gracia y de otros dones, dilapidaron tantos tesoros y durante siglos y siglos purgaron su infidelidad y su necio juicio de que, por ser tan amados de Dios, no debían abrigar tantos temores y tener absoluta obediencia.

Jesús, Hombre por haber nacido de Mujer, y María, ambos inocentes, colmados de dones y amadísimos del Padre como el primero hombre Adán y la primera Eva, fueron guardadores fieles y solícitos de los dones recibidos, usando de ellos con justicia; y como habría sido para todos los hombres si hubieran permanecido inocentes y llenos de Gracia,

² Mateo 25, 31-46; Marcos 9, 41

no conocieron la corrupción de la carne sino que con ella unida al alma sin mancha alguna, entraron en el Reino eterno para su completa glorificación sin esperar al final de los siglos para gozar, con la carne también, del júbilo perfecto de los que han de resucitar y ser glorificados después del último Juicio”.

* * * * *

18 – 5 – 50 Ascensión.

“No podéis vosotros quedar exentos de la corrupción de la carne ni subir inmediatamente a la completa glorificación del alma y de la carne, como sucedió con Jesús y con María. Estas dos son las únicas cosas en las que, aun teniendo la misma condición de hijos fieles y amantes de Dios, os diferenciáis del Unigénito que, por su naturaleza, es consustancial al Padre, y del Primogénito de entre todos los hombres por su naturaleza humana y perfección de vida, y de su Madre, a la que la Revelación (Eclesiástico XXV,5)¹ y los doctores de la Iglesia llaman “Primogénita” que, por gracia y santidad, se halla enseguida del Verbo hecho Carne, el cual, por ser Dios, es la Gracia y la Santidad mismas, perfectísimas ellas e infinitas.

En todas las demás cosas, en nada os diferenciáis, porque Dios, por medio de su Cristo que se inmoló para poderos dar los tesoros de la Gracia mística, de la Comunión de los Santos de la que Él es la Cabeza santísima, de la Vida eterna y dichosa, os hace partícipes y coherederos de las riquezas sobrenaturales con las que recubrió a sus dos Dilectos: Jesús y María. No os diferenciáis de ellos en la condición. Mas recapacitad: No os diferenciáis en la condición y en el destino ultraterreno y sobrenatural; pero, ni aun en el natural.

Como Jesús y María tuvieron sus pruebas, sus dolores, sus luchas, sus ansias y sus incomprensiones, así también los tenéis, los *debéis* tener vosotros si habéis de asemejaros a ellos.

Como Dios justificó a esos dos Elegidos de entre sus elegidos y los glorificó a la vista de los hombres y de los ángeles, en particular a su Hijo, y del modo más solemne, –pues los milagros realizados por Cristo durante los tres años de su vida pública eran un aval dado

¹ Sirácide (Vulgata: Eclesiástico) 24, 5

por el Padre a los actos de su Hijo y una respuesta a las acusaciones de los enemigos de Éste – en el Jordán,² en el Tabor,³ sobre el Moria (San Juan c. XII, v. 27–28) y sobre el Monte de los Olivos⁴ 40 días después de la Pascua. Y por lo que hace a María, con el desgarramiento y los ayes de la más santa y atormentada de todas las madres, sobre el Calvario, en el Sepulcro, en el Cenáculo y también sobre el Monte de los Olivos cuando, separado el espíritu purísimo de María de su cuerpo virginal e inocente en el último de sus ardientes éxtasis de amor, fue asunta por los ángeles al Cielo,⁵ así también seréis justificados vosotros por Dios y después glorificados si acertáis a vivir como hijos de Dios.

Dios no condena las lágrimas ni la repugnancia del hombre al sufrimiento y al dolor. Condena sólo el pecado, la impenitencia y el desesperar de su misericordia. Sean Jesús y María vuestro ejemplo en eso. Queda justificada en el primero su repugnancia a la muerte, ¡y semejante muerte! Justificados asimismo en la segunda sus angustiados lamentos, mudos o clamorosos, dirigidos al Padre de su Hijo y suyo, desde el comienzo de la Pasión hasta la Resurrección.

Aborrecer la muerte, repugnar el dolor, llorar al sentirse abandonado y ante el desgarramiento de un ser querido lamentándose por ello a Dios. Éste no lo condena antes esas lágrimas y repugnancias son las monedas de más valor para conquistar el Cielo si, al sufrirlas y derramarlas, no os apartáis del amor de Dios y a la justicia.

Jesús, que las derramó, y en tanta abundancia, que las probó y apuró todo dolor, tanto por el desgarramiento de su Madre como por el de su Cuerpo, intercede por vosotros ante el Padre. Él sabe muy bien lo que es ser Hombre, y os dice: “Haced como Yo hice. Llorad, estremeceos, gemid a la vista de vuestra pasión y de vuestra cruz. Mas, al igual que Yo, haced la Voluntad del Padre.”⁶ Y Yo os justificaré de todo. Permaneced unidos a Mí y con María, lo mismo que Yo con mi Padre y con mi Madre, y Nosotros seremos vuestro sostén. Yo soy la Vida⁷ y Ella es Madre de la Vida y Madre vuestra que os tomó por hijos⁸ en aquella hora en que, si no murió, fue por voluntad y auxilio divinos, pues su tormento era

² Mateo 3, 13-17; Marcos 1, 9-11; Lucas 3, 21-22; Juan 1, 32-34

³ Es el monte sobre el que coloca la tradición la transfiguración de Jesús: Mateo 17, 1-8; Marcos 9, 2-8; Lucas 9, 28-36

⁴ Marcos 16, 19; Lucas 24, 51

⁵ Los episodios aquí eludidos aparecen narrados en la obra monumental sobre la vida de Jesús, escrita por María Valtorta.

⁶ Juan 4, 34; 5, 30; 6, 38

⁷ Juan 14, 6

⁸ Juan 19, 25-27

mayor que el mío al verme morir entre tantas torturas. Todo lo probamos Nosotros: el hambre, el cansancio, la pobreza, la angustia, las persecuciones, los peligros, la espada de la justicia y del dolor y por esto intercedemos por vosotros. Amadnos como os amamos y superaréis cuanto pudiera separaros de Dios. Amadnos y la caridad hacia Dios Uno y Trino y hacia la Hija, la Esposa y la Madre de Dios y Madre vuestra será vuestra justificación y vuestra gloria futura y eterna. ¿Quién podrá separaros de Dios,⁹ quién arrebatáros en Cielo al que estáis predestinados si permanecéis unidos con Dios y con el Cielo mediante el vínculo del amor? ¿Qué cosas son las que podrán entrar en vosotros para separaros y distanciaros de Dios si Yo, el Amor, os llevo a colmar de Mí para que así os vacíeis de todo y podáis acogerme a Mí sólo? ¿Qué es lo que puede llegar a causaros la *verdadera* muerte si la Vida o, más bien, la Caridad habita en vosotros? ¿Quién podrá venceros teniendo en vosotros a Aquel que venció al mundo, al demonio y a la carne? Nada podrá separaros de Dios, privados del Cielo, haceros esclavos de Satanás y de los hombres, haceros “morir” a la *verdadera* Vida, si vosotros no queréis. Nada podrá dañaros eternamente si vosotros, con bravura,, queréis ser de Dios. Nada podrá venceros si aparece el Tau marcado en vuestra frente¹⁰ y se encuentra en vuestro corazón la caridad. El Cielo es del que sabe merecerlo y Dios lo quiere repleto de vosotros. Por eso os da cuanto puede ayudaros a merecer el Cielo y, junto con ello, a su propio Hijo, a Sí mismo y a su Espíritu Santo. “¿Quién como Dios?” es el grito del Arcángel defensor.¹¹ Y el Arcángel lucha con vosotros y por vosotros y os asegura que si tenéis a Dios en vosotros, nada ni nadie podrá venceros, causaros la muerte del alma ni la ruina eterna”.

* * * * *

2 junio 1950, viernes 1º del mes del S. Corazón

A los Romanos c. IX, v. 1–13

⁹ Romanos 8, 35-39

¹⁰ Ezequiel 9, 4; Apocalipsis 7, 3

¹¹ El nombre de Miguel: Daniel 10, 13-21

“Punto es este muy profundo, tanto por la norma que establece para la práctica de la caridad como por la lección que da a quienes, por los bienes terrenos, renuncian a los celestiales.

Invocando al Espíritu Santo que habita en los corazones y en los cuerpos de los justos, Voz que habla a la conciencia que en Ella pone su enseñanza, su guía y su ley, dice Pablo: “Tengo una gran tristeza, un dolor continuo en el corazón; quería ser separado yo mismo de Cristo por mis hermanos (por el bien de mis hermanos) que son de mi sangre según la carne: los Israelitas, a los que pertenecen la adopción de hijos (de Dios), la gloria, la alianza, la ley, el culto, las promesas, los Patriarcas de los que (vino) Cristo según la carne...”

Pablo era hebreo e israelita, descendiente de Abraham, y lo declara como testimonio y gloriándose de la nobleza de la sangre heredada de sus mayores¹ y esto, aún después que un rayo, en el camino de Damasco,² le arrancara de la Sinagoga árida para sumergirlo en el río de la gracia de siete brazos que fluye del seno de la Iglesia, de la Piedra puesta por el Pontífice eterno: Cristo,³ contra la que, en vano, se habría lanzado Saulo, no habiendo quedado destrozado en el choque que sólo un Querer Divino que había dispuesto grandes cosas para él.

Aunque apartado, a la sazón, de la Sinagoga, aún se sentía unido por lazos de afecto con sus hermanos de sangre en Abraham. Ni es responsable tal efecto porque, si ha de considerarse como prójimo, al que se ha de amar, a todo hombre habitante de la Tierra, mucho más prójimo es aquel con quien nos une una descendencia, una patria y una ley comunes.

Era Pablo de Tarso de Cilicia,⁴ ciudadano romano por tanto ya que Cilicia dependía de Roma; mas *judío* de tribu de Benjamín⁵ por su nacimiento y por la Ley y así había muy pocos como él entre los prosélitos, entre los habitantes de la Diáspora y aún entre los mismos fariseos de Palestina que fuesen tan ardientes como Saulo en las prácticas mosaicas y farisaicas, con un ardor rayando en el fanatismo y en la injusticia.

¹ Hechos 22, 3; Romanos 11, 1; Gálatas 1, 13-14; Filipenses 3, 4-6; 2º Corintios 11, 22

² Hechos 9, 1-18; 22, 5-16; 26, 9-18

³ Mateo 16, 13-19; Juan 21, 15-17

⁴ Hechos 9, 11; 21, 39; 22, 3

⁵ Romanos 11, 1; Filipenses 3, 5

El apego a sus hermanos de sangre y de anterior fe permanecía pues aún en él tras haber abrazado la nueva fe y haberse hecho apóstol de Cristo, el más ardiente de sus apóstoles, es más, habiéndose traspasado a sí mismo al tiempo nuevo tal como era, con toda su intransigencia y con todo su fanatismo del tiempo pasado, cualidades congénitas de su naturaleza humana.

Mas, al haberse realizado su paso por obra extraordinaria de Dios, –el Verbo encarnado – su amor a los hermanos de un tiempo, al igual de toda otra cosa, se había transformado, pasando de afecto terreno a caridad sobrenatural. Y aun su propia intransigencia y su fanatismo, por más que seguía teniéndolos, se habían transformado también. Y así Saulo, el ardiente, el intransigente, el fariseo fanático, el lapidador de Esteban⁶ si no con las piedras sí con las palabras, el perseguidor de los cristianos, vino a transformarse en el Pablo ardiente, no de odio sino de amor, intransigente con cuanto hiciese relación al honor de Dios y al bien de los demás, primero consigo mismo y después con todos, desde Pedro, el Pontífice, hasta el último fiel.

Y he aquí cómo el efecto terreno a sus hermanos de un tiempo se eleva, se sublima y resulta en él martirio de caridad sobrenatural, porque querría verlos también en el Reino, convertidos, arrepentidos, renovados *por*, *para* y *en* Cristo, al que, cuando estaba entre ellos, habían rechazado y perseguido hasta la muerte, pidiendo cayera su Sangre sobre ellos,⁷ no con un fin santo de redención sino por odio y por escarnio.

Aquel pecado de deicidio es el dolor que oprime y colma el corazón de Pablo. Su obstinada permanencia en este pecado que le acompañaba mientras perseguía a Cristo al perseguir a los cristianos, era lo que constituía la tristeza de Pablo hasta el punto de llegar a desear y casi pedir ser separado de Cristo, el Amor de sus amores, para que ellos lleguen a arrepentirse y a amarlo, mereciendo con ello ser *vivos* hijos adoptivos de Dios y hermanos de Cristo, no sólo por la carne – asumida por Él de la descendencia de Adán por línea materna, y de Abraham, Isaac, Jacob y después, a través de sucesivas generaciones, de José, y, por último, de María de la estirpe de David, por la cual Jesús de Nazaret es israelita procedente del tronco más puro del Pueblo elegido⁸ – mas también por ser coherederos del Reino del Padre celestial.

⁶ Hechos, del 7, 55 al 8, 4

⁷ Mateo 27, 25

⁸ Mateo 1, 1-17; Lucas 3, 23-38; Lucas 3, 23-38

Aquellos que quieran ser verdaderos cristianos han de tener sentimientos idénticos a los de Pablo para con los hermanos separados, hijos pródigos de clases distintas a la de los que son cristianos, pues si bien creen en Cristo, no son miembros del Cuerpo místico porque no están unidos al tronco de la mística Vid, esto es, a la Iglesia Romana, y habiendo tenido el bautismo y otros sacramentos de la Iglesia verdadera, más tarde, bien por mala voluntad de quien les hizo caer en diversas herejías y en formas de vida pecaminosas o por haber caído en herejías de diferentes especies (por supersticiones, idolatrías incluso para con el hombre, comercio con el demonio, pertenencia a sectas anticristianas, espiritismo, magia y otras y otras cosas por el estilo).

El sacrificarse por estos tales a fin de que tornen a la Vida y alcancen la Salvación eterna, es obra perfecta de caridad con el prójimo. Y la norma es ésta: amar, no sólo a quienes son semejantes a vosotros en religión y justicia y a los que os aman, sino también, y sobre todo, a los que son diferentes a vosotros y enemigos,⁹ no sólo porque tienen mayor necesidad de ello sino también porque amar a quien nos persigue o también nos odia por nuestra fe y por nuestra manera de obrar, es dar testimonio de nuestra perfecta formación en Cristo que perdonó hasta a quienes le crucificaron¹⁰ y escarnecieron y es, a la vez, moneda de infinito valor para vuestro tesoro, en el Cielo.

La segunda lección, aquella que hace referencia a las distintas valoraciones de los bienes terrenos y celestiales, se encuentra en los versículos 6, 7 y 8, y la conclusión en el versículo 13.

“No todos los que descienden de Israel son israelitas, ni los nacidos de la estirpe de Abraham son todos hijos suyos sino que su descendencia será de Isaac. Por tanto, los hijos de la carne no son hijos de Dios sino que son contados como descendientes los hijos de la promesa”.

He aquí pues cómo la voluntad libre del hombre es la que decide su suerte futura y eterna. Cómo en Adán fue su voluntad la que le hizo caer; cómo a Caín¹¹ fue su voluntad la que le hizo fraticida y errabundo dando origen a los hijos de la carne, esto es, a los rebeldes a toda ley, incluso moral, como fue también su mala voluntad la que motivó que Ismael¹²

⁹ Mateo 5, 44-46; Lucas 6, 27

¹⁰ Lucas 23, 34

¹¹ Génesis 4, 1-16

¹² Génesis 21, 8-21

fuera echado de la tribu de Abraham y viniera a ser engendrado de hijos de la carne, y no de dios, al unirse a una mujer de Egipto, esto es, idolatría.

Al paso de los siglos, repetirá Israel ese yerro contrayendo su rey nupcias con mujeres extranjeras e idólatras,¹³ instaurando el culto de los ídolos junto al Templo del Señor y preparando así el terreno para el cisma político y religioso¹⁴ que dividió durante siglos a Israel en el Reino de Judá y en el de Israel y enfrentó a los habitantes de Palestina – Judíos y Galileos – con los Samaritanos hasta después de la muerte de Cristo.

Mas, antes también, otro, por su desprecio de las cosas verdaderamente preciosas e imperecederas y su apego a las cosas terrenas, perderá la primogenitura¹⁵ de la estirpe elegida y después la bendición paterna, semejante a la bendición transmitida del Padre Creador al padre natural para investir al primogénito de poderes extraordinarios y, por fin, perderá su pertenencia al Pueblo de la promesa, dando origen a la estirpe de los edomitas e idumeos, pueblo desdeñado por el Señor (Malaquías I, 4) por no ser ya Israel sino raza de esclavos y no de libres, como la de Ismael, signo de la diferencia futura entre los hijos de la Ley de la Sinagoga y los de la Ley de la Iglesia de Cristo que hace de los hombres que la observan hijos de Dios, hermanos de Cristo y coherederos del Cielo.

Así pues, no es cambio alguno en la eterna y perfecta Voluntad el que lleva a unos más que a otros a la perfecta libertad y a la vida en el Reino, como quieren decir las iglesias reformadas y heréticas, sino la libre voluntad del hombre que puede elegir lo que más le place: la carne o el espíritu, el mundo o el Cielo, Satanás o Dios.

Pero aquellos únicamente que permanecen fieles a Dios, creen firmemente en Cristo su Hijo y practican su Ley y su Doctrina – que en complemento de la ley del Sinaí¹⁶ despojada de las ligaduras de la Sinagoga y hecha de nuevo libre con la libertad de Dios, buena con la bondad de Dios y siempre con la simplicidad de Dios – éstos sólo logran ser o permanecen hijos de Dios.

Aquellos que creyéndose los “primogénitos” del pueblo de Dios por haber venido antes, perseguirán a los tenidos como inferiores por haber venido *después*, más tarde que el “Hijo

¹³ 1º Reyes (Vulgata: 3º Reyes) 11, 1-6

¹⁴ 1º Reyes (Vulgata: 3º Reyes) 12, 1-33

¹⁵ Génesis 25, 29-34

¹⁶ Éxodo 20-23; Deuteronomio, del 5, 1 al 6, 13

del Carpintero de Nazaret”¹⁷ al que escarnecieron, y sólo por haberlo despreciado, – y haber despreciado, a la vez que a Él, la predilección que tuvo Dios con Israel haciendo nacer en Israel a su Verbo encarnado – hará con ellos lo que con Ismael y Esaú¹⁸ que, de primogénitos de la descendencia elegida, quedaron reducidos a esclavos de su pecado y a ser de aquellos que estarán detrás, agobiados por sus culpas y, más que nada, por la gran culpa del deicidio, a ser los separadores del Pueblo de los hijos y los odiados por el Amor eterno al no haber sabido acoger y amar al Amor hecho Carne por amor.

Por el contrario, aquellos que no eran Pueblo de Dios (los Gentiles de todo tiempo y lugar) llegaron a serlo, formando parte del Reino de Cristo en la Tierra, al pertenecer a su Esposa real, la Iglesia y, en el Cielo, al alcanzar su posesión tal como la inmutable Palabra de Dios lo prometió desde el Edén¹⁹ y después. A través de los Patriarcas y de los Profetas, hasta Cristo por boca de Éste y, posteriormente, a través del magisterio de la Iglesia por el tiempo que Ésta dure.

La antigua promesa del Redentor, habiéndose, a la sazón, cumplido con su venida y con el cumplimiento de su misión en el mundo, queda sustituida con la nueva promesa: “Todo el que crea en Cristo, le acepte a Él y su doctrina, se hace hijo de Dios y tiene la vida eterna”;²⁰ lo mismo que sucedió con la antigua Sinagoga que fue sustituida para siempre, hasta el fin de los siglos, por la Iglesia de Cristo; y como el Nuevo testamento que sucedió al Antiguo.

Sólo los hijos de la promesa, esto es, los que creen en Cristo y viven en su Cuerpo místico del que Él es su Cabeza santísima y miembros suyos la asamblea de los fieles, “son contados como descendientes” y, por ello, coherederos del Reino de la Jerusalén eterna”.²¹

* * * * *

16 de junio 1950.– Fiesta del Sagrado Corazón

A los Romanos c. IX, v. 14–18

¹⁷ Mateo 13, 55

¹⁸ Génesis 21, 8-21

¹⁹ Génesis 3, 14-15

²⁰ Juan 6, 45-47

“Nadie puede apropiarse el derecho de hacer observaciones e imposiciones a Dios por más que parezca injusto su modo de proceder con los individuos, las naciones, o la humanidad entera, a menos de ser un sacrílego o declararse incrédulo.

Porque, verdaderamente, los que no creen que una cosa pueda ser de Dios si no la ven confirmada por una manifestación divina, además de imitar en su culpa al apóstol Tomás¹ –culpa de hombre aún no confirmado en la fe de Cristo antes zarandeado en la misma por la captura y muerte ignominiosa de Cristo – repiten la culpa *imperdonable y no perdonada* de los Fariseos, Príncipes de los Sacerdotes, Escribas y de todos aquellos que, en el momento de la consumación del más grande sacrificio de amor de Dios, Caridad Infinita, exigían para creer – ni tampoco les habría bastado, porque hubieran dicho: “Lo hizo porque es un Satanás y le ayudó Belcebú² – que Cristo bajase de la cruz y se salvase a sí mismo.³

No hay quien pueda hacer observaciones o imposiciones a Dios, porque Dios es Dios y todo –personas y cosas, pasadas, presentes y futuras – es nada comparado con Él, Único y Trino, Inmenso, Perfecto en la totalidad de sus Tres Personas y en su Unidad admirable, lo mismo que en sus Atributos y en sus Actos.

No hay otro Dios fuera de Él: el Dios Padre, Creador y Señor del Cielo y de la Tierra, Primera Persona de la Trinidad Santísima, el Cual por ninguno fue engendrado porque es Eterno, y por Sí mismo, mediante divina generación, engendró a su Verbo – por medio del cual todas las cosas fueron hechas – la Segunda Persona, Divina, Eterna, Perfecta, igual en todo a la Primera que en Él se complace, así como el Hijo se complace en el Padre que lo engendró, dando origen, mediante esta doble complacencia, al Espíritu Santo que procede del Padre y del Hijo y es su mismo amor, el nudo que los estrecha, el abrazo que los une, el fuego que los funde sin producir confusión de Personas, la paz en la que incansablemente operan y descansan juntos en el Amor, por el Amor y con el Amor que de Ellos procede y que constituye el atributo mayor y la esencia misma de Dios.

Él, Dios, siendo Amor, no puede ser sino Justicia, porque sólo quien no ama es injusto con sus semejantes o con sus hijos y hermanos. Por el contrario, el que ama es siempre justo, pues, aun reconociendo que las acciones de uno son injustas – porque, no

²¹ Apocalipsis 21, 1-8

¹ Juan 20, 19-29

² Mateo 12, 24; Lucas 11, 15

³ Mateo 27, 39—44; Marcos 15, 29-32; Lucas 23, 35-39

reconocerlas por tales, si tales son, no sería bondad sino estulticia – es justo asimismo al castigarlas no excediéndose en la severidad ni en la indulgencia sino obrando con arreglo a la medida que la culpa exige.

Dios ama. Ama como Padre a sus hijos, al igual que Jesús, Dios–Hombre, ama a sus hermanos. De aquí que siempre sea justo, lo mismo al castigar que al premiar. Y cuando de los labios de la Sabiduría encarnada salían aquellos consejos evangélicos: “Haced cuanto y como Yo hago. Sed perfectos como el Padre de los Cielos”,⁴ era a esta perfección de justicia amorosa a la que el Verbo estimulaba: a la Justicia perfecta del Padre y del Hijo hecho hombre. A esa justicia que no claudica por parte alguna, ni ante presiones ni por dádivas, amistad o parentesco, antes, con espíritu remontado sobre toda cosa material y terrena, juzga, absuelve o condena conforme es debido.

Ser justos con el prójimo es más difícil que ser amantes de Dios, porque Dios es bueno y es fácil amar al que es bueno. Dios es confortador y resulta fácil amar a quien conforta y consuela. Dios es sostén y es cosa fácil amar a quien nos sostiene. Dios es perdón y es fácil amar al que perdona. Mas el prójimo es, a menudo, malo, injusto, dispuesto a causaros dolor y a aumentárselo con sus incomprensiones, obstinaciones, burlas y asperezas, fáciles en abandonaros si os encontráis oprimidos o en desgracia, cuando no viene a hacerse cómplice del que ya os está oprimiendo para, a su vez, oprimiros y adoloraros él aún más; duro en perdonar aun cuando se siente injustamente ofendido o perjudicado al tiempo que vosotros sois inocentes; y durísimo después en perdonar cuando vuestra culpa es manifiesta. Amarle es, por tanto, difícil.

Con todo esto, está dicho: “Amad a los que os odian y seréis hijos del Altísimo”.⁵ ¿Por qué? Porque poseeréis el perfecto amor y la más grande imagen y semejanza con Dios. Más aún: como el hijo asume la vida que seminalmente le transmite su padre y resultan incancelables las cualidades físicas de éste tanto en la sangre como en el aspecto y el carácter además del apellido, así vosotros, si asumís el principal de los atributos de Dios, ese que constituye su esencia, asumís en vosotros la Vida misma de Dios, vivís por Él y en Él y venís a ser sus verdaderos hijos, no por la igualdad de naturaleza y esencia sino por sobre naturalización de la criatura que viene a quedar así divinizada por participación

⁴ Mateo 5, 48

⁵ Mateo 5, 44-45

relativa en los actos de Dios Uno y Trino y por semejanza al hacer lo que Él hace desde siempre: amar.

Ya lo dijo Dios a Moisés: “Usaré de misericordia... tendré compasión...”⁶ Mas su misericordia y su compasión no tuvieron su inicio en aquel momento. Bien que unidas a la justicia divina, aparecen ya vivas en el Edén ante aquellos dos prevaricadores, *condenados en el tiempo* con el trabajo, el dolor, la fatiga, el destierro y la muerte, *mas perdonados para la eternidad* con la promesa de la Redención y mediante Ella.⁷

Mas todavía: la misericordia y la compasión existieron aún antes de que viviese el hombre, cuya culpa futura no la ignoraba su Creador. Y esto, por haber creado al hombre para darle el Cielo y la filiación y semejanza divinas;⁸ por haberlo creado sabiéndolo destinado ya a ser, por propia voluntad, un pecador, un rebelde, un prevaricador, un ladrón, un homicida, un violento, un embustero, un concupiscente, un sacrílego, un idólatra – hallándose presentes en él, por condescendencia propia, todas las malas tendencias humanas, en él, en el hombre, que debía ser santo – y, sobre todo, por haberlo creado sabiéndolo capaz de dar muerte *una vez* a su Verbo que por el hombre había asumido la Humanidad y de herirle innumerables veces con sus pecados, tantas cuantos son los granitos de arena que forman el fondo de los mares, desde su venida redentora hasta el fin de los siglos, esto da la medida exacta de la infinita misericordia y compasión de Dios.

‘l contemplaba ab aeterno a su verbo, y su Pensamiento eterno pensaba en todas las cosas que por el Verbo habría de crear y, jubiloso, admiraba en su pensamiento las innumerables bellezas y maravillas de la Creación que, en el momento preciso, habrían de hacerse por el Verbo.⁹ Mas, al mismo tiempo, el Padre de las luces veía mancillarse aquel poema creativo, todo luz y bondad, con una mancha perturbadora y maléfica, origen de toda culpa y desventura.

Como aquel que se detiene admirado a contemplar un lugar de delicias, lleno todo él de balsámicas flores, de aguas cristalinas, de pájaros cantores, y gime después horrorizado viendo salir de él una serpiente venenosa y agresiva que rompe, muerde y destroza plantas

⁶ Éxodo 33, 19

⁷ Génesis 3, 14-20

⁸ Génesis 1, 26-27

⁹ Juan 1, 3; Colosenses 1, 16

y animales y contamina las aguas y las flores, así el Padre del Verbo y del hombre, al contemplar ab aeterno la futura creación en la que todo lo creado sería “bueno”,¹⁰ vio a la serpiente atacar, corromper, contaminar todas las cosas y traeros el dolor; vio al hombre caído, vio a Caín asesino de Abel,¹¹ figura del otro Caín (Israel) que habría de dar muerte al nuevo Abel: su Verbo.

Ante un acontecimiento como éste aún el mas santo de los hombres habría llegado, si no a odiar, si al menos a sentir brotar dentro de él displicencia hacia el ingrato, tan inútilmente beneficiado y disipador de los beneficios recibidos.

Dios, no; Dios lo sabe todo. Y su misericordia y compasión no mueren ni languidecen sino que, precisamente, este conocimiento eterno es el que las hace surgir y así, ab aeterno decretan que, puesto que el Hombre y los hombres han de ser pecadores y homicidas de su parte eterna y de los hermanos, si de nuevo ha de hacerseles “vivos”, “hijos” y “coherederos”, es preciso sacrificar al Hijo.

Él será el Hijo del Hombre, el Adán fiel y santísimo, el Abel y el Cordero inmolado por Caín deicidas. Y por la Culpa primera y la segunda –la del Edén y la del Templo¹² – vendrá la Redención.

Y Dios será compasivo y misericordioso con quien lo desee, es decir, con *todos* aquellos que, a su vez, quieran, con buena voluntad, ser “hijos de Dios” por haber acogido con amor a Cristo y seguido y practicado los mandatos y enseñanzas de la Palabra divina.

Dios siempre saca bien de todas las cosas.

De la culpa de Adán sacó el bien de la Redención, medida de la Caridad divina que es infinita y perfectísima. La confirmación de su poder, justicia y bondad infinitos la sacó de la obstinación del Faraón¹³ en oponerse a las órdenes que Moisés, su siervo, le transmitía al monarca egipcio, el cual, de este modo, – por las plagas que azotaron a Egipto y por el exterminio de los primogénitos y de los Egipcios en el mar Rojo – conoció que Dios es el Señor como lo conoció también el Pueblo de Dios que, mediante tales prodigios, quedó confirmada su fe, en el Dios Único, en su Dios.

¹⁰ Génesis 1, 1-31

¹¹ Génesis 4, 1-16

¹² Juan 11, 45-53

¹³ Éxodo del 7, 8 al 12, 34

De la culpa de Israel, crucifijor de su Verbo encarnado, sacó la certeza feliz de la Resurrección de la carne y de la Jerusalén eterna, a la que suben los espíritus de los justos con sus respectivos espíritus para una vida eterna de gozo.

De todo saca el Buenísimo cosas buenas. Lo que únicamente haría falta es que el hombre, con su voluntad que debe ser buena, supiese extraer su bien de todo cuanto Dios hace. ¿Cómo? No rebelándose ni alejándose del Padre de los Cielos cuando carga su mano y es amargo su cáliz.

Vosotros sois pecadores. Todos. Aún los mejores son imperfectos. Jesús era inocente, santo y perfecto.¹⁴ Con todo, el Padre cargó sobre Él la suma total de las culpas de los hombres para que las saldase sobre el Gólgota y le presentó el cáliz más amargo,¹⁵ amargo con todas las amarguras y desazones: desde la amargura del abandono del Padre,¹⁶ del dolor de la Madre y de la traición del amigo y apóstol, hasta la vileza de los demás apóstoles, la negación de su Cefas¹⁷ y la ingratitud del pueblo. Ningún hombre cargó ni cargará con tal cantidad ni beberá el cáliz que abrumó y amargó a Cristo Inocente.

Aprended de aquí a imitarle en su perfecta buena voluntad, en su obediencia santísima para así extraer vuestro bien de todo cuanto Dios permite que os suceda para vuestra prueba y vuestro premio”.

* * * * *

22 – 6 – 50

A los Romanos c. IX, v. 19–24

Muchos al sentirse llamar a los caminos de la justicia, para no disgustar a Dios responden con esta reconvención blasfema:

“¿De qué pues se lamenta? ¿No es Él quien nos hizo así? Bien podía habernos creado intangibles a los asaltos del Mal o, al menos, no dejar que el Mal nos asalte. Podía habernos hecho a todos buenos y santos. Por el contrario, ¿dónde está su justa medida de bondad y

¹⁴ Hebreos 7, 26

¹⁵ Lucas 22, 42

¹⁶ Mateo 27, 46; Marcos 15, 34

de providente cuidado con todos? Hay quien es rico, quien es miserable, quien está sano y quien siempre se encuentra enfermo; hay quien se ve amado por sus parientes, por su esposa, por sus hijos y amigos y quien se siente incomprendido, frustrado, traicionado y desarmado por esos mismos; hay quien triunfa siempre y quien, con tener todos los medios, incluso santos, a su favor, no triunfa jamás. ¿Cómo es posible pretender que quien es víctima de la sociedad, de la familia, de los infortunios o enfermedades, no se rebele viendo que muchos otros, lejos de ser víctimas, triunfan? Y quien fue creado con sangre bullente de ira o de lujuria, no puede acaso decir: “¿Por qué me recreaste así? Es Él, es Dios el que así lo quiere y es inútil oponerse a su Querer tanto en lo Bueno como en lo Malo. Es Él quien lo quiere”.

No. *No es Él*. No caigáis en las herejías de ciertas sectas, hoy ya oficialmente desaparecidas, pero que, en realidad, aún perduran en los corazones con sus doctrinas heréticas o en las de otras oficialmente activas que, con sus doctrinas contrarias a la verdad, a la luz y a la sabiduría divinas – por estar dichas sectas separadas del Cuerpo místico – llegan a la conclusión de que el hombre no fue creado para el Cielo sino para ser un réprobo, ya que fue creado de tal suerte que no puede menos de pecar.

Esto no es así. No lo creáis si os lo dicen. No admitáis tal pensamiento si Satanás os lo insinúa en vuestra mente, pues extraña apostasía, ingratitud y desesperación. Renegaríais de Dios, vendríais a desconocer su naturaleza, su Paternidad, todos sus atributos; caeríais en el pecado de desesperar de salvaros y, cual hojas caídas, os dejaríais arrastra lejos de la meta *verdadera*: el Cielo, y por caminos cuajados de tinieblas y de fango os precipitaríais en el abismo, en ese abismo en el que fatalmente se precipitan todo aquellos que no creen, no esperan y ya no aman a Dios, sus promesas seguras ni su Ley.

Imitad a Cristo. Nadie fue más probado que Él. Nadie como Él supo de la soledad, de la incomprensión y de los abandonos,¹ desde los del Cielo hasta los humanos. No hubo quien, como Él, padeciera todos los dolores: no hablo sólo de los correspondientes a sus últimos días que terminaron en el sepulcro, hablo de todos los dolores que soportó desde que abrió sus ojos en Belén,² dolores de toda especie y cada vez mayores. Mas nunca reprochó a su

¹⁷ Mateo 26, 69-75; Marcos 14, 66-72; Lucas 22, 55-62; Juan 18, 25-27

¹ Mateo 27, 46; Marcos 15, 34

² Mateo 2, 1; Lucas 2, 1-7

Padre por este océano de dolores que le envolvía y que, con sus olas amargas, cada vez más altas, trataba de anegarle.

Jamás recriminó a su Padre. Sabía que Él permitía esto para su posterior exaltación³, por sus méritos en una medida sin medida, desproporcionada con el sufrimiento. Sabía que el mal, el dolor, toda la soledad y angustia que sufría, eran debidos al Hombre decaído,⁴ a Adán y a sus descendientes que, por haber caído, no podían sino proporcionar dolor a Aquel que era Dios en vestidura humana y que esto era así para hacer de ellos hijos de Dios. El mismo Satanás era el motor y lo sabía, pues, conciente de su próxima derrota por la restitución del estado de gracia a los redimidos, se vengaba con el mayor de los odios contra el Amor.

Imitad a Cristo y no blasfeméis culpando a Dios de vuestras debilidades.

¿No os creó Él a todos iguales? ¿No os dio a todos, por igual, un entendimiento para comprender, un corazón para amar, una conciencia para distinguir el bien del mal y un alma para que se den en ella espirituales arranques y sean posibles vuestros encuentros con Dios?

¿Sufrís? Pensad en lo que y en quien os hace sufrir y veréis que es el hombre la causa de vuestros sufrimientos: porque, siendo pecador, os transmitió sangre impura o porque atentó contra vuestra integridad física o porque os tuvo envidia u odio y os calumnió o dañó moralmente.

¿Os sentís débiles en vuestro espíritu y humillados por vuestras caídas? Examinaos bien ¿Es acaso Dios el que os trajo a esa tentación o sois, por ventura, vosotros los que os pusisteis en ella no huyendo de vuestros tentadores?

La Culpa que incuba en vuestra alma y es lavada por el Bautismo, aunque dejando el fomes, al igual de las demás culpas vuestras, ¿son acaso tales que hagan de vosotros unos perversos que no puedan ya dejar de serlo o unos repudiados que hayan perdido su semejanza con el Padre sin posibilidad de ir acrecentando esta divina similitud?

No. Como acaece con un hombre que, por más que nazca deforme o lo sea, o, tal vez, bestial y monstruoso, no por eso deja de ser hombre; y, aunque haya quedado lesionada su inteligencia, sigue viva el alma o susceptible de tornar a la vida por más que el hombre, por

³ Filipenses 2, 5-11

degeneración psíquica, caiga en pecado de bestialidad, pero después se arrepiente de él y reclama las aguas de la Vida para su alma muerta, así, y con mayor razón, el alma nunca pierde del todo su semejanza con el Padre que la creó, ni se apaga en ella por completo la tendencia al Bien ni la llamada su origen y a su fin. Y también aquí es la parte humana del hombre la que, con espontánea y satánica voluntad, puede querer la muerte para el alma; mas ésta, de encontrarse libre y sola, *siempre* tendrá la búsqueda de Dios y el gozo de estar con Él.

El que espontánea y premeditadamente mata su alma, termina casi siempre por dar también muerte a su cuerpo. Al ser violento con su alma, lo es también con su carne y, al renegar del Ser, del Fin, de la Fe y de la existencia en él del espíritu, acaba por matarse como Judas.⁵

El que, sin premeditación mata su propia alma con el pecado mortal, mas después tiene voluntad de Vida y, arrepentido, procura regenerarse y, a imitación de Dimas,⁶ confía en la Misericordia, no sólo devuelve la vida a su espíritu, sino que, por la humillación de la caída, disminuye en soberbia y crece en humildad; y, de aquí que la culpa y sus mismas tendencias, al mantenerlo humilde, le sirven para caminar hacia la perfección que nunca puede estar en donde se halle la soberbia, mientras que la experiencia del amor de Dios que perdona al culpable arrepentido, le lleva a un más vivo amor de Dios y, de éste, a su Fin.

Muchas veces – y de ello es un ejemplo Pablo – de grandes miserias, de vasos de arcilla colmados, tal vez, de fango, de lujuria y de odio, saca Dios sus vasos de elección.

Igual que el Alfarero divino que de la misma materia hace los vasos, todos los vasos. *De la misma materia. De modo idéntico, os mezcla los mismos elementos.* A todos da igual misión y el mismo fin y sabe su pensamiento quiénes han de ser fieles a esa misión y a ese fin y quiénes no. Mas no es Él quien los quiere así. Es la materia la que quiere o no quiere permanecer fiel.

La paciencia divina todo lo soporta. Sabe esperar. Hace de los hombres – vasos de elección o de perdición, de caridad o de odio, de verdad o de mentira, de castidad o de lujuria – otros tantos medios para probar a los demás hombres en su voluntad de salvación o de ruina, de avaricia o de amor a la pobreza espiritual por desapego de todo lo que no es

⁴ Génesis 3; Romanos 5, 12-21

⁵ Mateo 27, 1-5

Dios, de rebeldía o de mansedumbre, de ira o de paciente llanto en el dolor, de injusticia o de justicia, de dureza o de misericordia, de triple concupiscencia o de triple pureza, de cólera o de paz, de persecución contra los hermanos o de fidelidad más bien durante la persecución, para premiar o castigar según lo exija el mérito o el demérito, como también para hacer que resplandezca su Poder dando el Reino a los que responden a sus luces, a sus invitaciones, a sus mandatos, y quitándoselo a quienes, autoproclamándose “dioses y justos, no se pliegan a sus Voces, llaman “tinieblas” a sus luces y sugerencias de Satanás a sus prodigios.

Esto mismo hizo Israel con el Señor y con su verbo. Y Dios, que quería castigar a Israel, el cual, de la Ley divina tan sólo tenía ya la letra pero no el espíritu⁷ y había caído en los perennes pecados de soberbia, de dureza del corazón, de rebeldía y hasta de idolatría – menospreciando al Dios verdadero, hecho carne por amor y dándole muerte para ser ellos “dioses” – después de haber soportado pacientemente durante siglos a estos vasos sobre los que bajan ya su ira para condenarlos a la perdición, repudiando a la Sinagoga y a sus ministros, de la misma reprobación de Israel, culpable del máximo pecado, extrajo la salvación. La misericordia y la gloria eterna para los Gentiles y en el lugar del Templo y de su altar, ya demolidos, – como estaba anunciado por los Profetas y por Cristo –⁸ y de los antiguos sacrificios, reconstruyó el nuevo Templo y el nuevo altar, al igual que el nuevo Sacrificio perpetuo y santísimo, como eterno y santísimo es también su eterno Pontífice: Cristo, Hijo de Dios.

A dichos Templo, altar y sacrificio, todos los pueblos eran y son admitidos porque todos los hombres son, por igual, criaturas de Dios, tienen un mismo origen, un mismo fin e idénticos derechos de hijos con el Padre que es misericordioso y compasivo para con todos aquellos que se vuelven a Él”.

* * * * *

16 – 7 – 50

⁶ Es el nombre, no bíblico sino tradicional del buen ladrón: Lucas 23, 33-43

⁷ 2º Corintios 3, 5-6

⁸ Juan 2, 19-22

A los Romanos c. 9º, v. 25–29.

“¿No ocurre, tal vez, lo mismo entre los hombres? Cuando un padre, un buen padre de familia, después de haber amado con un amor recto a sus hijos, haber trabajado para ellos, haberse agotado en darles bienestar y desvelado por ellos para hacerlos crecer sanos de cuerpo y de espíritu, llega a verse repudiado, abandonado o, tal vez, maltratado, explotado, u otras cosas más por, ellos, ¿no se vuelcan acaso sus ansias de amar y de hacer el bien sobre cualquier pobre niño huérfano o hijo de nadie – que es el más triste de las orfandades – y lo toma adoptándolo, destinando para él los bienes que los hijos de su sangre rechazaron? Y esto lo hace para amar y tener quién lo ame.

Así hace Dios Padre. Así lo hizo.

Desde el principio de la humanidad amó Dios al hombre y, de entre los hombre, distinguió con particular amor a los antiguos justos, padres y patriarcas llenos de dignidad, de prudencia, de valor, de justicia y de todas las demás virtudes con las que agradaron a Dios. Desde Enoc a Noé,¹ desde Abraham a Isaac y Jacob² y, más tarde, al gran Moisés³ – caudillo y salvador del Pueblo elegido, legislador por disposición de Dios que le confió la Ley y sus disposiciones – a Aarón, primer sacerdote,⁴ a Josué⁵ que llevó a término las órdenes dadas por Dios a Moisés acerca de la posesión de la Tierra prometida a los hijos del Pueblo elegido, a los Jueces, a los Profetas y Reyes, ¡cuánto amor prodigó Dios a su pueblo a través de estos más elegidos de entre los elegidos!

Mas, por sentirse infinitamente amados, cayeron en el mismo pecado de Adán. Creyeron serles todo lícito. Tuvieron por inútil obedecer a Dios. No sólo eso: osaron criticar las acciones de Dios y las juzgaron, ya inútiles, absurdas, satánicas y hasta imposibles. Cuanto Dios – el Padre desde el Cielo y el Hijo sobre la Tierra – más daba a entender la naturaleza de aquellos prodigios, de aquellas palabras y más atestiguaba con esos mismos prodigios y con la sabiduría de aquellas palabras que “*aquello era de Dios*”, tanto más juzgaba Israel como satánicos los prodigios, asegurando ser Satanás el que los realizaba, que eran blasfemas sus palabras y sacrílegos sus actos.

¹ Génesis, del 5, 21 al 6, 12

² Génesis 12, 35

³ Éxodo 2, 20

⁴ Éxodo 29

⁵ Josué 1-24

Y Dios repitió el gesto que tuvo con los dos prevaricadores del Edén. Repudió a Israel y, para tener un Pueblo, eligió a los gentiles.

El Espíritu de Dios anunció por su profeta Oseas: “Vuestra madre (la Sinagoga) no es ya mi mujer... No tendré compasión de sus hijos porque son hijos de fornicación... Haré que terminen todas sus alegrías, sus fiestas, sus novilunios, sus sábados y todos sus días de fiesta... Y diré a aquel que no era mi Pueblo (los gentiles): “Tú eres mi pueblo, y él me dirá: “Tú eres mi Dios”...”⁶

Y más todavía, profetizando cuán pocos del numeroso Pueblo que ya era de Dios, del Pueblo de “El que es” del tiempo antiguo y del antiguo Templo habrían de hacerse del nuevo Pueblo de Dios—Jesús y del nuevo Templo, se dijo: “Los residuos de Jacob, los residuos, digo, (o sea, los israelitas todavía justos como los de la estirpe directa y primigenia de Jacob) se convertirán al Dios fuerte”.⁷Y se dijo lo que expresa Pablo refiriéndose a otros puntos de las profecías de Oseas y de Israel. Y cuanto se dijo tuvo cumplimiento. Y los que formaron el Pueblo fueron los Gentiles y unos pocos israelitas que supieron acoger a Cristo, llegando a ser por esto “hijos de Dios”.

Hijos es mucho más que súbditos porque a los súbditos no les es dado habita en la casa real mientras que a los hijos sí. Y los hijos de Dios, hermanos de Cristo, habitarán en la Casa del Rey de los reyes para siempre”.

* * * * *

24 – 7 – 50

A los Romanos c. 9º, v. 30–33

“Si la arribada al Reino de Dios – Reino de Amor, de Justicia y de Pureza – se hubiera circunscrito a los israelitas y a los hebreos de la Diáspora,¹ no habría resultado posible, al ser Jesús el Hombre–Dios, Rey universal y de infinito poder, el que toda la Humanidad

⁶ Oseas 2, 4-25

⁷ Isaías 10, 21

¹ Así se les llama a los Israelitas que viven fuera de la tierra prometida; Santiago 1, 1

hubiera podido pretender, merecer y obtener el Reino de Dios, primero en sí y junto a Dios después.

Si esta llamada y derecho a heredar el Reino hubieran quedado reducidos al solo pueblo hebreo – cosa que sólo hubiera podido suceder gracias a un milagro fulgurante de Dios capaz de desbaratar el errado mundo de ideas que tenazmente defendían los hebreos contra todo lo que pudiera hacerlo caer y desaparecer – ¿cómo habría podido decirse que Dios es Padre infinitamente bueno *para todas las criaturas* dotadas de alma espiritual? Las otras, todas las demás criaturas esparcidas por los continentes entonces conocidos y por los aún desconocidos, ¿cómo podrían decir, al final de los siglos, que Dios era bueno y paternal con todos los hombres? Ellas no tenían culpa de haber nacido en otras patrias y en otras religiones. Si alguna culpa había, era ésta la de los hebreos que abrigaban un odio encarnizado y un desprecio desdeñoso hacia todos los incircuncidados por más que éstos fuesen, moralmente, más justos que ellos.

Debido a este desprecio injustificado y contrario al mandamiento del amor para con el prójimo que no se limita a los compatriotas y correligionarios, jamás intentó Israel dar a conocer el *verdadero* Dios a los adoradores de múltiples dioses, como tampoco a aquellos paganos que, por ser particularmente virtuosos, presentían la existencia de un Dios verdadero – diferente de los falsos dioses, Único, Santo, Creador, de modo muy distinto a como declaraban las míticas leyendas, Tutor y Moviente de todo el Universo – llegando a levantar un altar al Dios Desconocido² y conservándolo allí durante siglos con objeto de invocarle. Y sin un mandato expreso del Verbo encarnado – “Id a evangelizar a *todas* las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles cuanto os he enseñado”³ – ni aun los mejores de Palestina, los elegidos, los amaestrados por Él durante tres años con la palabra y con el ejemplo, hubieran removido las pasadas piedras de sus concepciones hebraicas que calificaban de “abominación e impureza” cuanto no fuese Israel, mezclando en su desprecio a los Samaritanos⁴ con los Fenicios, con los Romanos y con cuantos no pertenecían a la Sinagoga de Israel.

² Hechos 17, 22-34

³ Mateo 28, 19-20

⁴ Juan 4, 9-10

Los Hechos de los Apóstoles dan testimonio de esta terca cerrazón y aversión aun entre los Apóstoles.⁵ Jesús, el Maestro, que durante tres años les había explicado cómo su Reino no era de este mundo,⁶ que había rechazado todas sus insinuaciones de hacerse “rey”⁷ que les había reprochado sus sueños de humana gloria, sueños que hicieron de uno de ellos su traidor por la desilusión de un delirio desvanecido. Está para tomar al Padre. Y mientras, bendiciéndoles de nuevo, se halla a punto de dejarles, después que recibieran ya de Él una vez el Espíritu Santo (Juan c. XX, v. 22) para poder *entender* las cosas sobrenaturales y las espirituales – y así poder absolver, comprendiéndolos, los misterios del corazón y de la carne – aún le preguntan:: “¿Es ahora cuando vas a reconstruir el reino de Israel?” (Hechos, c. I, v. 6). Aún no habían entendido, *tanto eran Israel antiguo*, que el Mesías era Rey de un reino espiritual y eterno.

Y años después, cuando Saulo era ya Pablo y Pedro era Pontífice y estaba lleno, desde hacía tiempo, del Espíritu Santo, la prevención contra los Gentiles era aún tan viva que Dios, para persuadir a Pedro de que no debía rechazar al centurión Cornelio de Cesárea, hubo de obrar un doble milagro (Hechos 10, 11–16 y 10, 25–33) y una confirmación, lo mismo para Pedro que para los demás Apóstoles y hermanos de Judea, prontos a reprochar a Pedro por lo que había hecho. (Hechos 10, 44–48; 11, 2; 11, 15–17).

Todo esto, cierto por estar contenido en un complemento del Evangelio que los Padres de la Iglesia han tenido por aceptable y de fe, es prueba de cuán fuerte era, aun entre los mejores del viejo Israel y entre los santos de la nueva Iglesia de Cristo, la prevención contra los Gentiles.

Mas Jesús, Redentor de *todos* los justos de voluntad y de espíritu, quiso, al llamar a *todos* los hombres a su Reino, testimoniar y probar que *todos* los hombres, en cuanto de Dios está, se hallan predestinados al Cielo,⁸ siendo Él, Padre amoroso y providente de todos los hombres.

Los Gentiles, es verdad, no buscaban la justicia, la *verdadera* Justicia; mas no era porque la despreciaran sino porque no sabían dónde estuviera ni había quién les mostrase en qué

⁵ Hechos 10, 1-11 y 18

⁶ Juan 18, 36

⁷ Juan 6, 15

⁸ Romanos 11, 26; 1º Timoteo 1, 15; 2, 4

consistía. Pero, una vez conocida, la abrazaron, y con un heroísmo de fe que asombró al mundo haciéndolo cristiano.

En verdad que el fango del paganismo se lavó con ríos de sangre de mártires que, en su mayor parte, eran Gentiles convertidos a Cristo, y el humo de las hogueras, sobre las que ardían los héroes de Cristo, purificaron al mundo, mientras que las osamentas de los confesores, amasadas con sus cenizas y su sangre, pusieron los cimientos de la Iglesia y sus mismos nombres atestiguan qué muchedumbres de mártires, confesores de Cristo, dieron los Gentiles.

Como Jesús, al llamar a *todos* los hombres a su Reino, viene a atestiguar cómo el Reino fue predestinado a todos los hombres habiéndoseles de dar a cuantos lo merecieran con su virtud, del mismo modo los Gentiles, al elegir con espontánea buena voluntad querer formar parte de este Reino de Dios, primero en sí y después en el Cielo, dan testimonio de que cualquier hombre puede pertenecer a él con tal de que lo quiera, no habiéndose de tener en cuenta para nada su pasado.

Por el contrario Israel, que conocía ciertamente desde hacía siglos la Justicia y la Sabiduría y que, sin más que quererlo, se hallaba en disposición de completar, perfeccionar y acoger a la Sabiduría y Justicia vivientes, – a Jesús, Sabiduría y Justicia⁹ divinas y encarnadas – no quiso procurase este remate, esta perfección, antes, en vez de acoger a Aquel que venía a hacerles justos y sabios de verdad, rechazó, ultrajó y mató a Cristo, santo y sabio; y, persistiendo en su malquerer también a sus continuadores.

Israel no quiso ser justo. Nunca lo quiso. Ni con el Maestro, ni con el Taumaturgo, ni con el Mesías, ni con el Verbo encarnado, ni con el Inocente. Condenó como blasfemas y satánicas¹⁰ las palabras y acciones del Maestro y sacrílego al Mesías; no quiso reconocer al Verbo cuya divinidad era patente hasta para quien no lo quisiera admitir y llevó a la cruz a Quien era digno de todo honor como Hombre justísimo y como Verdadero Dios.

Así, siempre obra así el perpetuo Israel, esto es, la clase inmortal de fariseos y escribas con los justos, con los siervos de Dios, los elegidos de Dios. El enemigo de todo lo que es santidad y bien, enemigo de Dios y enemigo de los siervos de Dios, agita su ponzoña y los sedimentos de la culpa de Adán contra los hombres y hacerlos concupiscentes, esto es,

⁹ 1º Corintios 1, 24

¹⁰ Mateo 26, 65; Juan 8, 48

envidiosos, vengativos, mentirosos e injustos con los santos que sirven a Dios del modo que Dios les llamó a servirle.

Israel, lo mismo el antiguo que el nuevo, tiene la letra de la justicia, mas no su espíritu. No la tuvo a lo largo de estos últimos veinte siglos ni la tiene ahora.

La letra, no, una balumba más bien de letras: “los pesos” insoportables cargados sobre las espaldas de los “pequeños” mientras que no los echan encima de los “poderosos”¹¹; las “cerraduras” puestas para hacer imposible a la gente entrar en el Reino de los Cielos¹²; los “diezmos” que se han de pagar como público servicio a la ley, diezmos que no son pesados para los ricos mientras que resultan un gravamen para los pobres con los que no hay justicia ni caridad, o sea, las cosas más esenciales de la Ley, y, como justificación de la dureza, del egoísmo y de la avaricia, se le llama “corbán” al denario que estaría mejor empleado en socorrer una miseria. Todas estas cosas, de las que Cristo habló a sus amigos y a sus enemigos con la imparcialidad propia de quien es veraz y ajeno a todo pensamiento humano, eran y son la “letra” y no el “espíritu” de la Ley y constituyen su impedimento para entrar en la justicia.”¹³

Israel, pues, no entró en la justicia y, al permanecer vendado y momificado con las fórmulas que a sí mismo se había dado, además de sepultado y vuelto ciego por los escombros acumulados sobre su entendimiento y sobre su espíritu, quedó privado, como un cadáver, de la vida y de la fe perfectas: la de Cristo y en Cristo; y lo que debiera haber sido “luz” y “Piedra angular”, vino a ser por eso y sobre todo por eso, piedra de tropiezo. Piedra de la que había ya hablado y anunciado Isaías,¹⁴ y de la que, asimismo, Cristo, profetizado por el anciano Simeón como “ruina y resurrección de muchos y signo de contradicción”,¹⁵ dice: *“La piedra que desecharon ha venido a ser la piedra angular... y quien vaya contra esta piedra se estrellará y cuantos por esta piedra sean golpeados (al caer la misma sobre ellos) quedarán triturados”*.¹⁶

¿Quiénes son los que se estrellan por ir contra la Piedra–Jesús–Iglesia? Los enemigos de Cristo que es Piedra–Iglesia–Cabeza de la misma.

¹¹ Mateo 23, 3-4; Lucas 11, 46

¹² Mateo 23, 13

¹³ Mateo 23, 23-24

¹⁴ Isaías 8, 14

¹⁵ Lucas 2, 33-35

¹⁶ Salmo 118 (Vulgata; 117) 22-23; Mateo 21, 42-44

Aún no se ha visto que enemigo alguno *verdadero y grande* de la Iglesia Católica Apostólica Romana haya obtenido victoria. La historia de veinte siglos demuestra que todo aquel que alzó su mano prepotente sobre la Iglesia y desató su odio contra ella, se estrelló en sus sueños de gloria perversa, como demuestra también que las condenas eclesiásticas no son “letra” tan solo sino realidad que Dios rubrica con su Querer y que, a los heridos por ellas, otra cosa no les espera sino ruina en el tiempo y en la eternidad.

¿Quiénes son aquellos sobre los que cae la Piedra triturándolos? Los que pidieron cayera sobre ellos esa Piedra trituradora gritando: “Caiga su Sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos”.¹⁷

Y, efectivamente, cayó aquella Sangre que trituró el Templo y el Altar, a los sacerdotes, a los poderosos y hasta a los ínfimos de Israel y, con ellos, trituró su necio orgullo nacional, su despiadada dureza con los más pequeños y sus equivocadas deducciones y convicciones acerca del Reino y sobre el Mesías–Rey. Todo lo trituró y para siglos. Y no terminará esta trituración mientras, vencidos su orgullo y su pertinaz ceguera, – que no lo deja ver cómo la Piedra caída pulverizó y esparció como polvo al orgulloso Israel – no alce Éste con humildad su grito demandando perdón, grito de reflexión y de reconocimiento que desde hace veinte siglos lo está esperando el Eterno para perdonar a Israel su horrendo pecado de deicidio y readmitirle a la visión salvadora de Cristo”. “¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna a Cristo Hijo de Dios por generación eterna y al Hijo de David¹⁸ por generación humana de la Virgen, retoño de la raíz de Jesé,¹⁹ flor, lirio inviolado salido de esta raíz, de la que, al bajar el Espíritu del Señor sobre su virginal e inmaculada corola, vino el Emanuel!”.²⁰

Hasta entonces pesará la condena sobre Israel, mientras que para aquellos que, sean de donde sean, crean en Cristo o, cuando menos, pertenezcan al alma de la Iglesia, bien por su buen deseo, por la práctica de la justicia o por el ejercicio de la caridad con el prójimo y con Dios, por más que a Éste no lo conozcan, Cristo será confirmación de sus esperanzas y premio de sus virtudes”.

* * * * *

¹⁷ Mateo 27, 25

¹⁸ Mateo 21, 9; Marcos 11, 9-10; Lucas 19, 38; Juan 12, 13

¹⁹ Isaías 11, 1

²⁰ Isaías 7, 14; Mateo 1, 23

1 – 9 – 50

Cap. X, v. 1

“No puede argüirse, por esto, que no tenga también Dios misericordia y justicia con Israel. Escucha: Desde siglos, después de haberle preparado por espacio de tiempos y tiempos para recibir a Cristo reconociéndole por tal; desde siglos está esperando que vuelva Israel a las sendas de la Verdad y de la Vida para abrirle los brazos y el Reino.

Fue bueno Dios con su pueblo culpable, al igual que lo fue también el Apóstol salido de ese pueblo,¹ amando por él mientras perteneció al mismo y se mostró acorde, hasta el fanatismo,² con sus ideas y después lo escarneció y odió como a un rengado de la Ley hebrea y como a un desertor de la Sinagoga y de su raza.

Pablo fue bueno por ser un *verdadero* seguidor, siervo y apóstol de Cristo,³ del que asimiló todas sus enseñanzas y, en especial, la de la caridad, tan opuesta a su temperamento fogoso y duro, pero que predicó y practicó heroicamente, doblegándose y partiéndose a sí mismo y a su *yo* hasta hacer de esta lucha entre su naturaleza y su voluntad un martirio íntimo e incruento, aunque no menos doloroso, y así dice: “El voto de mi corazón y la plegaria que hago es para que se salven, porque sé que tienen celo de Dios, mas no según el conocimiento de la verdad, y, al ignorar la justicia de Dios y procurar establecer la propia, no se han sometido a la justicia de Dios”.

Pablo, por tanto, con su experiencia del pecado y de las causas que originaban el pecado de los hebreos que no quisieron someterse a la justicia de Dios, por haberlo cometido él mismo antes de ser fulminado en el camino de Damasco,⁴ aplica nombres exactos, aunque abiertamente no lo dice, a las pasiones nada buenas que hacían descaminar a Israel y reconocer que ellas son las mismas que cerraron durante siglos a Adán el Edén y el Paraíso, cerraron también el Paraíso a los hebreos. Ellos vienen a ser, una vez más, los frutos

¹ Romanos 11, 1

² 1º Timoteo 1, 13; Hebreos 8, 3; Gálatas 1, 13-14; 1º Corintios 15, 9; Filipenses 3, 6

³ Tito 1, 1

⁴ Hebreos 9, 1-19; 22, 1-16; 26, 9-18; Galatas 1, 11-24

concupiscentes nacidos del veneno esparcido por la Serpiente para corromper a dos Inocentes.⁵ Son éstos la soberbia, la desobediencia y la avaricia.

El que es, le había dicho a Moisés, su profeta: “Yo soy el Señor tu Dios. No tendrás otros dioses porque Yo soy un Dios celoso”.⁶ A lo largo de siglos y por medio de profetas llegados después, había invitado a su pueblo a reconocer al Mesías en su realidad de Salvador y de Rey celestial, de Rey de reyes y Señor de los señores, Verbo del Padre y Verdad eterna, digno, por tanto, de ser adorado como Dios, venerado como Santo de los santos, escuchado y obedecido en sus enseñanzas. Mas estas enseñanzas y la misma humildad en el aspecto y en la condición de Cristo, chocaban con el concepto que de Él se habían forjado los soberbios hebreos y, más que nada, chocaban con sus costumbres morales.

Se sentían “dioses”, no por santidad de vida sino por fuerza de poder. Ellos eran los Príncipes de los Sacerdotes, los Fariseos, Los Escribas, Los Herodianos, Los Saduceos. Jesús era tan solo el carpintero de Nazaret”.⁷ Ellos daban lecciones en el Templo, o mejor, como dice Cristo en el v. 2 del capítulo 23 de Mateo: “Se sentaban en la cátedra de Moisés” Jesús en cambio, tuvo por cátedra durante 30 años el banco de carpintero de Nazaret: José; y durante otros tres años, excepto breves apariciones en el Templo durante las fiestas obligadas y raras lecciones en alguna sinagoga, tuvo por cátedra, Templo y sinagoga los caminos, los bosques, las orillas de los lagos y de los ríos, las plazas de los mercados, los patios de las casas pobres, y, a lo más, alguna vez, los de las ricas moradas de Lázaro,⁸ de Juana⁹ y de algunos otros pocos amigos de elevado rango.

Para quienes todo lo cifraban en la exterioridad y en la opulencia, esta humildad de origen, de carácter, de vestido, de lugares, de enseñanzas, eran otros tantos motivos, o más bien, otros tantos pretextos para no reconocer en el hijo del carpintero de Nazaret al Hijo de Dios, al Mesías prometido.

Él enseñó la humildad, tanto con la palabra como con el ejemplo,¹⁰ escogió de entre el pueblo humilde a sus apóstoles haciendo del más ignorante y rudo de ellos, pero de buena

⁵ Génesis 3

⁶ Éxodo 20. 2-6

⁷ Mateo 13, 55; Marcos 6, 3

⁸ Juan 12, 1-11

⁹ Lucas 8, 3

¹⁰ Mateo 11, 29

voluntad, su Cabeza, su Piedra, su continuador y su primer Pontífice.¹¹ Uno tan solo de los doce se parecía en ideas, gustos y carácter a los que se sentaban en la cátedra de Moisés, Y, de entre ellos, fue el único que le traicionó.¹²

Tanto en el capítulo 18° de Mateo como en el 9° de Marcos y de Lucas y también en el 10° de Marcos y de Lucas, Él, el Maestro de infinita Sabiduría tenía dicho, presentando un niño a sus elegidos: “Si no os hacéis humildes como este niño no entraréis en el Reino de los Cielos. El más pequeño (humilde), ése es el más grande a los ojos de Dios que mantiene escondidas las cosas excelsas a los sabios e inteligentes y las revela a los pequeños por su humildad”.¹³

Antes aún que Jesús, Palabra divina de Dios encarnado, la Llena de Gracia y del Espíritu Santo, hecha ya, incluso materialmente, “una sola cosa” con Dios por hallarse encinta del Verbo divino, había cantado: “Dios dispersó a los soberbios, volcó el trono de los poderosos y exaltó a los humildes”.¹⁴ Y, en verdad era Dios mismo el que hablaba por los labios de María. Era, en verdad, el Verbo eterno, pequeño embrión que se vestía de carne, encerrado en su seno virginal, el que ponía esta verdad – que después, hecho Hombre y adulto, habría de predicar tantas veces – en los labios de su Madre, Asiento de la Sabiduría.

Y había indicado con estas lecciones cómo se puede ser sabios y maestros a la vez que hijos del Reino, hijos de Dios y santos del Cielo.

Otras veces, como en el capítulo 22° de Mateo y en el 14° y 18° de Lucas, había enseñado que todos los llamados quedan elegidos cuando, subidos en soberbia, faltan con el Rey benévolo, y cómo los primeros puestos en el Reino y en el convite celestial son para los que en la tierra fueron humildes y caritativos con los pobres, y cómo agrada a Dios la plegaria del humilde y desprecia la del soberbio que se tiene por perfecto sólo porque guarda la exterioridad de la Ley.

El Maestro habla para todos. Mas ¿a quién tenía presente, a quién apuntaba bajo el velo de sus parábolas y lecciones? A Pedro: el humilde que fue exaltado por su humildad sencilla y buena; a Judas de Keriot que fue humillado por su jactancia, su triple concupiscencia,¹⁵ su

¹¹ Mateo 16, 13-19; Lucas 22, 31-32; Juan 21, 15-17

¹² Mateo 10, 4; 26, 20-25; 7, 47-50; 27, 3-5; Marcos 3, 19; 14, 18-21 y 43-46; Lucas 6, 16; 22, 21-23 y 47-48; Juan 6, 71; 13, 21-27; 18, 1-15

¹³ Mateo 11, 25; 18, 1-15; Marcos 9, 33-37; 10, 13-16; Lucas 9, 46-48; 10, 21; 18, 15-17

¹⁴ Lucas 1, 51-52

¹⁵ 1° Juan 2, 16

exterioridad de la Ley y de su amistad con Cristo, su cálculo de adulto – y adulto astuto – para el que hasta un suspiro encerraba doble fin. A Pedro, un niño por más que fuese adulto, al que se le dio el Reino espiritual como Papa¹⁶ y el Reino celestial como santo. A Judas: el sabio hinchado de vanagloria que, por haber sido malévolo con el Rey infinitamente benévolo, fue lanzado fuera del Reino de Dios al abismo y al tormento del Infierno.

Deberíais meditar el Evangelio y los caracteres de los apóstoles mucho más profundamente de lo que generalmente se hace. Recibiríais respuestas y lecciones luminosas con las que guiar a los espíritus de buena voluntad por los caminos de la verdadera Sabiduría que conduce al Cielo.

Mas los Fariseos, Escribas y Sacerdotes, no podían, por su soberbia, ni querían hacerlo, ya que se tenían por perfectos en la Sabiduría. He dicho¹⁷ y repito: “Poseían el perfecto conocimiento de la letra de la Sabiduría, *mas carecían en absoluto del espíritu de la misma*. Por tanto, no poseían la verdad, la luz para ver la verdad, ni la caridad para tener la luz del amor con la que iluminar la verdad de la Ley del amor”. Tenían celo, pero equivocado, por hallarse fuera de la caridad y, por ende, de la verdad sobre cómo ser celosos en el servicio de Dios. Tenían una justicia suya propia, toda humana, ¹⁸ que se habían dado a sí mismos, a la que no sabían renunciar porque, renunciar a ella quería decir inclinar la cabeza, despojarse de los propios hábitos morales para hacerse con otros propuestos por una justicia en nada conforme con sus gustos, tan amantes de los honores y de las supremacías.

Y propuesta, ¿por quién? Por un aldeano Galileo. Bien es verdad que Éste se profesaba Hijo de Dios y hacía obras¹⁹ y daban lecciones propias de Dios. Mas ¿podía el soberbio Israel aceptar lo que venía de un hombre de condición humilde –no obstante saber, por ser verdad ciertamente histórica, cómo recibió Moisés, entre rayos y fulgores divinos la Ley del Sinaí²⁰ junto con las demás disposiciones, y cómo reveló Dios las cosas futuras y mesiánicas a los Profetas– habiendo sustituido la Ley primera, simple y perfecta, por un código de preceptos humanos que, mientras descargaban de los pesos a los poderosos,

¹⁶ Mateo 16, 13-20

¹⁷ En la lección del 24 de julio de 1950

¹⁸ Mateo 5, 20

¹⁹ Lucas 24, 19-20; Juan 10, 37-38

²⁰ Éxodo 19, 16-21; Deuteronomio 5, 1-22

oprimían a los pobres, al pueblo llano, y si, en lugar del Mesías espiritual, como aparecía presentado en las profecías, se había formado la idea de un Mesías humano, conquistador para Israel de toda la Tierra? No podía.

Y, por ello, se sometió a la justicia de Dios que el mismo Dios, no ya entre rayos y a uno sólo –Moisés– sino a todo el pueblo por boca de Jesús, su Verbo, y con prolongada y clara enseñanza –había venido a inculcar a las gentes para que todos los creyentes se hicieran justos y tuviesen la Vida eterna y el Reino de Dios”.²¹

* * * *

14 – 9 – 50

C. X, v. 5–21

“Cuando los mandamientos y enseñanzas aún no habían sido dados ni repetidos sin descanso por Cristo, sino que habían sido entregados a uno sólo; Moisés y por un número muy limitado de veces, Moisés, sintiéndose ya próximo al fin de su tiempo mortal, para que el pueblo, a su muerte, no llegara a desviarse saliendo del camino del Señor, reunió a su pueblo y promulgó la Ley en presencia de los Ancianos y de las tribus, así como las maldiciones y bendiciones, según se hiciesen las obras de acuerdo o en desacuerdo con la Ley de Dios, terminando con las palabras a que Pablo hace referencia.¹

La justicia, en verdad, deriva del cumplimiento de la Ley y ni aún en los tiempos anteriores a Cristo o en los de Cristo, cabía excusa para el que no la practicaba, toda vez que los mandamientos fueron dados perfectamente claros y promulgados a todo el pueblo por el mismo que los había recibido.

En diversas ocasiones Dios había dado órdenes a sus hijos. Desde Adán a Moisés, en numerosas ocasiones, Dios había instruido sobre esto o aquello a sus hijos. Pero nunca como en el Sinaí fueron tan completas las órdenes e instrucciones y dadas, no para éste o aquel hijo de Dios *sino para todo su pueblo elegido*. Y para que no se perdiesen aquellas leyes, fueron escritas por el dedo de Dios sobre las tablas de piedra mejor aún que por la

²¹ Juan 20, 30-31

¹ Deuteronomio 31-33

mano de Moisés sobre las tablas del testimonio y conservadas en el Arca santa.² No podía, por tanto, aquellos israelitas aducir excusa alguna para no practicar la Ley que ya no estaba encerrada en el Cielo o en la Mente divina; ni era preciso ya, porque la creyeron celestial, que un hombre elegido por Dios, fuera raptado con su espíritu al Cielo para conocer la revelación, o que un espíritu del Cielo descendiese para comunicarles la revelación.

La palabra de Dios, como dice Moisés, estaba desde el Sinaí ya “muy cercana a los miembros del Pueblo de Israel”,³ en el Arca puesta en el Tabernáculo que estaba siempre en medio al pueblo de Israel; era más bien, porque ya anotada “en la boca y en el corazón” de los hijos de aquel pueblo, y los justos entre él podían vivir según la Ley.

Con más razón habrían debido vivir la justicia de la Ley que eran coetáneos y contemporáneos de Cristo, los cuales además de la Ley y la profecía de Moisés sobre el futuro Mesías –“El Señor tu Dios suscitará a tu Nación y entre los hijos de ella (y hermanos de Moisés) un grande profeta: escúchalo. Será profeta como tú, pero Yo no pondré mi Palabra en su boca, y Él dirá todo lo que Yo le he ordenado decir. Y si alguno no querrá escucharlo, ni escuchar mi Palabra que hablará en mi nombre, Yo no me vengaré (Deum. 18, 15–19) – oían estas palabras de la misma palabra de Cristo: “Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me ha enviado (Jn. 7, 16). Yo digo lo que el Padre me ha enseñado. (Jn 8, 28). Quien no cree en Mí se condena (Jn 3, 18). He venido en nombre de Mi Padre y no me acogen... Yo no os acusaré con el Padre porque ya hay quien os acusará, Moisés en quien vosotros tenéis puesta la esperanza... que de Mí se dijo: ¡Si no creyerais en sus palabras y no las escucharais, cómo creeréis y escucharéis las mías? (Jn 5, 43–47). Vosotros tratáis de matarme porque mi palabra no penetra en vosotros (Jn 8, 37).

Mas, según la profecía de Isaías, “ellos tuvieron ojos y no vieron, oídos y no escucharon, un corazón duro que no comprendió, porque no quiso comprender”⁴; y por tanto, aunque la Palabra misma de Dios hubiera descendido del Cielo para instruirlos o hubiera venido de los infiernos para persuadirlos y amaestrarlos aun para convertirlos, no se convirtieron, no quisieron reconocer a Cristo fin y perfección de la Ley, y por esto viene su condena.

Aquella misma condena que, sobre la Tierra y hasta de la Tierra y más allá de la Tierra, golpeará de condena más o menos temporal y tremenda a todos aquello que no creen en

² Éxodo 25, 16; Deuteronomio 10, 1-5

³ Éxodo 25, 22; 29, 45-46

⁴ Isaías 6, 9-10; Mateo 13, 14-15; Juan 12, 40

Cristo y no practican la Ley; y no sólo esto, sino, jueces novatos, le negaron el derecho de poder hacer obras santas de continua evangelización por medio de sus elegidos y no ACCOLGONO sino escarnecen y persiguen, las místicas lámparas que Dios continuamente enciende para que de este modo no perezca en las tinieblas y en el hielo espiritual.

No basta creer en la existencia de Dios, del Cristo, de la otra vida, del premio y en tantas variedades de fe que es culpa no creer. Es preciso creer también en la infinita potencia y misericordia de Dios que, así como ha enviado a su Hijo a evangelizar el mundo, y a su Espíritu a dar sus luces y sus dones a los Apóstoles y discípulos de la nueva Iglesia para que la Tierra conociera al Cristo. Salvador de cuantos en Él creen, así manda los fuegos y lumbres del Espíritu Santo a aquellos que quiere y a aquellos que han merecido tal don, para que hagan inflamar las llamas de la caridad y avivar y completar las verdades en los corazones⁵, de donde fe y amor son alimentados continuamente en la masa de los hombres, que, muchas veces, no perecen porque lo quieran, sino por falta de ayudas extraordinarias que las saquen de las debilidades y de la muerte del espíritu, como Jesús daba la salud y a nueva vida a los desfallecidos o los muertos de la carne y del espíritu.

Se dijo por boca inspirada: “Vosotros sois otros cristos”.⁶ Y ¿podrá negarse que los verdaderos “otros cristos” pueden hacer obras de sabiduría y de salvación igual que las hacía Cristo? ¿No dijo Él: “Vosotros haréis obras como las mías y aún mayores”?⁷ ¿Acaso no llamó Él a la luz y llevó a su Reino a paganos, gentiles, griegos y judíos? ¿Por ventura no han confirmado los acontecimientos las palabras de Pablo: “No existe diferencia entre Judíos y Griegos”?⁸, y también; “Ninguno que hable movido por el Espíritu de Dios lanza anatemas contra Jesús... Hay diversidad de dones, mas uno mismo es el Espíritu que opera en todos para utilidad común”?⁹

Así pues, todo aquel que cree e invoca al Señor – y si le invoca es porque le ama – tiene la salvación, vive en Dios, sirve a Dios del modo como Él quiere que su vasallo le sirva y recibirá idéntico premio al de quienes sirvieron al Señor de formas diferentes por haber recibido de Dios misiones diversas y dones adecuados a cada una de esas misiones.

⁵ Juan 16, 5-15

⁶ 1º Corintios 6, 15; 12, 12-27; Romanos 12, 4, 51; Gálatas 2, 19-20

⁷ Juan 14, 12

⁸ Romanos 10, 12

⁹ 1º Corintios 12, 3-7

Bellos son los pies que se cansan de tanto andar evangelizando. Como bellos son también los entendimientos y corazones de los contemplativos que ruegan por aquellos que se gastan en la vida activa. Y bellos igualmente los espíritus obedientes, atentos y humildes que hacen la voluntad de Dios por más que sea ésta extraordinaria y no divagan con su espíritu ni caen en la soberbia por haber llegado a ser oídos que escuchan al Señor e instrumentos de revelación privada para los hermanos.

Bellos son los perseguidos por esto. A la corona de los justos se añadirá para ellos la de los mártires porque sufrieron por la justicia. En verdad que a ellos les alcanza la beatitud *de todas las bienaventuranzas*.¹⁰

Ellos son *pobres de espíritu* porque no tienen apego a las riquezas ni a las alabanzas, no negocian con los dones de Dios ni echan bando de su servicio extraordinario. Tienden los velos de su humildad sobre los secretos del Rey;¹¹ como fuentes ocultas de sabiduría, se dan a los hermanos necesitados no queriendo recibir a cambio ni el aplauso de las gentes que es para ellos motivo de turbación tan sólo. Y por esto es ya suyo el Reino de los Cielos que está en su corazón y descubre sus misterios a sus sentidos espirituales a la espera de recibirlos para siempre en la otra vida.

Ellos son *mansos* para el Querer de Dios por más que les resulte doloroso tal Querer y poseen la Tierra, es decir, obran en su aislamiento como muy pocos lo hacen: conquistando innumerables almas para Dios. Son reyes y maestros para muchos durante y después de la vida y de ellos puede decirse lo que en el Cantar: “Correrán tras el olor de sus perfumes de sabiduría esparcida como un bálsamo para que muchos tengan en ella curación y consuelo espiritual”.¹²

Ellos, puesto que el mundo, en el que no hay sino tinieblas o, al menos, obscura niebla de orgullo, *los aflige y lloran* lágrimas amargas por la incompreensión humana, son consolados aquí por el Rey de dolores y por la Madre desolada y lo serán allá mil veces mil por cada vez que lloraron.

Ellos, que *por su hambre y sed de justicia* hubieron de gustar la ceniza, la hiel, el ajeno y el vinagre que les proporcionaron los hombres, habiendo sido saciados en su espíritu únicamente por el Espíritu de amor, su diario maná, tomarán asiento, al final, en el

¹⁰ Mateo 5, 1-12; Lucas 6, 20-23

¹¹ Tobías 12, 7

banquete nupcial del Cordero¹³ y Dios mismo será quien los sacie revelándose a ellos y revelándoles todos los consoladores misterios de Dios.

Ellos, que *con espíritu de misericordia* no dejaron de servir a Dios – aun sabiendo que con ello habrían de encontrar y sufrir la inmisericordia humana que es envidia hacia los elegidos y se venga de ellos de mil formas para hacer de su elección una cruz – encuentran y encontrarán completa misericordia en el corazón de la indestructible Misericordia: Jesús, y en el de la Mujer que no sólo no odió a los que mataron a su Hijo sino que rogó por su conversión.

Ellos, *puros de corazón*, no volviendo la mirada más que a su Señor para servirle siempre prontamente – ni pueden escuchar otras voces, así de los sentidos como de las tentaciones, pues únicamente están atentos a las voces del Cielo – gustan ya la beatitud de la visión de Dios, de su conocimiento, grande, aunque limitado todavía, y aguardan con sencillez la llegada de la hora en que poder verlo tal cual es¹⁴ por toda la eternidad.

Ellos, *pacíficos*, por ser hijos y siervos del Rey de la paz, compenetrados en las palabras del Pacífico cuyos ejemplos siguen aun con sus adversarios, son *verdaderos* hijos de Dios, siendo con tal nombre llamados eternamente y habitarán en sus tabernáculos¹⁵ después de haberle dado hospitalidad en su corazón, pues Dios está con los hombres de paz.

Ellos, que por *amor a la justicia* y por haber trabajado para que ella aumentase en muchos y acudiesen muchos a ella, sufrieron toda clase de persecuciones, no pudiéndose decir que sea persecución únicamente el martirio cruento que viene a resultar rápido. No. El amo del mundo y sus servidores, más o menos concientes de serlo, tienen mil modos de perseguir, fraudulentos, disimulados, lentos, basados en la mentira, en la calumnia, en la injusticia, que los emplean con astucias refinada contra los siervos de Dios, martirizándolos incluso y sobre todo, en aquellas partes del yo que verdugo alguno puede martirizar, en las partes incorpóreas: en la mente y, más que nada, en el espíritu. Estos tales despojan de todo a los siervos de la justicia: de su derecho a servir al Señor, de trabajar por llevar los hermanos a la justicia, de su buen nombre y hasta de la verdad de su condición. Y los

¹² Cantar de los Cantares 1, 3

¹³ Apocalipsis 19, 7-9

¹⁴ 1º Juan 3, 2

¹⁵ Lucas 16, 9

cubren con la vestidura de ignominia con que vistieron a Cristo¹⁶ y los escarnecen con las mismas palabras: “Si es verdad que eres lo que dices ser, dile al Señor que intervenga y te ayude”.¹⁷ Mas a cada despojo, a cada burla sufrida por ellos en la Tierra corresponde un nuevo adorno añadido al vestido de bodas que les espera en el Cielo, un aumento de gloria para estos ciudadanos *seguros* del Reino y una alabanza mayor de parte del pueblo de los santos y de los ángeles que desde lo alto de los Cielos contemplan y juzgan con justicia sobrenatural las acciones todas de los hombres, los cuales, no todos, ¡ay de mí!, obedecen al Evangelio, ley y doctrina de caridad, de verdad y de justicia. Verdad que enseña cómo Dios no hace distinción de personas,¹⁸ que no cuentan para Él bienes, cargos o cultura sino que mira el corazón, al espíritu de las personas. Y, puesto que, cuenta más humildad de vida y simplicidad de costumbres hay, tanta más humildad de mente y de corazón, tanta más simplicidad de sentimientos y pureza de fines hay también por lo general, así es como Cristo, de acuerdo con esa norma, tomó hombres sencillos y humildes para hacer de ellos sus Doce y otro tanto hace Dios al escoger sus instrumentos de entre los sencillos, humildes y puros de corazón y de intención.

La pobreza del instrumento sirve, por otra parte, para hacer resplandecer el poder y la acción directa de Dios. Mas estos instrumentos de Dios bien pueden dirigir al Señor la queja de los profetas y de los apóstoles, reiterado y reasumida por Pablo: “¿Quién creyó en lo que decíamos nosotros?”¹⁹

Pero no se desanimen estos instrumentos por persecuciones, vejaciones, opresiones, calumnias y desprecios que puedan sufrir de parte de quienes vienen a repetir las maneras del antiguo Templo y de los grandes en bienes y en soberbia de Palestina contra Cristo; mírenlo a Él e imítenlo sin hacer pausa en su misión y sin acobardarse.

La Palabra de Dios fue escarnecida, calumniada y ahogada sobre la cruz. Mas desde hace veinte siglos Ella triunfa, llena la Tierra y resuena, no ya hasta los últimos confines de la misma cual eco imposible de ahogar y luz que no se puede apagar, sino que allá está también Ella donde Cristo sufre persecución en sus hijos. Ni la espada ni los tormentos, dijo Pablo, pueden separar de Cristo a quien lo ama.²⁰ Esto no lo pudieron conseguir los

¹⁶ Mateo 27, 27-30; Marcos 15, 16-20; Juan 19, 2-3

¹⁷ Mateo 27, 39-44; Marcos 15, 29-32; Lucas 23, 35-37

¹⁸ Romanos 2, 11

¹⁹ Isaías 53. 1; Romanos 10, 16

²⁰ Romanos 8, 38-39

paganos de Roma de los primeros cristianos, ni los endemoniados servidores del actual Anticristo²¹ lo pueden conseguir ahora de los actuales, continuadores de aquellos.

Es como una mística lámpara encerrada en los corazones, pronta a salir y llamear de nuevo. La alimentan las lágrimas de los perseguidos en su fe, de aquellos que, nunca como ahora, buscan a Cristo y su Reino que constituyen su única paz, su única luz en las tinieblas y en las crueldades que imperan allí de donde Cristo fue desterrado, y su única esperanza de vida goza tras la opresión terrena.

Nada hay que contribuya tanto a aumentar el poder de una idea o de una religión como la persecución de las mismas. El mismo Cristo adquirió ese sello de gloria imperecedera por el que reina y reinará como Santo de los santos aun en su naturaleza de hombre, precisamente por su dilatada persecución moral y por su atroz persecución final. Así es como lo encuentran cuantos le buscan con amor; así es como se presenta a cuantos se hallan oprimidos, afligidos y agobiados bajo un yugo temporal, mostrándose a ellos con alientos insospechados sólo conocidos por Él; y así, ciertamente, se presenta también y hace que lo encuentren con su severo juicio cuantos, desde los hebreos de su tiempo, enemigos suyos, hasta sus enemigos de ahora, que lo persiguieron y lo persiguen en sus fieles.

No sólo durante “todo el día” sino durante toda su vida entre los hombres tuvo extendidas sus manos,²² abrió su corazón y derramó los tesoros de la Palabra eterna al pueblo de Israel. Mas los grandes de Israel no quisieron reconocer en aquel gesto, no quisieron entrar en aquel corazón ni recoger aquellos tesoros.

Hasta sobre la Cruz aceptó – *pues sólo una libre aceptación suya* podía hacer que fuese alzado de tal manera – estar con los brazos abiertos y extendidos, como Sacerdote y Amante que se ofrecía e invitaba *a su Pueblo*; y, aun muerto ya, quiso tener abierto el corazón,²³ muda y postrer enseñanza para toda la humanidad de la inmensa caridad de Dios y de la puerta santa que acoge en el reino de la misericordia infinita a cuantos se vuelven a Dios–Hombre con espíritu bueno.

Mas, al paso que los pueblos acogieron la invitación y la última enseñanza de Cristo, Israel, incrédulo y rebelde, que no tenía excusa en su pertinaz juicio sobre Cristo tras las

²¹ 1º Juan 2, 18-29; 2º Juan 7, 11

²² Isaías 65, 2; Romanos 10, 21

pruebas por Él dadas – desde los milagros a la doctrina, desde la resurrección a la ascensión – persistió en su voluntaria obcecación, mereciendo la reprobación de Dios”.

* * * * *

29 – 10 – 50 Fiesta de Cristo Rey

C. XI, v. 1–24

“No es total ni perpetua dicha reprobación. Si Dios es Justicia, también es Misericordia. Y qué Misericordia sea ésta atestiguarlo el haber hecho de su Verbo el Cordero destinado al sacrificio para la redención de los hombres.

Se desprende de aquí que no todo Israel fue reprobado, ya que no todo Israel era malo. Al igual que en toda sociedad humana, también en Israel había justos y así, los más justos de Él comprendieron, siguieron y amaron a Cristo desde que lo conocieron. Otros, menos sencillos y menos justos, aguardaron a tener pruebas fuertes para creer que Él fuese el Mesías. A otros más los movieron únicamente los últimos milagros (de la Resurrección y Ascensión). Algunos, en fin, tan solo se rindieron cuando vieron a los Apóstoles, rudos e incultos, cambiarse a evangelizadores, llenos de dignidad y de sabiduría, ser valientes cuando antes eran miedosos, verles obrar milagros como su Maestro y, sobre todo, tan firmes en su fe hasta el punto de saber hacer frente al Sanedrín, respondiendo así una y otra vez a sus injustas órdenes: “Que sea o no justo ante Dios obedecer a Dios antes que a vosotros, juzgadlo vosotros mismos. Por lo que hace a nosotros, *no* podemos dejar de hablar de cuanto hemos visto y oído. (Hechos, c. IV, v. 19–20) Es preciso obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a ese Jesús al que matasteis vosotros colgándolo de la cruz. A este Príncipe y Salvador, Dios le exaltó con su diestra para proporcionar a Israel la penitencia y el perdón de los pecados. Y nosotros somos testigos de ello junto con el Espíritu Santo que Dios concedió a quienes le obedecen (Hechos, 5, 29–32)”.

²³ Juan 19, 31-37

Los más justos entre las cabezas de Israel, entre los que se encontraba Gamaliel,¹ el principal de los rabinos de aquel tiempo, se convirtieron entonces al Señor Jesús. Porque en todo lo del hombre y lo que hay en el hombre es malo por más que no sea él totalmente justo. El pecado original y los pecados de la triple concupiscencia² no destruyen todo lo que de Dios hay en el hombre, esto es, lo que es tendencia buena de la parte incorpórea (espíritu y entendimiento). La razón, a la que sólo una demencia puede del todo anular, siempre puede abrir caminos a la verdad y a la justicia e iluminar a los hombres para que, usando bien de su libre albedrío, admitan cuanto en un principio abiertamente rechazaron o dejaron de admitir, reconociéndolo verdadero y bueno y como medio para ir hacia la Verdad.

Los demás de Israel, “pueblo de dura cerviz”,³ persistieron, ya desde los tiempos de Moisés, en su error, rechazando la fe en Cristo, repudiando su doctrina que es camino de salvación. Y aun preconociendo al Mesías anunciado muchas veces por Dios a sus hijos, no lo acogieron, antes lo rechazaron como a un pecador, porque en ellos no anidaba la caridad que es vida en Dios y vida de Dios en el hombre sino la soberbia que es dureza de corazón y humo que no deja ver la verdad.

Dios, por el contrario, por más que fuese enorme la culpa de Israel, no repudió a la totalidad de su pueblo, reservándose de él, como ya se lo dijo a Elías,⁴ un cierto número de hombres que no habían doblado su rodilla ante ídolo alguno y que, más o menos rápidamente, habrían de venir al Rey de los reyes. A estos restos del Pueblo elegido – porque los demás, de hijos se habían cambiado a hijastros de Dios al no reconocer al Primogénito de todos los verdaderos hijos de Dios, Primogénito por naturaleza y por Gracia – llegó la Gracia que es el don que Dios predestinó, es verdad, para todos los hijos, pero que va y *se queda* como don con el que no la rechaza o se despoja de ella con el pecado.

De igual suerte Israel, por querer ser con exceso “el principal” conforme a sus miras y haber tomado asiento, en la persona de sus grandes, sobre la cátedra de Moisés⁵ sin vivir, por otra parte, según la justicia de Moisés para ser tenidos por “maestros” ante el mundo, haciendo imposible la Ley por el cúmulo de leyes humanas añadidas y sobrepuestas a

¹ Hechos 5, 34-42

² Génesis 3; 1º Juan 2, 16

³ Éxodo 32, 9

⁴ 1º Reyes (Vulgata: 3º Reyes) 19, 10 y 14

⁵ Mateo 23, 1-12

la Ley, y para ser tenidos como jueces hasta del Santo de los santos venido del Cielo para hacer tornar Israel a la Justicia y la Ley a su divina y perfecta simplicidad,⁶ gracias a la cual le es posible a todo hombre ponerla en práctica, ya sea éste judío o samaritano, griego o romano, no consiguió la gloria humana que buscaba ni la gloria sobrenatural de la que, orgullosamente, se juzgaba ya en posesión, antes mereció, a excepción de los pocos hebreos convertidos a Cristo, el castigo del Cielo, la ceguera, el aturdimiento, las asechanzas, la trampa, los tropiezos y el castigo humano con el que le hizo caer al suelo bajo los golpes de sus opresores y andar disperso y mal visto del mundo a lo largo de los siglos.

Rechazaron, negaron y mataron al Rey de reyes, a aquel Rey que les habría proporcionado un reino sin término y, para su castigo y humillación, tuvieron por reyes y emperadores a los dominadores humanos de todos los tiempos.

Este fue el pan ofrecido a su soberbia: verse reemplazados como Pueblo de Dios por los Gentiles y ver destruidos el Templo, el altar y la ciudad de la que tan orgullosos se sentían hasta el punto de faltar a la caridad con todo aquel que no fuese ciudadano de nacimiento o por elección a cargos relevantes.

Despreciaron y se vieron despreciados. Dominaron con cetro de hierro y fueron dominados con varas y cadenas por aquellos a quienes durante tanto tiempo habían escarnecido. No hubo ya más Jerusalén ni Sinagoga sino Roma e Iglesia. Como dijera la Palabra omnisciente y omnividente: “los primeros” vinieron a ser “los últimos”.⁷

Con todo, por cuanto Dios de todo saca bien por más que, de por sí, sea algo esencialmente malo, del delito de los judíos se derivó un bien para los Gentiles, los cuales, aunque paganos, no eran con Cristo peores que los Judíos, pues respetaban en Él al hombre docto y pacífico, al hombre que no les despreciaba ni enseñaba a las turbas a despreciarlos, antes era bueno con ellos por más que fuesen Gentiles. Mas, después del delito del Gólgota, se abrieron sus ojos a la verdad y en el hombre bueno, pacífico, docto, obrador de milagros, reconocieron al “Hijo de Dios”⁸ y se volvieron a Él, viviente en su Iglesia, recibiendo la Vida.

He aquí cómo el delito de los Judíos, delito de avaros por concupiscencia de poder, resultó riqueza de tesoros espirituales para los Gentiles que se encontraban privados de

⁶ Mateo 5, 17

⁷ Mateo 19, 30; Lucas 13, 30

ellos y su (de los Judíos) voluntaria escasez de comprensión y de entendimiento que se cierra con obstinación repeliendo la Luz y prefiriendo las tinieblas a la Luz,⁹ fue causa de que la Luz pasase a los Gentiles y de que de esta primera causa se siguiesen las demás y, de entre ellas, la caridad, por la que hombres de naciones enemigas entre sí o que se odiaban por ser unos, dominadores y dominados otros, gentes de todo lugar y lengua, se reconciliaran mutuamente llamándose “hermanos” en el nombre del Hermano Santísimo que vino a morir para darles una única Vida, ya fuesen Judíos, Gentiles, Hebreos de la Diáspora,¹⁰ Griegos, Romanos, Libios, Egipcios, Partos o Sirios.

La caridad que es vida en Dios, surgió primero o resurgió allí donde estaba muerta y la caridad hizo santas las primicias, hizo santa la masa y santificó toda la mística Vid¹¹ desde las raíces – que procedían de Israel por María, Madre de Jesús, virgen de la estirpe de David¹² y por Jesús, Unigénito suyo; por los Apóstoles, hijos de Israel, y por los discípulos extraídos de las doce tribus – hasta los sarmientos nuevos proporcionados por los Gentiles, injertados en su tronco, reemplazando a aquellos que, por no haber querido permanecer unidos a Cristo, tronco de la mística Vid, fueron seccionados de él por estar muertos.

Al ser santa la Cabeza, era santo también el Cuerpo místico y santos los sarmientos injertados al mismo – por más que anteriormente no lo fueran – para que no volviesen a cometer el antiguo pecado por el que Adán perdió la Gracia¹³ e Israel, en la casi totalidad de su pueblo, además de la Gracia, perdió la bendición de Dios.

Vida de los sarmientos nuevos y de los retoños de la Vid, es la caridad, linfa divina que alimenta a quien, por soberbia, no se separa del tronco. Porque la soberbia lleva a la duda, tanto sobre la verdad como sobre los deberes que si no se cumplen vienen a desagradar a Dios. Y de la duda se pasa al enfriamiento de la fe, de aquí a la incredulidad, de ésta a la pérdida del temor de Dios y, por último, a la convicción de que Dios es tan bueno que no sabe ser nunca severo.

Dios es justo dentro de su bondad; severo mientras el hombre persiste en su pecado; dulce cuando el hombre se arrepiente de él; más dispuesto a redimirlo en su amistad que a

⁸ Mateo 27, 54; Marcos 15, 39

⁹ Juan 1, 4-5

¹⁰ Santiago 1, 1

¹¹ Juan 15, 1-17

¹² Mateo 1, 1-17; Lucas 3, 23-38

¹³ Génesis 3

condenarlo; y feliz si a quien se halla espiritualmente muerto pude darle o tornar a darle la vida. Ahora bien, necio no lo es jamás.

El Señor por ser infinito su poder y su misericordia e infinitos los méritos de Cristo Redentor, puede obrar toda suerte de milagros. Mas, una cosa es necesaria para conseguir el milagro; la buena voluntad del hombre, su fe en Dios, su esperanza en el Señor y su caridad para con Dios y para con el prójimo; sobre todo la caridad, ya que ella viene a ser el terreno que hace posible la floración de todas las virtudes y la unión con Dios”.

* * * * *

2 – 11 – 1950

C. XI, v. 25–36

“Una de las señales de la última venida de Dios y del Juicio que seguirá al fin del mundo es la conversión de Israel, que será la postrer conversión del mundo a Dios.

¿Por qué ellos los últimos, cuando fueron los primeros en ser pueblo de Dios? Por decreto eterno y por decreto humano.

Y no os parezca injusto el decreto eterno: Ellos que eran ya los primeros – o mejor aún: los únicos – en el conocimiento de las verdades sobrenaturales, debieron haber sido los primerísimos en el nuevo pueblo de Dios: el pueblo de los cristianos; lo mismo que Adán y su mujer debieron haber sido los primerísimos del pueblo celestial. Mas la falta de buena voluntad hizo de los primeros los últimos. Y como se dice en la Escritura¹ de Enoc y Elías que fueron arrebatados, en vida, por Dios fuera del mundo y llevados a otro mundo mejor para retornar, en el momento oportuno, a predicar penitencia y combatir al Anticristo cuando el mundo se halle convertido en una Babilonia y en un Anticristo² – y ello por su justicia extraordinaria – otro tanto se dice en la Escritura: que Israel, a causa de sus pecados, será reprobado por Dios y que, de primero, vendrá a ser el último que entre en el Reino de Cristo.³

¹ Génesis 5, 21-24; 2º Reyes (Vulgata: 4º Reyes) 2, 11-12; Hebreos 11, 5

² Apocalipsis 17-18

³ Isaías 27, 6-13

Adán es figura bien señalada de lo que significa caer en la reprobación de Dios, pues él, no obstante haber expiado largamente su pecado sobre la Tierra, hubo de aguardar, por cierto, siglos y milenios antes de volver a entrar en el Paraíso, al menos terrenal, en donde Enoc y Elías gozaban ya desde hacía siglos de la consoladora amistad de Dios.

Del mismo modo deberán pasar para el pueblo hebreo, aun no estando para él inexorablemente cerrado el Reino de Dios por haberlo rechazado cuando podía admitirlo, siglos y milenios antes de que Israel torne a la amistad con Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Antes habrán de ser “pueblo de Dios” los demás pueblos. Los últimos, ellos; los judíos. Los últimos, por más que de Sión, como siempre, hayan de venir los que han de ser la salvación.

Sión está aquí para llamar a Israel e Israel está aquí para significar “pueblo de los hijos de Dios”. De Israel vino Jesús. De Israel vinieron Enoc y Elías y a Él volverán para preparar el retorno del Hijo de Dios: Cristo, a fin de que, a su venida, la impiedad o la abominación de la desolación⁴, de que habla la palabra evangélica, no sea como un cenagal inmundo que alcance a toda la Tierra y a todos los rincones de la misma, y para que todos, aun aquellos que durante siglos fueron protervos, sean en su totalidad predestinados a la Vida y la alcancen antes de que ya no exista el tiempo.

Todos, incluso Israel. Porque, si como dijo Aquel que es la Palabra encarnada y Sabiduría del Padre, por los méritos de los elegidos serán acortados los días de la desolación,⁵ otro tanto ha de creerse que no todo Israel ha de ser reprobado y excluido, y esto debido a los méritos de sus padres (patriarcas, profetas y justos del pueblo hebreo). Por la justicia de estos, Dios usará de misericordia y no cancelará la elección de los hebreos a ser su pueblo por no separar a los padres de los hijos y porque Dios no es voluble en sus designios.⁶

Si está lleno de misericordia para los paganos e idólatras y hasta para los pecadores que se arrepienten, en modo alguno podrá de ser Padre de misericordia⁷ para aquellos que eran su pueblo y que por un celo que ya no resultó justo al no guardar medida ni ser ordenado – un celo que quería ser y se tenía por más perfecto que el mismo decreto, querer y designio

⁴ Daniel 9, 27; 11, 31; 12, 11; Mateo 24, 15; Marcos 13, 14

⁵ Mateo 24, 22; Marcos 13, 20

⁶ Números 23, 19

⁷ 2º Corintios 1, 3

de Dios – no supieron creer, aceptar y acoger a Cristo tal como Dios Padre le había mandado.

También para los hebreos murió Cristo. Y más aún; en sus plegarias postreras desde la Cruz encomendó al Padre a los hebreos más que a ningún otro pueblo⁸ porque eran los que más habían merecido la reprobación de Dios y persistido tenazmente en su error.

¿Por qué el pueblo elegido precisamente habría de ser el más culpable? ¿No podía impedir Dios que tal sucediese? Como fulminó a Saulo⁹, ¿no podía fulminar igualmente a los Príncipes de los Sacerdotes, a los Fariseos y Escribas y así convertirlos a la Verdad y a la Justicia? Ciertamente lo habría podido. Mas, ¿dónde entonces el mérito de su conversión, no espontánea sino forzada por un poder y querer divinos?

¿Hubo o no un motivo inescrutable en esta conducta de Dios? Ciertamente lo hubo, pues Dios nada hace sin un motivo y un fin, Y todo fin es justo por más que resulte misterioso para los mortales.

Llegará el momento en que todas las cosas, ahora incomprensibles, obradas por Dios, se os descubran. Y entonces repetiréis con Pablo: “¡Oh profundidad de las riquezas de la Sabiduría y Ciencia de Dios!””

* * * * *

8 – 11 – 50

Capítulos XII y XIII completos.

“Sacrificio vivo – culto racional”.

Los sacrificios eran la base y la forma de la religión antigua. Todo se impetraba y todo se expiaba mediante sacrificios.¹ Con el sacrificio se pretendía honrar a Dios y aplacarlo, lo mismo que darle gracias por una victoria o una curación. Era la época del sacrificio material. Y era lógico que así fuese, ya que no había otro rito ni otro modo manifiesto de honrar al Eterno e impetrar su ayuda.

⁸ Lucas 23, 34

⁹ Hechos 9, 1-19; 22, 5-16; 26, 9-18; Gálatas 1, 12-17

¹ Levítico 1-7

El hombre, no instruido aún por la Palabra encarnada y a falta de una Víctima santa para un Sacrificio perpetuo y perfecto,² y sintiendo no obstante, incluso por ley natural, que al Creador, al Dios verdadero o al dios adorado en cada una de las religiones, se le debía ofrecer de los dones que Él proporcionara al hombre, recurría a los animales y a los frutos de la tierra consumiéndoles con el fuego para que realmente fuesen sacrificados.

Mas, ¿era “sacrificio vivo”? No. Eran sacrificios de animales o productos vegetales, muertos ya los primeros y una vez arrancados de la tierra que los nutría los segundos. No había víctima viva colocada para que se consumiera en sacrificio honrado a Dios. Y, por tanto, el sacrificio era siempre relativo por más que fuera de animales cebados de gran valor material.

Jamás, antes del Cristo—Cordero inmolado para aplacar y expiar la ira divina y las culpas humanas, jamás un hombre, a no ser en las religiones idólatras, había sido sacrificado o se había sacrificado para tributar honor y reparación perfectos a Dios. Y así el sacrificio era siempre relativo e imperfecto, porque, precisamente, por las culpas del hombre y, en particular, por aquellas, eran inmolados, no el culpable sino los animales, menos culpables que los hombres, sustituyendo sobre el altar al verdadero culpable. Y, por la benignidad de Dios que había Él mismo indicado estos sacrificios a la espera de aquel otro perfecto, venían así a expiarse todas las culpas.

Toda, menos una: la Culpa original. Para esa no habrían bastado montañas de víctimas. Aunque, de una sola vez, se hubieran inmolado todos los toros, becerros, corderos y machos cabríos que, a lo largo de siglos y, principalmente, durante las fiestas rituales, transformaban el Templo en una perpetua carnicería escurriendo ríos de sangre y humeando con las piras de las víctimas, no hubiera sido suficiente dicho sacrificio para lavar la Culpa original.

Para que el espíritu del hombre fuese de nuevo creado en Gracia y reintegrado el hombre a su dignidad de hijo de Dios y coheredero del Cielo; para que la justicia quedase aplacada y el Mal vencido, era precisa una víctima perfecta y única que, siendo Dios al igual del Dios ofendido, pagase, *de Dios a Dios*, el rescate del hombre y, como Hombre santísimo, expiase por el hombre pecador.

² Hebreos 10, 1-18

Sólo el Hombre–Dios, Jesús, siendo verdadero Dios y verdadero Hombre, podía aplacar a Dios y redimir al hombre.

Y Jesús fue inmolado. Pero su Sacrificio no se consumó con carnes muertas sino con un Cuerpo vivo sobre el que descargaron todos los tormentos a fin de expiar todas las culpas con las que el Inocente, para consumirlas todas, se hallaba cargado.

Sacrificio total; del espíritu de Cristo probado por el abandono del Padre³ a fin de reparar la culpa del espíritu de Adán, culpable de haber abandonado a Dios y su Ley; del entendimiento perfecto del Hijo del Hombre, para reparar la soberbia de Adán; de la carne inocente del Cordero de Dios, para reparar la lujuria de Adán. Y para que el mundo, siempre pecador, contase permanentemente con una víctima perfecta, Cristo, Pontífice eterno, instituyó, antes de su inmolación, el sacrificio perpetuo; el sacrificio eucarístico en el que aún está y siempre estará Cristo con su Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, que es ofrecido y consumado sobre los altares.

Sacrificio perpetuo y sacrificio vivo es el nuevo sacrificio de la religión perfecta. “Este es mi Cuerpo, esta es mi Sangre, que son consumados por vosotros. Hacer esto en memoria mía”.⁴ El Verbo dice “es”. Usa el presente porque, efectivamente, hasta el fin de los siglos el sacrificio será siempre nuevo y siempre igual en todo al consumado por Cristo, con idéntico valor ante Dios y a favor de los hombres.

Mas al sacrificio vivo que se consume sobre los altares debe unir el hombre su *propio sacrificio personal*, el de todas las horas, que debe abarcar todas las ocupaciones, deberes y, sobre todo, la voluntad de Dios; por más que ésta sea de dolor. Sacrificio que puede ser de la parte carnal, moral o espiritual. Enfermedades, pobreza, trabajo extenuante, que corresponden a vuestra parte material. Injusticias, calumnias e incomprensiones, a vuestra parte moral. Y a vuestra parte espiritual: persecuciones de parte de los hombres o abandonos de Dios para probar la fidelidad de sus siervos y también su fidelidad a la Ley, conservando castos, justos y amorosos los cuerpos, los pensamientos, los sentimientos y los espíritus.

³ Mateo 27, 46; Marcos 15, 34

⁴ Mateo 26, 26-29; Marcos 14, 22-25; Lucas 22, 19-20; 1º Corintios 11, 23-25

Porque esto, más que los ritos externos, es lo que constituye el *culto racional* de que habla Pablo.⁵ No la *forma* tan solo sino la *esencia* del culto a Dios. Y lo que proporciona la esencia es la renovación, el continuo renovarse del *yo* individual del modo que se renueva de continuo toda la creación en sus animales, en sus vegetales y en sus estaciones, una continua renovación espiritual y moral para hacerse una humanidad nueva y transformarse cada vez más en Cristo. La esencia del culto a Dios la constituye la continua, fatigosa y hasta, a veces, dolorosa subida hacia la perfección para hacer la voluntad de Dios, siendo la primera y común Voluntad Divina para todos los creados con semejanza divina la predestinación a la gloria: que se hagan santos a fin de subir para siempre a la morada del Padre.

Esta renovación, esta transformación, esta subida a la perfección, esta voluntad humana, propia, no obstante, del hombre en el que más viva es su semejanza con el Padre, su unión con el Hijo y su docilidad a todas las inspiraciones del Espíritu Santo – de modo que sus dones no queden improductivos como semilla caída sobre piedra, sino activos como semilla caída en tierra fertilísima que viene a hacer árbol frondoso capaz de nutrir con frutos santificantes no sólo a su propietario sí que también a otros muchos, más desgraciados que culpables y más pobres de Dios por no saber de Él y no haber quien les instruya debido a su indiferencia – se tiene haciendo en todo y por todo lo que Dios propone hacer, del modo como Dios lo propone y en la medida que Dios indica.

Constituye el bien de todo el Cuerpo místico, tanto el que recorre continentes y se gasta en el terreno apostólico para llevar nuevos cristianos a la Iglesia militante, como el que sufre ignorado y oculto y hace plegaria de su dolor para ayudar a los misioneros; y no es menos grata al Señor su pequeña Misa (las víctimas son hostias y su lecho es el Gólgota sobre el que consuman su sacrificio para el bien de muchos). Contribuye al bien de sus hermanos, tanto el que escribe las revelaciones de Dios por haberlo hecho Este su revelador, como el que, teniendo talento, escribe obras con las que hacer comprensibles puntos oscuros de la Escritura o de las verdades de la fe, y para hacer más amables, al hacer que se les conozca mejor, a Jesús y a María. Basta con que cada acción o ministerio sea movido y regido por la caridad. *Caridad verdadera*.⁶

⁵ Romanos 12, 1

⁶ 1º Corintios del 12, 31 al 13, 13

Caridad *verdadera* que hace odiar el mal en sí mismo, no porque dé motivo al castigo ultraterreno sino porque es un dolor que se le causa a Dios. Caridad verdadera que, si no mueve a no querer hacer mal, nos impele también a arrancar del mal a nuestros hermanos pecadores y nos inspira para ellos reproches que, si bien son, por obligación, justamente severas, no carecen, por otra parte, de misericordia, hasta el punto de irritarles o desanimarles en vez de levantar a los caídos. Caridad *verdadera* que hace de los hombres hermanos que, con ser imperfectos en gran medida, se ayudan siempre y se aman en el Señor. Caridad *verdadera* que hace a los hombres diligentes en su esmero por las cosas que atañen a Dios, fervientes de espíritu, serenos en las pruebas, pacientes en las tribulaciones, incansables en la plegaria por más que, al parecer, el Cielo no la oiga, misericordiosos y por ello, practicantes de todas las obras de misericordia corporales y espirituales, sin rencor, odio o deseo de venganza, llenos de comprensión con el prójimo, sin envidiarle si prospera, sin indiferencia o placer cuando sufre, sin avidez de escalar puestos de honor derrocando, con calumnias incluso, a los demás, contentos siempre con el propio estado y sin jamás vengarse ni de quie les dañó.

Esta es la caridad, la *verdadera* caridad que da gloria a Dios y bienes a los hermanos. Y Dios, si los hermanos no lo hacen, la recompensará restableciendo la justicia, poniendo en claro la verdad de los hechos y castigando y premiando con arreglo a lo que cada uno haya merecido.

La caridad debe asimismo regular las relaciones entre las autoridades, bien sean éstas eclesiásticas o laicas, y los súbditos. Ninguna de ellas, porque esté arriba, debe ejercerse sin caridad y justicia. Dios – porque es Dios el que permitió que éste o aquel accediese al poder – a nadie puso en alto para atormentar a sus hermanos sino para probar la justicia y la caridad de las autoridades y para castigar a quienes no la practiquen creyéndose neciamente exceptuados de tales deberes por ocupar puestos de relevancia.

Estar arriba, ser “cabezas”, implica deberes de paternidad como también de fraternidad, y quien falte a ellos es juzgado severamente por Dios que le hace responsable, no sólo de su propia culpa de falta de caridad y de justicia, *sino también de las reacciones que tales culpas suyas provocan en los súbditos*. Aquel que, porque está arriba, persigue, atormenta y hiere injustamente a un humilde, a un súbdito, será llamado por Dios a responder de los

escándalos, amarguras y dudas sobre la justicia y providencia divinas que, inevitablemente, surgen en el corazón de los oprimidos.

Dios no castiga ni castigará a quien fue castigado injustamente por los hombres revestidos de cualquier clase de autoridad; y esto, aun cuando el oprimido hay tenido justificadas reacciones. Por el contrario, será inexorable con aquel que, con su arbitrario modo de obrar, atenta contra el espíritu de los humildes, suscitando en ellos dudas, rebeldías y demás.

Y los castigará porque estos tales es a Dios a quien hieren. Sí, a Dios, que puede venir a ser privado de un hijo o sentirse poner en duda por otro hijo a causa de la libertad con que obran el mal los “poderosos”. Y así, ¿qué piensa el maltratado? “Bueno, si Dios es omnipotente, ¿por qué no interviene?” “Luego no es verdad que la plegaria confiada obtenga ayuda de Dios”. ¿Comprenden los “poderosos” a quién hieren al herir injustamente a un súbdito? *Hieren a Dios*. A Dios que sufre *con y en quien* padece injusticia. A Dios que resulta herido cada vez que se falta a la caridad.

Y la caridad es la que debe regular igualmente las relaciones de los súbditos con las autoridades. No las juzguen y dejen a Dios el juicio de las mismas. No se revelen contra ellas siempre que sus órdenes *no sean* contrarias a la religión, a la moral, a la colectividad o a una anterior e inmutable disposición divina, en cuyo caso, aun a costa de sufrir martirio cruento o incruento, es preciso seguir el ejemplo de Cristo que no se plegó a los desordenados quereres del Sanedrín⁷ y de los Fariseos en general ni a los de Herodes;⁸ el ejemplo asimismo del Bautista⁹ que sirvió a la justicia aun sabiendo que, obrando así habría de perder la vida; los ejemplos de Pedro y de Juan ante el Sanedrín,¹⁰ el de Santiago,¹¹ y después el de toda aquella muchedumbre de mártires de todo tiempo aniquilados, desde los despedazados, quemados, desgarrados en los circos y otros lugares a los quemados en las hogueras, como servidores del demonio o herejes, por haber hecho lo que Dios les ordenaba.

Saber decir: “Es preciso obedecer únicamente a Dios” y “Hay que servir en primer lugar a Dios” como supieron decir los héroes de Dios, desde Pedro a Juana de Arco. Saber decir,

⁷ Mateo 26, 57-67; Marcos 14, 53-65; Lucas 22, 54-55; 7, 66-71; Juan 18, 24

⁸ Lucas 23, 8-12

⁹ Mateo 14, 1-12; Marcos 6, 14-16; Lucas 9, 7-9

¹⁰ Hechos 4, 1-22

hablando de otras persecuciones incruentas, lo que dijeron Bernarda de Lourdes, Lucía de Fátima y sus primitos, y muchos, muchos otros,

Salvo que los poderosos, mientras lo son – porque, de un día a otro, una fosa o un levantamiento popular podría hundir en la putrefacción y reducir a *nada* el poder del que tan orgullosos estaban hasta el punto de hacer objeto de tortura a los *pequeños* – salvo que los poderosos no ordenen cosas contrarias al Querer de Dios que es el único, verdadero, eterno y perfecto Poderoso, o más bien, Omnipotente – y esto cada cual, por muy alto que se encuentre, debería tenerlo presente para no caer en múltiples pecados – cosa contrarias a la religión y a la moral, salvo estos casos, deben ser obedecidos. Porque, en el supuesto que ordenen cosas lícitas, ellos vienen a transmitir las órdenes de bien que Dios, en primer término, enseñó a los hombres.

¿Acaso no alcanza la ley humana a aquellos a quienes alcanza ya la ley divina? Así pues, para evitar el castigo de Dios y el de los hombres y vivir en la justicia y en la caridad, como deben vivir los hijos de Dios para ser y mantenerse verdaderamente tales, es preciso no hacer el mal, ningún mal, ni contra Dios ni contra los hombres; es preciso no faltar a la ley de la caridad y no desobedecer a la voz de la conciencia que puso Dios en todo hombre para que le guíe hacia el bien.

De este modo – cumpliendo con la ley de la caridad, de la justicia y de la conciencia, y, sobre todo, no faltando de forma alguna a la caridad – daréis a Dios culto racional y alcanzaréis la perfección en la observancia de la Ley, ya que el amor es el complemento de la Ley¹² y quien vive en el amor no cae en la concupiscencia de la carne, de la mente ni del espíritu¹³ y permanece en la Luz, esto es, en Dios,¹⁴ se identifica con Cristo y partirá con Él su Reino”.

* * * * *

16 – 11 – 50

¹¹ Hechos 12, 1-2

¹² Hechos 13, 10

¹³ Génesis 17; Deuteronomio 10, 12-22; del 29, 29 al 30, 14; Jeremías del 3, 1 al 4, 4; 9, 24-25; Ezequiel 44, 4-9; Hechos 7, 51-53; Romanos 2, 25-29; 1º Corintios 7, 17-24; Gálatas 5-6; Colosenses 2, 11-13; 3, 9-11; 1º Juan 2, 16-17

¹⁴ 1º Juan 3, 6

c. XIV – XV hasta el final de la Epístola.

“La explicación sobre la caridad – Y maestros en ella deberían ser aquellos a quines Jesús hizo “pastores, maestros, sal y lámparas”¹ – va dirigida también a los débiles en la fe.

No a todos les es dado llegar a ser pastores, maestros, sal y lámparas o campeones de sabiduría y de justicia. Lo mismo que en el firmamento no tienen todos los astros la potencia del sol – y ¡ay si la tuvieran! – otro tanto ocurre en la Iglesia militante, que no todos son gigantes en poder y en santidad, siendo este último lo que más cuenta por tener un valor y duración sobrenaturales. Hay corderos y hay pastores² y los corderos son de robustez diversa, pues los hay proclives: unos a las caídas, otros a las distracciones y otros más a la somnolencia. Es menester comprenderlos a todos y ayudarles con caridad.

“He aquí que Yo mismo iré en busca de mis ovejas... as apartaré de los lugares de tinieblas y de brumas... las conduciré a su Tierra... a los pastos óptimos... iré en busca de las extraviadas, haré volver a las que huyeron, ligaré sus fracturas, corroboraré a las débiles... “dice el Buen Pastor en Ezequiel 34, 11–16; y dice en Juan: “Yo doy mi vida para que mis ovejas tengan la Vida y la tengan sobreabundante”.³

Y dirigiéndose a los malos pastores que no apacientan a sus ovejas ni las asisten antes las explotan y oprimen, dice: “No fortalecisteis al débil, no curasteis al enfermo, no vendasteis al quebrantado, no hicisteis volver al ahuyentado ni fuisteis en busca del perdido sino que usasteis del dominio con rigor y crueldad... A mis ovejas les disteis a comer y beber el alimento y el agua corrompidos por vuestros pies (Ezequiel, 34, 4–19). Se ha encendido por ello mi furor contra los pastores... ¡Ay de los pastores ídolos que abandonan y oprimen a su grey...! He cogido y quebrado la vara de la Gracia para romper el pacto con los que no me han sido siervos–pastores fieles”.

Esta es la palabra eterna de la Sabiduría antes, durante y después de su venida. Caridad, compasión, ayuda a las ovejas y a los corderos. Como os enseñó Cristo, habiéndolo hecho Él primero sin violar la libertad individual que Dios mismo respeta en el hombre y que es motivo de prueba, de premio o de castigo para cada uno.

¹ Mateo 5, 13-16; Marcos 9, 50; Lucas 14, 34-35

² Juan 21, 15-19

³ Juan 10, 10

Nadie sabe cómo conduce Dios a cada una de las almas. Nadie hay tan capacitado que pueda juzgar siempre con justicia. Hay criaturas que, a los que son miopes por su soberbia, les parecen rebeldes o culpables, no siéndolo. Y hay otras que lo son, pero que, por su astucia refinada, guardan apariencias de justas haciendo bien las obras externas y mal las internas. Aparentemente son justas, pero son injusta por partida doble: porque disimulan y porque obran mal.

“No juzguéis” dijo la Palabra de verdad.⁴ Esta debiera ser la regla perfecta. Mas si juzgáis, hacedlo al menos, ya seáis hombres modestos o poderosos, con caridad, y esto *siempre*, pues no podéis, por vuestra humana limitación, penetrar el interior de los hombres y ver el por qué de todos sus actos. Pensad que nada se oculta al Omnividente por más que realicéis vuestras acciones injustas y forméis vuestros fingidos, injustos y anticaritativos juicios sobre vuestro prójimo en el mayor secreto. Dios os ve y os siente mientras obráis y habláis, y Él, sí, os juzga con juicio justo e inapelable.

El haber sido poderosos no os eximirá del juicio de Dios. Antes, en la medida en que se os dio, así será de riguroso vuestro juicio cuando, al igual que todos los hombres, hayáis de presentaros ante Dios para rendir cuenta de vuestros actos. Y recuerde todo aquel que haya estado más alto que la masa que la grey de Cristo, bien por un cargo o por elección extraordinaria, que a veces, *una sola culpa contra el Amor*, o sea contra el Espíritu Santo que es Espíritu de Sabiduría, de Piedad, de Justicia y de Amor, puede echar por tierra todos los méritos de una vida vivida en la Ley. Dios puede heriros súbitamente después de haberlo herido vosotros a Él en un siervo suyo o en una obra suya de amor. Puede heriros de súbito como a Adán,⁵ súbito después de una culpa de soberbia vuestra. Y entonces ¿de qué habrán servido las obras anteriores? ¿De qué los cargos? ¿De qué las elecciones?

“¡Ay de aquel por quien se produce escándalo!”⁶ ha dicho Aquel en cuyas manos traspasadas puso el Padre todo poder de juicio.⁷ Y, por más que Él fuese la Misericordia encarnada, claramente dio a entender la muerte que aguarda al que escandaliza a las almas con acciones injustas.

⁴ Mateo 7, 1; Lucas 6, 37

⁵ Génesis 3

⁶ Mateo 18, 6-7; Marcos 9, 42; Lucas 27, 1-2

⁷ Juan 5, 22

Y si es verdad que, por un alma que uno llegue a salvar, ese tal salva ciertamente la suya,⁸ es asimismo verdad que por cada alma que desista o retroceda de la perfección o, lo que es peor, caiga en el pecado de desconfiar de Dios, del poder de la oración y de la verdad e cuanto antes creía, un castigo; que puede llegar hasta el tormento eterno – y con seguridad a una larguísima expiación purgativa – alcanzará a aquel que fue ocasión de desistimiento, de retroceso o de caída de un alma.

Si puede causar turbación en el alma de un “pequeño” la injusticia que se comete contra él, también la puede producir ver cómo los pastores, las luces y los maestros dan un ejemplo que contradice cuanto enseñan. ¡Ay de quienes son intransigentes con los “pequeños” y los abruman con cargas mientras que consigo y con su *yo* tienen todas las condescendencias!

La mutua edificación es un deber que obliga a todos, pero mil veces más a los que están en alto.

En el comer como en el beber, en la manera de vivir y de vestir, como en la habitación, se halla siempre presente la caridad y el recuerdo del que tiene hambre y sed, no le llega para vestir y carece de albergue. Ni los mantos reales, ni los vestidos de púrpura y oro dan derecho a entrar en los Cielos sino, más bien, la manera como se llevaron. Será más fácil ver la vestidura de las nupcias eternas en uno que llevó – con resignación si fue pobre y con humildad, por espíritu de caridad, si fue poderoso – un vestido sencillo y modesto, que no en quien apeteciendo los signos externos de la pompa más que los internos el que es misericordioso, llevó vestidos de gran valor sabiendo bien que su conciencia le aconseja otro género de vida.

Porque en esto estriba la condena: en hacer lo que la conciencia aconseja que no se haga. Hacerlo con plena advertencia y deliberado propósito tras una libre determinación.

Para que llegue a ser pecado una acción que no es buena, es preciso realizarla con plena advertencia. Así pues, examínese cada cual a sí mismo, ya esté en puesto alto o en bajo, y sépase el por qué de cada acción suya y que este examen y esta consideración sean verdaderamente sinceros, como lo es el bisturí del cirujano al poner al descubierto hasta las raíces más profundas del mal. Y puesto que su acción es *no* buena, secciónela de su voluntad para quitarle la vida; y no se limite a esto sino que hunda el escalpelo de una recta

⁸ Santiago 5, 19, 20

conciencia en el propio terreno y en su humanidad para extirpar hasta las raíces y los jugos que puedan hacer surgir en el corazón, en la mente y en el espíritu, plantas no buenas por ser soberbias, y lo abraza todo en la hoguera de la caridad que, ciertamente, volverá a brillar cuando el terreno quede libre de la gélida soberbia y de las cizañas⁹ producidas por ella, cizañas estériles, venenosas y entenebrecedoras, sembradas por el Soberbio: por Satanás.

Y si aquellos que se encuentran en alto son fuertes, sostengan con piedad a los débiles sin orgullos necios, reconociendo que Dios, más que el *yo*, contribuye a hacer de un hombre, un santo. Bendigan a Dios si es que los amó de un modo extraordinario; pero no se tengan por artífices absolutos de su santidad ni desprecien a quien es, o así parece, menos santo que ellos.

Cristo, santísimo y perfectísimo por ser Dios, y sin pecado heredado ni voluntario en cuanto Hombre, a nadie despreció y, por su compasión para con todas las miserias, llevó a gran número de personas a la salvación.

Cristo obró muchos y portentosos milagros y derramó ríos de sabiduría; pero lo que más atrajo a las gentes a Él y, por tanto, a la Salvación y a la vida, fueron, ante todo, su misericordia y, después, su justicia incorruptible e imparcial con todos.

Al no buscar su propia satisfacción sino el verdadero bien de las almas y la gloria de Dios, atrajo sobre sí ultrajes, improperios, rencores, odios y venganzas; mas con ello pudo llevar muchas almas a la Verdad y a la Vida.

Por su paciencia, constancia y fidelidad a la Ley, por el celo santo por su Padre, por su amor infinito hacia todas las almas, fue ejemplo para los Judíos y para los Gentiles y salvación para todos aquellos que *no* rechazaron voluntariamente la Luz venida para llevarles a la Vida y para restablecer su filiación *con Dios*.

Ministro para los circuncisos y Pastor único, eterno y universal que no se limitó a recoger únicamente las ovejas de su Redil sino que recogió también “a las que no eran de su redil”¹⁰ a fin de que también estas estuviesen bajo la custodia del único Pastor, recogió y acogió, tanto a los Gentiles como a los Judíos y así todos glorificasen a Dios por su Misericordia.

⁹ Mateo 13, 24-30 y 36-43

¹⁰ Juan 10, 16

Y lo glorificaron los gentiles. Glorificaron a Dios Padre, finalmente conocido, a su Hijo santísimo y al Espíritu que de Ellos procede; y entraron a formar parte de la grey de Cristo y así se cumplieron las profecías en lo que en ellas se dice de que Dios entregó su Verbo para que fuese “alianza” entre los pueblos¹¹ y luz para las naciones; para que abriese los ojos (no sólo materiales) a los ciegos, sacase de la cárcel del paganismo a los prisioneros, abriese las fuentes de agua viva que da la vida eterna y entregase, a cuantos la quieran, la Palabra que es vida, y para que las naciones, que no conocían al Señor, corriesen a Él y llegaran a ser hijos de Dios cuantos observasen su Ley y se mantuviesen fieles en estrecha amistad con Él, viviendo en la casa de oración para todos los pueblos de la Tierra”,¹² es decir en la Iglesia de Cristo.

Todo esto hizo el Señor para salvar al hombre caído por culpa de Adán. Llevó la Luz y la Ley, incluso a los Gentiles; dio al hombre los dones sobrenaturales para ayudarle a vencer la ley de la carne que le hace carnal e inclinado al mal, y para seguir la ley del espíritu que lo hace sobrenatural elevándolo, de ser racional, a criatura divinizada. Porque quien vive fiel a los dones de Dios reobtenidos por medio de Cristo y fiel también a la Doctrina perfecta enseñada por Cristo, se hace merecedor de que se diga de él lo que dicen las palabras del salmo: “Vosotros sois dioses e hijos del Altísimo”.¹³

Esto era en el pensamiento de Dios el destino de todos los hombres.

Como así *habría sido* de no haber pecado Adán.

Como así es posible que sea para un número inmenso de criaturas, gracias al Sacrificio de Cristo que tanto amó a los hombres que dio su vida por ellos.¹⁴

Como así *será* hasta el fin de los siglos.

Y tendrán vida cuantos, de toda época y nación, hayan amado a Cristo. Causa para ellos de eterna Salvación”.¹⁵

* * * * *

¹¹ Isaías 42, 6-7

¹² Mateo 21, 13

¹³ Salmo 82 (Vulgata; 81), 6

¹⁴ 1º Juan 4, 9-10

¹⁵ Hebreos 5, 9

Fin de la explicación

De la Epístola de Pablo

A los Romanos